
Muérdeme,
MULTIMILLONARIO™
Vampiros Mutimillonarios™ LIBRO 1
RACHEL STAR JOE GILLIS

Muérdeme, Multimillonario™

Vampiros Mutimillonarios™ LIBRO 1

RACHEL STAR JOE GILLIS

Contents

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

POPPY

¿Quieres fingir que tu vida no se está cayendo a pedazos? Domina la iluminación. Nada enmascara el caos como el resplandor del amanecer filtrándose por las cortinas entre las 7 y las 8 de la mañana; de repente, mi rostro cansado no está grasoso, sino luminoso. La hora mágica hace que incluso el desastre parezca intencional.

Por un momento, me quedo allí de pie, observando cómo cambia la luz en mi sala. Esta es la parte que amo: el rompecabezas que representa. Cómo las sombras y el brillo pueden transformar lo ordinario en algo por lo que vale la pena detenerse. Cuando empecé a publicar hace cinco años, comencé un ritual de domingo por la mañana basado en encontrar la belleza en los pequeños momentos. En algún punto del camino, la alegría se enredó con las métricas, los contratos de marcas y la conciencia constante de que 847,000 personas me observan.

Ochocientas cuarenta y siete mil. Menos que las 863,000 del mes pasado, después de que la colaboración con el colágeno en polvo se volviera viral por todas las razones equivocadas. A mis seguidores no les gustó que promocionara un producto que les dio urticaria a la mitad de ellos.

Me sacudo el pensamiento y me acomodo en el encuadre. Tres tomas para lograr el bostezo que parezca natural. Cinco para el estiramiento que luce mi conjunto de pijama de seda sin que parezca que me estoy esforzando, algo que, por supuesto, estoy haciendo.

Siempre me estoy esforzando.

—¡Buenos días, mis radiantes amigos! —le sonrío a la cámara, con la voz afinada en ese punto exacto entre lo entusiasta y lo cercano —. Bienvenidos de nuevo a PoppyRoseGlows. Hoy haremos mi rutina de reinicio dominical, y estoy muy emocionada de compartir...

Mi teléfono vibra. Lo ignoro. Regla número uno: nunca rompas la cuarta pared.

—... mi nueva mezcla de matcha favorita. Es de este increíble pequeño negocio que pertenece a...

Otra vibración. Y otra.

Sigo sonriendo, pero el estómago se me aprieta. Múltiples mensajes en rápida sucesión significan que mi agente consiguió un contrato con una marca o que mi madre está teniendo una crisis. Dado que es domingo por la mañana y mamá no hace nada antes de su clase de Pilates de las 10:00 a. m...

Mi teléfono suena.

—Corten —murmuro para nadie. Vivo sola.

El rostro de Violet llena mi pantalla, llamándome por FaceTime con un entusiasmo agresivo. Mi hermana mayor no hace nada a medias. Cirujana cardíaca. Postura perfecta. Una casa en Beacon Hill. El tipo de estructura ósea que fotografía bien sin necesidad de aros de luz.

Respondo porque ignorar a Violet solo la hace más persistente.

—¡Poppy! Oh, qué bueno que estés despierta. Puedo ver tu aro de luz, ¿estás filmando? Ay, no dejes que te interrumpa, es solo que tengo la noticia más increíble...

—Ya no estoy filmando.

—¡Perfecto! ¡Pues Chris me pidió matrimonio! —Mueve su mano izquierda frente a la cámara. El diamante atrapa la luz.

—Felicidades. —Le pongo calidez a mi voz—. Eso es maravilloso, Vi.

—Estamos pensando en una boda de destino en las Bahamas. —Habla a su velocidad habitual, lo que significa que se supone que debo absorber la información, no participar en la conversación—. Pequeña, íntima. Solo familia y amigos cercanos. Lo que me lleva a la razón de mi llamada...

El estómago se me hunde aún más.

—... estamos pensando en finales de enero. Sé que es pronto, pero Chris tiene una conferencia en las Bahamas en febrero, así que lo combinaríamos con... —Miro hacia el suelo mientras respiro profundamente, olvidando que ella todavía puede verme—. ¿Me estás escuchando?

—Enero —repito mientras vuelvo a mirar a la cámara—. Eso es este mes.

—¡Tres semanas! Tiempo de sobra. Mamá ya se está volviendo loca por las flores, pero le dije que lo mantendremos simple. Ya sabes cómo se pone ella. —Violet pone los ojos en blanco—. En fin, se está portando como mamá al respecto, ya sabes.

—Es experta en eso, ¿verdad?

—Lo es. Pero le dije que serán cincuenta personas, máximo —continúa Violet—. Tú serás dama de honor. ¿Estoy pensando en verde esmeralda para los vestidos? Se verá precioso con tu tono de piel.

Todavía estoy procesando eso de "cincuenta personas" y "dama de honor" cuando suelta la bomba.

—Ah, y Preston va a venir. Con Serenity. Sé que podría ser raro, pero Chris y Preston trabajan juntos, y sería más extraño no invitarlos, ¿no crees?

Preston. Mi ex prometido. El que me dejó hace ocho meses por una instructora de yoga llamada Serenity... ¡Serenity! Es decir, si vas a dejarme, por favor no lo hagas por una Serenity. Especialmente alguien que no cree en el azúcar procesada ni en la monogamia... bueno, hasta que conoció a su pareja ideal. Y resulta que él también es la pareja ideal de ella. No la mía, a pesar del anillo, el depósito del salón de bodas y los dos años que pasé fingiendo que no me daba cuenta de que él se estaba alejando.

—¿Poppy? ¿Estás ahí? La conexión está rara...

—Aquí estoy. —Mi voz suena normal. He tenido mucha práctica reprimiendo todo lo que siento por él. Es lo único que he hecho durante los últimos ocho meses—. Está bien. Por supuesto que deberías invitarlos.

—¿De verdad? Porque mamá dijo que podrías molestarte, pero yo le aseguré que ya lo superaste por completo. Has estado publicando todas esas fotos increíbles de viajes y toda esa serie del cambio de imagen... te ves increíble, por cierto. ¿Has estado saliendo con alguien?

La pregunta es casual. La respuesta no.

Podría decir la verdad. Las palabras están ahí mismo: *No, Vi. Estoy soltera. He estado soltera durante ocho meses y estoy bien. No necesito un novio para enfrentar a Preston.*

Pero puedo imaginar cómo terminaría eso. La lástima en la voz de Violet. Mamá merodeando durante toda la boda, presentándome a los primos solteros de Chris, haciendo comentarios sobre cómo algunas personas encuentran el amor más tarde en la vida... eso podría manejarlo, pero hay una cosa que no podría soportar: la cara de Preston cuando se dé cuenta de que sigo sola.

—De hecho, sí. —La mentira brota con facilidad—. Alguien nuevo. Todavía es pronto, pero va muy bien.

Los ojos de Violet se iluminan, lo que significa que he cometido un error terrible. —¡Ay, por Dios!, ¿en serio? ¿Quién es? ¿Cómo se conocieron? ¿Es serio?

—Nos conocimos a través de... —busco algo plausible—... amigos en común. Es genial.

—¡Tráelo a la boda! Me encantaría conocerlo. Y será mucho mejor que aparecerte sola, ¿verdad? Especialmente con Preston allí.

La trampa se cierra.

—Claro —escucho que digo—. Lo llevaré.

Hablamos otros cinco minutos sobre pruebas de vestidos, planes de viaje y sobre si puedo tomarme un tiempo de mi "cosita de internet" para ayudar con la planificación. Sonriéndole a la cámara, asiento y digo "ajá" mientras ella habla; actuando todo el tiempo.

En el momento en que cuelga, le escribo a Sage, mi mejor amiga y mi confidente más cercana.

Yo: Violet se casa
Yo: Enero
Yo: Preston estará allí
Yo: Con Serenity
Yo: Le dije a Vi que tengo novio
Sage: Ay, linda
Sage: AY, LINDA
Sage: Por qué hiciste eso
Yo: ¿Pánico?
Sage: Ok, respira profundo
Sage: Podemos arreglar esto
Sage: Conozco a un tipo que hace improvisación, él probablemente podría...
Yo: No voy a llevar a un actor de improvisación a la boda de mi hermana
Sage: ¿Entonces cuál es tu plan?
Me quedo mirando el teléfono. Observo el departamento detrás de mí, decorado para crear contenido. Miro la vida que he construido, que se ve bien en las fotos, pero se siente vacía en todo lo demás.
Yo: Ya se me ocurrirá algo
Digo, sabiendo que no podré idear nada a tiempo.
Para el mediodía, ya filmé tres segmentos que nunca publicaré, me comí un paquete de Oreos (fuera de cámara, por supuesto) y busqué en Google "cómo fingir un novio" catorce veces. Los resultados no ayudan. Los problemas de novios falsos de otras personas involucran reuniones de preparatoria y tías entrometidas, no bodas de destino donde tu ex va a estar con su compañera de sexo tántrico bajo el sol tropical.
Llevo dos copas de una botella de sauvignon blanc cuando llama mamá.
—Poppy, querida. Violet me dio la noticia maravillosa... ¡estás saliendo con alguien!
Por supuesto que lo hizo.
—Es algo nuevo, mamá. No quiero salarlo.
—Pero lo traerás a la boda, ¿cierto? Violet dijo que lo traerías. —Hay un tono punzante en su voz. Catherine Gable no sabe lo que es

la sutileza—. Sería tan lindo que tuvieras a alguien. Especialmente con Preston allí. Sabes, siempre pensé que ustedes dos eran perfectos el uno para el otro, pero estas cosas pasan, y Violet dice que este nuevo hombre es encantador...

—Mamá, estoy a la mitad de una filmación...

—Claro, no quiero interrumpir tu cosita de internet. —Una pausa. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave—. Solo quiero que seas feliz, Poppy. Sé que no siempre lo digo bien. Pero cuando las cosas se desmoronan... —Su voz se apaga y sé que ya no está hablando de mí—. Bueno. Importa tener a alguien de tu lado.

Es lo más cerca que ha estado de reconocer el desastre tras lo de papá y su desaparición de nuestras vidas.

—Lo sé, mamá.

—Bueno, no te quito más tiempo. Solo quería decir lo orgullosa que estoy de mis hijas. Ambas son tan exitosas. Violet salvando vidas y tú con tu... emm... presencia en internet.

La pausa antes de "presencia en internet" lo dice todo.

Cuelga. Me sirvo otra copa.

Para las 10:00 p. m., he pasado el rato viendo con amargura el Glowstagram de Preston (se dejó crecer la barba, que se le ve ridícula), el Glowstagram de Serenity (está dando un taller sobre "separación consciente") y el perfil de Violet (sus fotos de compromiso parecen un anuncio de J.Crew).

A medianoche, me terminé la botella.

A las 2:00 a. m., tomé decisiones de las que me arrepentiré.

¿Cómo se llamaba esa aplicación? Spell-algo.

Entonces lo recuerdo: Spellbound Dates. La había visto en mi feed de Glow; mucho más desde que volví a estar soltera. Resulta que los anuncios dirigidos parecen conocer mi dolor. No la había descargado. Honestamente, nunca pensé que necesitaría un servicio de citas. Pero aquí estoy, pensando que tal vez el algoritmo sepa cómo ayudar.

Y ¿qué mejor algoritmo podría haber que una aplicación de servicio de citas verificada y muy exclusiva, no? Es el tipo de servicio que no se hace llamar servicio de acompañantes. Pero lo es, solo que con mejor marketing.

Así que saco mi teléfono y descargo la aplicación.

"Acompañamiento profesional para cualquier ocasión", declara la aplicación. "Acuerdos totalmente personalizables. Discreción garantizada".

Estoy lo suficientemente ebria como para que eso de "discreción garantizada" suene atractivo en lugar de sospechoso. Pero incluso ahora, mi cerebro hace lo que mejor sabe hacer: crear estrategias. Esto no es desesperación. Es resolución de problemas. He construido una carrera basada en la apariencia, en curar experiencias, en saber qué historia contar.

Abro mi aplicación de notas.

Objetivo: Convencer a la familia de que la relación es real.
Audiencia: Madre crítica, hermana perfeccionista, ex presumido.
Duración: 4 días, convivencia cercana.
Métricas de éxito: Que nadie sospeche. Dignidad intacta.

Objetivo establecido; ahora todo lo que tengo que hacer es completar el formulario de admisión de Spellbound, que parece súper largo y súper intrusivo. Tipo de evento: boda. Duración: cuatro días. Ubicación: Bahamas, probablemente. Se requiere historia de la relación: sí. Afecto físico requerido: mínimo. Tendremos que vernos cómodos juntos, pero no voy a pagar por nada que cruce la línea.

Requisitos especiales: Busco a alguien que sepa manejar dinámicas familiares complejas. El evento implica tiempo prolongado con la familia directa, el ex prometido y su nueva pareja. Debe sentirse cómodo con la presencia en medios (847,000 seguidores, puede que sea necesario publicar). Debe mantener una narrativa de relación creíble bajo escrutinio. Se prefiere sofisticación cultural; el evento es en las Bahamas, conocimientos de vinos serían de ayuda. Debe parecer exitoso pero no ostentoso (debe ser creíble que nos conocimos por amigos). Lo más importante: un buen actor que pueda proyectar afecto real sin que resulte extraño.

Lo leo de nuevo. Parece una oferta de trabajo. De alguna manera, eso ayuda. No estoy pidiendo a un novio falso bajo los efectos del alcohol a las 2:00 a. m. No, estoy resolviendo un problema.

Agrego:

Necesito a alguien que pueda ayudarme a superar esto con mi dignidad intacta.

Lo borro. Demasiado honesto.

Discreción esencial. Se requiere conducta profesional.

Pregunta final: ¿Presupuesto?

Pienso en mis ahorros y en el dinero del contrato de marca que había reservado para una cámara nueva. Pero luego considero los 16,000 seguidores que perdí en los últimos dos meses. Los patrocinios están disminuyendo. Las cuentas al construir una vida en internet no cuadraban para gastar este tipo de dinero en un novio falso.

Entonces pienso en cuatro días de actuar sola para mi familia.

Escribo una cifra que me hace estremecer y pulso enviar.

CAPÍTULO 2

JULIAN

Las tres de la madrugada es mi hora favorita. La ciudad duerme bajo las ventanas de mi penthouse; cuarenta y cinco pisos de acero y cristal entre los humanos que sueñan sus sueños breves y yo. Los informes trimestrales brillan en mi pantalla, números que harían llorar de alegría o desesperación a la mayoría de las personas. Yo no siento ninguna de las dos cosas.

Mi teléfono vibra. Una notificación de entrega de LifeSource Medical:

Su suministro mensual ha sido entregado en la unidad de refrigeración segura. Gracias por su continua colaboración.

Invertí en el banco de sangre hace treinta años, cuando era una organización sin fines de lucro en apuros que perdía dinero a raudales. Ahora es una de las empresas de suministros médicos más respetadas de la Costa Oeste. Obtención ética. Estándares rigurosos. Y un pedido fijo que llega como un reloj a una entrada privada que mi personal doméstico nunca cuestiona. El acuerdo funciona para todos: ellos consiguen un inversor que nunca pide dividendos y yo obtengo sustento sin las complicaciones que conlleva la caza.

No he tomado de un humano vivo en más de un siglo. Algunos de mi especie lo consideran debilidad. Yo lo llamo estrategia. Los

cadáveres atraen la atención. Las personas desaparecidas generan investigaciones. Las empresas fantasma y las cadenas de suministro médico generan documentos fiscales.

La riqueza se multiplica cuando tienes doscientos años de intereses y la paciencia para dejar que los negocios legítimos crezcan. El edificio en el que estoy sentado me costó cuarenta y tres millones, y poseo otros seis parecidos en tres continentes. Todo rastreable. Legal. Aburrido. El tipo de imperio que los contadores admiran y los investigadores forenses consideran insignificante.

Llevo seis horas revisando objetivos de adquisición. Mi café se enfrió cerca de la medianoche. No lo he tocado desde entonces; solo está ahí para guardar las apariencias. Probablemente debería tirarlo y servirme otra taza que no beberé.

Una segunda notificación aparece en mi tableta segura. Esta requiere un escaneo biométrico para abrirse.

Informe de estado mensual recibido. Riesgo de exposición: mínimo. Continúe con los protocolos actuales. —V.C.

El Consejo de Vampiros. Siempre vigilando. Siempre midiendo. Me han estado monitoreando desde Praga, aunque nunca admitirían que esa es la razón. *Vigilancia de rutina*, lo llaman. *Procedimiento estándar para todos los activos en posiciones de alta visibilidad.*

Sé que no es así. Después de lo que pasó en el 74, me convertí en una persona de interés. El tipo de vampiro que toma decisiones que ellos no entienden.

Envío mi respuesta estándar —una sola marca de verificación que muestra conformidad— y cierro el mensaje.

Suena la alerta en mi monitor secundario. El que ejecuta los sistemas internos de Spellbound.

Construí la aplicación hace cuatro años por capricho. Un rompecabezas. ¿Podría un algoritmo predecir la compatibilidad humana mejor que el azar y las feromonas? ¿Podría mapear el caos de la atracción en puntos de datos limpios?

La respuesta, descubrí, es que solo en parte. Los humanos son predecibles en conjunto, fascinantes en casos específicos y decepcionantes en la práctica.

Debería ignorar la notificación. Tengo diecisiete empresas que dirigir, ocho reuniones de junta esta semana y una fusión en Tokio que requiere mi atención. Se suponía que la aplicación era académica. Observacional. Una forma de estudiar la conexión humana desde la distancia segura del código y los datos.

Abro la alerta de todos modos.

—Nueva solicitud marcada para revisión manual—.

El sistema marca las solicitudes inusuales. Esta activó cada detector de anomalías que incorporé en el código. Abro el perfil.

Poppy Rose Gable. Veintiocho años. Los Ángeles. Influencer de estilo de vida con 847,000 seguidores.

Las fotos están todas preparadas. Es linda de una manera moderna, del tipo que fotografía bien y vende artículos para el cuidado de la piel. Cabello rubio. Ojos azules que, apostaría, se ven mejor en persona que en pantalla. Una sonrisa que no llega a esos ojos en ninguna de las imágenes.

He visto miles de perfiles como este. Curados. Calculados.

Sin embargo, algo no me permite cerrar el archivo.

En su lugar, leo su solicitud, y la honestidad me sorprende. La mayoría de las solicitudes están codificadas. Son eufemísticas. Esta se lee como una confesión.

Sonrío. No con la expresión falsa que uso en las reuniones de junta. Una de verdad.

Presupuesto: $5,000. Sé que eso probablemente no sea suficiente para lo que pido. Puedo subir a $7,500 si eres realmente bueno fingiendo estar prendado de mí.

Me está ofreciendo siete mil dólares. Gasté más que eso en mi reloj.

Debería cerrar el archivo.

Abro su Glowstagram en su lugar.

El muro es lo que esperaba: fotos estéticas de desayunos, fotos del atuendo del día, publicaciones patrocinadas de cuidado de la piel, suplementos y moda sostenible. Cada pie de foto es un pequeño ensayo sobre el bienestar y el amor propio, mientras vives tu mejor vida.

Los comentarios son efusivos. Adoradores. Miles de personas que creen conocerla.

Retrocedo seis meses. Las publicaciones se ven idénticas. Misma iluminación. Misma sonrisa. Mismos pies de foto sobre la gratitud y el crecimiento.

Pero algo cambió hace ocho meses. La sonrisa se vuelve más tensa. Los pies de foto se vuelven más largos, más defensivos. Hay un hueco de tres semanas en el que no publica nada, algo inusual para alguien cuyos ingresos dependen de contenido constante.

Cuando regresa, es diferente. Sigue siendo contenido curado, sigue siendo cuidadosa, pero es frágil por debajo. Se mantiene entera a base de estética y afirmaciones.

Encuentro una publicación de hace nueve meses. Una imagen de su mano luciendo un anillo de compromiso. El pie de foto es simple: «Me lo pidió. Dije que sí. A veces, las mejores cosas pasan cuando dejas de buscarlas».

La siguiente publicación es tres semanas después. Sin explicación. Solo una cita sobre nuevos comienzos y una foto de su departamento con muebles nuevos.

Preston Whitmore. Lo encontré en sus fotos etiquetadas. Alto. Guapo de esa manera genérica. El tipo de rostro que pertenece a los anuncios de autos de lujo. Está etiquetado en cuarenta y siete publicaciones a lo largo de dos años, luego nada.

Su novia actual es Serenity Moon. Enseña yoga y publica sobre curación con cristales. Tiene la mitad de los seguidores que Poppy, pero el doble de interacción. Su muro son puros atardeceres de meditación, batidos verdes y fotos de ella y Preston viéndose felices.

Cierro Glowstagram y regreso a la solicitud de Poppy.

Está desesperada. Lo suficiente como para contratar a un extraño. Lo suficiente como para ser honesta al respecto. Lo suficiente como para ofrecer dinero que no puede permitirse perder.

Debería rechazarla. Tengo reglas sobre esto. Sobre mantener la distancia. Sobre no dejar que los humanos se acerquen lo suficiente como para ver lo que soy.

La Regla de Prague. Cero vínculos.

Establecí esa regla hace cincuenta años, en una habitación de hotel en Praga, mirando lo que Damien había dejado de Anya. La brillante, feroz y humana Anya, que había cometido el error de amarme. Damien dejó su cuerpo dispuesto en la cama como un regalo. Una nota prendida a su vestido: *El afecto es una carga. Te estoy ayudando a recordarlo.*

Su venganza por lo que pasó en 1878. Por Katya.

Todavía puedo oír a los cazadores derribando la puerta. Todavía siento el cálculo imposible de ese momento: Katya en una dirección, Margaret en otra, y solo tiempo suficiente para salvar a una. Elegí a Margaret. Y Katya murió mientras Damien estaba demasiado lejos para alcanzarla.

—La elegiste a ella antes que a Katya —dijo después, con voz hueca—. Antes que a nosotros.

Desapareció después de eso. Mi progenie, mi amigo más cercano durante décadas, se había ido. Pensé que lo había perdido por el duelo. No sabía que estaba esperando.

Pero Anya no fue mi primera pérdida. Estuvo Margaret, recluida en un manicomio después de que le conté lo que era, quemada viva en 1897. Llegué demasiado tarde para salvarla. Y Corinne, que me vio alimentándome en Prague y eligió el río antes que vivir con ese conocimiento.

Tres mujeres. Tres muertes. Cada una culpa mía de una manera diferente. Me dije a mí mismo que amarme era el peligro. Que algo en mí —algo roto, algo monstruoso— envenenaba a todo el que se acercaba.

La Regla de Prague existe por buenas razones.

Las aprendí de la manera difícil.

Durante cincuenta años, me he atenido a la regla. He construido imperios. He acumulado riqueza. He mantenido la distancia. Asisto a galas y eventos benéficos, salgo de vez en cuando; asuntos breves, superficiales, con mujeres que quieren mi dinero o mi estatus más de lo que me quieren a mí.

He perfeccionado el arte de estar solo entre la multitud.

Esta solicitud debería ser fácil de rechazar. Viola todo para lo que la Regla de Praga fue diseñada. Salir por fingimiento significa

proximidad. Significa pretender ser humano por períodos prolongados. Pasar cuatro días manteniendo una ilusión que podría resquebrajarse en cualquier momento.

Más importante aún, significa ser visto.

Abro el video de la solicitud de Poppy. La aplicación requiere una breve presentación en video; otra característica que agregué para captar las microexpresiones que las fotos ocultan.

Está sentada en su sofá, usando una sudadera demasiado grande. Sin maquillaje. El cabello en un moño desordenado. El aro de luz crea sombras marcadas en su rostro.

—Hola. Soy Poppy. Esto es raro. Soy consciente de lo raro que es. —Se ríe, y no se parece en nada a las risas falsas de sus videos de Glowstagram—. No suelo ser este tipo de persona. Ya saben, la persona que contrata novios falsos. Nop. Para nada. Soy la persona que tiene un plan de cinco años y clasifica su calendario por colores. Alguien que sabe lo que quiere.

Se toquetea la manga de la sudadera.

—Excepto que no es así. Creía que lo sabía. Creía que quería a Preston y la casa en los suburbios. La vida que habíamos planeado. Luego él se fue, y me di cuenta de que pasé dos años planeando una vida que no estoy segura de si alguna vez quise.

Sus ojos miran a la cámara. Más claros que en sus fotos. Más azules que grises. Cansados.

—Mi hermana se va a casar. Es mayor que yo y tiene toda su vida resuelta. Mi ex estará allí, viéndose feliz y bien adaptado; todo lo que se supone que debo ser yo. ¡Uf!, y luego está mi mamá. Hará comentarios sobre mi reloj biológico —dice, secándose una lágrima —. Ella tiene buena intención. El caso es que... mis seguidores esperarán contenido perfecto. Y yo simplemente... simplemente no puedo hacerlo sola.

Toma aire.

—Así que le pido a un extraño que finja amarme durante cuatro días. Lo cual es o la cosa más triste que he hecho o la más inteligente. Aún no me he decidido.

El video termina.

Lo veo otra vez.

Luego una tercera.

No es lo que esperaba. El personaje curado de influencer es una armadura. Por debajo, es honesta. Caótica. Humana de una manera que la mayoría de los humanos pasan la vida tratando de ocultar.

Sé lo que es construir un exterior perfecto mientras te desmoronas por dentro. Sonreír para el público mientras te ahogas en privado. Estar tan solo entre la multitud que el silencio se siente como una herida propia.

Sé lo que es ser visto como algo que no eres y preguntarse si el verdadero tú vale la pena siquiera ser conocido.

Esto es un error. Puedo sentirlo en mis huesos, los mismos que han sobrevivido 257 años evitando este tipo de complicaciones.

Debería rechazarla. Mantener mi distancia. Permanecer a salvo tras los muros que he construido con riqueza, poder y desapego.

La Regla de Prague. Cero vínculos.

Mis dedos se mueven sobre el teclado de todos modos.

Me marco como interesado y presiono enviar antes de poder reconsiderarlo.

CAPÍTULO 3

POPPY

La mañana llega con arrepentimiento y dolor de cabeza.

Diecisiete notificaciones. Tres de Sage, preocupada por mi silencio. Cinco de marcas —pequeñas, de esas que habría ignorado hace un año—. Dos de mi agente sobre una colaboración de productos para el cuidado de la piel.

Siete de Spellbound.

Se me revuelve el estómago.

El primer correo electrónico es profesional. Confirmación de recibo. Términos y condiciones. Un NDA más largo que mi contrato de alquiler.

El segundo dice:

Su solicitud ha sido emparejada. Perfil adjunto. Por favor, revise y confirme su interés en un plazo de 24 horas.

Abro el archivo adjunto.

La foto se carga lentamente.

—Oh, por Dios... —Me muerdo el labio inferior; no es lo que esperaba.

Cabello oscuro. Mandíbula marcada. Ojos que parecen negros, pero que podrían ser castaños profundos o color avellana. Lleva un traje que le queda como si hubiera sido hecho a su medida —

probablemente porque así fue—. Hay algo anticuado en su forma de sostenerse. Algo que me hace pensar en las películas clásicas.

El perfil es escaso. Sin nombre, solo "J."

Nombre: J
Edad: 32
Estatura: 1,88 m
Educación: Privada
Ocupación: Privada
Idiomas: Inglés, Alemán, Francés, Checo.

Habilidades especiales: Amplia experiencia en eventos de alto perfil. Cómodo con la presencia de los medios. Excelentes habilidades de conversación. Baile de salón. Conocimiento de música clásica. Maridaje de vinos.

¿Quién pone el maridaje de vinos como una habilidad?

Una nota al final:

J. ha revisado su solicitud y está interesado. Su tarifa excede su presupuesto establecido. Se adjunta la cotización ajustada.

Abro la cotización.

La cifra ha ganado un cero.

Debería cerrar la aplicación. Borrar mi cuenta. Fingir que esto nunca sucedió. Quiero decir, puedo presentarme sola, ¿verdad? No hay razón por la que no pueda sonreír ante la lástima de Preston y la condescendencia de Serenity, o incluso ante los comentarios de mamá sobre mi reloj biológico.

He estado bien durante ocho meses.

Mi pulgar se cierne sobre el botón de rechazar.

Luego pienso en mí, parada con un vestido de dama de honor verde esmeralda, viendo a Preston bailar una pieza lenta con alguien más, explicándole a mis parientes que no estoy saliendo con nadie en este momento.

Pienso en mi aplicación de notas y me quedo mirando lo que escribí: *dignidad intacta.*

Presiono confirmar.

La respuesta llega en menos de un minuto.

Excelente. J. se pondrá en contacto con usted en el transcurso de la hora. Por favor, firme y devuelva el NDA. Bienvenida a Spellbound

Dates.

Firmo sin leer. Otro error para la lista.

Cuarenta y dos minutos después, suena mi teléfono. Número desconocido.

Mi corazón intenta salirse por la garganta. Dejo que suene dos veces —no soy un desastre total— y luego respondo.

—¿Señorita Gable? —La voz es profunda. Sin prisas. Como miel vertida sobre grava—. Habla Julian Blackthorne. Creo que tenemos una boda a la que asistir.

Abro la boca. No sale nada.

Julian Blackthorne. Hasta su nombre suena como si perteneciera a un libro encuadernado en cuero o a una botella de whisky costoso. Mientras tanto, yo estoy sentada en mi sofá con los pantalones deportivos de ayer, con aliento a café y el cabello sin lavar.

—Usted es real —logro decir finalmente—. Pensé que tal vez esto era una estafa elaborada. O un sueño febril. O ambas cosas.

—Le aseguro que soy bastante real. —Hay algo casi divertido en su tono—. ¿Discutimos los detalles?

—Sí. Claro. Los detalles. —Busco a tientas el cuaderno que tenía en las manos cuando me quedé dormida. Los papeles se esparcen por todas partes—. Hice una lista. Varias listas. Y una hoja de cálculo. Y una presentación. —Hago una mueca—. Puede que tenga un problema.

—Aprecio la minuciosidad —dice sin juzgarme. En todo caso, suena complacido—. Envíemelo todo. Lo revisaré antes de que nos reunamos.

—¿Vamos a reunirnos? —Sale de una manera vergonzosa, subiendo media octava como si tuviera quince años y el chico que me gusta acabara de mirarme—. O sea, ¿en persona? ¿Antes de la boda?

—A menos que prefiera presentar a un extraño como su novio sin ninguna interacción previa. —Una pausa, perfectamente calculada—. Aunque supongo que eso le añadiría autenticidad a la narrativa de desesperación.

Me río, sorprendiéndome a mí misma. —Ay, por Dios. Hizo un chiste. No esperaba chistes.

—Soy un hombre complejo, señorita Gable.

—Poppy. Por favor. "Señorita Gable" me hace sonar como un personaje de Jane Austen.

—Anotado. Poppy. —Algo en la forma en que dice mi nombre hace que se me erice la piel. Como si lo estuviera saboreando. Archivándolo en algún lugar importante—. Estoy disponible para reunirme esta semana. ¿Cuál es su disponibilidad?

—Mi horario es vergonzosamente flexible. Las horas de influencer significan que puedo trabajar en cualquier momento, lo que significa que estoy trabajando todo el tiempo, ¿pero a la vez nunca trabajando? Es complicado.

¿Por qué le estoy explicando mi trabajo a este hombre? ¿Por qué no puedo dejar de hablar?

—Jueves por la noche. A las siete de la tarde. Pasaré por usted.

Parpadeo. —¿Pasar por mí? ¿O sea... a mi departamento?

—Típicamente, así es como uno pasa a buscar a alguien, sí.

—Pero... —Miro alrededor de mi sala. El aro de luz en la esquina. La pila de paquetes de relaciones públicas que no he abierto. El caos general de una vida vivida mayormente en línea—. No tiene que hacer eso. Puedo encontrarlo en algún lugar. Un restaurante, o...

—Poppy —dice con paciencia, casi con suavidad—. Si vamos a convencer a su familia de que tenemos una relación, probablemente deberíamos llegar juntos. Y no tengo la intención de que nuestro primer encuentro sea en un estacionamiento mientras intenta encontrar sus llaves.

—Yo no... —A quién engaño, absolutamente lo haría—. Está bien. Bien. Jueves a las siete. Le enviaré mi dirección por mensaje.

—Ya la tengo. Estaba en su expediente.

Por supuesto que la tenía. Por supuesto que este misterioso extraño, con una voz que suena a que viene de una familia de alcurnia, ya sabe dónde vivo. Todo está bien. Todo está perfectamente bien.

—Iremos a cenar —continúa él—. Discutiremos las expectativas. Revisaré sus materiales. La tendré de vuelta en casa a una hora razonable.

—Eso suena muy... —busco la palabra—... caballeroso.

—Me parece que las primeras impresiones importan. Me gustaría que la nuestra comenzara adecuadamente.

Algo cálido florece en mi pecho. Lo aplasto de inmediato. Este es un acuerdo de negocios. Él está siendo profesional, no romántico.

—Sobre su tarifa —comienzo—. Es...

—No es negociable. —Firme pero no desagradable—. Pero considérelo una inversión. Si vamos a vender esta relación, tenemos que venderla bien. Eso requiere tiempo, preparación y compromiso. La tarifa refleja eso.

Bueno, ahí se va mi cuenta de ahorros. El dinero de patrocinios que he estado guardando. Cualquier otra cosa que haya logrado juntar. Esfumado.

La voz en mi cabeza que suena como mi madre pregunta si este es realmente el mejor uso de mis recursos.

Luego pienso en la cara de Preston cuando aparezca con Julian Blackthorne del brazo.

—Está bien. —Exhalo—. Está bien. Jueves a las siete. Intente no juzgar mi departamento con demasiada dureza. Ni a mí. Ni a mis hojas de cálculo.

—Jamás juzgaría a alguien por ser minuciosa, Poppy. —Esa voz otra vez. Esa voz de miel y grava—. Es una de mis cualidades favoritas.

La línea se corta.

Me quedo ahí sentada, con el teléfono pegado a la oreja, escuchando nada. Mi corazón está haciendo algo irregular. Probablemente solo sea ansiedad. Definitivamente solo es ansiedad.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Sage.

SAGE: Has estado en silencio absoluto durante 14 horas. O estás muerta o algo pasó. Por favor confirma cuál de las dos.

Me quedo mirando la pantalla. Mis pulgares se ciernen sobre el teclado.

YO: No muerta. Hice algo estúpido.

SAGE: ¿En una escala del 1 al 10? Donde 1 es "compré otra planta que voy a matar" y 10 es "volví con Preston".

YO: Un sólido 7. Tal vez un 8.

SAGE: Voy para allá.

YO: No, no vengas.

YO: No es ese tipo de estupidez

YO: Es más como... del tipo «contraté a un novio falso para la boda».

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

SAGE: Perdón, ¿QUÉ?

SAGE: ¿Tú QUÉ?

SAGE: Poppy Rose Gable

SAGE: EXPLÍCATE INMEDIATAMENTE

Le envío la captura de pantalla del perfil de Julian. El de la mandíbula marcada, los ojos oscuros y el traje que cuesta más que mi auto.

Los puntos aparecen durante mucho tiempo.

SAGE: Oh

SAGE: Oh, no

SAGE: Está guapísimo. Requeté guapo.

SAGE: Esto es peor de lo que pensaba

YO: Es un acuerdo de negocios

SAGE: Claro

YO: Él es un PROFESIONAL.

SAGE: Un profesional que parece salido de una novela de romance gótico

SAGE: Esto va a terminar en desastre

SAGE: Estoy tan emocionada

YO: Te odio

SAGE: Me amas. ¿Cuándo lo ves?

YO: El jueves. Pasará por mí a las siete.

SAGE: ¿¿¿VA A PASAR POR TI???

SAGE: ¿¿¿Como en una CITA???

YO: Como en una REUNIÓN DE NEGOCIOS

SAGE: Poppy

SAGE: Amiga

SAGE: Ya estás en problemas

Lanzo mi teléfono sobre el cojín del sofá y me presiono las palmas de las manos contra los ojos. Se equivoca. Tiene que estar equivocada.

Esto es una transacción. Un servicio. Le estoy pagando a Julian Blackthorne para que finja ser mi novio durante cuatro días, y luego desaparecerá de vuelta en el mundo misterioso del que vino, y yo volveré a mi vida normal de aros de luz y contenido patrocinado y de fingir que estoy bien.

Vuelvo a ver su foto. Esos ojos oscuros me devuelven la mirada, sin revelar nada.

—¿Quién eres? —susurro, como si la foto de Julian fuera a responderme de alguna manera.

Nop. Ninguna sorpresa. La foto no respondió.

Paso las siguientes tres horas perfeccionando mi presentación. Añado puntos de discusión para cada pariente posible. Creo una cronología de relación falsa: cómo nos conocimos (a través de amigos mutuos, lo suficientemente vago para ser inverificable), cuándo empezamos a salir (hace cuatro meses, lo suficientemente reciente para explicar por qué nadie ha oído hablar de él), por qué no está en las redes sociales (valora su privacidad, lo cual concuerda con toda la vibra misteriosa).

Para cuando termino, tengo cuarenta y siete diapositivas, pestañas codificadas por colores y el comienzo de una migraña por estrés.

Envío todo por correo electrónico a la dirección que Spellbound proporcionó. Luego me quedo mirando mi armario durante veinte minutos tratando de decidir qué ponerme. Quiero decir, ¿qué se pone una para una cena de negocios de citas falsas con un hombre que se ve así?

Jueves. Siete de la tarde. Mi departamento.

Cuatro días para convencerme de que esto no es una locura.

Mi teléfono vibra una vez más.

SAGE: Para que conste, voy a necesitar actualizaciones. Actualizaciones constantes. Esto es lo más interesante que nos ha pasado a cualquiera de las dos en meses.

YO: No va a pasar nada interesante. Son NEGOCIOS.

SAGE: Claro, amiga

SAGE: Sigue diciéndote eso

No respondo. En su lugar, abro mi aplicación de notas y añado una nueva entrada bajo la lista de verificación de la boda:

No te enamores del novio falso.

Me quedo mirando las palabras. Me río de mí misma. Las borro.

Como si eso fuera siquiera una posibilidad. Julian Blackthorne es un servicio que estoy comprando, nada más. Un servicio muy caro y muy atractivo con una voz como el pecado y un trabajo misterioso del que no me hablará. Un hombre que insiste en pasar por mí como si estuviéramos en una película de los años cincuenta. Un hombre que dice cosas como "Me parece que las primeras impresiones importan" sin rastro de ironía.

Este es un acuerdo de negocios. Voy a recordar eso.

Definitivamente voy a recordar eso.

CAPÍTULO 4

JULIAN

Su edificio es uno sin elevador en Silver Lake. Tercer piso. Sin portero.

Me quedo en la acera treinta segundos más de lo necesario, estudiando la buganvilia que trepa por el estuco, el jardín de suculentas que alguien plantó junto a la entrada, la forma en que la luz del atardecer vuelve dorado el techo de tejas españolas. Marcus espera en el auto detrás de mí, paciente como siempre. Ha sido mi jefe de seguridad por más de cincuenta años, aunque su título oficial es de «chofer» para situaciones exactamente como esta: cuando necesito protección sin que lo parezca. Esta noche, casi traigo a alguien más del equipo. Alguien cuya presencia no requiriera explicaciones si Poppy notaba el mismo rostro con demasiada frecuencia.

Pero Marcus insistió. Quiere evaluarla él mismo.

No he estado nervioso en décadas. Posiblemente más. Los nervios requieren incertidumbre, y he pasado dos siglos eliminando la incertidumbre de mi vida.

Y sin embargo.

Reviso mi reloj. Seis cincuenta y tres. Le dije a las siete. Llegar antes es de ansiosos. Llegar tarde es de maleducados. A tiempo es...

Estoy ganando tiempo.

El panel del timbre es viejo, del tipo con nombres escritos a mano deslizados tras un plástico. El suyo dice «P. Gable» en impecables letras de molde. Práctico. Sin adornos.

Presiono el botón.

Estática. Luego: —¿Hola?

Su voz suena diferente a través del altavoz. Más pequeña. Más dubitativa.

—Soy Julian.

Una pausa. —Llegó temprano.

—Puedo esperar en el auto si prefiere.

—No, no... suba. Tercer piso. Le advierto: las escaleras son una pesadilla.

La puerta suena. Entro a un patio de baldosas con una fuente seca y escaleras que serpentean por el costado del edificio. Los escalones son de terracota, desgastados y suaves en el centro. Los subo despacio, no porque lo necesite, sino porque estoy catalogándolo todo. El limonero en maceta en el descanso. Las campanas de viento afuera de la puerta de alguien. El sonido amortiguado de música a través de una ventana; algo acústico, melancólico.

Aquí es donde vive ella. Este es su mundo.

Para cuando llego al tercer piso, he aprendido más sobre Poppy Gable de lo que me dijo su perfil de Spellbound. Vive con modestia a pesar de sus ingresos; el edificio está limpio pero no es lujoso. Prefirió el carácter a la conveniencia. No necesita impresionar a nadie con su dirección.

Esto me resulta más interesante de lo que debería.

Su puerta ya está abierta. Ella está de pie en el umbral y me detengo.

La foto no le hacía justicia. No podía. Porque la foto era estática y Poppy Gable es todo lo contrario.

Lleva un enterito de lino color arena. Su cabello cae en ondas que parecen naturales pero que probablemente le tomaron una hora. Sostiene una tarjeta laminada en una mano y su teléfono en la otra, y su expresión pasa por la sorpresa, el pánico y una calma forzada en el lapso de dos segundos.

—Lleva un traje —dice ella.

—Sí.

—Para pasar por mí. A mi departamento.

—¿No debería haberlo hecho?

—No, está bien, es solo que... —hace un gesto hacia ella misma, hacia mí, hacia la situación en general—. Parece... como si fuera a una junta de consejo o algo así. Y yo parezco ir a un brunch.

—Se ve encantadora.

Las palabras se me escapan antes de que pueda pensar en lo que estoy diciendo. Ella parpadea. El color sube a sus mejillas.

—Eso es... gracias. Eso es muy de «novio falso» de su parte.

—Lo dije en serio.

—Ya —se aclara la garganta—. ¿Quiere pasar? Solo necesito agarrar mi bolso. Y tal vez cambiarme. ¿Debería cambiarme? Usted va de traje.

—No necesita cambiarse.

—Pero...

—Poppy —sostengo su mirada—. Se ve perfecta. Confíe en mí.

Me mira fijamente por un momento. Luego retrocede, indicándome que entre.

El departamento es pequeño. Un estudio, técnicamente, aunque ha usado muebles para crear la ilusión de espacios separados: una sala con un sofá de terciopelo color musgo, un rincón para dormir oculto tras una estantería, una cocina con hierbas creciendo en el alféizar de la ventana. Cada superficie sostiene algo: velas, libros, fotos enmarcadas, pequeños animales de cerámica que no tienen más propósito que existir.

Debería sentirse amontonado, pero no es así. En cambio, se siente vivido. Cálido de una manera que olvidé que los espacios podían ser.

No he tenido un hogar como este en mucho tiempo.

—Perdone el desorden —dice ella, aunque no hay ninguno—. Limpié por estrés esta mañana y luego volví a desordenar por estrés. —

—Es acogedor.—

—Acogedor es una palabra amable para decir «minúsculo».

—Sostengo lo que dije. —Me detengo junto a su estantería. Los títulos son eclécticos: novelas románticas junto a guías de negocios y una gruesa biografía de María Antonieta. Una foto me llama la atención: Poppy con una mujer que comparte sus rasgos pero no su energía. La hermana. Violet. Al lado, un marco más pequeño tiene una foto de una mujer mayor en un jardín. Su abuela, sospecho. Cerca, querida.

—Es mi Nana —dice Poppy, apareciendo a mi lado—. Falleció hace tres años. Ella habría odiado a Preston, por cierto. Lo supo desde el principio.—

—Parece que era muy sabia.—

—Lo era. También habría tenido preguntas sobre ti.—

—¿Qué tipo de preguntas?

Poppy inclina la cabeza, estudiándome. —Por qué un hombre que se ve así —hace un gesto hacia mi rostro, mi traje, todo mi ser—... está soltero. Qué busca realmente. Si es un asesino en serie en secreto.

—No soy un asesino en serie.

—Eso es exactamente lo que diría un asesino en serie.

Casi sonrío. Me contengo. —Buen punto. ¿Qué la convencería?—

—Los asesinos en serie no suelen someterse a revisiones de antecedentes. Spellbound hace eso, ¿verdad?

—Extensamente.

—Entonces me arriesgaré —agarra un bolso del sofá; pequeño, estructurado, probablemente caro pero no ostentoso—. ¿Listo?

—Casi —señalo la tarjeta laminada que todavía aprieta—. ¿Puedo?

Ella la mira. Hace una mueca. —Oh. Cierto. Hice un... es estúpido. Es un acordeón de apuntes. Para fingir que sé cosas de tipos ricos. Pero usted es un tipo rico de verdad, así que es inútil, y probablemente debería tirarlo a la basura.—

—¿Puedo verlo?—

—¿De verdad quiere ver mi desastroso acordeón?—

—Mucho.—

Me lo entrega. Estudio la letra prolija, los puntos clave, las secciones divididas por colores. Hizo esto a las dos de la mañana, me doy cuenta. Probablemente ebria de vino y ansiosa.

——Preguntar por su yate— —leo en voz alta—. —Asentir pensativamente ante sus opiniones sobre vinos. Reírse de sus chistes de golf sin gracia— —Levanto la vista—. ¿Cree que juego golf?—

—Los tipos ricos juegan golf. Está comprobado estadísticamente.—

—Yo no juego golf.—

—¿Tiene un yate?—

—No.—

—¿Opiniones sobre vinos?—

—Varias. Pero prometo que no son tediosas.—

—Ve, usted dice eso... —Vuelve a hacerme ese gesto, un movimiento que empiezo a reconocer como su forma de abarcar todo lo que le resulta abrumador—. Pero claramente es rico y exitoso, y yo lo contraté pensando que necesitaría el dinero, así que, ¿por qué está aquí?—

La pregunta es más afilada de lo que probablemente pretende.

Considero la verdad. Que estoy aburrido. Que he estado aburrido durante décadas. Que su petición fue la primera cosa en años que me hizo sentir algo más que la lenta erosión del tiempo. Que fue honesta de una manera en que la gente nunca lo es conmigo, y yo quería entender por qué.

—Curiosidad —digo—. Su petición fue refrescante. Pidió exactamente lo que necesitaba sin pretensiones.—

—Refrescante es una palabra amable para decir patético.—

—No estoy de acuerdo. Patético sería fingir que no necesita ayuda. Pidió lo que quería. Eso requiere valor.—

Algo cambia en su expresión. El tono defensivo se suaviza.

Toma aire. —Mire, no puedo pagarle. No lo que sea su tarifa real. Así que si quiere echarse atrás...—

—No quiero.—

—Pero...—

—Poppy. —Le devuelvo el acordeón—. Acepté porque quise. La compensación es irrelevante.—

—El dinero nunca es irrelevante.—

—Lo es cuando tienes suficiente. —El cansancio se filtra en mi voz —. Después de un tiempo, se vuelve parte del paisaje.—

Ella me observa con esos ojos agudos. Catalogando. Estoy casi seguro de que puedo verla archivando mi forma de hablar para examinarla más tarde.

—Está bien —dice finalmente—. Entonces vamos a estar falsamente enamorados en un restaurante caro.—

El trayecto a Santa Mónica toma cuarenta minutos. Marcus conduce por la Interestatal 10 mientras Poppy se sienta a mi lado en el asiento trasero, manteniendo una distancia prudente.

—Cuénteme de Preston —digo.—

Ella se tensa. —Eh, ¿qué hay de él?—

—Obviamente arruinó las cosas, así que ¿qué hizo que yo deba evitar? ¿Qué hizo que yo deba mejorar?—

Se queda callada un momento. Las luces de la calle se deslizan por su rostro mientras cruzamos el puente.

—Bueno, para empezar, me engañó.—

—Yo nunca le haría eso. —Salió antes de que pudiera detenerme. —

—Eso sería difícil de hacer, ya que no estamos juntos de verdad.—

—Sí, pero sé que no haría eso.—

—Pero fue más que eso —dice ella—. Simplemente no me di cuenta hasta que todo terminó, ¿sabes?—

Asiento con la cabeza en señal de reconocimiento y ella continúa.

—Estaba distraído. Siempre presente a medias. Como si estuviera esperando a que apareciera algo mejor.—

—Yo nunca me distraigo.—

—Olvidaba detalles. Detalles importantes.—

—Yo lo recuerdo todo. —Esto no es una exageración. La maldición de una memoria infinita; cada momento preservado, cada herida archivada.—

—Me hacía sentir que yo era demasiado. —Su voz se vuelve plana —. Demasiado ruidosa. Demasiado conectada. Demasiado yo.—

Aprieto la mandíbula. —Entonces era un tonto.—

Ella me mira. Bajo la tenue luz del auto, sus ojos escudriñan.

—Es bueno en esto —dice ella—. Los cumplidos. Suenan como si los dijera en serio.—

—Los digo en serio.—

—Pero no es real.—

—No —concuerdo—. No es real.—

Las palabras me saben a ceniza.

El restaurante es tranquilo e íntimo. Manteles blancos. Velas. El tipo de lugar donde los meseros aparecen exactamente cuando se necesitan y se desvanecen cuando no.

Poppy pide el salmón. Yo pido el filete, término azul. No comeré mucho, pero las apariencias importan.

—Necesitamos una historia —dice ella, una vez que el sommelier ha servido nuestros vinos y se ha retirado—. ¿Cómo nos conocimos? —

—En una galería de arte —digo. La idea toma forma mientras hablo—. Hace tres meses. Estaba allí por trabajo; un evento de influencers. Yo estaba allí porque soy coleccionista.—

—¿Colecciona arte?—

—Entre otras cosas. —Centurias de adquisiciones. Pinturas que sobrevivieron a sus artistas por generaciones—. Estaba frente a una obra y le dijo a su amiga: —El artista debe haberla pintado durante una ruptura porque los colores son demasiado tristes para ser otra cosa—.—

Ella me mira fijamente. —Eso es extrañamente específico.—

—Tiene que serlo. La escuché por casualidad. Pensé que era perceptiva. Esperé a que estuviera sola y le pregunté qué pensaba de la pieza de al lado.—

—¿Qué dije?—

—Que el artista se estaba esforzando demasiado.—

Se le escapa una risa de sorpresa. —Eso sí suena a algo que yo diría.—

—Te pedí tu número. Me hiciste ganármelo. Me hiciste tres preguntas primero.—

—¿Qué preguntas?—

—Mi película favorita. Si creo en las segundas oportunidades. A qué le tengo más miedo.—

Ella se inclina hacia adelante, interesada ahora. —¿Y qué respondiste?—

—*Casablanca*. La vi cuando recién... —Me detengo. Recalibro—. En Criterion. La restauración.—

Inclina la cabeza. La pausa no se le escapó. Puedo verla registrándola, guardándola.

—Sí creo en las segundas oportunidades —continúo—, porque las personas cambian y el crecimiento merece reconocimiento. —Esto, al menos, es cierto. He visto a los humanos transformarse a lo largo de décadas. Los he visto volverse irreconocibles respecto a quienes eran al principio—. Y tengo miedo de ser olvidado.—

La honestidad me sorprende. No había tenido la intención de decir algo tan real.

—*Casablanca* —repite ella—. Muy clásico.—

—¿No estás de acuerdo?—

—No. Es solo que es muy... —Hace un gesto con su copa de vino —. Muy tú.—

—¿Qué hay de nuestra primera cita?—

—Cena —digo—. En un lugar como este. Íntimo. Quería impresionarte. —Me detengo, buscando un recuerdo antes de recordar que es uno que no debería tener—. Había un lugar en Beverly Hills. L'Ermitage. El maître d' sabía exactamente cómo yo... —

Me detengo. L'Ermitage cerró a principios de los 90. Hace más de treinta años. Fui descuidado.

—¿L'Ermitage? —Poppy frunce el ceño, agarrando su teléfono.

—No habrías escuchado de él. Fue antes de tu época. —La frase sale mal; demasiado vieja, demasiado distante. Intento recuperarme —. Mi padre solía llevarme. Cuando era joven. Me pongo nostálgico. —

Ella me mira de forma extraña. He cometido demasiados errores. El desliz de *Casablanca*. Ahora esto.

—Diremos que fuimos a Providence —corrijo—. El menú de degustación. Llevabas algo verde. El verde te queda bien.—

—No tengo nada verde.—

—Entonces deberías comprar algo. Para la boda.—

Ella me observa, notando las inconsistencias, el fraseo extraño, la forma en que hablo de restaurantes cerrados hace décadas como si

fueran recuerdos personales.

Pero no insiste. En cambio, toma un sorbo de su vino y dice: —Cuéntame de mi trabajo. ¿Qué crees que hago?—

—Creas contenido. La gente te mira. Se sienten conectados contigo sin haberte conocido nunca. —Me inclino hacia adelante, genuinamente curioso—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo construyes ese tipo de intimidad con extraños?—

—Dices eso como si fuera un experimento científico.—

—¿No lo es? Has encontrado la forma de hacer que cientos de miles de personas sientan que te conocen. Eso no es trivial.—

—La mayoría de la gente piensa que es solo publicar selfies.—

—La mayoría de la gente se equivoca. —Estudio su rostro; la inteligencia que hay allí, el cálculo detrás de la calidez—. Estás construyendo relaciones parasociales a escala. Eso requiere entender la conexión humana a un nivel fundamental.—

Ella parpadea. —¿Relaciones parasociales?—

—Cuando la gente siente que conoce a alguien que no los conoce a ellos de vuelta. Tú lo has diseñado. Intencionalmente o no.—

—Haces que suene manipulador.—

—Lo digo como un cumplido. Los humanos siempre han ansiado la conexión. —La palabra sale mal de nuevo. Humanos. Como si yo no fuera uno—. Las personas. Siempre la hemos ansiado. Pero la escala que has logrado... eso es nuevo. Notable.—

Ella se queda callada. He dicho demasiado. He revelado demasiado de cómo veo el mundo; desde afuera, mirando hacia adentro.

—Eres extraño —dice finalmente.—

—Sí.—

—Hablas como si estuvieras... —Se detiene. Niega con la cabeza —. Olvídalo.—

—¿Como si estuviera qué?—

—Como si nos estuvieras estudiando. A las personas. Como si no fueras del todo... —Su voz se apaga, incapaz de terminar.—

No del todo humano. Las palabras que no está diciendo.

—He pasado mucho tiempo observando —digo con cuidado—. En mi línea de trabajo, aprendes a leer a la gente.—

—¿Cuál es tu línea de trabajo exactamente?—

—Inversiones. Adquisiciones. Participaciones a largo plazo.—

—Eso es vago.—

—Sí.—

Ella se ríe; sorprendida, genuina. —No me lo vas a decir.—

—No esta noche.—

—¿Pero eventualmente?—

Me encuentro con sus ojos. Bajo la luz de las velas, son cálidos. Curiosos. Peligrosamente fáciles de perderse en ellos.

—Tal vez —digo—. Si todavía quieres saberlo.—

Para cuando Marcus se detiene frente a su edificio, son casi las once. La cena se alargó más de lo que pretendía. Repasamos la historia de fondo, el cronograma, los detalles que tendríamos que mantener claros. Pero en algún punto intermedio, la actuación se convirtió en conversación. Una conversación real.

No recuerdo la última vez que pasó eso.

—Bueno —dice ella con la mano en la puerta—. ¿Te veré de nuevo antes de irnos?—

—Me encantaría.—

—¿Y practicaremos las... —mueve la mano— ...cosas de proximidad?—

—Sí. Para cuando aterricemos, deberíamos sentirnos cómodos con el contacto casual. Una mano en tu espalda. Tu cabeza en mi hombro. Nada que te haga sentir incómoda.—

—¿Y si me siento incómoda?—

—Entonces tocas tu collar y me detengo. Inmediatamente. Sin preguntas.—

Ella asiente lentamente. —¿Y si tú te sientes incómodo?—

La pregunta me toma por sorpresa.

—No lo estaré —digo.—

Me mira por un momento. Luego, por impulso, se inclina y me besa la mejilla. Apenas un roce. Sus labios están cálidos.

—Gracias —dice ella—. Por tomarte esto en serio. Por no hacerme sentir estúpida.—

Sale del auto antes de que encuentre las palabras.

La veo desaparecer dentro de su edificio. Me toco la mejilla donde estuvieron sus labios.

La piel todavía me hormiguea.

Marcus me mira por el espejo retrovisor pero no dice nada.

—A casa —digo.—

Pero mientras nos alejamos, miro hacia su ventana. Tercer piso. Una luz se enciende.

Pienso en la forma en que se rió. En cómo notó cada desliz que cometí. Y en la forma en que me llamó extraño y lo dijo como una observación, no como un insulto.

Ella va a descubrirme. Tal vez no esta semana. Tal vez no este mes. Pero eventualmente, va a mirar todas las piezas que no encajan y las armará para dar con la respuesta correcta.

Y cuando lo haga, huirá.

Siempre lo hacen.

Pero por ahora, por estos cuatro días, puedo fingir. Estar al lado de una mujer que me hace sentir algo que creí calcificado hace décadas.

Marcus gira hacia la Carretera de la Costa del Pacífico. El océano brilla a nuestra izquierda, oscuro e infinito.

Cuatro días. Eso es todo lo que es esto. Una actuación. Una transacción.

Casi me lo creo.

CAPÍTULO 5

POPPY

En cuanto atravieso la puerta, le envío un mensaje a Sage.

YO: Necesito que vengas inmediatamente

YO: Trae vino

YO: En realidad tengo vino, solo ven tú

YO: EMERGENCIA

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

SAGE: Son las 11 p. m. de un jueves

YO: ¡LO SÉ!

SAGE: Estoy en pijama

YO: ¡NO ME IMPORTA!

SAGE: Esto es por el novio falso, ¿verdad?

YO: SAGE

SAGE: Voy en camino

SAGE: No empieces sin mí

No empiezo sin ella. En lugar de eso, camino de un lado a otro en mi departamento como un animal enjaulado, repitiendo toda la velada en mi cabeza.

Cómo miró mi estantería. La forma en que dijo encantadora como si realmente lo sintiera.

Su descripción de los humanos hacía que pareciera que él no fuera uno.

Estoy entrando en espiral. Sé que estoy entrando en espiral. Pero la espiral se siente justificada porque algo no cuadra con Julian Blackthorne, y no logro descubrir qué es.

Mi timbre suena quince minutos después. Oprimo el botón sin revisar, y Sage aparece en mi puerta con pantalones de franela, una sudadera gigante de la UCLA y pantuflas con forma de dinosaurio.

—Más vale que esto sea bueno —dice, pasando a mi lado—. Llevaba dos episodios de un documental de asesinatos.

—Es bueno. Es raro. No sé qué es —tomo una botella de tinto de la barra y dos copas—. Siéntate. Necesito desahogarme.

Sage se desploma en mi sofá, encogiendo sus pies de dinosaurio debajo de ella. —Bien. Empieza por el principio. ¿Cómo era? ¿La foto era fiel a la realidad?

—Mejor.

—¿Mejor?

—Sage, él es... —sirvo el vino demasiado rápido, casi derramándolo—. Es hermoso. Tipo, ofensivamente hermoso. Como si alguien lo hubiera diseñado en un laboratorio para que las mujeres cuestionen de por vida sus elecciones.

—Bien, entonces, guapo. Sabíamos que sería guapo. La aplicación no te va a emparejar con un duende.

—No es solo eso. Es la forma en que se mueve. Tan preciso. Tan deliberado. Como si fuera consciente de cada centímetro de espacio que ocupa su cuerpo. Y se queda quieto. No una quietud normal. Se quedó parado en mi sala y no se mostró inquieto, no cambió el peso de su cuerpo, no revisó su teléfono. Solo... existió allí. Como una estatua.

Sage toma su vino. —Tal vez hace yoga.

—Preston hacía yoga. Preston no podía quedarse quieto ni aunque su vida dependiera de ello.

—Buen punto. ¿Qué más?

Me siento a su lado, encogiendo las piernas. —Dijo que vio *Casablanca* cuando se estrenó.

Sage se atraganta con el vino. —¡¿Qué?!

—Se corrigió. Dijo que se refería a Criterion, la restauración. Pero eso no fue lo que dijo primero. Dijo que cuando se estrenó.

—*Casablanca* salió en, qué, en los cuarenta o algo así, ¿no?

—Mil novecientos cuarenta y dos. Lo busqué.

—Entonces, o es un viajero del tiempo o se equivocó al hablar.

—Eso no es lo único —tomo un sorbo largo—. Mencionó un restaurante. L'Ermitage. Habló de él como si hubiera comido allí la semana pasada. Así que lo busqué.

—¿Y?

—Cerró en 1991.

Sage hace una pausa. —Sabes, todavía hay restaurantes abiertos en el hotel L'Ermitage.

—Sí, pero estoy segura de que se refería al restaurante que cerró en el 91.

—De acuerdo. Eso es raro.

—¿Verdad?

—Pero también... la gente rica es rara con los restaurantes. Mi primo trabaja en capital privado y todavía habla del Per Se como si fuera una experiencia religiosa aunque fue una sola vez hace cinco años.

—Esto fue diferente. Dijo antes de tu tiempo como si estuviera... no lo sé. Como si estuviera hablando desde un lugar más lejano que cinco años atrás.

Sage deja su copa. Me estudia. —Poppy. ¿Exactamente qué estás sugiriendo?

—No estoy sugiriendo nada. Solo digo que hay algo extraño en él.

—¿Extraño cómo? ¿Extraño tipo "asesino serial" o extraño tipo "multimillonario excéntrico"?

—¡No lo sé! —levanto las manos—. ¿Ambos? ¿Ninguno? Es educado, casi a la antigua. Me retiró la silla en la cena. Caminó por la parte exterior de la acera cuando salimos del restaurante. Me llamó Señorita Gable al principio como si estuviéramos en algún drama de época.

—Eso es... ¿un poco dulce?

—También dijo humanos en un momento. Tipo: "los humanos siempre han ansiado la conexión". Como si estuviera dando una

charla TED sobre una especie que ha estado observando.

—Tal vez solo es torpe al socializar.

—No es torpe. Ese es el punto. Es increíblemente fluido. Demasiado fluido. Todo lo que dice suena ensayado, pero ensayado de una manera que es tan natural que casi no lo notas. Excepto que yo sí lo noté porque seguía teniendo deslices. Como si la versión ensayada tuviera fallos y algo más antiguo se asomara.

Sage me mira con una expresión que no alcanzo a descifrar.

—¿Qué? —pregunto.

—Has pasado, qué, ¿tres horas con este tipo?

—Algo así.

—Y ya tienes un perfil psicológico completo, ah, y una teoría conspirativa descabellada.

—No es una teoría conspirativa...

—Poppy —se inclina hacia adelante—. Te gusta.

—¿Qué? No. Lo contraté. Es un acuerdo de negocios.

—Te gusta y te está dando pánico, así que estás buscando razones por las que secretamente es un bicho raro para no tener que lidiar con el hecho de que sientes algo por él.

—No siento nada. Tengo observaciones.

—Estás enamorada y estás en negación.

—Absolutamente no...

—Le diste un beso en la mejilla.

Me quedo helada. —¿Cómo sabes eso?

—Porque tienes un tic. Siempre jugueteas con tu collar cuando haces algo impulsivo. Lo has estado tocando desde que entré.

Mi mano cae de mi clavícula. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Solo fue un agradecimiento —murmuro—. Estaba siendo amable, ¿sabes? Él... él no me hizo sentir patética. Y más importante, se tomó todo el asunto en serio. Incluso después de que le di una lista sobre cómo ser un tipo rico... aunque obviamente es súper rico.

—¿Y?

—Y olía muy bien. Como a cedro y a libros viejos. Que es una combinación rara, pero funcionaba totalmente.

Sage sonríe. —Estás perdida.

—No estoy perdida. Voy a ir a una boda de destino con un novio falso profesional. Eso es todo.

—Un novio falso profesional al que quieres besar de verdad.

—Le besé la mejilla.

—Esta vez.

Vacío mi copa de vino. Sage la rellena sin que se lo pida.

—Bien —dice ella—. Analicemos los escenarios. El mejor de los casos: es exactamente lo que parece. Rico, guapo, aunque un poco excéntrico. Sobrevives a la boda, Preston se ahoga con sus propios celos, se separan con tu dignidad intacta.

—Ese es el plan.

—¿El peor de los casos?

Pienso en la quietud. En los deslices. En la forma en que me miró como si yo fuera un acertijo que intentaba resolver.

—Está ocultando algo —digo—. Algo grande. Y me meto en un problema del que no puedo salir.

—¿Y la tercera opción secreta?

—¿Cuál es la tercera opción secreta?

Sage sonríe. —Está ocultando algo, te metes en un problema, y te gusta.

—Eso no es...

—¿Cuatro días en las Bahamas con un misterioso galán rico que te mira como si fueras interesante y te hace olvidar a tu basura de ex? —levanta su copa—. Algunas personas llamarían a eso vacaciones.

No respondo. Porque no se equivoca. Algo en Julian me hace querer indagar más, a pesar de que cada instinto me dice que no me va a gustar lo que encuentre.

—Cuéntame sobre la cena —dice Sage—. La conversación real. No las cosas raras.

Lo pienso. La historia que inventamos —la galería de arte, las tres preguntas, la respuesta que dio sobre tener miedo a ser olvidado—. La forma en que se inclinó hacia adelante cuando hablé de mi trabajo, genuinamente curioso. La forma en que llamó a lo que hago notable sin un rastro de condescendencia.

—Me escuchó —digo—. Escuchó de verdad. No de la forma en que Preston escuchaba, donde se notaba que solo estaba esperando su

turno para hablar. Julian hizo preguntas y luego realmente le importaron las respuestas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Sobre mi contenido. Cómo construyo una conexión con mi audiencia. Lo llamó "relaciones parasociales a escala" y lo hizo sonar como un cumplido.

—Relaciones parasociales a escala —repite Sage—. Esa es... emm, una frase muy específica.

—Te lo dije. Habla como si hubiera estudiado a la humanidad desde afuera.

—O como si hubiera ido a la escuela de negocios.

—Tal vez —juego con la etiqueta de la botella de vino—. También dijo que el dinero se vuelve paisaje después de un tiempo. Cuando tienes suficiente. Como si estuviera hablando de décadas, no de años.

—La gente rica tiene un sentido del tiempo diferente.

—¿De verdad? ¿O tienen el mismo sentido del tiempo y solo más de todo lo demás?

Sage no responde. Nos quedamos sentadas en silencio por un momento, el vino tibio en mi pecho, las preguntas aún dando vueltas.

—¿Qué dijo sobre Preston? —pregunta finalmente.

—Que era un tonto. Que dejarme no fue una mejora —hago una pausa—. Sonaba enojado cuando lo dijo. De verdad enojado. Como si Preston lo hubiera ofendido personalmente.

—Debo decir que este tipo me cae bien, incluso si solo es un buen actor.

—Tal vez estaba fingiendo.

—Pero tú no crees eso.

—Honestamente, no sé qué pensar —apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá—. Solo sé que lo contraté para fingir que es mi novio. Que se supone que esto sea falso. Soy consciente de que, una vez que termine, él desaparecerá, yo volveré a mi vida normal y esta será una historia rara que contaré en las fiestas.

—¿Pero?

—Pero cuando me miró esta noche —cuando dijo que yo era interesante y que Preston era un tonto—, parte de mí quería que fuera real.

Sage estira la mano y me la aprieta.

—Eso no es patético, Poppy. Eso es humano.

—Él probablemente tendría algo que decir sobre eso. Algún tipo de observación sobre cómo los humanos necesitan validación.

Ella se ríe. —Probablemente —mira su teléfono—. Es medianoche. Tengo una reunión a las nueve de la mañana que voy a odiar.

—Ve. Lamento haberte hecho salir.

—No lo sientas —se levanta y se estira—. Esto es lo más interesante que ha pasado en meses. Estoy viviendo indirectamente a través de tu desastre.

—No es un desastre. Es un acuerdo de negocios.

—Sigue diciéndote eso —se encamina a la puerta, luego se detiene—. Oye. Cuando descubras qué es lo que no cuadra con él —y lo harás, porque eres tú—, prométeme que tendrás cuidado.

—¿Cuidado cómo?

—No lo sé. Solo... cuidado —abre la puerta—. Algunos misterios no están hechos para ser resueltos.

—¿Desde cuándo eres filosófica?

—Desde que empecé a ver documentales de asesinatos a las once de la noche —me lanza un beso—. Envíame actualizaciones. Actualizaciones constantes. Esto es mucho mejor que ver Netflix.

La puerta se cierra tras ella.

Me quedo sentada en mi sofá, copa de vino en mano, mirando la ventana donde las luces de la ciudad se filtran por las cortinas.

Julian Blackthorne. Treinta y dos años... supuestamente. Un metro ochenta y ocho de altura. Habla cuatro idiomas. No juega al golf, no tiene yates, tiene opiniones sobre el vino que podrían no ser aburridas. Colecciona arte. Vio *Casablanca* cuando se estrenó.

Algo no cuadra.

Voy a descubrir qué es.

Mi teléfono vibra. Número desconocido.

JULIAN: Gracias por lo de esta noche. Lo disfruté más de lo que esperaba.

Me quedo mirando el mensaje. Lo leo dos veces.

Más de lo que esperaba.

Ya somos dos.

Le respondo sin pensarlo demasiado:

YO: Igual. ¿Cuándo podré verte de nuevo?

JULIAN: Estaré fuera de la ciudad por negocios las próximas dos semanas. ¿Qué tal cuando regrese?

YO: Es una cita

¡¿Es una cita?! ¿Qué rayos fue eso?

JULIAN: Estaré contando los días.

Tres puntos. Luego:

JULIAN: Que duermas bien, Poppy.

Nadie me ha dicho que duerma bien desde mi abuela. La formalidad debería sentirse extraña. En cambio, se siente como algo más.

Algo que podría ser el comienzo de una muy mala idea.

Apago mi teléfono. Termino mi vino. Me voy a la cama.

No duermo bien en absoluto.

CAPÍTULO 6

JULIAN

La primera regla para sobrevivir dos siglos y medio: no te encariñes.

La he roto tres veces. Cada una terminó de formas con las que todavía sueño —y los vampiros no soñamos a menudo—. Cuando lo hacemos, suelen ser recuerdos. El cerebro procesando siglos de momentos de los que no puede desprenderse del todo.

Corinne en el río. Margaret en el fuego. Anya en Praga.

Debería añadir a Poppy a la lista de errores que estoy cometiendo. En lugar de eso, estoy leyendo su mensaje por cuarta vez.

POPPY: No puedo dormir. Estrés por la boda. Cuéntame algo aburrido sobre finanzas para que me quede frita.

Son las 11:58 a. m. en Ginebra, lo que significa que es plena noche para Poppy.

Estoy en una sala de conferencias que cuesta más por hora que el alquiler mensual de la mayoría de las personas, revisando documentos de adquisición para una empresa tecnológica que no existirá en diez años. El trabajo es necesario —mantener la riqueza requiere atención, incluso la riqueza inmortal—, pero hoy se siente como un castigo.

Le respondo sin pensar.

YO: El interés compuesto es la octava maravilla del mundo. El que lo entiende, lo gana. El que no, lo paga.

POPPY: ¿Acabas de citarme a Einstein?

YO: Pediste algo aburrido.

POPPY: Eso no es aburrido, es deprimente. Ahora estoy estresada y pensando en mi deuda de la tarjeta de crédito.

POPPY: Además, ¿cómo es que te sabes citas de Einstein de memoria a las 3 de la mañana?

Hago una pausa. La verdad —que conocí a Einstein en una conferencia que dio allá por 1921— obviamente no es una opción.

YO: Juventud malgastada. Leo mucho.

POPPY: ¿A las 3 de la mañana?

YO: No duermo mucho, pero aquí no son las 3 de la mañana.

POPPY: ¿Qué hora es?

YO: Las 11:58 a. m., pero ten por seguro que no me despertarás si alguna vez quieres escribirme a las 3 de la mañana.

POPPY: ¿Insomnio?

YO: Algo así.

Aparecen los tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

POPPY: A mí también me pasa. Al menos esta noche. Mi cerebro no se apaga.

POPPY: Violet mandó el mapa de los asientos. Estoy en la mesa principal. Con Preston. Y Serenity. Y mi madre.

POPPY: Durante TRES HORAS.

Dejo a un lado los documentos de adquisición. Pueden esperar. Han estado esperando durante décadas en diversas formas. Unas cuantas horas más no importarán.

YO: Cuéntame lo del mapa de asientos.

POPPY: No quieres oír hablar del mapa de asientos.

YO: Te lo estoy preguntando.

POPPY: Es solo que... Violet puso a Preston frente a mí. ENFRENTE. Así que tendré que verle la cara mientras como. Mientras Serenity le toca el brazo y se ríe de sus chistes horribles y hace eso de mirarlo como si hubiera inventado el oxígeno.

POPPY: Y mi mamá estará mirando. Evaluando cada reacción. Lista para intervenir con comentarios «prácticos» sobre cómo lo estoy

manejando.

POPPY: Y tendré que sonreír. Todo el tiempo. Porque si no sonrío, soy la ex amargada que no logra superarlo. Y si sonrío demasiado, estoy compensando en exceso. Hay una medida exacta de sonrisa que demuestra que estoy bien y feliz y que para nada me estoy muriendo por dentro.

POPPY: Perdón. Fue mucho. Tú no te apuntaste para ser mi sesión de terapia.

Me quedo mirando el teléfono. Ante la cruda honestidad que ella ofrece sin parecer darse cuenta de lo inusual que es.

La mayoría de la gente actúa constantemente. Incluso a solas, incluso en privado, están ensayando para un público que no existe. Toda la carrera de Poppy es una actuación; conoce los ángulos, la iluminación, la calibración exacta de autenticidad que vende. Pero ahora mismo, a las 3 de la mañana cuando no puede dormir, no está actuando.

Solo me está diciendo la verdad.

YO: Me apunté para lo que necesites.

Las palabras escapan antes de que pueda sopesar si son apropiadas. Si revelan demasiado.

POPPY: Eso es muy de novio falso por tu parte.

YO: No es falso.

Una larga pausa. Observo cómo los puntos aparecen y desaparecen tres veces.

POPPY: ¿Julian?

YO: ¿Sí?

POPPY: ¿Por qué aceptaste este trabajo de verdad? Y no vuelvas a decir que por curiosidad. He estado pensando en ello y no me cuadra. Es evidente que eres rico. No necesitas el dinero. No pareces alguien que haga cosas por diversión. Entonces, ¿por qué?

Me reclino en mi silla. En lugar del horizonte de Geneva que brilla fuera de la ventana —tengo cortinas opacas—. Pero ya no necesito verlo. Lo tengo todo grabado en la memoria. He visto cambiar a esta ciudad por más de ciento cincuenta años. He visto cambiarlo todo.

Y yo he permanecido igual.

YO: ¿Honestamente?

POPPY: Por favor.

YO: Estaba aburrido.

POPPY: Aburrido.

YO: No exactamente aburrido. Vacío. He estado haciendo las mismas cosas durante muchísimo tiempo. Creando empresas. Gestionando activos. Asistiendo a eventos donde todos quieren algo de mí. Empieza a parecer que estoy viendo mi vida desde fuera. Siguiendo la corriente. La verdad es que dejé de importarme todo eso hace años.

Hago una pausa. Borro la palabra "décadas". La sustituyo por "años".

YO: Tu petición era diferente. No estabas fingiendo. Dijiste exactamente lo que necesitabas: ayuda para superar algo difícil manteniendo tu dignidad intacta. Sin eufemismos. Sin juegos. Solo honestidad.

YO: Eso me resultó fascinante.

POPPY: ¿Como para volar a las Bahamas con una desconocida?

YO: Como para querer saber más.

Otra pausa. Cuando llega su respuesta, es más suave de algún modo. Puedo oír el cambio en su voz incluso a través del texto.

POPPY: Puede que sea lo más romántico que me han dicho nunca. Y eso que ni siquiera hemos tenido nuestra segunda cita todavía.

YO: El sábado. En cuanto vuelva.

POPPY: ¿Cuándo vuelves?

Miro los documentos sobre la mesa. Las reuniones programadas para los próximos cinco días. Las relaciones de un siglo de antigüedad que se supone que debo mantener.

YO: Pronto.

POPPY: Eso es muy impreciso.

YO: El viernes por la noche. Te recogeré el sábado a las siete.

POPPY: Para nuestra cita de práctica.

YO: Para nuestra cita.

POPPY: Julian. No puedes omitir la palabra "práctica" y esperar que no me dé cuenta.

YO: Me di cuenta de que te diste cuenta. Y decidí ignorarlo.

POPPY: Eso es muy misterioso por tu parte.

YO: Me han dicho que se me da bien ser misterioso.

POPPY: ¿Quién?

Un recuerdo aflora: Vienna, 1847. Una mujer diciéndome que era "insoportablemente enigmático" antes de besarme en un jardín iluminado por la luna. Lo reprimo.

YO: Varias personas. A lo largo de los años.

POPPY: Eso es aún más misterioso. Ahora lo estás haciendo a propósito.

YO: Tal vez.

POPPY: Debería intentar dormir. Algunos tenemos limitaciones mortales, como necesitar descanso.

La palabra —mortal— me toma desprevenido. Ella lo dice de forma casual, como un chiste sobre ser humana. Pero desde donde yo estoy, impacta de manera diferente.

YO: Duerme bien, Poppy.

POPPY: Tú también. Si es que alguna vez duermes.

POPPY: ¿Julian?

YO: ¿Sí?

POPPY: Gracias por esto. Por hablar. Sé que probablemente estés ocupado siendo alguien importante.

YO: Nunca estoy demasiado ocupado para ti.

Lo envío antes de que surja la duda.

POPPY: Buenas noches, Julian.

YO: Buenas noches.

Dejo el teléfono. La sala de conferencias se siente más vacía que hace una hora. Los documentos parecen menos importantes.

Marcus me diría que estoy siendo descuidado. Que me estoy encariñando. Que estoy cometiendo los errores que juré no volver a cometer jamás.

Tendría razón.

Tomo mi teléfono y le escribo a mi asistente.

YO: Despeje mis reuniones del miércoles y jueves. Voy a volar de regreso antes.

La respuesta es inmediata.

REBECCA: ¿Incluso la reunión con Hartwell? Ha estado cultivando esa relación durante tres años.

YO: Reprograme.

REBECCA: No les va a gustar.

YO: Sobrevivirán.

Me guardo el celular en el bolsillo y me paro frente a la ventana.

En este momento, lo único que quiero es estar con una mujer en Los Ángeles que no puede dormir porque teme a una boda donde estará su ex.

Debería alejarme. Terminar el acuerdo. Reembolsarle su dinero y desaparecer de nuevo en el cuidadoso anonimato que he construido.

En lugar de eso, voy a adelantar mi vuelo tres días porque no soporto la idea de que esté preocupada a solas.

La primera regla para sobrevivir dos siglos y medio: no te encariñes.

Ya la he roto.

Los siguientes días transcurren en un borrón de reuniones que apenas recuerdo.

Atiendo llamadas sobre la fusión en Tokio mientras pienso en la forma en que Poppy se ríe: brillante y sorprendida, como si la alegría siempre la tomara desprevenida. Reviso contratos mientras recuerdo cómo miraba la foto de su abuela, enternecida por el duelo y el amor.

Nos enviamos mensajes constantemente. Los límites que debería mantener se siguen disolviendo.

Ella me envía fotos de su día: un atardecer desde su balcón, un café con arte de espuma del que está orgullosa, un vestido que está considerando para la cena de ensayo. —¿Es demasiado? —pregunta.

—No es suficiente —respondo, y no me refiero al vestido.

El martes, me llama a la medianoche de su hora local.

—Tengo una confesión —dice ella.

—Te escucho.

—Te busqué en Google —suena culpable. Casi avergonzada—. O sea, extensamente. Después de nuestra primera cita.

—¿Y qué encontraste?

—Casi nada. Lo cual es, de alguna manera, más sospechoso que encontrar algo terrible —hace una pausa—. Julian Blackthorne es básicamente un fantasma. Algunos artículos de negocios. Sin fotos.

Sin redes sociales. Sin entrevistas. Es como si hubieras materializado de la nada hace cinco años.

—Valoro mi privacidad.

—Nadie valora tanto su privacidad. No en este siglo —escucho que se mueve, acomodándose en la cama, probablemente. La imagen en mi mente es peligrosa—. Es como si estuvieras escondiéndote de algo.

—Tal vez solo soy anticuado.

—Eres anticuado. La forma en que hablas. Las cosas a las que haces referencia. Ayer llamaste a alguien —insufrible— como si fuera una palabra normal que la gente usa.

—Es una palabra normal.

—Es una palabra que usaba mi abuela —vacila—. ¿Julian? ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Eso es lo que decía tu perfil. Pero no te sientes de treinta y dos.

Mi mano se aprieta alrededor del teléfono. —¿Cómo qué me siento?

—No lo sé. Más viejo. No físicamente; te ves de treinta y dos. Pero por la forma en que te portas. La forma en que hablas del tiempo. Como si hubiera tanto que ya dejaste de contar.

Es demasiado perceptiva. Demasiado inteligente. Eventualmente se dará cuenta; tal vez no de la verdad sobrenatural, pero sí de los bordes suficientes para hacerla salir corriendo.

—He vivido una vida plena —digo con cuidado—. Viajes. Negocios. Experiencia. Te envejece de formas que no se notan.

—Esa es la respuesta más evasiva que he escuchado.

—Lo sé.

—Pero no vas a decirme más.

—Esta noche no.

Ella suspira. —Eres desesperante.

—Me lo han dicho.

—¿Quién? ¿Más de esas misteriosas —varias personas—?

—Algo así.

—Debería colgar. Debería decidir que esto es demasiado raro, demasiado secreto y demasiado para mí.

—Deberías —concuerdo.

—Pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué no?

Se queda en silencio tanto tiempo que pienso que se ha quedado dormida. Luego dice: —Porque sea lo que sea que estés escondiendo, no cambia la forma en que me hablas. Como si fuera interesante. Como si lo que digo importara.

—Importa.

—Lo sé. Ese es el problema —otra pausa—. Ya me voy a dormir. De verdad esta vez.

—Duerme bien, Poppy.

—¿Julian?

—¿Sí?

—Me alegra que hayas aceptado este trabajo. Aunque seas misterioso y desesperante y probablemente estés ocultando algo enorme.

—A mí también me alegra.

Ella cuelga.

Pienso en lo fácil que ella podría destruirme.

No con plata ni con luz solar ni con ninguna de las viejas leyendas.

Sino simplemente yéndose.

El miércoles por la mañana, abordo mi jet privado de regreso a Los Ángeles.

Aterrizo a las 4 p. m. hora local. El atardecer llegará en aproximadamente una hora, así que invento algún pretexto para permanecer dentro de la aeronave en el hangar. Marcus se reúne conmigo en el aeropuerto con actualizaciones que apenas escucho.

—La reunión con Hartwell se reprogramó para el próximo mes. No estaban contentos.

—Sobrevivirán.

—El Consejo envió un control de estado.

—Bien.

—Alguien ha estado investigando tus antecedentes. Búsquedas profundas. De las que cuestan dinero.

Eso capta mi atención. —¿Quién?

—Aún no estamos seguros. Las consultas vinieron a través de múltiples proxies. De origen europeo, posiblemente. O hechas para que parezcan así.

—¿Damien?

Marcus vacila. —Es posible. El patrón coincide con su estilo. Paciente. Exhaustivo.

Cierro los ojos. Por supuesto. Por supuesto que aparecería ahora, justo cuando finalmente me estoy permitiendo desear algo.

—Aumenta la vigilancia sobre todas mis identidades. Y haz una revisión sobre Poppy Gable; asegúrate de que nadie la haya estado observando.

—Ya está hecho. Está limpia. No hay ningún interés inusual.

—Que siga así.

Marcus asiente, pero noto la expresión en su rostro. Esa que dice que sabe que estoy cometiendo un error.

Probablemente tiene razón.

Esa noche, hago una llamada más.

—Julian —la voz de Celeste carga con doscientos años de historia complicada—. Esto es inesperado.

—Necesito información.

—Siempre necesitas información. ¿De qué tipo?

—Damien Ashworth. Última ubicación confirmada. Actividad reciente.

Silencio. Cuando vuelve a hablar, su voz es cautelosa. —¿Crees que está saliendo a la superficie?

—Alguien ha estado haciendo búsquedas. Marcus cree que el patrón coincide.

—Damien ha estado callado por décadas. Si está haciendo movimientos ahora... —su voz se apaga—. ¿Hay alguien? ¿Alguien a quien podría usar en tu contra?

No respondo. No hace falta.

—Julian —su voz se vuelve severa—. Dime que no estás haciendo esto otra vez.

—No estoy haciendo nada.

—Estás haciendo lo mismo que hiciste en Praga. Y en Viena. Y en Londres. Te estás permitiendo que te importe alguien mortal, y

Damien va a...

—Sé lo que Damien va a hacer.

—Entonces detente. Aléjate. Sea lo que sea esto, termínalo antes de que...

—No puedo.

La confesión queda flotando entre nosotros. Dos siglos de amistad, y nunca antes le había dicho esas palabras.

—No puedes —repite ella—. Julian, te has alejado de todo. Empresas. Países. Personas que te amaban. Siempre has sido capaz de alejarte.

—Esta vez no.

—¿Por qué?

Pienso en Poppy. La forma en que me miró en su departamento, rodeada de su vida cuidadosamente seleccionada. La forma en que se rió cuando leí su guía de apoyo. La honestidad en sus mensajes a las 3 de la mañana.

—Porque ella me ve —digo—. No el dinero ni el misterio. Solo a mí.

—Ella no sabe lo que eres.

—No.

—¿Y cuando se entere?

—Entonces se irá. Y yo sobreviviré. He sobrevivido a cosas peores.

—¿De verdad? —la voz de Celeste es suave—. ¿De verdad lo has hecho?

No respondo.

—Te conseguiré información sobre Damien —dice finalmente—. Pero Julian, ten cuidado. Sea lo que sea esto, sea lo que sea que ella signifique para ti, Damien encontrará la forma de usarlo en tu contra.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque la última vez que te importó alguien tanto así...

—Lo sé, Celeste.

—Damien dejó el cuerpo de Anya sobre tu cama como si fuera un regalo. No hablaste durante años después de eso, Julian. Años de nada.

—Lo recuerdo.

—Y antes de ella... Margaret en el incendio del manicomio. Corinne en el río. Has perdido a cada persona que te has permitido amar.

—Lo recuerdo todo.

Ella suspira. —Entonces espero que esta vez valga la pena.

Pienso en la risa de Poppy. En su honestidad. En la forma en que me hace querer ser más de lo que soy.

—Vale la pena —digo—. Vale la pena.

CAPÍTULO 7

POPPY

Estoy en medio de la grabación de un segmento de cuidado de la piel —mascarilla de tela, aro de luz, toda la producción— cuando suena el timbre de mi puerta. Lo ignoro. La luz es perfecta en este momento y ya he hecho tres tomas.

ZUMBIDO... otra vez.

Y otra vez.

—Increíble —murmuro, pausando la grabación. Mi cara se ve ridícula en el visor: medio visible a través de la mascarilla, con el rímel un poco corrido de la toma anterior. Definitivamente no estoy lista para abrir la puerta.

Pero quienquiera que esté allá abajo no se rinde.

Presiono el intercomunicador. —¿Sí?

—Entrega para Poppy Gable.

—¿Puede dejarla ahí?

—Requiere firma, señora.

Miro mi reflejo. Mascarilla de tela verde lima. Moño desordenado. Pantalones deportivos que dicen *SUNDAY* aunque es jueves.

—Deme un minuto.

Me quito la ridícula mascarilla, me limpio la cara y me pongo un cárdigan que al menos oculta el hecho de que no llevo brasier.

Suficiente para un repartidor.

El hombre en mi puerta lleva un uniforme que no reconozco; ni UPS ni FedEx. Algo más exclusivo. Sostiene un porta trajes.

—¿Señorita Gable? —revisa su tableta—. Es del señor Blackthorne.

Mi estómago hace algo complicado.

—Gracias. —Firmo en su tableta y tomo la bolsa. Es más pesada de lo que esperaba; tela de calidad, seguramente. Del tipo que cuesta más que mi alquiler mensual.

—Que tenga una buena tarde, señora.

Cierro la puerta y me quedo mirando el porta trajes.

Hay una tarjeta adjunta. Cartulina gruesa color crema, como las que venden en papelerías de verdad en lugar de en el pasillo de tarjetas de felicitación de un CVS. Su letra es precisa y un poco antigua; más trazos de los necesarios, como si hubiera aprendido caligrafía en otra época.

El verde te sienta bien. —J

Abro el porta trajes.

El vestido que hay dentro hace que se me olvide cómo respirar.

Seda esmeralda. Corte sencillo: elegante sin ser pretencioso. El vestido parece no requerir esfuerzo, pero apuesto a que costó una fortuna. Miro la etiqueta: un diseñador que he visto en alfombras rojas, pero nunca en mi armario.

Reviso la talla. Es exactamente la mía.

Lo cual es o bien un detalle considerado o un poco inquietante. ¿Cómo sabe mi talla? Hemos tenido una cena. ¿Lo adivinó? ¿Hizo que alguien lo investigara? ¿Lo ingresé en Spellbound? Si fue así, ¿por qué le darían esa información a un hombre? A las chicas nunca nos gustaría que el chico supiera nuestra talla de vestido.

Cielos, esto es demasiado. Debería estar molesta, ¿verdad? ¿No es esto una presunción?

Antes de que pueda responderme a mí misma, me lo pruebo.

La seda se desliza sobre mi piel como el agua. Fresca, suave y perfecta. Me paro frente a mi espejo de cuerpo entero y apenas me reconozco.

Esta no es la Poppy de Glowstagram; cuidadosamente curada, estratégicamente filtrada. Esta es otra persona. Alguien que

pertenece a galas e inauguraciones de galerías. Alguien que sale con multimillonarios misteriosos que envían vestidos de diseñador antes de la cena.

Mi teléfono vibra.

JULIAN: ¿Llegó?

Me tomo una foto en el espejo —solo el vestido, sin mostrar la cara, preservando algo de dignidad— y la envío.

YO: Es demasiado.

JULIAN: Es justo lo necesario.

YO: Julian. Apuesto a que esto cuesta más que mi auto.

JULIAN: Tu auto es un Honda Civic 2019. Esa no es una vara muy alta.

YO: ¡¿Cómo sabes qué auto manejo!?

JULIAN: Estaba en tu expediente.

YO: Eso es inquietante.

JULIAN: Eso es ser minucioso. ¿Qué tal si paso por ti a las siete?

YO: ¿Esta noche?

JULIAN: Sí. Parecías necesitar compañía, así que reorganicé mi agenda para estar aquí por ti.

YO: ¿De verdad?

JULIAN: Las ventajas de ser el dueño de la empresa.

YO: ¿Y si estaba ocupada esta noche?

JULIAN: ¿Lo estás?

YO: No.

JULIAN: ¿Entonces a las siete?

Me quedo mirando el teléfono. El vestido. Mi reflejo; esta extraña vestida de seda esmeralda que aparentemente va a tener una cita con un hombre que memoriza el modelo de su auto y envía alta costura sin preguntar.

YO: Me encantaría. Es—

No, eso es demasiado lanzado. Lo borro antes de enviarlo. En lugar de eso, escribo: «Te veo a las 7».

JULIAN: Encantador.

¿Encantador? ¿Quién dice eso? Pero además, ¿qué chica no ama los grandes gestos, verdad?

YO: Emoji de corazón

Realmente necesito enviarle un mensaje a Sage. Necesito que me ponga los pies en la tierra. Recordarme que esto es falso, que es un trabajo, que es una transacción que termina después de la boda de mi hermana.

No, no quiero que nadie me baje de mi nube ahora mismo. Primero el cabello. Quizás hable con Sage después. Pero honestamente, probablemente no.

A las 6:58, suena mi timbre. Por supuesto que llega temprano. ¿Qué esperaba? Quiero decir, parece totalmente el tipo de persona que llega exactamente dos minutos antes. El tipo de hombre que aparece no tan temprano como para que sea incómodo, ni tan tarde como para que sea irrespetuoso. Apuesto a que llegó antes y simplemente se quedó en su auto hasta que faltaban un par de minutos.

No estoy acostumbrada a salir con hombres elegantes como Julian.

¿En qué estoy pensando? Necesito recordar que para él es solo un trabajo. Cálmate, Poppy.

Con eso, respiro profundo antes de presionar el intercomunicador. —Ya bajo.

—Tómate tu tiempo.

Pero no me tomo mi tiempo. He estado lista desde hace veinte minutos, caminando de un lado a otro en mi departamento, revisando mi maquillaje, cuestionando cada decisión que he tomado desde que llegó el vestido.

Él está esperando en la acera cuando salgo.

Verlo me detiene en las escaleras.

Traje oscuro; diferente al que usó en nuestra primera cena. Más ajustado. Más moderno. Combina con el vestido que me envió. Su cabello está un poco despeinado, lo cual empiezo a sospechar que es intencional. Todo en Julian Blackthorne parece intencional.

Sus ojos recorren mi cuerpo mientras bajo. Lentamente. Deliberadamente. Sin morbo... más bien como si estuviera memorizando cómo cae la seda, cómo el color atrapa la luz de la tarde y cómo me veo con algo que él eligió.

—Te lo pusiste —dice.

—¿No era eso lo que querías?

—Esperaba que lo hicieras, pero no estaba seguro de que lo harías. A la mayoría de la gente no le gusta que le digan qué ponerse.

—A la mayoría de la gente no se lo dice una etiqueta de diseñador.

Su boca se curva. No llega a ser una sonrisa —Julián no parece ser de sonrisas completas—, pero es algo cercano. —Te ves hermosa.

Las palabras son sencillas. Su voz hace que me sienta más de lo que soy.

—Gracias. —Llego al final de la escalera. Estamos cerca ahora; más cerca de lo que esperaba. Mi corazón empieza a latir más rápido. *¿Podrá oírlo?* Tomo aire. *Ve con calma.* —Aunque todavía estoy decidiendo si el vestido es romántico o controlador.

—¿No puede ser ambas cosas?

—No. Elige una.

—Romántico —dice él—. Definitivamente romántico. Vi el color y pensé en ti.

—¿Cuándo? Has estado en Ginebra.

—Hice que lo enviaran desde una boutique en París. Tienen un comprador personal que he utilizado antes.

—Por supuesto que tienes un comprador personal en París.

—Varios, en realidad. Para diferentes ocasiones.

Niego con la cabeza. —No sé si estás bromeando.

—Rara vez bromeo.

—Eso es preocupante.

—¿Lo es? —Él abre la puerta del auto—. Pensé que era eficiente.

El mismo auto negro, pero un conductor diferente al de la última vez. Este es más joven, de mirada más aguda, con la misma quietud inquietante que tiene Julian. No me saluda, solo vigila la calle como si esperara problemas.

Me deslizo en el asiento trasero. Él me sigue, manteniendo una distancia prudente entre nosotros. Se siente como la misma distancia que mantuvo la última vez, como si hubiera calculado exactamente cuánto espacio es apropiado para una relación falsa que podría estarse convirtiendo en algo más.

—¿Conductor nuevo? —pregunto mientras me acomodo.

—Rotación. —Julian se sienta a mi lado—. Marcus tenía otras obligaciones esta noche.

La explicación es fluida. Demasiado fluida. La archivo junto con todo lo demás.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A un lugar tranquilo. Necesitamos practicar.

—¿Practicar qué, exactamente?

Se gira para mirarme. Las luces de la calle se deslizan por su rostro mientras nos alejamos de la acera; sombras y ángulos, toda esa agudeza suavizada por la luz del atardecer.

—A estar cómodos el uno con el otro —dice—. Tu familia se dará cuenta si te estremecés cada vez que te toco.

—Yo no me estremezco.

—Lo hacés. —Su mano se desplaza hacia mi rodilla; ligera y casual, de la misma forma en que un novio podría tocar a su novia en un auto—. Ahí está. Te acabás de tensar.

Tiene razón. Lo hice.

—No estoy acostumbrada a que me toquen —admito—. No así. No de forma casual.

—¿Y qué hay de Preston?

—Preston me tocaba como si estuviera marcando una casilla. El afecto como una transacción. —Miro su mano, que sigue descansando sobre mi rodilla. Sus dedos son largos y elegantes. Fríos, incluso a través de la seda—. Tú me tocas como si estuvieras prestando atención.

—Siempre te estoy prestando atención.

Las palabras caen con más peso del que deberían.

—Mira, ese es el problema —digo—. Dices cosas así y no puedo saber si las sientes de verdad o si simplemente eres muy bueno en tu trabajo.

—¿Acaso importaría?

—Sí. Importaría mucho.

Su mano se mueve, deslizándose un poco hacia arriba, su pulgar rozando la parte interna de mi rodilla. No es algo sexual. Solo... presente. Intencional.

—Lo digo en serio —dice él—. Todo lo que te digo, lo digo de verdad.

—¿Incluso las partes misteriosas?

—Especialmente esas.

El auto gira hacia Wilshire y afuera, Los Ángeles pasa a toda prisa.

—Está bien —digo—. Enséñame. ¿Cómo hacemos esto?

El restaurante está escondido en un patio en Los Feliz; uno de esos lugares que nunca encontrarías a menos que alguien te dijera que existe. Sin letrero. Sin entrada visible. Solo una puerta de madera en una pared cubierta de enredaderas y una anfitriona que saluda a Julian por su nombre.

—Señor Blackthorne. ¿Su mesa de siempre?

—Por favor.

Nos guían a través de un jardín adornado con luces de colores y nos sientan en un reservado en una esquina que se siente completamente privado. Yo me deslizo; Julian se sienta a mi lado en lugar de frente a mí.

Cerca. Muy cerca.

—Esto es práctica —dice él, leyendo mi expresión—. En la boda, nos sentaremos juntos, uno al lado del otro. Necesitás sentirte cómoda con la proximidad.

—Estoy cómoda con la proximidad.

—Tu respiración dice otra cosa. Es más superficial. Tu pulso es visible en tu garganta.

—¿Estás vigilando mi pulso?

—Siempre.

¡Sabía que podía oírlo!

No sé qué decir a eso. Lo está haciendo de nuevo; diciendo cosas que suenan románticas hasta que las piensas demasiado, y entonces suenan casi depredadoras.

Aparece el camarero. Julian pide vino sin mirar la carta; una cosecha específica, un año específico. El camarero asiente como si esto fuera normal.

—¿Con qué frecuencia vienes aquí? —pregunto.

—Con la suficiente frecuencia.

—¿Con otras mujeres?

—Ocasionalmente. —Él no evita la pregunta—. Cenas de negocios en su mayoría. Unas pocas citas. Nada serio.

—¿Cuándo tuviste tu última relación seria?

Hace una pausa. —Hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente como para que se me haya olvidado cómo hacer esto correctamente. —Hace un gesto entre nosotros—. La intimidad. La vulnerabilidad. He pasado años construyendo muros, y ahora se supone que debo fingir que no existen. Así que esto es para mí, tanto como para ti.

—No tienes que fingir conmigo.

—Sí, tengo que hacerlo. —Su voz suena extraña, áspera en los bordes—. Eso es exactamente lo que tengo que hacer.

Quiero insistir. Quiero preguntar qué quiere decir, qué muros, qué vulnerabilidad. Pero llega el vino y el momento pasa, y Julian vuelve a esa compostura fluida que estoy empezando a reconocer como su estado predeterminado.

—Practiquemos. —Pone su mano sobre la mesa—. Pon tu mano junto a la mía.

Pongo mi mano con la palma hacia abajo sobre el mantel blanco. Él la cubre con la suya.

Dedos fríos. Largos y elegantes. Un agarre firme sin llegar a apretar.

—Así es como te tomaré de la mano en la cena —dice—. Visible. Público. Una prueba de que estamos juntos.

—Está bien.

—Ahora inclínate hacia mí. Como si hubiera dicho algo gracioso.

Me inclino. Mi hombro presiona contra su brazo. Él es sólido... más sólido de lo que parece, como si hubiera músculo denso bajo el traje costoso.

—Bien. —Su aliento agita mi cabello—. Ahora mírame como si fuera la única persona en la habitación.

Giro la cabeza. Estamos a centímetros de distancia. Sus ojos se ven oscuros a la luz de las velas; no del todo negros, pero casi. Hay profundidades en ellos que no puedo descifrar.

—Eres bueno en esto —susurro.

—He tenido práctica.

—¿Con quién?

—Con varias personas. A lo largo de los años.

—Siempre dices eso. "A lo largo de los años". Como si hubiera más años de los que admites.

Su expresión se agudiza. Solo lo suficiente para que yo lo note.

—Algunas preguntas es mejor dejarlas para después —susurra de una manera que se siente sumamente sensual.

—¿Cuándo es después?

—Después de la boda. Cuando esto termine. Cuando puedas decidir si quieres saberlo.

—Me gustaría saberlo ahora.

—No. —Su mano se aprieta sobre la mía—. No quieres. Confía en mí, Poppy. Algunas cosas son más fáciles si no se saben.

Cada pensamiento racional me grita que retroceda. Que exija respuestas. Que recuerde que esto es falso y que apenas conozco a este hombre.

Ignoro a mi yo racional y me quedo. Tan cerca que puedo contar sus pestañas. Tan cerca que puedo ver el músculo tensarse en su mandíbula.

—Está bien —dejo que gane esta vez—. Después de la boda.

—Después de la boda.

—¿Pero Julian?

—¿Sí?

—Sea lo que sea, sea lo que sea que estés ocultando, no cambia esto. —Aprieto su mano—. No cambia lo que siento cuando me miras.

Algo se mueve detrás de sus ojos. Algo viejo y triste y esperanzador, todo a la vez.

—Podrías sentirte diferente cuando lo sepas.

—Tal vez. Pero déjame decidir eso a mí.

No responde. Solo me mira con esa expresión que no puedo descifrar; como si fuera un rompecabezas que quiere resolver y un problema del que no puede escapar. Algo tan precioso que tiene miedo de tocar.

—Deberíamos pedir —dice él—. Antes de que esto se convierta en algo para lo que ninguno de los dos está preparado.

La cena es más fácil después de eso.

Practicamos los toques: su mano en mi espalda baja, mi cabeza en su hombro, la forma en que las parejas se inclinan el uno hacia el otro cuando escuchan. Cada contacto se vuelve más natural.

Para el postre, he dejado de estremecerme. He dejado de vigilar sus manos. He empezado a disfrutar del calor de su cuerpo junto al mío, aunque él parece estar mucho más frío que cualquier chico con el que haya salido.

—Estás frío —digo, cuando mi brazo roza el suyo por décima vez —. Muy frío, en serio. ¿Estás bien?

—Mala circulación. —La respuesta llega rápido. Sin vacilar—. Siempre he sido frío.

—¿Debería preocuparme?

—No. —Su mano cubre la mía de nuevo—. Es simplemente como soy.

Lo archivo junto con las otras cosas: el hecho de que no come, las noches tardías, las referencias históricas que no encajan. La lista es cada vez más larga. Eventualmente, tendré que confrontarlo.

Pero no esta noche.

Esta noche, estoy sentada en un restaurante a la luz de las velas con un hombre que me compró un vestido esmeralda y me toca como si yo importara. Esta noche, estoy practicando enamorarme.

Sí, practicando. Eso es todo. Practicando.

Salimos del restaurante y nos dirigimos a casa alrededor de las once.

En mi puerta, nos quedamos en el pasillo, uno frente al otro. Cerca, pero no demasiado. Esa distancia que él sigue calculando.

—Gracias por lo de esta noche —digo—. Por el vestido. Por... bueno, por todo.

—De nada.

—¿Julian?

—¿Sí?

—¿Vas a darme un beso de buenas noches?

La pregunta nos sorprende a ambos. No había planeado hacerla; simplemente salió, honesta y llena de deseo y completamente en contra de las reglas de cualquier juego que estemos jugando.

Su expresión vacila. Deseo y contención y algo que parece miedo.

—No esta noche —dice.

—¿Por qué?

—Porque si te beso ahora, no pararé. —Su voz suena áspera—. Y no hemos hablado de lo que es esto. De en qué nos estamos convirtiendo.

—¿En qué nos estamos convirtiendo?

—No lo sé. —Se acerca, aparta un mechón de cabello de mi cara. Sus dedos están fríos contra mi mejilla—. Eso es lo que me asusta.

—No pareces alguien que se asuste fácilmente.

—No lo soy. Normalmente. —Su pulgar traza mi mandíbula. Lento. Deliberado—. Pero tú me asustas, Poppy. Lo que siento cuando estoy contigo me asusta.

—¿Qué sientes?

No responde. Solo me mira con esos ojos oscuros e indescifrables.

Luego retrocede un paso.

—El próximo jueves —dice—. El vuelo sale al mediodía. Pasaré por ti a las nueve.

—Eso es dentro de ocho días.

—Lo sé.

—¿Vas a evitarme hasta entonces?

—No. —Su boca se curva—. Voy a pensar en ti constantemente y fingir que no lo hago.

—Eso es muy romántico.

—Te lo dije. No soy bueno en esto.

Me río, sorprendiéndome a mí misma. —Eres mejor de lo que crees.

Se gira para irse. Se detiene en las escaleras.

—Poppy

—¿Sí?

—El vestido realmente te sienta bien.

Luego se va; baja las escaleras y sale a la noche, dejándome parada en mi puerta vestida de seda esmeralda, tocándome la

mandíbula donde estuvieron sus dedos.

Entro. Cierro la puerta con llave. Me quedo en mi sala rodeada de aros de luz, paquetes de relaciones públicas y toda la evidencia de mi vida curada.

Y me doy cuenta de que estoy en graves problemas.

Porque esto ya no se siente falso.

Se siente como lo más real que he tenido jamás.

CAPÍTULO 8

JULIAN

Hay una fotografía esperándome cuando llego al trabajo; en mi oficina privada. Esa a la que la mayoría de mi personal ni siquiera tiene acceso. Fue deslizada bajo la puerta, lo que significa que alguien burló tres puestos de seguridad y una cerradura biométrica.

Alguien que sabe cómo moverse sin ser visto.

La imagen está granulada; es una toma de una cámara de seguridad, probablemente. Poppy y yo en el restaurante esta noche. Mi mano cubriendo la suya. Su cabeza inclinada hacia la mía. Íntimos. Incriminatorio.

En el reverso, escrito con una letra que reconocería tras cincuenta años de intentar olvidarla:

Todavía coleccionando humanos, ya veo.
¿Acaso no has aprendido?
—D

Me quedo muy quieto.

El edificio a mi alrededor vibra con el silencio: la quietud nocturna de las oficinas vacías y los servidores dormidos. El horizonte de Los Ángeles brilla más allá de mis ventanas, ajeno al hecho de que algo antiguo y peligroso acaba de anunciarse.

Damien.

Debí haberlo sabido. Las verificaciones de antecedentes que Marcus señaló. El patrón que reconoció. Debí haber sabido que era algo personal. A Damien no le importa mi imperio empresarial. Le importa verme sufrir.

Hago tres llamadas.

La primera a Marcus: —Necesito las grabaciones de seguridad de esta noche. Todas. Desde todos los ángulos.

—Hecho. ¿Buscas algo en específico?

—A alguien que no debería estar allí. Alguien que se mueve por nuestros sistemas como si fuera su casa.

—Julian. —La voz de Marcus transmite una preocupación que rara vez escucho—. ¿Qué está pasando?

—Damien está en Los Ángeles.

Silencio. Marcus reconoce el nombre. Todos los que han trabajado para mí el tiempo suficiente conocen el nombre.

—Duplicaré el operativo de seguridad. Y tendré vigilancia sobre la señorita Gable en menos de una hora.

—Discreción. Ella no puede saberlo.

—Entendido. —Marcus hace una pausa—. ¿Qué hay de las Bahamas? ¿Quieres que esté allí?

—Todavía no. No puedo explicarle tu presencia a Poppy; ella cree que eres mi chofer, no mi jefe de seguridad. —Me acerco a la ventana—. Pero necesito que coordines con nuestro equipo de seguridad en el complejo. Úsalos como tus agentes en el terreno mientras diriges la vigilancia desde LA.

—¿Protocolo táctico completo? ¿Reconocimiento facial, evaluación de amenazas?

—Todo. Conéctate a las señales de seguridad del complejo en el momento en que aterricemos. Si Damien asoma la cara en cualquier lugar de esa propiedad, quiero saberlo antes de que dé su segundo paso.

—¿Y si hace algún movimiento?

—Nuestro equipo allá está entrenado para situaciones como esta, pero prepárate para salir en cualquier momento.

—Entendido.

La segunda llamada es para Celeste: —Dijiste que me conseguirías información.

—Aún no está lista. Estas cosas toman tiempo...

—Está aquí. Me ha estado vigilando. Fotografiándome.

Una pausa antes de un suspiro profundo. —¿Dónde?

—En un restaurante en Los Feliz. Sabía exactamente dónde estaría.

—Ha estado vigilando. Más tiempo del que pensábamos. —Se escucha un ajetreo de fondo; Celeste se mueve, recogiendo cosas—. Tendré todo para mañana por la mañana. Las propiedades de Damien, sus alias, cualquier persona con la que haya estado en contacto. Pero Julian...

—¿Qué?

—Si se está dando a conocer, significa que está listo. Sea lo que sea que esté planeando, está seguro de que no puedes detenerlo.

—Entonces necesito cambiar la ecuación.

—¿Cómo?

Miro la fotografía. El perfil de Poppy, suave bajo la luz de las velas. Mi propia expresión: desprevenida, vulnerable.

Débil.

—Aún no lo sé.

La tercera llamada es la más difícil.

—Sede del Consejo. Indique su nombre y código de autorización.

—Julian Blackthorne. Sigma-siete-siete-alfa.

—Un momento.

La música de espera es Bach. Algunos miembros del Consejo conocieron a Bach personalmente. Decían que era tan insufrible como su música sugiere.

—Sr. Blackthorne. —La voz que responde es diferente; más vieja, más formal. Alguien de alto rango—. Habla Aldric. ¿A qué debemos el placer?

—Necesito presentar una queja formal. Contra Damien Ashworth.

Silencio. De ese que tiene peso.

—Damien Ashworth —repite Aldric—. El Consejo dictaminó sobre lo de Praga, Sr. Blackthorne. El asunto se consideró cerrado.

—Damien no está de acuerdo. Está en Los Ángeles. Me ha estado vigilando.

—La vigilancia no es una violación.

—Está amenazando a alguien bajo mi protección.

—¿Un humano?

—Sí.

—Los humanos no están protegidos bajo la ley del Consejo a menos que... —Se detiene—. ¿Es este humano un candidato potencial para el Cambio?

—No.

—¿Un esclavo?

—No.

—Entonces me temo que no hay nada que el Consejo pueda hacer. Damien tiene el derecho de observar. De comunicarse. De recordarle agravios pasados. —La voz de Aldric conlleva la satisfacción particular de los burócratas de todo el mundo—. Mientras no tome ninguna acción directa contra usted o sus dependientes registrados formalmente, está dentro de sus derechos.

—Sus derechos terminan donde empieza mi paz.

—No, Sr. Blackthorne. No es así. —Una pausa—. ¿Hay algo más?

Cuelgo sin responder.

La fotografía descansa sobre mi escritorio. La sonrisa de Poppy. Mi mano sobre la suya. La evidencia de todo lo que Damien quiere destruir.

No duermo. Nunca duermo, pero esta noche las horas se sienten más largas de lo habitual.

A las 4 AM, estoy sentado en mi escritorio revisando todo lo que Celeste envió: los alias conocidos de Damien, sus propiedades, sus patrones de movimiento. Ha sido cuidadoso. Paciente. El último avistamiento confirmado antes de Los Ángeles fue en São Paulo hace doce años, pero hay brechas. Intervalos de años donde pudo haber estado en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa.

Construyendo algo.

Planeando algo.

A las 5 AM, Marcus envía las grabaciones de seguridad. Me observo moverme por mi propio edificio, revisando las marcas de

tiempo, buscando anomalías. Nada. Quienquiera que entregó la fotografía sabía exactamente cómo evitar las cámaras.

A las 6 AM, mi teléfono vibra.

POPPY: No puedo dormir otra vez. Nerviosa por el vuelo.

Me quedo mirando el mensaje. Ella está despierta, pensando en mí, completamente ajena a que en algún lugar de esta ciudad, algo antiguo y malévolo también está pensando en ella.

YO: ¿Nerviosa por volar?

POPPY: Nerviosa por todo. La boda. Mi familia. Cuatro días de fingir.

POPPY: ¿Sigue siendo una farsa? ¿Para ti?

Cierro los ojos. Este es el momento; la bifurcación en el camino. Podría terminar con esto ahora. Decirle que el acuerdo se cancela, devolverle su dinero, desaparecer de nuevo en las sombras que he habitado durante dos siglos.

Protegerla marchándome.

Es lo que debería hacer. Lo que cualquier inmortal responsable haría cuando un enemigo de su pasado resurge con intenciones violentas.

YO: No. Ya no es una farsa.

POPPY: Pienso lo mismo.

POPPY: Es aterrador, ¿verdad? Debería ser aterrador.

YO: Es lo más aterrador que he hecho en muchísimo tiempo.

POPPY: ¿Cuánto tiempo? ¿Qué es "muchísimo tiempo" para ti?

Casi se lo digo. Casi escribo la verdad: doscientos cincuenta años, más o menos. Casi le explico que la última vez que me sentí así, terminó con una mujer convirtiéndose en cenizas en mis brazos.

YO: El suficiente para haber olvidado cómo se sentía.

POPPY: ¿Y ahora?

YO: Ahora lo estoy recordando.

Ella envía un emoji: un solo corazón. Simple. Humano. Devastador.

POPPY: Siete días más. Luego ya no tendremos que fingir más.

YO: Siete días más.

POPPY: Duerme un poco, Julian. Siempre estás despierto cuando te escribo.

YO: Te lo dije. No duermo mucho.

POPPY: Todo el mundo duerme.

YO: No todo el mundo.

POPPY: ¿Ves? Dices cosas así y las añado a mi lista de observaciones sospechosas.

YO: ¿Tienes una lista?

POPPY: Tengo varias listas. Soy una persona muy organizada.

A pesar de todo —la fotografía, la amenaza, el enemigo acechando más cerca—, sonrío.

YO: ¿Qué hay en esas listas?

POPPY: Buen intento. Las verás cuando confieses todas las cosas que estás ocultando.

YO: Eso podría tardar un poco.

POPPY: Soy paciente.

YO: ¿Lo eres?

POPPY: ¿Por ti? Sí.

Mi mano se aprieta sobre el teléfono. En doscientos cincuenta y siete años, nadie me había dicho nunca eso. Nadie me ha prometido paciencia, ofrecido comprensión, ni se ha parado frente al misterio que presento eligiendo quedarse de todos modos.

YO: Duerme bien, Poppy.

POPPY: Duerme bien, Julian. Si es que duermes.

POPPY: 💚

Un corazón verde. El color del vestido que le envié.

Sonrío.

A las 8 AM, llega otro mensaje. No es de Poppy.

Número desconocido. Código de país europeo; del tipo que el Consejo utiliza para comunicaciones rastreables.

DESCONOCIDO: La chica es encantadora. Siempre tuviste buen gusto.

DESCONOCIDO: Aléjate, Julian. Mientras aún puedas. —D

Me quedo mirando la pantalla.

No está amenazando a Poppy directamente. Me está amenazando a mí. Prometiendo hacer lo que hizo en Praga: quedarse al margen y observar mientras todo lo que amo arde.

Escribo una respuesta.

YO: Si la tocas, te aniquilaré.

Su respuesta llega en segundos.

DAMIEN: ¿Tocarla? No necesito tocarla. Solo necesito mostrarle lo que eres. Lo que has hecho. Los cadáveres en tu pasado. Los siglos de alimentarte y esconderte y fingir ser humano. Solo necesito decirle la verdad, Julian. Y entonces veré cómo sale corriendo.

DAMIEN: Esa es la belleza del asunto. No tengo que lastimarla.

DAMIEN: Tú ya lo hiciste.

Dejo el teléfono. Mi mano está temblando; una respuesta antigua, una respuesta humana, del tipo que no debería tener después de tanto tiempo.

Tiene razón.

Esa es la peor parte. Tiene toda la razón.

Podría matarlo. Tengo la fuerza, los recursos, la crueldad cuando es necesaria. He destruido enemigos antes; el Consejo mira hacia otro lado cuando se trata de autodefensa, y Damien es claramente una amenaza.

Pero no está amenazando con matarla. Está amenazando con decírselo.

Y si ella se entera de la verdad antes de que yo esté listo —si descubre lo que soy por él, presentado de la peor manera posible—, nunca volverá a mirarme de la misma forma.

Huirá.

Siempre huyen.

Paso la mañana haciendo preparativos.

Seguridad para Poppy; discreta, invisible, de esa que sigue a distancia y nunca se hace notar. Blackthorne Security tiene operativos posicionados por toda la ciudad, cada uno evaluado y entrenado exactamente para estas situaciones. No todos son humanos —algunos han estado conmigo el tiempo suficiente para que el término «humano» ya no aplique—, pero saben cómo mezclarse. Cómo vigilar sin ser vistos.

Realizar una verificación de antecedentes de cada invitado a la boda de Violet: nombres, historias, conexiones. Si Damien planea aparecer allí, lo sabré antes de que llegue.

Planes de contingencia. Estrategias de salida. Maneras de sacar a Poppy si todo se desmorona.

Para el mediodía, estoy tan preparado como puedo estar.

Para el mediodía, también estoy agotado de formas que no tienen nada que ver con el sueño.

Al menos el lugar está resuelto. Esa decisión, tomada hace semanas cuando acepté por primera vez el acuerdo de Poppy, ahora parece menos una paranoia y más providencia.

Marcus aparece en mi puerta. —El equipo de vigilancia está en su lugar.

—Bien.

—Julian. —Entra y cierra la puerta—. Sabes que esto es un riesgo. Apegarte tanto.

—Lo sé.

—Lo de Praga fue diferente. Anya era diferente. Ella sabía lo que eras desde el principio.

—Lo sé.

—Esta chica —Poppy— no tiene idea de en qué se está metiendo.

—Lo sé. —Mi voz es más tajante de lo que pretendo—. Lo sé todo, Marcus. He estado calculando los riesgos desde el momento en que leí su solicitud.

—¿Entonces por qué hacerlo?

Miro por la ventana de tinte especial. Los Ángeles se extiende hacia el horizonte; millones de personas viviendo sus breves vidas, ajenas a las cosas que caminan entre ellas. Ajenas a los siglos de historia que se mueven bajo la superficie.

—Porque ella me hace sentir humano —digo—. Y no me he sentido humano en muchísimo tiempo.

Marcus se queda callado. Luego: —Llamó Celeste. Tiene el expediente completo sobre Damien. ¿Hago que lo envíen a tu servidor seguro?

—Sí.

—¿Y Julian?

—¿Qué?

—Pase lo que pase, haga lo que haga, no dejes que gane quitándote lo que acabas de encontrar. —Marcus se dirige a la

puerta—. Hay cosas por las que vale la pena luchar.

—¿Incluso cuando la lucha podría destruirlas?

—Especialmente entonces.

Se marcha.

Vuelvo a mirar a la ventana, a la ciudad, a los cuatro días que se extienden por delante.

Siete días para la boda.

Siete días antes de que Poppy sepa la verdad; por mí o por Damien.

Siete días para decidir qué clase de monstruo voy a ser.

Esa tarde, la llamo.

—Julian. —Su voz es cálida. Feliz de escucharme—. Esto es nuevo. Normalmente escribes.

—Quería escuchar tu voz.

—Eso es... —Se ríe—. Eso es muy romántico. ¿Estás bien? Suenas serio.

—Siempre soy serio.

—Más serio de lo habitual. ¿Qué sucede?

Podría hablarle de Damien. De la amenaza. De los siglos de historia a punto de colisionar con su vida perfectamente curada.

En su lugar, digo: —Solo quería que supieras que, pase lo que pase esta semana —sea lo que sea que descubras de mí—, lo que siento por ti es real.

Silencio. Cuando habla, su voz es más suave.

—Julian. Me estás asustando un poco.

—No es mi intención.

—Pero suena como si te estuvieras despidiendo. Suena a adiós.

—No es un adiós. —Aprieto el teléfono—. Es una promesa. De que cuando las cosas se compliquen —y se van a complicar—, los sentimientos que hay debajo son verdaderos.

—¿Qué cosas? ¿Qué complicaciones?

—No puedo explicarlo todavía. Pero lo haré. Después de la boda. Te lo contaré todo.

—Sigues diciendo eso.

—Porque lo digo en serio.

Silencio. Puedo oírla respirar: lento, rítmico, vivo.

—Está bien —dice finalmente—. Después de la boda. ¿Pero Julian?

—¿Sí?

—Sea lo que sea, sea lo que sea que estés ocultando, no va a ahuyentarme. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Lo sé.

—Y yo estoy eligiendo esto. Eligiéndote a ti. Incluso con todo el misterio y la rareza y las cosas que no me cuentas.

—¿Por qué?

—Porque tú me ves. —Su voz se quiebra ligeramente—. A la verdadera yo. No a la versión de Glowstagram. No a la actuación. Ves el desastre que hay debajo y eliges quedarte de todos modos.

—Poppy...

—Eso es raro, Julian. Por eso vale la pena luchar.

Cierro los ojos. Siento sobre mí el peso de doscientos cincuenta y siete años.

—Tú también vales la pena —digo—. Más de lo que imaginas.

—Entonces lucha por mí. Sea lo que sea que venga, lucha por nosotros.

—Lo haré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ella exhala. —Está bien. Bien. Ahora dime algo normal. Cuéntame sobre tu día. Hazme sentir que esto no es el prólogo de una película de desastres.

Y así lo hago. Le cuento sobre las reuniones a las que asistí (aburridas), el café que no bebí (también aburrido), el libro que he estado leyendo (se ríe de mis gustos literarios: "¿Quién lee novelas rusas del siglo XIX por diversión?").

Hablamos durante dos horas.

Al final, ella vuelve a reír. Está relajada. La preocupación en su voz se ha desvanecido.

No he arreglado nada. Damien sigue ahí fuera. La verdad sigue esperando para detonar.

Pero durante dos horas, pude fingir.

Y fingir, estoy aprendiendo, a veces es lo más valiente que se puede hacer.

CAPÍTULO 9

POPPY

—¿Vas a traerlo aquí?

La voz de Sage sube una octava. Está parada en mi cocina, sosteniendo una copa de vino como si fuera un arma, mirándome como si acabara de anunciar que me voy a unir a una secta.

—Voy a traerlo aquí —confirmo—. Esta noche. En unos... —reviso mi teléfono—. Cuarenta y cinco minutos.

—Cuarenta y cinco minutos.

—Tal vez cuarenta.

—Poppy. —Deja la copa de vino—. Ni siquiera me he bañado. Llevo puesta mi sudadera de Garfield.

—Te ves genial.

—Tengo una mancha de café en la teta.

—No lo notará.

—Lo notará. Los hombres así lo notan todo. —Se pasa las manos por el cabello, lo cual no hace absolutamente nada para mejorar la situación—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque dijiste que querías conocerlo. Varias veces. De forma agresiva.

—Quería conocerlo después de haber tenido tiempo para prepararme. Para pensar en preguntas. Para investigar.

—Llevas una semana investigándolo. Me enviaste diecisiete artículos sobre banderas rojas en multimillonarios.

—Dieciocho. Envié uno más esta mañana sobre hombres que son demasiado guapos. —Agarra su vino de nuevo—. Esto es una trampa. Esto es una emboscada de amistad.

—Esto es vino, aperitivos y una velada agradable para conocer al chico que llevaré a la boda de mi hermana en tres días.

—Al chico falso.

—Al... —vacilo—. Chico complicado.

Sage entrecierra los ojos. —¿Complicado en qué sentido?

—Complicado como que tal vez ya no sea falso.

—Poppy Rose Gable. —Dice mi nombre completo como si fuera una maldición—. ¿Me estás diciendo que te enamoraste de tu novio de alquiler?

—Te estoy diciendo que es complicado.

—¿Qué tan complicado?

—Mucho. —Me sirvo más vino—. Me envió un vestido de diseñador. Tuvimos una cita de práctica que no se sintió como una práctica. Me llama a horas extrañas solo para escuchar mi voz.

—Eso no es complicado. Eso es una comedia romántica.

—También carece de rastro digital, nunca come frente a mí y habla del pasado como si lo hubiera vivido personalmente.

—Tal vez solo sea un hombre culto.

—Tal vez. —Me quedo mirando mi vino—. O tal vez está ocultando algo enorme, y yo estoy demasiado involucrada para que me importe.

—Define «demasiado involucrada».

—Pienso en él constantemente. Reviso mi teléfono cada cinco minutos esperando que haya escrito. Cuando me mira, olvido cómo respirar. —La miro a los ojos—. Ese tipo de involucrada.

—Ay, linda.

—Lo sé.

—Esto es malo.

—Lo sé.

—Se suponía que debías contratar a un profesional del engaño, sobrevivir a la boda y seguir adelante con tu vida.

—Lo sé.

—En cambio, te has enamorado de un misterioso multimillonario que no come y no tiene pasado.

—Cuando lo dices así, suena loco.

—Es una locura. —Se termina su vino—. Me encanta. Necesito conocerlo inmediatamente.

—¿Pensé que necesitabas prepararte?

—No hay tiempo. Estará aquí en... —revisa mi teléfono— ...treinta y siete minutos, y necesito ser la amiga que lo intimide para que sea honesto contigo.

—Por favor, no lo interrogues.

—Absolutamente voy a interrogarlo.

—Sage...

—Poppy. Alguien tiene que hacerlo. —Me señala con su copa vacía —. Eres inteligente para todo excepto para los hombres. Pasaste por alto cada bandera roja con Preston durante dos años. Si este tal Julian está ocultando algo, lo voy a averiguar.

—¿Y si no averiguas nada?

—Entonces o está diciendo la verdad, o es mejor mintiendo que cualquier persona que haya conocido. —Se dirige al baño—. De cualquier manera, al menos lo sabremos. Necesito ponerme presentable. Regreso enseguida.

Julian llega exactamente a las 7:00 PM.

No sé por qué me sorprende todavía. El hombre es patológicamente puntual.

Llaman a la puerta exactamente noventa segundos después de que le abro el portal. Tiempo suficiente para subir tres pisos por la escalera a un ritmo normal. Calculado.

Abro la puerta.

Lleva unos jeans oscuros y un suéter gris; deliberadamente informal, me doy cuenta. Nada de trajes. Nada intimidante. Vestido para conocer amigos, no para impresionar a socios de negocios.

—Hola —digo.

—Hola. —Sus ojos recorren mi cuerpo: el vestido veraniego por el que tanto sufrí, el collar que ya ha visto antes, los zapatos que no me ponía desde la universidad—. Te ves encantadora.

—Eres muy bueno para los cumplidos.

—Solo cuando son ciertos.

Sage aparece detrás de mí. Copa de vino en mano. La sudadera de Garfield sigue firme en su lugar.

—Tú debes ser Julian. —Su voz es agresivamente alegre—. Soy Sage. La mejor amiga. La que ha estado escuchando sobre ti durante semanas.

—Cosas buenas, espero.

—Sobre todo confusión. —Retrocede para dejarlo pasar—. Pero una confusión intrigante. ¿Vino?

—Por favor.

Lo observo moverse por mi departamento. Se detiene ante la estantería y toma una foto enmarcada de Sage y yo en un festival de música hace tres años.

—¿Costa Rica? —adivina él.

—Coachella —corrige Sage—. Tuvimos unas quemaduras de sol terribles por una semana.

—Se ven felices.

—Estábamos deshidratadas y perdidas, y Sage pisó una serpiente.

—Una serpiente de utilería —añade Sage—. Un accesorio de campamento muy realista de alguien. Grité durante diez minutos.

Julian casi sonríe. Es lo más cerca que lo he visto de hacerlo frente a alguien nuevo.

—Vino —anuncia Sage, poniéndole una copa en la mano—. Siéntate. Tengo preguntas.

—Sage...

—Está bien. —Julian se acomoda en mi sofá como si perteneciera allí—. Pregunta lo que quieras.

—¿Dónde creciste?

—En varios lugares. Mi familia viajaba mucho.

—¿Por qué motivo?

—Negocios. Mi padre tenía intereses en varios países.

—¿Qué tipo de negocios?

—Finanzas. Consultoría. Nada emocionante.

Sage se sienta frente a él, con la copa de vino inclinada como si fuera una detective en una película de cine negro.

—Estás siendo vago.

—Estoy siendo reservado.

—¿Hay alguna diferencia?

—Una muy significativa. —Da un sorbo al vino; la primera vez que lo veo beber algo realmente—. Ser reservado significa que elijo no compartir. Ser vago significa que estoy ocultando algo. Soy reservado.

—¿No es lo mismo?

—No. La reserva es un límite. La vaguedad es un desvío. —Le sostiene la mirada con firmeza—. Estoy feliz de responder preguntas directas. Me hace menos gracia ofrecer voluntariamente información que considero personal.

Sage medita esto. —Justo. Pregunta directa: ¿cuáles son tus intenciones con Poppy?

—¡Sage!

—Es una pregunta justa. —Julian no aparta la vista de ella—. Mis intenciones son ayudarla a pasar la boda de su hermana con su dignidad intacta. Ese era el acuerdo original.

—¿Y ahora?

—Ahora mis intenciones se han expandido para incluir el ser digno de su confianza.

—Eso no es una respuesta.

—Es una respuesta honesta. —Deja el vino —todavía casi lleno, noto——. Me importa. Más de lo que esperaba. Más de lo que quizás sea sensato. Mi intención es ser honesto al respecto, mientras respeto su derecho a decidir qué es lo que quiere.

—¿Y qué pasará después de la boda?

—Eso depende de Poppy.

—¿Cómo que depende de mí? —interrumpo. Ambos se giran para mirarme—. No dejas de decir eso: después de la boda. Poppy decide. ¿Qué es exactamente lo que estoy decidiendo?

Julian vacila. —Si quieres saber quién soy realmente.

—Ya sé quién eres.

—Sabes a quién te he mostrado. Hay más. —Su voz baja de tono —. Significativamente más.

—¿Como qué?

—Como cosas que no puedo explicar hasta que estés lista para escucharlas. Cosas que cambiarán la forma en que me ves.

Sage se inclina hacia adelante. —¿Estás casado?

—No.

—¿Antecedentes penales?

—No.

—¿En una secta?

—No.

—Entonces, ¿qué podría ser tan...?

—Sage. —La voz de Julian es suave pero firme—. Entiendo que estás protegiendo a tu amiga. Lo respeto. Pero hay cosas sobre mí que necesito contarle a Poppy directamente, a mi debido tiempo, cuando estemos a solas.

—Eso suena ominoso.

—No pretende serlo. —Se vuelve hacia mí—. No soy peligroso, Poppy. No para ti. Pero tengo un pasado. Uno complicado. Y quiero compartirlo contigo correctamente, no por partes durante una emboscada social.

—Esto no es una emboscada —protesta Sage.

—Es absolutamente una emboscada —digo yo—. Eso es exactamente lo que es.

—Bien. Es una emboscada cariñosa. Una emboscada protectora.

La boca de Julian se curva. —Aprecio eso. De verdad. Poppy tiene suerte de tener a alguien a quien le importe tanto como para interrogar a extraños por ella.

—No eres un extraño —dice Sage.

—Nos conocemos desde hace quince minutos.

—Poppy me ha contado todo sobre ti.

—¿Ah, sí?

Sage no me dio oportunidad de responder.

—Sí, es mi mejor amiga, así que sí, sé mucho de ti.

—Me agradas —le dice él a Sage—. A pesar de que claramente estás aquí para determinar si soy digno de su amiga.

—¿Y? ¿Voy a determinar eso?

Él se ríe. Una risa real; corta y sorprendida, como si se le hubiera escapado sin permiso.

Me quedo mirando. Nunca lo había oído reír antes.

—Eso espero. Odiaría fallar la prueba.

Se miran el uno al otro; algún tipo de evaluación silenciosa pasa entre ellos. Luego Sage se recuesta.

—Está bien —dice ella—. Eres raro. Definitivamente estás ocultando algo. Hablas como si fueras de un siglo diferente, y eres demasiado sereno para cualquier ser humano normal.

—Sage...

—Pero. —Levanta una mano—. También es evidente que te importa Poppy. La miras como si fuera la única persona en la habitación. Y te presentaste para ser interrogado por su loca mejor amiga sin quejarte.

—No te consideraría loca.

—Todavía no me conoces lo suficiente. —Levanta su copa de vino —. Aprobación provisional. Pendiente de mayor investigación.

—La acepto.

El resto de la noche transcurre mejor de lo que esperaba.

Sage pregunta sobre el trabajo de Julian (respuestas vagas sobre inversiones y consultoría). Sobre su familia (respuestas aún más vagas sobre privacidad y pérdida). Sobre cómo nos conocimos (la historia de la galería que practicamos, entregada con fluidez).

Julian pregunta sobre el trabajo de ella (planificadora de bodas), sus pasatiempos (pódcasts de asesinatos y pensar de más)), su estado sentimental (complicado, lo que significa relaciones intermitentes con chicos con fobia al compromiso).

Para las 10:00 p. m. hemos terminado dos botellas de vino, y Sage ha pasado de la sospecha a estar cautivada a su pesar.

—Es bueno —me dice en la cocina mientras Julian finge no escuchar desde la sala—. Demasiado bueno. Esa es mi única preocupación.

—¿Demasiado bueno en qué sentido?

—Nadie es tan perfecto. Tan controlado. Es como una persona diseñada en un laboratorio.

—Es solo... precavido.

—Es un poco inquietante, Pops. —Baja la voz—. Cuando me mira, siento que me está leyendo el alma. Como si supiera cosas de mí

que yo ni siquiera he descubierto todavía.

—Eso es solo intensidad.

—Eso no es «solo» nada. Eso es... —Se detiene. Sacude la cabeza —. No sé qué es eso. Pero no es normal.

—Lo normal está sobrevalorado.

—Lo normal es seguro.

—Lo seguro es aburrido.

—Lo seguro no te deja llorando en mi sofá durante seis meses, como pasó con Preston.

Las palabras golpean fuerte. Aparto la mirada.

—Perdón —dice Sage de inmediato—. No quise decir eso. Solo... me preocupo por ti.

—Lo sé.

—Y este tipo es claramente alguien especial. Puedo ver por qué te estás enamorando de él. Pero Poppy, obviamente también está ocultando algo. Algo grande.

—Eso también lo sé.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

Miro a través de la puerta. Julian está de pie junto a mi ventana, mirando hacia la ciudad. De perfil, podría ser cualquiera: un hombre de negocios, un multimillonario, un hombre pensando en acciones o agendas u otras cosas normales.

Pero hay algo en la forma en que se mantiene. La quietud. La sensación de que ha estado parado exactamente así durante más tiempo del que puedo imaginar.

—No —admito—. No estoy de acuerdo con eso. Pero tampoco estoy dispuesta a alejarme.

—¿Por qué?

—Porque es la primera persona en años que me ve. A la verdadera yo. No solo la versión editada.

—¿Y eso vale el misterio?

—¿En este momento? Sí.

Sage suspira. —Entonces espero que el misterio valga el riesgo.

—Yo también.

Julian se va a las once.

En la puerta, nos quedamos parados muy cerca, más de lo que hemos estado en toda la noche. Puedo sentir la tensión que ha estado conteniendo, la distancia cuidadosa que mantuvo con Sage vigilando.

—Es protectora —dice él.

—Ha sido mi apoyo desde la universidad. Se ha ganado el derecho a ser protectora.

—Me agrada.

—Tú le agradas a ella. Aunque no lo admita todavía.

Él alza la mano, aparta un mechón de cabello de mi cara. Sus dedos están frescos.

—Gracias por lo de hoy —dice—. Por presentarme a alguien que es importante para ti.

—Gracias por sobrevivir al interrogatorio.

—He sobrevivido a cosas peores.

—Te creo.

Él vacila. Hay algo en sus ojos; lo mismo que vi en nuestra cita de práctica. Deseo. Contención.

—Tres días más —dice—. Luego nos vamos.

—Tres días más.

—Poppy...

—No. —Presiono mis dedos contra sus labios—. De lo que sea que estés a punto de advertirme, para cualquier complicación para la que me estés preparando... no. No esta noche. Esta noche fue buena. Dejémoslo así.

Él besa mis dedos. Suavemente. Con intención.

—Tres días más —repite—. Y luego todo cambia.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Se ha ido antes de que siquiera piense en cuestionar qué significa «Y luego todo cambia».

Me quedo en el umbral, escuchando cómo se desvanecen sus pasos, y pienso en todas las cosas que no sé. En todos los misterios que elijo ignorar.

Luego cierro la puerta y vuelvo con Sage, que me espera con más vino y más preguntas.

Algunas puedo responderlas.
La mayoría, no.
Pero está bien.
Tengo tres días más para fingir que no es aterrador.

CAPÍTULO 10

JULIAN

El complejo es lo que uno esperaría: un exceso de buen gusto disfrazado de elegancia discreta. Senderos de piedra blanca serpentean a través de jardines impecables. Las palmeras se mecen con la brisa.

Invertí en esta propiedad hace décadas, cuando era un club de playa con dificultades. Ahora es uno de los pocos centros turísticos del mundo con personal capacitado para atender a huéspedes con... necesidades particulares. La conserje que nos recibe ni siquiera pestañea ante mis peticiones especiales. Simplemente asiente y dice: —Se han hecho sus arreglos habituales, Sr. Blackthorne.

No ignoro la ironía de que Violet eligiera este complejo en particular para su boda. Aunque "elegir" implica más voluntad de la que realmente tuvo. Cuando Marcus detectó la conferencia de Chris en febrero en Nassau, bastó una llamada telefónica para asegurar que la planificadora de bodas recibiera una "oferta exclusiva" en un paquete de destino. El tipo de trato que hace que las novias se sientan afortunadas en lugar de sospechosas.

Controla el terreno, controla el resultado. Una lección que aprendí hace siglos.

Poppy está demasiado ocupada admirando la exhibición de orquídeas del vestíbulo como para darse cuenta.

El cóctel de bienvenida se extiende por una terraza con vista a un agua tan azul que parece editada con Photoshop. Este es el tipo de vista que extrañé tan profundamente después de que me transformaron. Sin embargo, aquí estoy parado a la luz del día. No es el momento más ideal para un vampiro.

La luz del día nos debilita considerablemente. Nunca estallamos en llamas como en las películas. Hollywood realmente arruinó eso... en realidad, los alemanes se equivocaron y Hollywood siguió con el error. Hace años, mi empresa creó un bloqueador solar que nos permite pleno acceso al sol sin perder nuestra fuerza; lo cual es necesario para un evento como este, para poder apreciar un lugar tan magnífico mientras estoy bajo la amenaza de Damien.

Es cierto que actualmente estamos en un lujo diseñado para turistas. Por debajo, las Bahamas se niegan a ser domesticadas. Desde algún lugar detrás de los cuartos del personal, tambores de piel de cabra laten en el aire del atardecer; ritmos de Junkanoo de lo que parece ser una celebración de cumpleaños, cencerros y silbatos entrelazándose por el complejo. El olor a frituras de caracol de un carrito de vendedor cerca de la entrada de servicio atraviesa el champán y los canapés, y por un momento estoy en Nassau hace sesenta años, antes de que los cruceros se tragaran el puerto por completo.

He asistido a cientos de eventos como este. Galas benéficas. Reuniones de junta directiva. Retiros corporativos donde los ricos fingen ser informales. Esto debería resultarme familiar.

En cambio, estoy buscando salidas mientras trato de recordar la última vez que me importó la opinión de otra persona.

Hace más de 50 años.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Marcus:

MARCUS: Las transmisiones están en vivo. Tengo ojos en toda la propiedad. La seguridad del complejo ha sido informada y está a la espera. También verifiqué los antecedentes: el asistente del senador Hartford esta mañana, el abogado de Catherine Gable ayer. Desvío estándar desplegado. Nada penetra la primera capa.

La era digital ha hecho que la inmortalidad sea más complicada. Cada década requiere nueva documentación, nuevas historias, nuevos rastros documentales. Mantengo diecisiete identidades en cuatro continentes, cada una con su propio historial crediticio, registros de empleo y presencia en redes sociales gestionada por un equipo que cree trabajar para un multimillonario tecnológico solitario con preocupaciones de privacidad.

No se equivocan. La amenaza siempre está ahí; solo que normalmente proviene de humanos, no de otros vampiros.

Escribo de vuelta:

YO: Bien. Mantén la vigilancia. Alértame de cualquier anomalía.

MARCUS: Ya estoy ejecutando reconocimiento facial en todos los puntos de entrada. Si Damien aparece, lo sabré antes de que cruce el vestíbulo.

Me guardo el teléfono. Poppy no necesita saber que en algún lugar de Los Ángeles, un hombre que ella cree que es mi chofer la está observando a través de cuarenta y siete ángulos de cámara diferentes. Aunque, apuesto a que se ve increíble en todas esas cámaras mientras coloca su mano en el hueco de mi codo.

Me ha estado tocando desde que salimos de nuestra suite; contactos pequeños y deliberados que ella cree que parecen naturales. No lo son, todavía no, pero está aprendiendo. Sus dedos presionan contra mi antebrazo. Tres tiempos al inhalar, cuatro al exhalar. La técnica de respiración que le enseñé en el avión.

—Esa es mi hermana —dice—. La del vestido blanco.

Violet Gable tiene un cabello rubio perfecto, un bronceado perfecto y una sonrisa brillante cuando nos ve. Su confianza natural es como la de alguien que nunca ha cuestionado su lugar en el mundo.

—Parece agradable —digo, porque es verdad y es lo que se espera.

—Es perfecta —corrige Poppy—. Hay una diferencia.

Un camarero pasa con vasos de ponche de ron adornados con flores de hibisco. Lo reconozco, o mejor dicho, reconozco el rostro de su abuelo en el suyo. Clarence Williams servía bebidas en un complejo aquí en 1987. Pasé un mes aquí recuperándome de un

incidente en Puerto Príncipe y llegué a conocerlo a él y a su familia. Su nieto tiene los mismos hombros anchos, la misma sonrisa fácil.

Me doy la vuelta, girando para evitar que vea mi cara con claridad. Sería sumamente difícil explicar cómo un hombre de 32 años pudo haber estado aquí en el 87. Las probabilidades de que me reconozca por una vieja fotografía familiar son mínimas, pero mínimas no es cero, y he sobrevivido todo este tiempo tratando los riesgos mínimos como inaceptables.

—¿Pasa algo? —pregunta Poppy.

—Solo evitando el ron. No me cae bien.

Violet se acerca con un hombre detrás; el novio, asumo. Guapo de esa manera genérica que sugiere buenos genes y un mejor trabajo dental. Christopher "Chris" Morgan, según los documentos informativos de Poppy. Banquero de inversiones. Graduado de Cornell. Se le declaró con un *flash mob* en Central Park.

—¡Poppy! —La voz de Violet resuena en la terraza. Varias cabezas se giran—. ¡Lo lograste!

La sonrisa de Poppy se ilumina. Sus hombros bajan. Su agarre en mi brazo se relaja. —Por supuesto que lo logré. No me perdería tu boda por nada del mundo.

Se abrazan. Observo el rostro de Poppy; cierra los ojos una fracción de segundo más, y la tensión es visible antes de separarse.

—Y usted debe ser Julian. —Violet me dedica esa sonrisa—. Poppy ha sido muy misteriosa con usted. Estaba empezando a pensar que era imaginario.

—Muy real —le aseguro. Extiendo mi mano. Su agarre es firme, seguro—. Gracias por incluirme en su celebración.

—¿Está bromeando? Me muero por conocer al hombre que sacó a mi hermana de esas aplicaciones de citas. —Violet se ríe—. Ha sido tan reservada con su vida amorosa. Estábamos empezando a preocuparnos.

Los dedos de Poppy se hincan ligeramente en mi antebrazo. Cubro su mano con la mía.

—Prefiero mantener ciertas cosas en privado —digo—. Al menos hasta que estoy seguro de que vale la pena compartirlas.

—¿Y ahora? —Los ojos de Violet brillan.

Miro a Poppy. Me observa con esperanza y terror en igual medida. —Ahora estoy seguro.

Las palabras salen más fáciles de lo que deberían.

Chris se presenta. Nos damos la mano. Tiene el apretón de alguien que leyó un artículo sobre dinámicas de poder y se lo tomó demasiado en serio. Ajusto mi presión para igualarla: firme pero no amenazante, seguro pero no agresivo. Él se relaja.

—Poppy mencionó que está en tecnología —dice Chris—. ¿En qué sector?

—Diversos intereses. Desarrollo de IA, principalmente. Algunas empresas de biotecnología. —Vago. Los detalles específicos invitan a preguntas de seguimiento—. Nada tan emocionante como la banca de inversión.

Él se ríe. —Se sorprendería lo aburrida que puede ser. Aunque el mercado ha estado interesante. ¿No tendrá por casualidad alguna información sobre los rumores de adquisición de Blackthorne?

Poppy hace un pequeño ruido. Aprieto su mano.

—Tengo por política no hablar de negocios en las bodas —digo—. Arruina el romance.

—Hablando de romance... —Una nueva voz interviene. Afilada. Pulida. Acostumbrada a ser escuchada—. Poppy, querida. Te ves maravillosa.

Catherine Gable se acerca; refinada, costosa, imposible de ignorar. Ella es lo que Poppy parecerá en treinta años si le quitan la calidez a base de entrenamiento. Los mismos ojos azules, los mismos rasgos delicados, pero refinados hasta la perfección y la frialdad.

—Mamá. —El brillo de Poppy se vuelve quebradizo con una sonrisa forzada—. Este es Julian.

Catherine me estudia. He sido evaluado por capitalistas de riesgo, miembros de juntas directivas, especialistas en adquisiciones hostiles. Esto es diferente. Ella me mira de la forma en que los autentificadores de arte examinan posibles falsificaciones: buscando la pincelada que no encaja, el pigmento anacrónico, el detalle que traiciona la mentira.

—Julian Blackthorne —digo, ofreciéndole la mano—. Un placer conocerla, Sra. Gable.

—Catherine, por favor. —Su apretón es frío, breve—. Blackthorne. Nombre inusual. Británico, ¿verdad?

—Sí, hace mucho tiempo. Antes de mi época.

—¿Qué tan atrás, exactamente? —Ladea la cabeza—. Soy algo así como una genealogista aficionada.

Mantengo mi sonrisa. Catherine Gable no solo es protectora; ha investigado. La solicitud de expediente que mi equipo de seguridad detectó no fue una diligencia casual.

—Mi abuelo era muy reservado —digo—. No era algo de lo que le gustara hablar.

—Qué conveniente. —Sus ojos no dejan los míos—. ¿Y a qué se dedica, Julian?

—Dirijo una empresa de tecnología. Nada tan impresionante como criar a dos hijas exitosas.

La expresión de Catherine se suaviza. Apenas. —Bueno. Al menos Poppy ha encontrado a alguien con una carrera real. Después de todo ese tiempo invertido en su pequeño pasatiempo de internet, empezaba a preocuparme.

Poppy se pone rígida a mi lado.

——Su pasatiempo de internet — —repito—. ¿Se refiere a su negocio que llega a un millón de personas diariamente y genera ingresos sustanciales a través de asociaciones de marca y contenido creativo?

Catherine parpadea. —Bueno, yo no lo llamaría...

—¿Un negocio? Porque eso es lo que es. Poppy ha construido algo desde cero. Sin inversores, sin red de seguridad. Solo talento, disciplina e instinto para lo que resuena con la gente. —Me giro hacia Poppy. Tiene los ojos muy abiertos—. —Me resulta fascinante. La forma en que ha monetizado la conexión que tiene con su audiencia. No es una hazaña fácil en un panorama digital que premia la apariencia sobre la sustancia.

—Yo... —empieza Poppy.

—Aunque supongo que es fácil descartar lo que no entendemos —continúo—. Cometí ese error al principio de mi carrera. Subestimé el poder de la conexión genuina. Me costó varios proyectos antes de aprender la lección.

La sonrisa de Catherine se congela. No está solo ofendida. Está tomando nota.

—Bueno —dice—. Es encantador que sea tan solidario. Aunque espero que Poppy esté considerando opciones más estables para el futuro. Internet es tan caprichoso.

—Como todo lo que vale la pena hacer —digo—. El riesgo es solo una oportunidad con ropa diferente.

Violet parece encantada. Chris parece confundido.

La mano de Poppy tiembla contra mi brazo.

Un camarero pasa con champán. Tomo dos copas y le entrego una a Poppy. Sus dedos rozan los míos y se demoran.

—Discúlpenos —digo—. Le prometí a Poppy que recorreríamos las instalaciones antes de la cena.

Seguimos un camino de piedra hacia la playa, pasando junto a un jardinero que poda setos de uva de playa. Los tambores de Junkanoo se han desvanecido, reemplazados por el susurro de los pinos australianos y las olas rompiendo contra el arrecife.

El sol se está poniendo. El cielo sangra naranja y rosa.

—No tenías que hacer eso —dice Poppy.

—¿Hacer qué?

—Defenderme. Mi trabajo. Te pagan por ser mi novio, no mi publicista.

—Me pagan para ser convincente. Un hombre que está genuinamente interesado en ti defendería lo que es importante para ti. —La miro—. Además, tu madre estaba equivocada. Lo que has construido es impresionante.

—No tienes que fingir cuando solo estamos nosotros.

—No estoy fingiendo.

Ella deja de caminar. Se gira para mirarme. El atardecer se refleja en su cabello, volviéndolo cobrizo y dorado. —Julian...

—Preston está aquí.

Las palabras salen antes de que haya decidido decirlas. Percibí su aroma hace diez minutos: colonia, autosuficiencia y algo que me hace apretar los dientes.

Los hombros de Poppy se elevan. Su sonrisa se convierte en armadura. —¿Dónde?

—Arriba, cerca del bar. No mires.

Ella mira de todos modos. Un hombre con pantalones de lino y una camisa que costó trescientos dólares, pero parece de oferta. Guapo de esa manera agresivamente informal; horas de aseo disfrazadas de falta de esfuerzo. La mujer a su lado es lo que espero: esbelta, serena, con suficientes cristales encima como para abrir una tienda metafísica.

—Esa es Serenity —dice Poppy. Tono monótono—. Enseña yoga caliente y hace su propia kombucha.

—Por supuesto que sí.

—Se ven felices.

Lo parecen. La mano de Preston está apoyada en la parte baja de la espalda de Serenity. Ella se ríe de algo que él dijo. Intimidad fácil.

—Poppy...

—Estoy bien. —Se endereza—. Deberíamos ir a saludar. Terminar con esto de una vez.

—No tenemos que...

—Sí, tenemos que hacerlo. Para eso estás aquí. —Toma mi mano. Su palma está húmeda—. Vamos. Es hora de que te ganes lo que te pago.

La amargura hiere más profundo de lo que debería.

Preston nos ve. Su sonrisa flaquea antes de recuperarse. —Poppy. Vaya. Te ves genial.

—Gracias. —El agarre de Poppy se aprieta—. Preston, Serenity, este es Julian. Julian, él es mi ex prometido y ella, su novia.

—Prometida —corrige Serenity. Levanta su mano izquierda. Un cristal bruto envuelto en alambre de cobre—. Preston me lo pidió el mes pasado. Durante una ceremonia de baño de sonido.

—Qué... resonante —digo.

Poppy emite un sonido; risa o sollozo, no sabría decirlo. La acerco más a mí.

Los ojos de Preston se entrecierran. —Julian. No creo que Poppy lo haya mencionado.

—Hemos estado manteniendo las cosas discretas. Poppy valora su privacidad.

—¿Desde cuándo? —Preston se ríe—. Ella publica todo en línea.

—Publica lo que elige compartir. Hay una diferencia.

Serenity toca el brazo de Preston. —Estoy segura de que Poppy ha aprendido a ser más selectiva con lo que comparte. Las redes sociales pueden ser muy tóxicas con los *influencers* que comparten demasiado tratando de tener una conexión auténtica.

—Poppy es buena en la conexión auténtica —digo—. Es su don.

—Oh, no quise decir... —Los ojos de Serenity se agrandan—. Me encanta el contenido de Poppy. Es tan aspiracional.

—Aspiracional —repite Poppy—. Ya.

Preston cambia su peso de pierna. —Y bien, Julian. ¿Cómo se conocieron?

—Conexiones mutuas. Los detalles no son tan interesantes como el resultado.

—¿Cuál es?

Miro a Poppy. Me está mirando con una expresión que no puedo descifrar. —Encontrar a alguien que me hace querer ser menos precavido.

Las palabras me sorprenden. Demasiado honestas. Demasiado parecidas a algo real.

Pero funcionan. La sonrisa de Preston flaquea. Serenity suspira. La mano de Poppy se relaja.

—Eso es hermoso —dice Serenity—. Preston y yo también tenemos eso. Un reconocimiento instantáneo de almas. Como si nos hubiéramos conocido en otras vidas.

—Qué especial —murmuro.

Entonces el aroma me golpea: sangre vieja, un dolor más antiguo y cincuenta años de rabia fermentada. Mi cuerpo se queda inmóvil de una manera que Poppy aprenderá más tarde a reconocer como peligro.

Cada músculo se bloquea. Mi visión se agudiza. El ruido de la fiesta se desvanece a un zumbido mientras cada instinto depredador que poseo se enfoca en un solo punto al otro lado de la terraza.

Damien.

Está de pie cerca de la exhibición de orquídeas, sosteniendo una copa de vino que no beberá, vistiendo un traje de lino que cuesta más que los autos de la mayoría de la gente. Luce igual que en

Vienna: cabello oscuro, ojos aún más oscuros, el tipo de rostro que los pintores alguna vez llamaron hermoso antes de saber lo que habitaba detrás.

Me está mirando. Ha estado haciéndolo, me doy cuenta. Desde que llegué.

—¿Julian? —La voz de Poppy llega desde lejos—. ¿Estás bien? Te pusiste pálido. Bueno, más pálido.

—Bien. Solo creí ver a alguien conocido.

—¿A quién?

Antes de que pueda responder, Damien se mueve. No hacia nosotros; eso sería demasiado directo, demasiado obvio. Cambia su posición de modo que nuestros ojos se encuentran a través de doce metros de terraza.

Y sonríe.

—Deberíamos irnos —digo. Mi voz suena mal. Demasiado controlada—. Reservas para la cena.

—Oh, todos estamos en la misma mesa esta noche —dice Serenity —. La cena de la fiesta de bodas. ¿No es maravilloso? Tendremos mucho tiempo para ponernos al día.

Damien camina hacia nosotros. Informal. Sin prisas. Un gato que ya ha decidido matar al ratón, pero quiere jugar con su comida primero.

—Julian Blackthorne. —Su voz no ha cambiado en cincuenta años. Culta, con un toque de diversión—. Qué placer tan inesperado.

Poppy mira a uno y a otro. —¿Ustedes dos se conocen?

—Viejos conocidos —dice Damien. Le extiende la mano a ella—. Damien Ashworth. Julian y yo venimos de muy atrás. ¿Verdad, Julian?

Cuando se dispone a estrechar la mía, no la tomo. No confío en mí mismo para tocarlo sin recordar Viena. Lo que hizo. Lo que yo hice en respuesta.

—De más atrás que la mayoría —logro decir.

—Soy Poppy. —Ella le estrecha la mano, porque no sabe nada mejor. Porque no puede sentir la maldad que emana de él—. La novia de Julian.

—Novia. —La sonrisa de Damien se ensancha—. Veo que sigue coleccionando humanos. ¿Recuerda cómo resultó eso en Praga?

Las palabras caen como una cuchilla. Poppy frunce el ceño. Preston y Serenity intercambian miradas.

——Praga fue hace mucho tiempo —digo.

—¿Lo fue? Para mí se siente como si fuera ayer. —Los ojos de Damien nunca dejan los míos—. Algunas cosas se mantienen frescas. Supongo que algunas heridas no sanan.

—No entiendo... —empieza Poppy.

——Julian y yo teníamos una amiga en común en Praga — —dice Damien—. Una mujer encantadora. Trágico lo que le pasó. —Ladea la cabeza, con esa sonrisa aún fija—. A menudo me he preguntado si alguna vez piensa en ella. Si alguna vez se queda despierto recordando cómo gritaba.

El mundo se vuelve rojo por los bordes. Siento que mi control se escapa, que la cosa dentro de mí araña hacia la superficie.

La mano de Poppy se aprieta sobre la mía. El contacto me hace volver.

—Debemos irnos —digo—. Llegaremos tarde.

—Por supuesto. —Damien se hace a un lado—. Tendremos mucho tiempo para ponernos al día. Después de todo, ambos estaremos aquí toda la semana.

Una promesa. Una amenaza. Viena de nuevo.

Mi teléfono vibra mientras nos alejamos. Marcus.

MARCUS: El reconocimiento facial lo detectó en cuanto entró a la terraza. Damien Ashworth. Se registró hace dos días bajo un alias: habitación 3047, ala este. Ya extraje su historial de movimientos. Ha estado vigilando tu suite.

Dos días. Estaba aquí antes que nosotros. Esperando.

MARCUS: La seguridad del complejo ha sido reposicionada discretamente. No se acercará a menos de quince metros de tu habitación sin activar una alerta.

No respondo, y puedo ver las preguntas formándose detrás de los ojos de Poppy mientras me observa guardar el teléfono en el bolsillo.

Caminamos de regreso hacia el edificio principal. Los tambores de Junkanoo han cesado. Solo nuestros pasos sobre la piedra y el

susurro distante de las olas.

—Eso fue extraño —dice Poppy—. ¿Quién es ese tipo? ¿De qué estaba hablando? ¿Praga?

—Es complicado.

—Julian...

—Ahora no. —Más cortante de lo que pretendo—. Por favor. Ahora no.

Se queda en silencio. Siento que me observa, con preguntas cobrando fuerza tras su mutismo.

CAPÍTULO 11

POPPY

El cóctel fue un desastre.

No por las bebidas. Ni por mi familia: Violet estaba radiante, Chris se portó atento e incluso mi madre se limitó a hacer solo dos comentarios pasivo-agresivos sobre mi «pequeño pasatiempo de internet». Preston y Serenity mantuvieron su distancia, que era el mejor resultado que podía esperar.

Mi teléfono vibra. Es Violet.

VIOLET: ¿Estás bien? Mamá estuvo insoportable esta noche

YO: Estoy bien. Ya estoy acostumbrada

VIOLET: Lo sé, pero de todas formas. No dejes que te afecte

VIOLET: Ya sabes cómo es. Desde que papá se fue, está convencida de que cualquier elección que no sea segura y aburrida lleva al desastre

YO: Lo sé

VIOLET: Tu trabajo no es un desastre. Julian no es un desastre. Ella solo tiene miedo

YO: ¿Miedo de qué?

VIOLET: De que termines como ella

Me quedo mirando el mensaje. Violet no se equivoca. Nuestro padre nos abandonó cuando yo tenía doce años; persiguió alguna

oportunidad de negocio en Singapur que resultó ser tan real como su compromiso con nuestra familia. Mamá reconstruyó todo de la nada: la casa, las finanzas, su identidad entera. Lo hizo a pura fuerza de voluntad y con la convicción de que la pasión era solo otra palabra para el mal juicio.

Con razón odia mi elección de carrera. Para ella, «influencer» probablemente suena a «soñadora», y los soñadores destruyen familias.

YO: Gracias, Vi

VIOLET: Siempre. Ahora a dormir. Mañana es un gran día

VIOLET: ¿Y Pops?

YO: ¿Sí?

VIOLET: Él parece buen tipo. Julian. Tipo bueno de verdad

YO: Creo que podría serlo

VIOLET: Me encanta

No, ni siquiera mi madre fue lo que hizo del cóctel un desastre. Ya me había acostumbrado a que ella fuera así.

El verdadero desastre fue Julian.

O más bien, la versión de Julian que apareció después de que aquel hombre se presentara en la fiesta. Damien. Incluso su nombre parecía sacado de una novela gótica: demasiado dramático, demasiado obvio. La forma en que había mirado a Julian, como si fueran las únicas dos personas en esa terraza. La forma en que Julian se había quedado inmóvil, esa inquietante inactividad de depredador que ya había notado antes, pero nunca con tanta intensidad. Y luego ese comentario sobre Praga. Sobre una mujer. Sobre gritos.

Intento preguntarle a Julian al respecto en el camino de regreso a nuestra habitación. Me corta de forma tan tajante que me da un latigazo cervical.

—Ahora no. Por favor. Ahora no.

Ese «por favor» fue lo que me descolocó. Julian no pedía por favor. Julian daba órdenes disfrazadas de sugerencias, hacía peticiones que sonaban como afirmaciones de hechos. Pero esa sola palabra había agrietado algo, revelando un vistazo de algo crudo debajo de todo ese control refinado.

Ahora estamos de vuelta en la suite, y Julian apenas ha articulado diez palabras desde que cruzamos la puerta. Está de pie junto a la ventana y no tengo idea de qué decirle. Qué preguntar. Ni siquiera estoy segura de tener derecho a preguntar nada, dado que esto es un acuerdo de negocios. Cualquier historia que tenga con ese hombre no es asunto mío.

Excepto que se sentía como mi asunto. La forma en que Damien me había mirado cuando dijo «novia», como si la palabra le divirtiera, como si yo fuera el remate de un chiste que no entendía. La forma en que mencionó lo de «coleccionar humanos» como si fuera algo que Julian hiciera. Como si yo fuera solo la última incorporación a su colección.

Me sacudo el pensamiento. Me enfoco en lo que puedo controlar.

La suite. La suite es todo lo que pedí en la hoja de Excel que le envié a Vi.

Sí, le hice una hoja de Excel. *Columna A: Imprescindibles. Columna B: Deseables. Columna C: Bajo Ninguna Circunstancia a Menos que Quieras un Colapso de Dama de Honor.* La suite cumple con todos los puntos de la *Columna A*: distribución espaciosa, balcón privado, una sala de estar donde puedo montar mi aro de luz para el contenido de la mañana. Dos dormitorios, que pedí porque no estaba segura de en qué se estaba convirtiendo esto con Julian, y necesitaba la opción de retirarme a mi propio espacio si fingir se volvía demasiado.

Ahora, una parte de mí espera que no necesitemos los dos. Pero mientras observo a Julian, me preocupa que él necesite un descanso de mí.

Vuelvo a sacudirme el pensamiento. No tiene nada que ver conmigo; todo es por Damien. Algo en él atormenta a Julian; solo necesito darle un poco de espacio hasta que esté listo para hablar de ello.

Así que me quito los tacones —algo que me moría por hacer desde que llegamos al cóctel— y me hundo en el sofá. Mis pies gritan por haber mantenido la postura durante las últimas dos horas, tratando de fingir que todo era normal. El aire acondicionado golpea mi piel y suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Un evento

menos. Tres días más de actuar para mi familia y luego toda esta elaborada farsa terminará.

Pero el asunto es que... no quiero que termine.

Julian es increíble. Hoy temprano, antes de que todo se torciera, él se encargó de todo: el equipaje, el auto, el registro en el complejo. Lo vi hacer todo eso sin sudar ni una gota, como si el mundo simplemente se reordenara a su alrededor cuando quiere algo.

Esa versión de Julian era impresionante. Capaz. Casi embriagadora de observar. Esta versión —la que está de pie junto a la ventana como una estatua, irradiando una tensión que casi puedo saborear— es algo completamente distinto. Algo que empieza a sentirse menos como un control cuidadoso y más como una jaula que apenas contiene lo que hay dentro.

—Gracias —digo, rompiendo finalmente el silencio—. Por lo que les dijiste a mi mamá y a Preston hace un rato. Antes de… —vacilo—. Antes de que apareciera ese hombre. Antes de que te convirtieras en alguien a quien no reconozco. No tenías por qué…

—Sí, tenía.

Se gira desde la ventana. Comienza a aflojarse la corbata y algo en el gesto se siente más íntimo de lo que debería. La forma en que sus dedos trabajan el nudo: suave, sin prisa. La forma en que su cuello se abre, revelando un fragmento de garganta pálida.

—Para eso me estás pagando —añade.

Y así, sin más, la calidez se drena de la habitación.

—Cierto. —Miro hacia otro lado, hacia el balcón—. El dinero. Siempre olvido que esto es una transacción para ti.

—No lo hagas.

La palabra suena más dura que cualquier otra cosa que me haya dicho antes. Afilada. Casi enojada. Me estremezco, y odio estremecerme, y odio que él lo note, y odio que su expresión cambie con algo que parece casi arrepentimiento.

—Voy a cambiarme para la cena —logro decir—. Dame veinte minutos.

Desaparezco en mi habitación y cierro la puerta, presionando mi mano contra la madera, tratando de recordar cómo respirar.

Esto es lo que sé: Julian Blackthorne es un profesional. Lo contraté para un trabajo. Está ejecutando ese trabajo a la perfección: defendiéndome de los comentarios pasivo-agresivos de mi madre sobre mi —asuntito de internet—, intimidando a Preston con una sola mirada que hizo que mi ex prometido retrocediera un paso, encantando a las damas de honor de mi hermana con esa cortesía de viejo mundo que hace que todos se sientan ligeramente mal vestidos y completamente encantados.

Esto es lo que no sé: por qué me duele el pecho cada vez que me recuerda que esto es falso.

Catalogo la evidencia mientras abro mi maleta y saco el vestido azul, el que combina con mis ojos, según tres comentaristas diferentes de Glowstagram. Soy consciente de que es patético usar un vestido que internet eligió. Y esa no es la peor parte; lo hago porque un extraño al que le estoy pagando elogió el color verde..., pero no tengo nada verde. Así que el azul es la siguiente mejor opción. ¿Por qué le estoy dando tantas vueltas a esto?

Evidencia de que —Julian solo está haciendo su trabajo—:

- Aceptó mi dinero (todo)
- Mantiene la distancia física a menos que nos estén observando
- Nunca inicia el contacto fuera de los momentos montados
- Desvía cada pregunta personal con respuestas que suenan ensayadas
- Me acaba de recordar —otra vez— que esto es una transacción
- Su teléfono no deja de vibrar con mensajes que no comparte
- Observa todo como si estuviera evaluando amenazas

Evidencia de que —está pasando algo más—:

- La forma en que me mira cuando cree que no lo estoy viendo
- La cena donde dijo: —Me parece que las primeras impresiones importan. Me gustaría que la nuestra empezara como es debido —
- Su voz cuando dijo que yo valía el esfuerzo
- El mensaje a las 3 de la mañana donde decía que estaba —recordando— cómo se sentía esto
- El hecho de que reorganizó toda su agenda por mí
- La forma en que acaba de decir —no lo hagas— como si le doliera recordármelo
- La forma en que a veces le tiembla la mano cuando me toca
- El hecho de que me compró un vestido esmeralda que me queda perfecto

Entro al baño y me miro en el espejo. Vestido azul. Cabello suelto. Maquillaje reaplicado sobre el cansancio que no puedo ocultar del todo. Las ojeras están haciendo todo lo posible para asomarse a través del corrector.

Parezco alguien que se esfuerza mucho por ser digna de amor.

Odio esto. Odio estar en el baño de un complejo turístico haciendo listas sobre si un hombre al que le pago realmente se preocupa por mí. Odio no poder distinguir ya la diferencia entre lo real y lo actuado, ni en él ni en mí misma. Odio que Preston rompiera algo en mí cuando se fue, y que ahora esté tan desesperada por una conexión genuina que la esté proyectando en un acuerdo de negocios.

—Contrólate, Poppy Rose —le susurro a mi reflejo—. Eres una profesional. Actúa como tal.

Mi reflejo no parece muy convencido.

Paso quince minutos con el maquillaje, que son diez minutos más de lo necesario pero me da tiempo para pensar. O pensar demasiado. En realidad es lo mismo. Para cuando salgo, he construido una narrativa que casi soy capaz de creer: Julian está haciendo su trabajo, haciéndolo bien, y cualquier emoción que esté interpretando en la situación es mi propia proyección. Es un actor excelente. Por eso lo contraté. Eso es por lo que estoy pagando.

Caso cerrado. Misterio resuelto. Hora de actuar.

Cuando regreso a la sala de estar, Julian está de pie cerca de la ventana de espaldas a la habitación. También se ha cambiado: otra camisa.

¿Acaso todo lo que posee está hecho a medida para que le quede perfecto?

Tiene el teléfono en la mano y lo guarda en el bolsillo como si estuviera ocultando algo.

—¿Lista? —pregunto.

—Casi.

Se gira. Cruza la habitación hacia mí.

Hay algo diferente en su rostro esta noche. Una tensión que no había visto antes. Tiene la mandíbula apretada y sus ojos no dejan de mirar hacia las ventanas, la puerta, las sombras en las esquinas de la habitación.

—Necesitamos practicar —dice.

—¿Practicar qué?

—Esto.

Se estira y me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja. Sus dedos se demoran contra mi mandíbula: frescos, precisos y tan suaves que me cierran la garganta. El toque es exactamente lo que haría un novio. Afectuoso. Íntimo. El tipo de contacto casual que dice que nos conocemos.

Pero no hay nada casual en la forma en que mi piel arde donde él me tocó.

—Todavía te estremeces cuando te toco —observa.

—No es...

Me detengo. Porque sí lo hago. Definitivamente lo hago. Sentí que todo mi cuerpo se ponía rígido en el segundo en que su mano se

movió, y ahora estoy aquí parada como una tabla tratando de fingir que no fue así.

—Está bien, tal vez un poco.

—Se supone que estamos enamorados. —Lo afirma como si fuera un hecho—. Eso requiere comodidad con la proximidad física.

—Lo sé. Lo estoy intentando.

—¿A qué le tienes miedo? —pregunta él.

—No tengo miedo.

—Estás aterrada. —Sus ojos sostienen los míos—. Puedo verlo en la forma en que contienes la respiración cuando me acerco. En la forma en que se te dispara el pulso.

Sus dedos rozan mi muñeca. Ligero como un pensamiento. Tan ligero que no debería poder sentirlo en todo mi cuerpo.

—Ahí. Así.

Mi corazón está haciendo algo irregular y él puede sentirlo. Literalmente puede sentir cómo mi cuerpo me traiciona con cada latido.

—Tal vez solo no estoy acostumbrada a que me toque alguien que me mire como...

Me detengo.

—¿Como qué?

Como si tuvieras miedo de algo que yo no puedo ver.

—Como si estuvieras haciendo cálculos —digo en su lugar. Más seguro. Menos vulnerable—. Cada vez que me miras, puedo verte pensando y procesándome. Es inquietante.

Algo cambia en su expresión. Sorpresa, tal vez. O reconocimiento. Como si hubiera nombrado algo que él no sabía que era visible.

—Tienes razón —dice—. Te miro de esa manera.

—¿Y?

—Y lo lamento. Es… —hace una pausa. De verdad hace una pausa, lo cual es nuevo. Julian suele tener sus respuestas listas antes de que yo termine de preguntar—. Es la forma en que he aprendido a interactuar con la gente. Si reúno suficientes datos, puedo predecir las respuestas y protegerme de las variables.

—¿Soy una variable ahora?

—Eres la variable más impredecible con la que me he cruzado en mucho tiempo.

No sé qué hacer con eso. Suena como un cumplido, pero también suena como una advertencia. Como si me estuviera diciendo algo importante, algo que debería preocuparme, pero lo ha envuelto en suficientes halagos como para que no esté segura de cómo recibirlo.

—Está bien —digo, porque no sé qué más decir—. Esto es falso. No tienes que fingir que sientes algo que no sientes.

Las palabras salen más amargas de lo que pretendía. Más honestas. Observo cómo las registra, las procesa, las archiva en cualquier sistema de archivos mental que mantenga.

Y entonces dice: — ¿Y si no estoy fingiendo?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como algo frágil.

Mis ojos buscan su rostro. Busco señales, una actuación, cualquier indicio de que esto es parte del papel. Se supone que está interpretando a mi novio. Se supone que debe hacer creer a mi familia que estamos enamorados. Tal vez esto sea solo una actuación de método muy buena. Quizás está tan comprometido con el papel que ha olvidado dónde termina el personaje y dónde empieza él.

Pero hay algo en su expresión que no había visto antes. Vulnerabilidad, tal vez. O miedo. Algo crudo y sin defensas que no coincide con la superficie pulida que suele presentar.

Se inclina más cerca. Lo suficiente para que pueda ver los destellos dorados en sus ojos oscuros, como algo ardiendo en los bordes. Lo suficiente como para que su respiración se entrecorte al mismo tiempo que la mía.

Mi cerebro me grita que retroceda. Que recuerde que esto es solo un contrato: finito, profesional, que termina cuando termine la boda. Que siga protegiéndome con filtros y distancia y la actuación curada de alguien que tiene su vida bajo control.

—Julian...

Su teléfono vibra.

Retrocede tan rápido que es como si se hubiera quemado. En un segundo está a centímetros de mí, al siguiente está al otro lado de la

habitación, con el teléfono en la mano, y su rostro se ha transformado en algo duro y frío.

Observo cómo la tensión recorre su rostro. Sus hombros se tensan. Sea lo que sea que esté leyendo en esa pantalla, son malas noticias. Peor que malas. El tipo de noticia que hace que cambie todo el cuerpo de una persona.

—Deberíamos irnos —dice—. Llegaremos tarde.

—¿Qué fue eso?

—Nada. Trabajo.

—Miraste ese mensaje como si alguien hubiera amenazado tu vida.

Me mira a los ojos. Por un segundo —solo un segundo— creo que me lo va a decir. Que va a explicar lo que sea que acaba de cambiar, lo que sea que lo alejó del momento que estábamos teniendo.

—Está bajo control —dice—. Vamos a cenar.

Agarra su chaqueta y se dirige a la puerta. Lo sigo porque ¿qué más se supone que deba hacer? ¿Exigir respuestas a un hombre al que le estoy pagando? ¿Insistir en la transparencia en una relación que es explícitamente transaccional?

Pero mientras caminamos por el pasillo hacia el restaurante, algo me sigue inquietando. Algo anda mal. Algo ha estado mal desde que aterrizamos. Julian sigue revisando su teléfono cada pocos minutos. Se posiciona entre las ventanas y yo, escaneando el vestíbulo como si buscara amenazas que no existen.

O tal vez sí existen. Tal vez solo soy yo quien no las ve.

Lo que pasa con ser influencer es esto: aprendes a leer el subtexto y a notar cuando la actuación de alguien no coincide con su realidad. Me he vuelto bastante buena identificando la brecha entre lo que una persona te muestra y lo que realmente siente.

La brecha de Julian es enorme. Y se está haciendo más grande.

Llega el ascensor. Julian me sostiene la puerta y, al pasar a su lado, su mano se posa en la base de mi espalda. Ligera. Guía. Posesiva de una manera que me eriza la piel.

—Pase lo que pase esta noche —murmura cerca de mi oído—, quédate cerca de mí.

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Seguramente nada. Solo estoy siendo precavido.

—¿Precavido de qué?

No responde. Las puertas del ascensor se cierran y descendemos hacia el restaurante, hacia mi familia, hacia cualquier actuación que estemos a punto de dar.

Pero siento su mano en mi espalda durante todo el descenso. Fresca y firme y exactamente donde debe estar, como si siempre hubiera debido estar allí, como si hubiéramos hecho esto mil veces en lugar de unas cuantas.

Y no logro descifrar si la actuación es el problema... o si el problema es que he dejado de ser capaz de distinguir dónde termina la actuación y dónde empieza Julian.

Dónde termina él y dónde empiezo yo.

Necesito descubrir qué está pasando realmente antes de que me destruya.

Entonces me pongo mi sonrisa —la profesional, la que he perfeccionado durante cinco años de creación de contenido— y entro al vestíbulo, lista para fingir.

Otra vez.

Todavía.

Siempre.

La diferencia es que, esta noche, no estoy segura de qué parte de mí es la que finge.

CAPÍTULO 12

JULIAN

He cometido un error.

De pie en el vestíbulo, repaso mis palabras. —Para eso me estás pagando. La forma en que su rostro se había cerrado. El dolor que le causé deliberadamente, como hundiendo el pulgar en un moretón.

Doscientos cincuenta y siete años, y todavía no sé cómo hacer esto.

El teléfono en mi bolsillo vibra. No necesito revisarlo. Sé de quién es. El mismo número encriptado que me ha estado acosando desde que aterrizamos: Damien, rondando cada vez más cerca, apretando el lazo con cada mensaje.

Por esto la alejé. Por esto le recordé que era una transacción.

Porque Damien destruye lo que amo. Y no puedo —no voy a— permitir que ella se convierta en otro nombre en esa lista.

Corinne. Margaret. Anya.

Poppy no. Jamás Poppy.

El teléfono vuelve a vibrar. Lo saco, porque ignorar a Damien solo lo envalentona.

DAMIEN: Se ve encantadora de azul. ¿Eligió usted ese vestido, o lo hizo ella?

Mi expresión se endurece y Poppy lo nota.

—¿Todo bien?

—Sí. Supongo que no todo estaba resuelto—. Hago lo posible por proyectar algo que no sea lo que realmente siento: miedo a perder a otra persona que amo.

Damien está observando. Escaneo el vestíbulo, pero no se le ve por ninguna parte. Probablemente tenga a alguien en el personal, o esté usando las cámaras de seguridad.

Escribo de vuelta: «Si la tocas…».

Su respuesta llega antes de que termine.

DAMIEN: Relájese, viejo amigo. Solo estoy disfrutando del espectáculo. Llévela a cenar. Haga de novio devoto. Estaré observando.

Me guardo el teléfono. Cierro los ojos. Me obligo a respirar, un hábito innecesario, pero que me ancla a los ritmos humanos.

—¿Lista? —pregunta ella. Su voz es plana. Profesional. La calidez que había mostrado antes esta noche —antes de que apareciera Damien, antes de que la alejara— se ha esfumado.

Yo hice eso. Yo puse esa distancia.

—Poppy —doy un paso hacia ella—. Necesito disculparme.

Ella parpadea. Sea lo que sea que esperaba, no era eso.

—¿Por qué? —Su tono es cauteloso, reservado.

—Por lo que dije, sobre que esto es una transacción —busco palabras que sean ciertas sin ser completas—. Ese hombre del cóctel —Damien— me alteró. Me desquité contigo. Eso estuvo mal.

—¿Quién es él?

—Alguien de mi pasado. Alguien a quien esperaba no volver a ver.

—Eso no explica nada.

—Lo sé —doy otro paso. Estamos cerca ahora, lo suficiente para ver la desconfianza en sus ojos, el dolor que intenta ocultar—. Lo sé. Y sé que sigo diciendo «después de la boda» como si fuera una frase mágica que lo excusa todo.

—No lo hace.

—No. No lo hace —me paso una mano por el cabello—. Poppy, no soy bueno en esto. En ser... abierto. He pasado mucho tiempo

construyendo muros, y tú haces que quiera derribarlos, y eso me aterra.

Algo cambia en su expresión. La desconfianza no desaparece, pero se suaviza ligeramente.

—Eso es lo más honesto que me has dicho desde que aterrizamos —dice en voz baja.

—Lo sé.

—Eres realmente malo en esto.

—Soy consciente.

—Pero lo estás intentando —toca el costado de mi brazo.

—Lo estoy intentando —sostengo su mirada—. Ese hombre, Damien, saca lo peor de mí. Me recuerda cosas que he perdido, decisiones que he tomado, personas a las que no pude proteger. Cuando apareció esta noche, me refugié en viejos patrones. Distancia. Control. Alejar cualquier cosa que pudiera doler.

—Cualquier cosa que pudiera dolerte a ti —aclara ella—. No a mí.

—A ambos —la palabra sale áspera—. A ambos, Poppy. Te alejé porque no quería que te vieras atrapada en algo que no tiene nada que ver contigo. Algo viejo, feo y mío.

—Pero ahora sí tiene que ver conmigo —da un paso más cerca—. Porque estoy aquí. Porque somos... lo que sea que seamos. Socios. Intérpretes. Algo más que una transacción, aunque sigas intentando fingir lo contrario.

Podría negarlo. Podría retirarme de nuevo tras el contrato, el dinero, la cuidadosa ficción que hemos construido.

En su lugar, estiro la mano y tomo la suya.

—Algo más —concuerdo—. Mucho más.

Ella mira hacia nuestras manos unidas. Mis dedos están fríos contra su calidez —siempre lo están—, pero ya no se retrae. No se tensa.

—Vamos a llegar tarde a la cena —dice.

—Probablemente.

—Mi madre estará insufrible.

—Indudablemente.

—Y vos te vas a pasar toda la comida vigilando las salidas y buscando amenazas de las que no me vas a hablar.

—Muy posiblemente.

Una pequeña sonrisa asoma a sus labios. —Eres imposible.

—Eso me han dicho.

—¿Quién?

Casi sonrío. —Varias personas. A lo largo de los años.

—Ahí está. La misteriosa no-respuesta —pero se está riendo ahora, realmente riendo, ese sonido brillante y sorprendido que hace que algo antiguo y sin uso revolotee en mi pecho—. Vamos, Don Misterio. Vamos a ser encantadores para mi familia.

No me suelta la mano.

No quiero que lo haga.

Nos dirigimos a la cena, que estoy seguro de que será su propia y elegante tortura.

El restaurante tiene vistas al océano; ventanales de piso a techo que ofrecen vistas espectaculares y líneas de visión terribles. Cuento tres entradas, dos salidas de emergencia y diecisiete lugares donde alguien podría esconderse mientras observa el comedor. La puerta de la cocina se abre cada cuatro minutos en promedio. El personal circula con bebidas siguiendo patrones predecibles.

Catalogo todo esto mientras le sonrío a la planificadora de bodas de Violet, elogio la elección de vino de Catherine y le pregunto a Chris sobre su tiempo en Cornell.

Una vez que la organizadora de bodas está fuera del alcance del oído, le pregunto a Poppy algo que me ha estado rondando.

—¿Por qué no usaron a Sage como su organizadora de bodas? —le susurro al oído.

—Sage y mi hermana no son tan cercanas, y ella sabe que Sage no cree en el amor verdadero —me susurra de vuelta—. Además, alguien ya había contratado a Sage para este fin de semana.

Arqueo una ceja. —Interesante. ¿Una planificadora de bodas que no cree en el amor verdadero?

—Lo sé, ¿verdad?

—Fascinante.

—¿Lista para otra actuación? —dice ella por lo bajo—. ¿Les mostrarás algo de ese encanto tuyo?

Asiento con la cabeza.

Doscientos cincuenta y siete años de práctica. Puedo actuar con encanto hasta dormido.

—Tan listo como siempre estaré —extiendo la mano, señalando la mesa—. Después de vos.

Estamos sentados lo suficientemente cerca como para que nuestros hombros se rocen cuando Poppy alcanza su vaso de agua. Lo suficientemente cerca como para que pueda oler su perfume, algo floral y cálido que no debería funcionar con el aire salino, pero lo hace. Lo suficientemente cerca como para notar cada vez que su respiración cambia, cada vez que su pulso se acelera, cada vez que me mira.

Aun así, la mente se me desvía para buscar el peligro que nos aguarda.

—Lo estás haciendo de nuevo —murmura ella, inclinándose hacia mí como si estuviéramos compartiendo una broma privada.

—¿Haciendo qué?

—Vigilando todo como si esperaras un ataque.

—Estoy admirando la arquitectura.

—Llevás admirando esa salida de incendios diez minutos.

—Es una salida de incendios muy bien diseñada.

Ella ríe, suave, solo para mí. —Sos ridículo.

—Prefiero «vigilante».

—Preferís ser imposible —pero su mano encuentra la mía bajo el mantel y la aprieta—. Me alegra que hayas vuelto.

—¿Vuelto?

—De donde sea que te habías ido antes —traza patrones en mi palma con el dedo—. Esta versión es mejor.

—Esta versión es peligrosa —le digo en voz baja—. Esta versión quiere cosas que no debería.

—¿Cómo qué?

Al otro lado de la mesa, Preston hace un espectáculo alimentando a Serenity con un bocado de su postre. Ella suelta una risita. Catherine observa con un disgusto apenas disimulado.

Me acerco más a Poppy. Mis labios rozan su oído.

—Como más tiempo —murmuro—. Más cenas. Más oportunidades de verte ordenar la fruta con un ángulo de exactamente treinta y

siete grados. Más conversaciones a las tres de la mañana, cuando ninguno de los dos puede dormir.

Se le corta la respiración.

—Eso no suena muy transaccional.

—No. No lo suena.

—Julian…

—¡Poppy! —la voz de Violet cruza la mesa—. Dejá de coquetear con tu novio y contales a todos sobre la vez que te perdiste en Barcelona por seis horas porque te negaste a usar Google Maps.

Poppy se sonroja. —Fue una experiencia para forjar el carácter.

—Terminaste en una lavandería llorando y comiendo churros.

—¡Churros excelentes! —rebate Poppy—. Los mejores que probé.

La mesa ríe. Incluso Catherine sonríe, genuinamente, no con esa sonrisa falsa que ha estado usando toda la noche.

—Está bien, de acuerdo —deja su copa de vino—. Verán, estaba en Barcelona para un viaje de marca, ya saben, una de esas campañas de «experiencia de viaje auténtica» donde quieren que luzcas elegante sin esfuerzo mientras descubres tesoros ocultos.

—Ya suena a desastre —murmura Chris.

—El encargo decía específicamente —y cito—: «nada de trampas para turistas, ni monumentos obvios, encontrá la *verdadera* Barcelona» —hace comillas en el aire—. Así que decidí que iba a ser una viajera *de verdad*. Nada de GPS. Solo vibras y un mapa de papel que le compré a un vendedor callejero.

—Un mapa de papel —repite Violet—. En 2024.

Pienso en los mapas que he usado a lo largo de los siglos. Cartas de costas dibujadas a mano que ya no existen. Planos de calles de ciudades que han sido arrasadas y reconstruidas tres veces. La idea de Poppy aferrada a un mapa turístico en Barcelona, decidida a navegar solo por instinto, es a la vez insensata y extrañamente adorable.

Ella continúa. —¡Parecía romántico! Como si fuera Julia Roberts en una aventura de la vida real de *Comer, rezar, amar*. Iba a encontrar este pequeño lugar de tapas que mis seguidores recomendaron. Alguien dijo que estaba a «tres calles pasando la catedral, girar a la izquierda en la puerta azul». Sencillo, ¿verdad?

—¿Cuántas catedrales hay en Barcelona? —pregunto.

Sus ojos encuentran los míos. —Al parecer *varias*. Ese fue mi primer error —toma un sorbo de vino—. Mi segundo error fue asumir que «puerta azul» significaba, ya saben, una puerta obviamente azul. No una puerta que fue pintada de azul en los años 80 o algo así, y que ahora es más bien de un triste gris verdoso.

Catherine resopla. El sonido me sorprende: diversión genuina. Poppy también lo nota. Veo que lo registra, una pequeña victoria en la campaña en curso por la aprobación de su madre.

Observo a Poppy iluminarse mientras cuenta la historia, sus manos moviéndose, su voz animada. Es buena en esto: atraer a la gente, hacer que se sientan incluidos. Construir conexiones. Es lo que hace para ganarse la vida, pero no hay nada calculado en ello ahora mismo. Es simplemente... ella misma.

—Así que voy caminando. Y caminando. Y las calles se vuelven cada vez más estrechas, y mi teléfono está muerto porque estuve grabando contenido toda la mañana, y de repente estoy en este vecindario donde nadie habla inglés, y todos los letreros de las calles se ven iguales.

Puedo imaginarlo con dolorosa claridad. Poppy, terca y orgullosa, negándose a admitir la derrota. El Barrio Gótico tragándosela entera, esas calles laberínticas que han confundido a los viajeros durante siglos. Yo caminé por esas mismas calles en 1847.

—Para la tercera hora, ya me había rendido con el lugar de tapas —continúa ella—. Solo quería encontrar *cualquier cosa* familiar. Un Starbucks. Un McDonald's. Un turista con una camiseta de «I Heart Barcelona». Pero no. Estaba en el Triángulo de las Bermudas de las calles secundarias del Barrio Gótico.

—Aquí es donde entra la lavandería —la incita Violet.

—¡Ya voy a eso! —Poppy agita la mano—. Entonces empieza a llover. No una lluvia linda de película; lluvia *furiosa*. Y me meto en la primera puerta abierta que veo, que resulta ser esta diminuta lavandería regentada por una mujer llamada Marta que hablaba exactamente cuatro palabras de inglés.

Hace una pausa. La mesa espera. Incluso yo me encuentro conteniendo lo que sería el aliento, si respirar fuera todavía

necesario.

—«¿Estás perdida, sí?»

La mesa estalla en risas. Noto que Preston echa un vistazo desde el otro lado del salón, atraído por el sonido, por Poppy en el centro de todo. Su expresión parpadea con algo que reconozco: el tardío darse cuenta de que uno ha descartado algo valioso.

Demasiado tarde, pienso. *Mucho muy tarde.*

—Marta me echó una mirada, vio mi rímel corriéndose por mi cara y mi mapa de papel destruido y simplemente... me dio una bolsa de —la voz de Poppy se suaviza—. Tenía una bolsa entera y dijo «¡Churros excelentes!» mientras gesticulaba que comiera mientras señalaba una silla de plástico.

—Así que te sentaste en una lavandería a comer —dice Chris.

—Durante *dos horas* —ella asiente solemnemente—. Marta me dejó cargar mi teléfono detrás de su mostrador. Me mostró fotos de sus nietos. ¿Sus lavadoras tenían este ritmo que era extrañamente relajante? Y los churros eran —no puedo enfatizar esto lo suficiente — *increíbles*. Todavía calientes. La cantidad perfecta de azúcar. Nunca he comido mejores churros en mi vida, y he estado buscando activamente los «¡churros excelentes!» desde entonces.

La mesa vuelve a reír.

—¿Alguna vez encontraste el lugar de tapas? —pregunto.

—No. El nieto de Marta eventualmente me llevó de regreso a mi hotel en su Vespa. Tuve que convertir mi «experiencia auténtica en Barcelona» en «aventuras inesperadas te aguardan».

—Obtuvo como ochenta mil likes —añade Violet.

—Al algoritmo le encantan las historias de desastres —Poppy se encoge de hombros—. ¿Y honestamente? Sentarme en esa lavandería con Marta, viendo llover y comiendo churros... esa *fue* la experiencia auténtica. Solo que no era la que planeé.

Ella me mira.

—Las mejores cosas rara vez lo son —digo en voz baja—. Planeadas, quiero decir.

Las palabras surgen antes de que pueda considerarlas. Demasiado honestas. Demasiado reveladoras. Pero la expresión de Poppy

cambia —la sorpresa dejando paso a algo más suave— y descubro que no me arrepiento de ellas.

Entonces me llega la comprensión. No como un rayo, más bien como la nieve: suave, inevitable, cubriéndolo todo a su paso silencioso. He estado cayendo durante semanas. Desde que ella me entregó esa guía plastificada y me miró como si yo pudiera valer la pena.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

No lo reviso. Ya sé lo que dice. Alguna burla nueva. Algún recordatorio de que Damien está observando. Alguna amenaza, velada o directa, que pretende hacerme retroceder de nuevo.

No lo haré.

No esta noche. Esta noche, me voy a quedar sentado aquí a escuchar a Poppy contar historias vergonzosas sobre sí misma. Voy a sostener su mano bajo la mesa. Voy a fingir —solo por unas horas— que soy un hombre que merece estar aquí.

Aunque no lo sea.

Aunque el monstruo tras la ventana solo esté esperando el momento adecuado para recordarme qué sucede cuando me permito que algo me importe.

La cena termina alrededor de las once.

Poppy está ligeramente achispada por los brindis con champán; tres copas, que es una más de su límite habitual. Se apoya en mí mientras caminamos de regreso hacia nuestro edificio, su brazo entrelazado con el mío, su cabeza descansando ocasionalmente en mi hombro.

—Eso salió mejor de lo que esperaba —dice ella.

—Tu familia es menos aterradora de lo que anunciaste.

—No los ha visto en Acción de Gracias —se ríe—. El año pasado, mi madre y mi tía tuvieron una discusión de treinta minutos sobre si es aceptable poner malvaviscos en los camotes. Violet lloró. Mi tío se fue temprano para «revisar a los perros», lo cual todos sabemos que significa beber whisky en el garaje.

—Suena movido.

—Fue una masacre. Metafóricamente —me mira—. ¿Tiene familia? Nunca le he preguntado.

La pregunta es casual. La respuesta no.

—Sí —digo—. Unos cuantos hermanos.

—Me encantaría conocerlos.

—Eso me gustaría —aprieto su brazo suavemente—. Me gustaría mucho.

Ella considera esto. Pensando. Casi puedo oír las preguntas formándose —cuáles son sus nombres, qué edad tienen, eres cercano a ellos— pero no las hace.

En su lugar, dice: —¿Y amigos?

Pienso en Marcus. En Celeste. En el puñado de inmortales que he conocido lo suficiente como para confiar... y en el número mucho mayor que he conocido lo suficiente como para temer.

—Marcus —digo—. Mi chofer. Ha estado conmigo durante bastante tiempo. Sabe más sobre mí que casi cualquier otra persona.

—¿Sabe de esto? ¿Sobre mí?

—Sabe que estoy aquí contigo. Sabe... —vacilo—. Sabe que estoy siendo cuidadoso.

—¿Cuidadoso de qué?

De ti. De mí mismo. De lo que suceda cuando olvide que esto es temporal.

—De cometer errores —digo en su lugar—. Tengo un historial de... calcular mal cuando hay emociones de por medio.

Ella deja de caminar. Estamos en el jardín ahora, a medio camino entre el restaurante y nuestro edificio. Los faroles iluminan el sendero. En algún lugar, una fuente borbotea suavemente.

—¿Eso es lo que es esto? —pregunta ella—. ¿Un error de cálculo?

—No —digo en voz baja—. Esto no es un error de cálculo. Esto es lo más deliberado que he hecho en mucho tiempo.

Ella se pone de puntillas. Me besa; y es un beso de verdad. No para su familia. No para Preston. Es para nosotros.

Cuando se separa, está sonriendo.

—Bien —dice—. Porque no soy muy buena calculando mal.

—Es terrible en eso. Tiene hojas de cálculo para todo.

—Exactamente —toma mi mano de nuevo—. Vamos. Necesito quitarme estos zapatos antes de que mis pies declaren una rebelión.

Caminamos. Y me permito tener esto: su mano en la mía, su risa en la oscuridad, la ilusión de que podría merecerlo.

Incluso mientras escaneo las sombras buscando a Damien.

Incluso mientras mi teléfono vibra con otro mensaje que me niego a revisar.

Incluso sabiendo, con la certeza de los siglos, que una felicidad como esta nunca dura.

CAPÍTULO 13

JULIAN

Poppy:se:queda:dormida a los veinte minutos de regresar a la suite.

La champaña, el estrés, el latigazo emocional de la noche... todo la alcanza de golpe. Sale del baño en pijama, balbucea algo sobre poner una alarma y se queda inconsciente antes de que su cabeza toque la almohada.

Debería irme a mi habitación. La suite tiene dos dormitorios; lo discutimos antes de llegar, establecimos límites, acordamos una distancia apropiada.

En lugar de eso, me acomodo en el sillón junto a su puerta.

Me digo a mí mismo que es por practicidad. Damien está allá afuera. Observando. Esperando. Si decide intensificar las cosas —si pasa de la guerra psicológica a algo más directo— necesito estar lo suficientemente cerca para intervenir.

Esa es la explicación lógica.

La verdad es más simple y más patética: quiero verla dormir.

No de una forma depredadora —aunque soy consciente de cómo suena eso, viniendo de una criatura que ha hecho cosas de depredador—. De una forma protectora. De una forma de «este es

el único momento en el que puedo mirarte sin tener que fingir que no me estoy desmoronando».

Mi teléfono vibra en silencio. Aparece un mensaje de texto en mi pantalla bloqueada. Es del conserje nocturno, uno de los tres empleados de este complejo que saben lo que soy, lo que ciertos huéspedes requieren.

CONSERJE: Su entrega está fuera de la puerta, Sr. Blackthorne. Según lo solicitado.

Me muevo hacia la puerta sin hacer ruido. En el pasillo, hay una pequeña bolsa térmica sobre una bandeja de plata; el mismo empaque discreto que LifeSource utiliza para traslados médicos. Sin llamadas. Sin interrupciones. Solo un servicio eficiente para huéspedes que valoran la privacidad por encima de todo.

La sangre está fresca. Tipo O negativo, mi preferencia, obtenida éticamente y enviada a la unidad de refrigeración privada del complejo antes de que llegáramos. Bebo en el baño con la puerta cerrada, observándome en el espejo: el monstruo realizando el mantenimiento necesario mientras la mujer que ama duerme a tres metros de distancia.

Enjuago el recipiente, lo sello en la bolsa de desechos proporcionada y lo dejo en el armario del baño. El personal de limpieza aquí sabe qué hacer con eso. Han sido entrenados.

Cuando regreso al dormitorio, Poppy no se ha movido.

Antes de poder disfrutar de este momento, me doy cuenta de que debería revisar todos esos otros mensajes en mi teléfono. Hay un montón de mensajes de Damien, cada uno más mordaz que el anterior. Cuatro horas de vigilancia, catalogadas y entregadas como un regalo.

Me desplazo por ellos lentamente, dejando que cada uno cale.

Entre las burlas de Damien, Marcus ha estado enviando sus propios informes. Clínicos. Profesionales. El contrapunto a la guerra psicológica de Damien.

7:15 PM — DAMIEN: El vestido azul fue una buena elección. ¿Lo elegiste tú o ella? Siempre he admirado tu gusto en accesorios humanos.

7:18 PM — MARCUS: El sujeto salió de la habitación 3047. Se dirigió al bar de la terraza.

7:23 PM — DAMIEN: Mesa junto a la ventana. Romántico. También con ángulos de visión terribles. Te estás volviendo descuidado, viejo amigo.

7:41 PM — DAMIEN: A la madre no le agradas. Me doy cuenta desde aquí. Es más lista de lo que parece.

7:58 p. m. — DAMIEN: Sigues tocando su mano bajo la mesa. Qué dulce. Anya solía buscarte de la misma manera.

8:12 PM — DAMIEN: Esperé cincuenta años después de Praga. Paciente. Viéndote reconstruir tus pequeños muros. Y ahora aquí estás, derribándolos por otra cosa frágil.

8:22 PM — MARCUS: El sujeto se reubicó en el punto de observación cerca de la exhibición de orquídeas. Permaneció inmóvil durante 47 minutos.

8:29 PM — DAMIEN::¿Sabe ella que no te has alimentado en tres días?:¿Que te estás matando de hambre para parecer más humano para ella? Qué romántico. Qué fútil.

8:47 PM — DAMIEN: Conocí a Corinne una vez, sabes. Antes del río. Era encantadora. Hacía demasiadas preguntas sobre ti. No tuve que hacer nada. Solo las respondí.

9:03 PM — DAMIEN: La habitación de la hermana es la 4012. La madre está en la 4008. Menciono esto solo como un asunto de interés.

9:15 PM — MARCUS: El sujeto rodea el edificio principal. Probando los puntos ciegos de las cámaras.

9:18 PM — DAMIEN: Ella está contando una historia. La miras como si hubiera inventado la luz. Esto es peor de lo que pensé. Esto es casi demasiado fácil.

9:34 PM — DAMIEN::Margaret solía sonreírte así. Antes del manicomio. Antes de que se enterara de lo que eras y su mente se quebrara. Algunas verdades son demasiado pesadas para los hombros de los mortales.

9:51 PM — DAMIEN: Me pregunto de qué manera se quebrará esta.:¿Huirá como Corinne?:¿Se hará añicos como Margaret?:¿O no

le dirás nada en absoluto y verás cómo ama una mentira hasta que la envenene?

10:08 PM — DAMIEN: No has revisado tu teléfono ni una sola vez. Qué impropio de ti. El Julian que conocí en Vienna ya me habría amenazado.:¿Te has ablandado, viejo amigo?:¿O solo estás cansado?

10:08 PM — MARCUS: El sujeto regresó a su habitación. No hay más movimiento.

10:24 PM — DAMIEN: Un paseo por los jardines. Qué romántico. El sendero junto a la fuente tiene tres puntos ciegos, por si tienes curiosidad. No es que estés prestando atención.

Observó toda la velada. Me vio tomar su mano bajo el mantel. Me vio mirarla mientras contaba esa historia sobre Barcelona —esa que hacía que se le iluminara todo el rostro—. Me vio olvidar, por minutos enteros, que se suponía que debía tener miedo.

El mensaje catorce me detiene.

10:41 PM — DAMIEN: Ella te besó. Bajo los faroles. Pude escuchar ese extraño ritmo lento desde aquí: un latido, luego nada, luego otro. No es humano. No es correcto. ¿Se dio cuenta ella? Tarde o temprano lo hará.

Mis manos se aprietan en los apoyabrazos.

Él lo escuchó. Desde dondequiera que estuviera escondido —los jardines, las sombras, algún punto de ventaja que yo debí haber identificado y no hice— él escuchó el momento en que Poppy presionó sus labios contra los míos y no encontró nada latiendo bajo mis costillas.

¿Se dio cuenta?

Luego juguetea conmigo un poco más, dejándome saber que él tiene el control.

10:58 p. m. — DAMIEN: Ha bebido demasiado champán. Confía en que la cuidarás. La ironía es exquisita.

11:09 PM — DAMIEN: Podría terminar con esto esta misma noche. Lo sabes. ¿Pero dónde estaría el arte en eso? La lección debe aprenderse como es debido. Lentamente. De la forma en que la aprendiste con Anya.

11:18 PM — DAMIEN: Duerme profundamente. La confianza es hermosa. Disfruta las horas que te quedan con ella, Julian. Te veré en la boda.

Me desplazo por las marcas de tiempo. Cada posición que Marcus registró corresponde a uno de los mensajes de Damien. Me estaba enviando mensajes desde cada lugar, marcando su territorio, mostrándome exactamente lo cerca que podía llegar.

Y Marcus lo captó todo. Lo documentó. Construyó un registro que podría importar más tarde, cuando esto se presente ante el Consejo.

No le respondo a Damien. Quiere una reacción. Quiere verme caer en el mismo pánico protector que me alejó de ella hoy más temprano.

No le daré el gusto. Dejo el teléfono a un lado y cierro los ojos. Sé que debería preocuparme por Damien y sus amenazas; en cambio, revivo el beso. La suave sorpresa de él. Sus manos en mi cara, cálidas y seguras. La forma en que sonrió después, como si hubiera resuelto algo. Sin vacilación. Sin retroceder. Sin un atisbo de confusión en sus ojos.

No pareció perturbada por el extraño ritmo de mi corazón; un latido lento cada pocos segundos, nada parecido al bombeo constante que ella esperaría. O si lo notó, lo archivó junto con todas las otras cosas sobre las que ha decidido no preguntar: El frío de mi piel. La comida que no como. El sueño que no necesito.

Poppy ha tenido problemas para dormir, pero esta noche... esta noche duerme profundamente. Observo el ascenso y descenso constante de su respiración: lento, pacífico y totalmente ignorante del monstruo en la esquina.

El monstruo que intenta ser algo mejor.

El monstruo que se está enamorando de cada detalle suyo; incluso el hecho de que habla dormida.

—La temperatura del color está mal —murmura en un momento—. Tiene que ser... más cálida.

Más tarde::—Sage, no puedo... no, son demasiados emojis. No tenemos doce años.

Y, alrededor de las 3 AM::—Julian.

Solo mi nombre. Suave. Como una pregunta que le hace a la oscuridad.

La confianza es hermosa.

Cerca de las 4 AM, se agita. Se mueve. Abre los ojos.

Me mira fijamente durante un buen rato. Espero el miedo; la comprensión de que un hombre al que apenas conoce la ha estado viendo dormir durante horas.

No aparece.

—Hola —dice, con la voz ronca por el sueño.

—Hola.

—No dormiste.

—No duermo mucho.

—Sabes, eso no es saludable.

—Probablemente no.

Se apoya sobre un codo. Tiene el cabello enredado, el rostro marcado por la almohada, los ojos todavía pesados. Nunca se ha visto más hermosa.

—¿Por qué estás en mi habitación, Julian?

Porque Damien está cazando, y tú eres quien usará para lastimarme.

Porque no puedo protegerte si no estoy cerca.

Porque me aterra lo que pueda pasar si aparto la vista.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —digo en su lugar—. Después de todo lo de esta noche. La aparición de Damien. Nuestra conversación. Estaba preocupado.

—Te preocupaste —dice. No es exactamente una pregunta.

—¿Es extraño?

Ella lo considera. Luego aparta las sábanas y da unas palmaditas en el espacio a su lado.

—Si no vas a dormir, al menos hazlo en un lugar cómodo.

—Poppy—.

—No te estoy pidiendo que hagas nada inapropiado. Te pido que dejes de estar sentado en una silla como una gárgola y vengas a acostarte junto a mí —bosteza—. Podemos establecer límites por la mañana. Ahora mismo estoy demasiado cansada para negociar, y está claro que tú no vas a ir a ninguna parte.

Debería discutir. El límite profesional entre nosotros exige distancia.

Mi cuerpo me traiciona. Cruzo la habitación. Me quito los zapatos. Me acuesto junto a ella sobre el edredón, una pequeña barrera entre nosotros, un último intento de decoro.

Se gira hacia mí. Su mano encuentra mi pecho, justo donde debería latir un corazón, lento y errático. Un latido. Una larga pausa. Otro.

Si nota la ausencia, no lo menciona.

—¿Julian?

—¿Sí?

—Sea lo que sea que te asuste —sea lo que sea que represente ese hombre—, lo resolveremos —su voz es somnolienta, ya se está desvaneciendo—. Juntos. Lo resolveremos juntos.

Se queda dormida otra vez. Su mano permanece sobre mi pecho.

Me quedo mirando el techo. Cuento las horas hasta el amanecer. Pienso en todas las formas en las que esto podría terminar; todas las formas en las que terminará, porque las cosas como esta siempre lo hacen.

Pero por ahora —solo por ahora— me permito tener esto.

Su calor. Su confianza. Su mano sobre el lugar donde solía latir mi corazón.

El monstruo fingiendo ser un hombre.

El hombre en su cama, intentando no ser un monstruo.

Mañana, Damien hará su próximo movimiento y tendré que decidir cuánto contarle. Mañana, todo podría desmoronarse.

Pero eso es mañana.

Esta noche, ella está a salvo. Está caliente. Está aquí.

Por ahora, eso es suficiente.

Por ahora, tiene que serlo.

CAPÍTULO 14

POPPY

El sol de la mañana tiene una cuenta pendiente con mi horario de sueño. Se cuela por los ventanales de piso a techo de nuestra suite como si le pagaran por despertarme.

Entrecierro los ojos al mirar el teléfono. 6:56 a. m.

Julian ya está despierto. Por supuesto que lo está. Está sentado en el balcón con pantalones de lino y una camisa blanca que se ve impecable pese a la humedad, leyendo algo en su tableta. Su café descansa intacto a su lado —he notado que nunca lo bebe, solo lo ordena como si fuera utilería—.

Lo cual es raro, ¿no? No, definitivamente es raro. Pero ¿acaso pregunto algo?

Tomo mi teléfono y reviso los comentarios de anoche. La foto que publiqué de Julian —solo sus manos sobre la mesa, con su reloj captando la luz— tiene 47.000 «me gusta» y sigue subiendo.

¿¿¿Quién ES él???

Poppy, no puedes simplemente publicar las manos del hombre misterioso y no darnos detalles.

EL RELOJ. LAS MANOS. La forma en que sostiene esa copa de vino.

Debajo de las notificaciones hay tres mensajes de Sage, enviados a las 2 AM de su hora. Clásico de Sage.

SAGE: De acuerdo, necesito un informe completo de inmediato.

SAGE: La foto de la mano está teniendo un éxito increíble y tú no me dices nada.

SAGE: Además, publicaste ese pie de foto como a las 11 p. m. de tu hora y luego hubo silencio de radio. O estás muerta o estás teniendo la mejor noche de tu vida. ¿CUÁL DE LAS DOS?

Le respondo, todavía medio dormida.

YO: No estoy muerta. Muy resacosa. El champán de aquí es peligroso.

SAGE: ¡POPPY ROSE! Son las 4 a. m. y he estado ESPERANDO. ¿¿¿Qué pasó después de la foto???

YO: ¿Honestamente? Todo se puso un poco borroso después de la cena.

YO: Recuerdo los jardines. Había linternas. Julian estaba siendo desesperantemente perfecto.

YO: Y luego me desperté en mi cama en pijama sin ningún recuerdo de cómo llegué aquí.

SAGE: Oh, por Dios, ¿tuviste una laguna mental frente a tu novio falso?

YO: ¡¡No tuve ninguna laguna mental!! Solo… olvidé agresivamente algunos detalles.

SAGE: Poppy. Linda. Es exactamente lo mismo.

YO: El punto es que Julian debió traerme de vuelta a la habitación. Como un caballero.

SAGE: O como un asesino en serie.

YO: No es un asesino en serie.

SAGE: Eso es exactamente lo que diría alguien que está saliendo con un asesino en serie.

SAGE: Como sea, ¿cómo estaba él esta mañana? ¿Incómodo? ¿Raro? ¿Hiciste algo vergonzoso que no recuerdes?

Miro a Julian en el balcón. Sigue leyendo, perfectamente compuesto, sin revelar nada.

YO: Está actuando completamente normal. Así que, o no pasó nada, o hice el ridículo y él es demasiado educado para mencionarlo.

SAGE: Elijo creer que le confesaste tu amor eterno y que él lo está guardando como ventaja para después

YO: Te odio

SAGE: Me amas. Ahora ve a conseguir contenido. Esa foto de la mano no va a sostener todo el viaje.

Salgo al balcón. Julian levanta la vista y algo cambia en su expresión. Algo que no puedo descifrar.

—Buen día —digo—. ¿Listo para ser famoso en internet?

—Pensé que habíamos acordado una exposición mínima.

—Acordamos una exposición estratégica. Hay una diferencia —le muestro mi teléfono—. Mis seguidores se están volviendo locos con el hombre misterioso. Tenemos que darles algo antes de que empiecen a buscar tu reloj en Google Imágenes.

—Que busquen. No van a encontrar nada.

—Así no es como funciona esto. El algoritmo premia la interacción. La interacción requiere contenido. El contenido requiere que te veas bien bajo la luz tropical mientras yo narro nuestro desayuno romántico.

Su boca esboza una sonrisa divertida. —¿Que me vea bien?

—Estoy parafraseando los comentarios. Ellos usaron más emojis —abro la aplicación de la cámara—. Vamos. Diez minutos. Luego puedes seguir con tu melancolía y tu tableta.

—No estoy melancólico.

—Estás melancólico como si fuera un deporte olímpico y fueras por la medalla de oro.

Él deja la tableta. Se pone de pie. El movimiento es fluido, como si fuera consciente del espacio que ocupa y supiera cómo minimizarlo.

—¿Dónde me quieres? —pregunta.

La pregunta debería ser sencilla. Profesional. En cambio, mi cerebro genera veinte respuestas inapropiadas.

—En la mesa —logro decir—. Empezaremos con el desayuno. Natural. Espontáneo.

—Nada de esto es espontáneo.

—Ese es el punto. Lo espontáneo es una actuación. El mejor contenido de influencer parece no requerir esfuerzo, pero requiere planeación —acomodo el plato de frutas que pedí antes. Ajusto el ángulo de su taza de café—. Bien. Siéntate ahí. Mírame como si estuviera diciendo algo fascinante.

Se sienta. Me mira. Su expresión no cambia.

—Más fascinado —digo—. Menos "tolerando una reunión tediosa".

—Esta es mi cara de fascinación.

—Tu cara de fascinación parece que estás calculando el interés compuesto.

—Lo estoy haciendo. La estructura de precios del complejo es ineficiente.

Bajo mi teléfono. —Julian. Necesito que finjas que no estás pensando en estructuras de precios. Finje que estás pensando en cuánto adoras a tu novia, que está intentando conseguir buena luz para esta papaya.

Él hace una pausa. Entonces, su mano busca mi muñeca, donde me apoyo sobre la mesa, y acaricia mi piel cerca del pulso.

Si pudiera sentir mi pulso, sabría lo rápido que empezó a latirme el corazón.

Recuerda que está actuando, me digo a mí misma.

—La forma en que organizas las cosas es interesante —dice.

—¿Interesante cómo?

—Precisa. Has reacomodado la fruta tres veces, cada vez por milímetros. Estás creando una estética que parece natural, pero es rígida.

Me quedo mirándolo. —¿Eso es… en realidad algo romántico? ¿De una forma extraña y observadora?

—Noto cosas sobre ti.

Su mano sigue en mi muñeca. Sus dedos están frescos —más frescos de lo que deberían tras estar bajo el sol tropical de las Bahamas. Debe de tener mala circulación.

—Sí. Me estoy dando cuenta —levanto el teléfono de nuevo. Mis manos están más firmes ahora—. Bien. Di algo que me haga reír.

Lo piensa por un segundo. —Oh, lo tengo. El prometido de tu hermana es director general en una firma que está a punto de ser investigada por fraude de valores.

Casi se me cae el teléfono. —¿Qué?

—Dijiste que dijera algo gracioso. Que te hiciera reír, ¿cierto?

—¿Cómo es que alguien siendo investigado por fraude de valores resulta gracioso?

—Bueno, los comediantes que he visto siempre señalan algo malo de alguien más para que la gente se ría.

—No así. Eso es simplemente aterrador —algo en la forma en que lo dijo me inquieta—. ¿Es verdad? ¿Lo están investigando?

—Sí.

—¿Cómo sabes eso?

—Sé cosas —toma una fresa y la estudia—. ¿Debería preocuparme por el futuro financiero de tu hermana?

—¿Deberías...? Julian, no puedes simplemente soltar que Chris es un criminal y luego preguntar si deberías preocuparte.

—No dije criminal. Dije investigado. Hay una diferencia.

—Oh, bueno, eso es mucho mejor. Lo incluiré en mi brindis de dama de honor —me siento frente a él. Me olvido de tomar la foto—. ¿Está Violet en peligro?

—¿Financieramente? Posiblemente. ¿Físicamente? No. Él no es esa clase de criminal.

—¿Hay clases?

—Muchas clases. Chris es de la clase aburrida. Cuentas en el extranjero. Sociedades fantasma. Nada creativo —deja la fresa—. Puedo pedirle a mi equipo legal que investigue si estás preocupada.

—Tu equipo legal.

—Tengo contratados a veintitrés abogados y son muy buenos en lo que hacen.

—¿Qué es...?

—Hacer que los problemas desaparezcan.

La forma en que lo dice —casual, seguro— me provoca un escalofrío. Pero también me reconforta. Porque se está ofreciendo a proteger a Violet. Ofreciéndose a usar sus recursos para ayudar a mi familia.

A mi familia, a la que apenas conoció ayer.

—¿Por qué harías eso? —pregunto.

—Porque no me gusta verte preocupada.

—Pero esto es falso, ¿no? No tienes por qué preocuparte por la seguridad financiera de mi hermana.

Él me mira. —¿Quién dice que lo estoy fingiendo?

El aire entre nosotros cambia. Se vuelve denso.

Mi teléfono vibra. El nombre de Violet parpadea en la pantalla.

VIOLET: ¡Día de playa! Todos se reúnen a las 10. Trae a tu misterioso novio. Mamá quiere interrogarlo debidamente.

—Tenemos una función obligatoria —digo. Mi voz suena extraña—. Playa. Diez AM. Interrogatorio incluido.

—Prepararé mis respuestas.

—¿No estás nervioso?

—¿Debería estarlo?

—Mi madre una vez hizo llorar a un hombre adulto preguntándole sobre su cartera de inversiones.

—Tengo una excelente cartera de inversiones.

—Ese no es el punto. El punto es que es aterradora, y encontrará tu debilidad y la explotará.

Julian se pone de pie. Se acerca a mí. Se agacha para que estemos al nivel de los ojos. —Poppy. He negociado con capitalistas de riesgo que desayunan empresas. Me he sentado frente a directores ejecutivos que han construido imperios sobre los fracasos de otros. Su madre es formidable, pero no es lo más aterrador a lo que me he enfrentado.

—¿Qué lo es?

Él hace una pausa. Luego se dispone a decir algo y vuelve a pausar. —Sabes, probablemente deberíamos prepararnos. Apuesto a que habrá muchas oportunidades para tomar fotos en la playa.

Está desviando el tema. Conozco esa técnica; se me da de maravilla. Pero lo dejo pasar porque tenemos una actuación que preparar.

Bajamos a la playa a las 9:50. Vi odia que la gente llegue tarde, aunque ella es la que siempre llega tarde.

La playa es perfecta. Arena blanca. Agua turquesa. Palmeras meciéndose con la brisa.

Mi familia ha reclamado una sección cerca del agua. Violet y Chris están allí con mi madre... y mi ex con la rompehogares. Preston lleva unos shorts de playa que cuestan más que mi renta. Serenity lleva un bikini blanco que la hace parecer una instructora de yoga descendida de las nubes.

Está filmando. Por supuesto que lo está.

La observo colocar a Preston contra las olas, inclinando su mandíbula hacia la luz. —Bien, cielo, ahora pon cara contemplativa. Como si estuvieras pensando en tu meditación matutina.

Preston acomoda su rostro en lo que supongo que pretende ser una expresión contemplativa. Parece más bien que estuviera intentando recordar si dejó la estufa encendida.

—Perfecto —dice Serenity—. Ahora hagamos una juntos. ¡Contenido de pareja!

Le entrega el teléfono a un empleado del complejo que va pasando y se acomoda contra el pecho de Preston. Sonríen. Las sonrisas parecen ensayadas, lo cual me molesta, ya que nunca logré que él hiciera eso conmigo.

Lo que realmente me fastidia es cómo está apoyando la cabeza en su pecho. Así es como yo apoyaba la cabeza en nuestras fotos juntos. ¡No solo me roba al hombre, también me roba los movimientos!

Lo cual no debería importarme más. Ahora tengo a Julian, y se ve sumamente sexy en esos shorts de baño negros. Shorts negros y nada más.

Nada. Más.

Vaya. Está empezando a hacer calor aquí afuera, y no es por el sol tropical.

¡Vaya, estoy empezando a creerme mis propias mentiras!

¿Y por qué no? He estado intentando no mirar fijamente a Julian durante los últimos veinte minutos. He fallado. Rotundamente.

—Estás mirando —murmura él mientras caminamos por la arena.

—Estoy, ejem, observando. Ya sabes, para fines de investigación.

—Investigación.

—Necesito describirte a mis seguidores, y eso requiere que observe.

—Entonces dime, ¿qué has observado?

Que su cuerpo parece esculpido. Que se mueve como el agua. Que he olvidado cómo formar pensamientos coherentes. Que pese al sol, su piel no brilla por el sudor como la de todos los demás.

—Eres muy... simétrico —digo.

Él se ríe. El sonido provoca algo en mi pecho.

—Simétrico. Por supuesto, puede que no sepa tanto de marketing como una influencer como tú. Pero no estoy seguro de que esa sea la mejor palabra para usar.

—Estoy siendo profesional.

—Estás siendo adorable.

—Nunca soy adorable. Soy curada y estratégica y...

—Adorable —repite. Entonces me toma de la mano. Entrelaza nuestros dedos—. Vamos. Vamos a ser simétricos y adorables para tu familia.

Su palma está fresca y seca. La mía está sudando por el calor. Estoy por hacer un chiste sobre su habilidad para evitar la transpiración, pero Catherine nos divisa antes de que pueda hacerlo.

Sus ojos viajan desde nuestras manos unidas hasta el rostro de Julian, y veo que su expresión cambia.

—Poppy —dice—. Julian. Qué encantador. Justo estábamos discutiendo el cronograma de la boda.

—Suena fascinante —digo.

Detrás de nosotros, oigo la voz de Serenity: —Bien, una más. Esta vez mírame como si yo fuera todo tu mundo.

No me doy la vuelta. Pero siento que los dedos de Julian se aprietan contra los míos.

—Y ustedes dos, ¿hace cuánto que sucede esto? —pregunta mi mamá mientras señala de un lado a otro entre nosotros.

—Cuatro meses —digo, tal como lo ensayamos—. Fue desesperantemente persistente.

—Valías la pena la persistencia.

—¿Ves? Desesperante.

Julian pone su mano en la parte baja de mi espalda. El toque es ligero. Deliberado. Diseñado para parecer casual.

No se siente casual.

—Tienen que meterse al agua —Vi aparece de la nada, rebosante de demasiada energía para ser tan temprano—. ¡Está perfecta, Pops!

—Tengo que filmar primero —digo—. El contenido no espera a ninguna mujer.

Arrastro a Julian hacia la orilla, lejos del grupo. Encuadro la toma: él de pie con las olas rompiendo alrededor de sus tobillos, el

Atlántico extendiéndose detrás de él en tonos azules.

—Mírame —le pido en voz alta.

Lo hace. Su expresión es desprotegida. Abierta.

Tomo la foto. Luego otra. Luego tres más porque no puedo parar. Su cuerpo es absolutamente increíble.

—¿Podrías darme una donde estés saliendo del agua?

Empieza a caminar hacia mí. Lo detengo.

—Lo siento, Julian. Me refiero a una espontánea donde estés saliendo del agua después de nadar.

—Oh... —se detiene—. Sí, eso tiene más sentido. Me encantaría.

Julian corre —sí, corre— hacia el océano y se sumerge. Casi me olvido de disparar las fotos mientras me pierdo en su elegancia. Lo hizo ver tan fácil, y de algún modo sexy.

Entonces el tiempo parece ralentizarse, como en las películas, cuando sale del agua y echa su cabello mojado hacia atrás. Por suerte, mantener presionado el botón de la aplicación de mi cámara activa el modo ráfaga; de lo contrario, no creo que hubiera podido capturarlo: ese momento de belleza pura.

—¿La tienes? —pregunta, sacándome de mi trance.

—Ah, sí. La tengo.

Camina de regreso hacia mí. El agua gotea de su cabello. Espero que su piel esté fresca por el océano, pero cuando apoya su mano en mi cintura, está a la misma temperatura que antes. Como siempre. Como si el agua no lo hubiera tocado.

—Tu turno —dice.

—¿Mi turno?

—Al agua. Has estado filmando a todos los demás. Es hora de enfocarse en ti.

—Yo no... no soy una persona de agua.

—Estás en la playa, usando un traje de baño que, de algún modo, te hace ver aún más impresionante.

Sí, mi traje de una pieza azul es lindo, pero no lo suficiente como para inmortalizarlo en una foto.

—Estoy observando en la playa. Hay una diferencia.

Él toma mi teléfono. Se lo entrega a Vi. —Filma esto.

—¿Filmar qué?

Entonces me levanta. Simplemente me alza como si no pesara nada.

—¡Julian! ¡Bájame!

—En un minuto.

Camina hacia el agua. Yo me río y protesto y me aferro a sus hombros, y puedo oír a Violet carcajeándose detrás de nosotros.

—¡Esto no es parte del plan! —digo.

—Los planes cambian.

—¡Te voy a matar!

—Vas a agradecérmelo. Esto conseguirá una interacción increíble.

Tiene razón. Odio que tenga razón. O en realidad, creo que me encanta.

El agua está tibia. Perfecta. Me baja, manteniendo sus manos en mi cintura para darme estabilidad.

Nos llega el agua por la cintura. Cerca. Las olas nos empujan el uno contra el otro.

—Esto es para la cámara —digo.

—Por supuesto.

—Estamos actuando.

—Absolutamente.

Pero sus manos no se mueven. Y yo no retrocedo.

—Julian...

—Su madre está mirando.

—Lo sé.

—Preston está mirando.

—Lo sé.

—Probablemente deberíamos besarnos.

Mi corazón se detiene. —Probablemente.

Él se inclina. Despacio. Dándome tiempo para objetar. Tiempo para recordar que esto es falso.

No objeto.

Sus labios tocan los míos. Suave. Con cuidado. Probando.

Luego más profundo. Su mano acuna mi mandíbula —dedos frescos contra mi piel calentada por el sol—. Mis dedos se curvan en sus hombros.

El agua se mueve a nuestro alrededor. El sol cae a plomo. En algún lugar, mi hermana está filmando esto.

No me importa.

Cuando nos separamos, me está mirando como si yo fuera la única cosa real en su mundo.

—Eso... eso fue muy convincente —susurro.

Su pulgar delinea mi labio inferior. —No estaba actuando.

CAPÍTULO 15

JULIAN

El agua está cálida a nuestro alrededor. El sol de las Bahamas cae con fuerza sobre nosotros. Y acabo de cometer un error catastrófico.

La besé.

No lo que practicamos —la cuidadosa coreografía de intimidad casual diseñada para convencer a su familia—. Esto fue algo completamente distinto. Auténtico. Real. Sus labios suaves contra los míos. Sus dedos hundiéndose en mis hombros mientras se acercaba más.

Sin alcohol que afectara el juicio. Sin excusas. Fueron décadas de distancia cuidadosa colapsando en lo que dura un solo suspiro.

—Eso... eso fue muy convincente —susurra Poppy, con voz incierta.

Mi pulgar recorre su labio inferior. —No estaba actuando.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, peligrosas y verdaderas. Sus ojos azules —los mismos que han captado cada desliz en mi fachada cuidadosamente construida— se han agrandado. Puedo verla procesando, archivando, tratando de reconciliar lo que acabo de admitir con el contrato que define nuestra relación.

Cada instinto me dice que me retire. Que lo descarte como actuación de método. Que reconstruya el muro que he estado demoliendo desde la noche en que me envió esa solicitud, con el rostro libre de maquillaje y la voz cruda de honestidad.

Pero parece que no puedo hacerlo. La atraigo más hacia mí. Dejo que mi frente descanse contra la suya. Aspiro el aire salino. El protector solar. Y algo debajo de todo eso que es exclusivamente de ella.

Por un momento perfecto, no existe Damien. Ni la Regla de Praga. Ni siglos de pérdidas enseñándome que el amor es solo otra palabra para un futuro duelo.

Solo existe Poppy. Solo esto.

Ella avanza un poco más para otro beso.

—¿Estás segura de esto? Lo deseo. Más que nada. Pero quiero que ella lo desee.

—Sí —dice con suma delicadeza mientras lo sella con un beso.

Incluso más apasionado que los dos primeros.

Tras dos siglos y medio viendo amantes ir y venir, sintiendo cómo mi propio corazón se calcificaba con cada década que pasaba, reconozco los peligros de lo que está ocurriendo entre nosotros. Ella despierta hambres que he pasado vidas enteras aprendiendo a controlar.

Esta vez ambos nos rendimos por completo, su pulso acelerándose contra mis venas de latido lento, su corazón corriendo mientras el mío mantiene su ritmo antiguo y pausado, derribando cualquier fortaleza que yo pudiera haber construido para protegerla de lo que inevitablemente debe seguir.

Cuando rompemos el abrazo, nuestros cuerpos siguen magnetizados, las yemas de los dedos demorándose en la piel del otro. Su aliento llega en ondas superficiales contra mi boca. Mi pulgar recorre el pulso en su garganta, sintiéndolo martillear bajo la delicada piel. No puedo dejar de mirarla. No dejaré de mirarla. Es como si siglos de existencia hubieran sido meramente un preludio para este único y abrasador momento.

Entonces la mirada de Poppy baja, cortando la conexión.

—Tenemos audiencia —susurra, asintiendo hacia su familia, que parece tan hipnotizada por nuestro beso como nosotros.

Sus ojos no dejan de volver a mis labios, como si ya estuviera planeando nuestro próximo beso.

—¡Eso fue ADORABLE! —grita Violet—. ¡Y tu público amó cada segundo!

—¡¿Qué?! ¡Pensé que solo lo estabas grabando!

—Nop, Pops, lo transmití en vivo. Oh, quiero decir, estamos en vivo.

—¿En vivo? ¿Y sigues grabando?

—Sí.

Poppy deja caer la cabeza sobre mi hombro y suelta una risa que vibra contra mi clavícula. —Bueno, ahí quedó la parte estratégica que te prometí.

Levanto su barbilla con la punta de los dedos, recorriendo la delicada línea de su mandíbula. —Valió la pena —murmuro contra sus labios antes de capturarlos de nuevo. El mundo se reduce a la suave presión de su boca, al suave suspiro que escapa de ella.

—Definitivamente —susurra cuando finalmente nos separamos a regañadientes.

—Probablemente deberíamos regresar —sonríe ella—. Por mucho que me esté gustando esto, nunca me han ido mucho las PDA.

—¿PDA?

—Muestras públicas de afecto.

—Ah, sí, claro —digo, ocultando el hecho de que no tenía idea de qué era hasta que me lo dijo.

Tomo su mano y comenzamos a caminar hacia la orilla, sus dedos entrelazándose con los míos como si pertenecieran allí.

Como si hubiéramos estado haciendo esto durante años en lugar de días.

Caminamos juntos de regreso a la orilla, y soy hiperconsciente de cada punto de contacto entre nosotros. Su hombro rozando el mío. La forma en que ajusta su agarre en mi mano. La pequeña y privada sonrisa que intenta suprimir.

Violet se nos acerca en cuanto nuestros pies tocan la arena seca.

—¡Ay, por Dios! ¡Eso fue tan lindo! Tipo, asquerosamente lindo.

—Qué gran elogio —dice Poppy.

Su hermana le entrega su teléfono a Poppy. Ella comienza a mirar las imágenes que Violet capturó.

—El ángulo es bueno —murmura, más para sí misma que para nosotros—. Natural. Espontáneo.

—¿Es espontáneo si fue planeado? —pregunto.

—Todo está planeado. El arte consiste en hacerlo parecer que no lo está. Y, además, no todo fue planeado, ¿o sí?

Me paro detrás de ella, mirando el video sobre su hombro. Me veo a mí mismo, cargándola en el agua. Veo el beso, suave y seguro, enmarcado perfectamente contra el azul turquesa del océano.

Parecemos una pareja enamorada.

Quizás porque lo somos.

—No, supongo que no todo fue planeado.

Hay muchísimos comentarios.

PERDÓN PERO QUIÉN ES ESTE HOMBRE

Poppy realmente se mandó un glow up

¡¿Vieron cómo la mira?!

Preston jamás podría

—«Preston jamás podría» —lee Poppy en voz alta, y hay satisfacción en su voz—. Amo a mis seguidores.

Al otro lado de la playa, capto un movimiento. La cabeza de Preston girando hacia nosotros. La mano de Serenity en su brazo, redirigiendo su atención al contenido que sea que estén creando. Pero vi su expresión: el destello de celos que no pudo ocultar del todo.

Bien.

—Estás sonriendo —observa Poppy—. Sonriendo de verdad. Eso es nuevo.

—Estoy disfrutando el espectáculo.

—¿Cuál espectáculo? ¿Mi momento viral o el sufrimiento de Preston?

—Ambos.

Ella ríe; ese sonido brillante y sorprendido que hace que algo antiguo se agite en mi pecho. —Eres más rencoroso de lo que esperaba de un tipo rico y misterioso.

—Todo el mundo tiene profundidades.

—¿Profundidades misteriosas?

—Las más misteriosas.

Su teléfono vibra de nuevo. La publicación ha alcanzado los diez mil likes. Me muestra la pantalla y veo el triunfo en sus ojos: la validación que anhela, incluso cuando finge no necesitarla.

Pero bajo el triunfo, veo algo más. Un atisbo de duda.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. Solo... —Se queda mirando los números—. A veces me pregunto si algo de esto es real. El compromiso. La conexión. O si solo están viendo una historia que inventé.

—¿Importa?

—¿No debería?

Pienso en mis propias actuaciones. Los siglos fingiendo ser humano. Las máscaras que he llevado tanto tiempo que he olvidado qué hay debajo de ellas.

—La gente cree lo que quiere creer —digo—. Lo que necesita creer. Tú les das eso.

—Una fantasía.

—Un consuelo —la giro para que me mire de frente—. Eso tiene valor, Poppy. Hacer que la gente se sienta vista. Incluso si esa mirada está editada.

Ella se queda callada, pensando. Luego: —Eso es lo más filosófico que alguien ha dicho jamás sobre mi Glowstagram.

Poppy está sonriendo. Relajada. No hay nada que desee más que que esto continúe. Pero estamos aquí para actuar para los invitados de la boda, y eso es exactamente lo que hacemos.

La tarde transcurre como un susurro.

Almorzamos con Violet y Chris en el café informal del complejo: sándwiches de mero, arroz con chícharos y una conversación que apenas escucho porque estoy escaneando cada entrada, cada salida, cada sombra donde Damien podría estar acechando.

No aparece ni envía mensajes, lo cual es casi peor.

Damien siempre ha preferido el juego a largo plazo. El aumento lento de la tensión antes del ataque. Me quiere asustado. Me quiere

paranoico. Me quiere tan concentrado en la amenaza que cometa un error.

—Julian —la voz de Poppy interrumpe mi vigilancia—. Lo estás haciendo de nuevo. Desapareciendo dentro de tu cabeza.

Entrelazo mis dedos con los suyos. Ella ya no se sobresalta, ni se pone tensa por la frialdad de mi piel. Se está acostumbrando a mí. A mi extrañeza. A todas las formas en las que no encajo del todo.

Eso debería asustarme. Me asusta.

Pero no lo suficiente como para soltarla.

—Estoy aquí —le digo—. Presente. Contigo.

—¿Lo estás?

—Intento estarlo.

Algo cambia en su expresión.

—Supongo que con eso bastará —aprieta mi mano—. Por ahora.

Necesito hablarle de Damien y explicarle el peligro. Darle la opción de huir.

Pero tengo miedo de perder esto. De perderla. Así que ignoro las advertencias y llevo su mano a mis labios. Beso sus nudillos y observo cómo el rubor sube por sus mejillas.

—Esta noche —digo—. Después de la cena de ensayo. Te lo contaré todo.

—¿Todo?

—Lo suficiente.

—No es lo mismo.

—No. Pero es lo que puedo ofrecer.

Ella me estudia, sopesando mis palabras. Puedo verla catalogando mis evasivas, añadiéndolas a cualquier archivo que haya estado construyendo desde que nos conocimos.

—De acuerdo —dice finalmente—. Esta noche.

Regresamos a la suite al final de la tarde. La luz de la hora dorada entra por las ventanas, pintándolo todo de un cálido ámbar.

Poppy desaparece en su habitación para bañarse y cambiarse. Me quedo junto a la ventana, viendo cómo el sol desciende hacia el horizonte.

Un zumbido de mi teléfono rompe mi paz.

DAMIEN: Es encantadora cuando se ríe. Casi parece humano cuando hace que lo haga.

Mi mano se aprieta sobre el teléfono.

DAMIEN: La cena de ensayo debería ser entretenida. He organizado sentarme cerca. Viejos amigos poniéndose al día. A tu novia no le importará, ¿verdad?

No respondo. Responder es lo que él quiere. Confirmación de que se me ha metido bajo la piel. Evidencia de que me importa lo suficiente como para sentirme amenazado.

Un tercer mensaje:

DAMIEN: Fue descuidado hoy, Julian. En el agua. En la playa. Olvidó buscarme. Olvidó que estaba mirando.

Tiene razón.

La comprensión me golpea como un golpe físico. Durante horas —durante la mayor parte del día— estuve tan concentrado en Poppy que bajé la guardia. Me dejé distraer por el calor de su mano, el sonido de su risa, la esperanza imposible que crecía en mi pecho.

Había olvidado tener miedo.

Eso es exactamente lo que Damien quería. Y exactamente lo que hace que esto sea tan peligroso.

DAMIEN: Nos vemos en la cena de ensayo mañana, viejo amigo. Intentaré no arruinarle la sorpresa.

Borro los mensajes. Cierro los ojos. Me obligo a respirar; ese viejo e innecesario hábito que me ancla a los ritmos de una vida que ya no vivo.

Mañana. Sea lo que sea que esté planeando, sucederá mañana por la noche.

Necesito estar listo.

CAPÍTULO 16

POPPY

Mi teléfono no ha dejado de vibrar desde que estuvimos en la playa.

Estoy en nuestra suite, intentando maquillarme para la cena, pero Sage ha decidido que dormir es para la gente que no está presenciando cómo la vida de su mejor amiga se convierte en una telenovela en tiempo real.

SAGE: POPPY ROSE GABLE

SAGE: Acabo de ver ese video CATORCE VECES

SAGE: CATORCE

SAGE: La forma en que te CARGÓ para meterte al agua

SAGE: La forma en que te MIRÓ

SAGE: Eso no fue comportamiento de novio falso

SAGE: Eso fue comportamiento de novio REAL

SAGE: Necesito que me expliques ya mismo

Suelto mi rímel y le respondo.

YO: Es complicado

SAGE: COMPLICADO

SAGE: Ese beso no se vio para nada complicado

SAGE: Ese beso pareció de dos personas que se olvidaron de que existían las cámaras

SAGE: Además, tus comentarios están de locos ahorita

SAGE: "Preston jamás podría" es tendencia

SAGE: Alguien hizo una comparación de Julian cargándote a ti vs Preston cargando el tapete de yoga de Serenity

SAGE: Julian está ganando

Reírme se siente mal, pero me río de todos modos. Hay algo que se siente demasiado bien sobre todo este asunto.

Julian está ganando. Y me encanta el hecho de que Preston tenga un asiento en primera fila para verlo todo.

YO: Está bien, de acuerdo

YO: Ya no es falso

YO: ¿O tal vez nunca fue falso?

YO: Sinceramente no sé en qué momento cambió

SAGE: ¡POR DIOS!

SAGE: LO SABÍA

SAGE: Te dije que te estaba mirando de forma rara esa noche en tu departamento

YO: Pero de todos modos está ocultando algo

YO: Algo grande

SAGE: Define «grande»

SAGE: Como «grande» nivel esposa secreta o nivel protección de testigos

Me quedo mirando el teléfono. ¿Cómo empiezo siquiera a explicarlo?

YO: Más grande

SAGE: ...

SAGE: Poppy

SAGE: ¿De qué tamaño estamos hablando?

YO: Recuerdas que dije que habla como si fuera de otro siglo

SAGE: Sí

YO: Y que nunca come

SAGE: Sí

YO: Y que su piel siempre está fría

SAGE: Poppy

SAGE: ¿Estás a punto de decir lo que creo que vas a decir?

YO: No estoy diciendo nada

YO: Solo estoy... notando patrones

SAGE: ¿Patrones que sugieren que tu novio falso podría ser algo como un VAMPIRO o tal vez algún otro tipo de NO-MUERTO?

Verlo escrito así hace que suene demente. Cosa que es. Es de locos.

YO: Cuando lo dices así suena loco

SAGE: ¡ES QUE ESTÁ LOCO!

SAGE: Bueno, no estalló en llamas

YO: Eso fue algo inventado por la película *Nosferatu*

YO: A Drácula solo lo debilitaba la luz del sol

SAGE: No me pareció que estuviera muy débil

SAGE: Pero también

SAGE: ¿Has considerado que tal vez solo te estás enamorando de un tipo excéntrico y misterioso?

SAGE: Y que tu cerebro está inventando explicaciones sobrenaturales porque tienes miedo de que te lastimen otra vez.

Esa es una interpretación razonable.

YO: Quizás

SAGE: O quizá es un vampiro

SAGE: Sinceramente, cualquiera de las dos opciones parece igual de probable a estas alturas

SAGE: Solo prométeme que tendrás cuidado

YO: Lo prometo

SAGE: Y sigue enviando actualizaciones

SAGE: Esto es lo más emocionante que me ha pasado en MESES

SAGE: Estás viviendo una novela de romance paranormal y yo estoy atrapada en un mundo de hojas de cálculo

YO: Te odio

SAGE: Me amas

SAGE: Ahora ve a besar a tu novio posiblemente vampiro otra vez

SAGE: ¡Y GRABA TODO LO QUE PUEDAS! ¡ME ENCANTA ESTO!

Suelto mi teléfono y me miro en el espejo. Mejillas sonrojadas. Ojos brillantes. El aspecto de una mujer que o bien ha encontrado algo real o ha perdido la cabeza por completo.

Posiblemente ambas cosas.

Julian sale del baño y lo observo en el reflejo. Se mueve con tanta gracia. ¿Me pregunto si todos los tipos ricos toman algún curso sobre cómo caminar con elegancia como lo hacemos las mujeres? Se cambió por una camisa de lino que parece informal, pero estoy segurísima de que no lo es.

—¿Sage? —pregunta él, señalando mi teléfono con la cabeza.

—Vio el video. Catorce veces, al parecer.

—¿Solo catorce?

—Se está conteniendo. —Me giro para mirarlo—. Cree que eres o bien parte de los no-muertos o un vampiro. No se decide por cuál.

—Primero, ¿acaso los vampiros no son también no-muertos?

Hago una pausa para pensarlo. —Sí, pero los vampiros son los no-muertos sexis, así que tienen su propia categoría.

Algo cruza por su rostro. —Es bueno saberlo. Entonces, ¿tú qué piensas?

—Pienso que tenemos reservación para cenar en veinte minutos y no he terminado mi rímel.

Se acerca a mí. Me levanta el mentón con sus dedos fríos. —Evasión. Tu especialidad.

—He tenido práctica.

—Lo he notado. —Estudia mi rostro como si lo estuviera memorizando—. Te ves hermosa.

—Me veo a medio terminar.

—Te ves como tú. —Me besa la frente—. Eso siempre es hermoso.

Mi corazón da un vuelco.

Después de que termino, bajamos para disfrutar de una comida con mi hermana y su futuro esposo en el acogedor lugar para cenar del resort; el tipo de lugar que es íntimo y donde puedes escuchar tus propios pensamientos. No es el salón formal reservado para la cena de ensayo de mañana. Solo nosotros cuatro, tal como Chris sugirió.

Hay algo sospechoso en ver a Julian Blackthorne fingir que se come un palitroque.

Ha perfeccionado el arte, se lo reconozco. El trozo arrancado de manera casual. La pausa reflexiva antes del bocado que no llega a ser bocado. La forma en que mueve los trozos en su plato como si

estuviera dirigiendo una sinfonía de carbohidratos sin dejar que ninguno toque sus labios. He estado rastreando esto desde nuestra primera cena en Santa Monica.

Cosas que Julian no hace: comer, tomar café mientras está caliente, sudar, incluso cuando la humedad tropical me tiene derritiéndome.

Cosas normales de un novio, ¿cierto?

Al otro lado de la mesa, Violet está relatando una historia de terror quirúrgico con el tipo de gestos entusiastas que sugieren que se ha olvidado de que estamos comiendo. Chris se ha puesto verde. Julian parece genuinamente fascinado, lo cual es o una actuación excelente o un poco preocupante.

—... y entonces el residente me mira —continúa Violet, blandiendo su tenedor como un escalpelo—, blanco como una pared, y dice: «Dra. Gable, creo que pude haber dejado la pinza adentro».

Chris se atraganta con su vino. —¿Adentro del paciente?

—Adentro del paciente.

—¿Qué hiciste?

—Le dije, con mucha calma y profesionalismo: «Bueno, entonces será mejor que vayas por ella». —Violet sonríe ante el horror de Chris—. Por supuesto, yo estaba gritando por dentro. Como uno de esos gritos de película de terror.

Julian se ríe.

No es la risita refinada que lo escuché usar en el cóctel. Esta es diferente. Genuina y cálida. Su rostro se transforma en algo más joven.

Me olvido de cómo respirar.

Me atrapa mirándolo. Levanta una ceja. —¿Qué?

—Nada. —Agarro mi vino—. Solo disfrutando del espectáculo.

—¿El espectáculo?

—Tú. Siendo una persona. —Hago un gesto hacia su rostro mientras él arquea las cejas y abre la boca—. Es lindo. Deberías hacerlo más seguido.

—Eh, siempre soy una persona —dice él, y luego me guiña un ojo.

—Sí. Pero siempre estás actuando como una persona. Hay una diferencia. —Tomo un sorbo, observándolo sobre el borde de la copa

—. Yo debería saberlo. Hago lo mismo. Me gusta este nuevo tú.

—Es diferente —dice en voz baja, en un tono solo para mí—. Tú me haces diferente.

Bajo la mesa, me toma la mano mientras me mira con ese tipo de mirada que significa que las cosas podrían ponerse clasificación R —o al menos, PG-13— pronto.

Violet se aclara la garganta. —¿Deberíamos irnos Chris y yo? ¡Búsquense una habitación ya! Oh, cierto, ya tienen una, así que ¿tal vez podrían seguir con esto más tarde?

—Cállate. —Pero estoy sonriendo. No puedo evitarlo.

—Creo que es tierno —dice Chris, mirándonos con una expresión que no alcanzo a descifrar—. Ustedes dos. La forma en que son el uno con el otro.

—¿Cómo somos el uno con el otro? —pregunto.

—Como si se conocieran de toda la vida. —Se encoge de hombros, buscando la mano de Violet—. Hay esa comodidad. Esa complicidad. A Vi y a mí nos tomó meses llegar a eso. Años, tal vez.

—Estamos muy cómodos —coincide Julian, apretando suavemente mi mano—. Poppy lo hace fácil.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Violet se entrecierran, esa mirada que significa que está a punto de ser insufrible—. Porque yo recuerdo que ella tuvo una crisis total cuando Preston no dobló sus toallas correctamente.

—Eso fue por respeto, no por las toallas.

—Fue por las toallas.

—Las toallas eran una metáfora, Vi.

—Las toallas eran de algodón egipcio, y lo hiciste redoblarlas tres veces mientras dabas extensas críticas sobre su técnica. —Se vuelve hacia Julian—. ¿Ya hizo lo de las toallas contigo?

—No; sin embargo, yo sí doblo las toallas correctamente —dice Julian, y algo en la forma en que lo dijo me hizo sentir que nunca había doblado una toalla en su vida.

Me giro hacia él. —¿Sí? ¿De verdad?

—Bueno, tengo personal que dobla las toallas correctamente. —Hace una pausa—. Es lo mismo.

Suelto un bufido. Como una persona que no ha pasado cinco años cultivando una imagen de elegancia natural para más de 800,000 seguidores. —Eres imposible.

—Eso me han dicho varias personas a lo largo de los años.

A lo largo de los años. Guardo ese dato junto con los otros pequeños descuidos. La creciente colección de evidencia que estoy decidiendo no examinar demasiado de cerca.

Llega la comida: pescado a la parrilla, vegetales frescos y un plato de pasta para Violet que ella ataca con el entusiasmo de alguien que pasó catorce horas en cirugía ayer y se olvidó de almorzar. La lubina de Julian está dispuesta en su plato, destinada a ser reordenada pero nunca consumida.

Lo veo manejar la conversación mientras no come. Le pregunta a Chris sobre su trabajo —algo relacionado con fusiones y adquisiciones que nunca he terminado de entender— y parece interesado en las respuestas. Se ríe de los chistes de Violet. Me toca el hombro, la mano, la rodilla, con la intimidad casual de alguien que lleva años haciéndolo.

¿Qué puedo decir? Encaja.

Julian Blackthorne. El misterioso multimillonario con sus modales demasiado perfectos y su sospechosa falta de apetito; ah, y no olvidemos su piel, que nunca se calienta sin importar cuánto tiempo sostenga su mano. Sin embargo, encaja con mi familia. Como si perteneciera aquí.

Me pregunto cuántas décadas de práctica le tomó eso.

Basta, me digo a mí misma. Es solo un tipo. Un tipo normal y humano que resulta tener una rutina de cuidado de la piel excepcional y una relación complicada con los carbohidratos.

Excepto que no lo es. Sé que no lo es.

Lo he sabido desde... ¿cuándo, exactamente? ¿Nuestra primera cita, cuando mencionó *Casablanca* —el año que se estrenó—? ¿La mañana siguiente, cuando apoyé la oreja en su pecho y escuché lo más extraño: un latido, pero incorrecto? Tan lento. Como un latido cada pocos segundos. ¿Es espeluznante y extrañamente íntimo al mismo tiempo?

He estado reuniendo pruebas como un fiscal preparando un caso. El problema es que no quiero ganar. Quiero estar equivocada. Quiero que haya una explicación razonable de por qué mi novio, que pasó de ser falso a ser real, no parece seguir las reglas básicas de la biología humana.

—¿Poppy? —la voz de Violet interrumpe mi espiral de pensamientos—. Estás haciendo eso.

—¿Qué cosa?

—Eso de desaparecer dentro de tu cabeza y dejar tu cuerpo atrás para sonreír y asentir. Lo has hecho desde que teníamos doce años. Es inquietante.

—Yo no hago eso.

—Lo haces. Pregúntale a mamá. Ella tiene documentación al respecto.

Miro a Julian. Todavía está enfrascado en la conversación con Chris, pero noto la ligera inclinación de su cabeza que me indica que también nos está escuchando. Por supuesto que sí. Probablemente esté escuchando cada conversación en el restaurante. Probablemente sepa de qué está discutiendo la pareja junto a la ventana y qué planea pedir el mesero para su propia cena.

—Todo está bien —le digo a Violet—. Mejor que bien.

Ella me escudriña, con su mirada de cirujana diseccionando mi expresión como lo haría con un corazón. Luego, su rostro se suaviza.

—Está bien —dice—. Te creo.

—¿En serio?

—No del todo, pero me doy cuenta de que estás feliz. —Mira a Julian y luego vuelve a mirarme a mí—. Él te mira como si fueras la única persona en la habitación, Pops. No sé dónde lo encontraste o qué tipo de trato hiciste con el universo para merecerlo...

Se me corta la respiración.

—... pero sea lo que sea esto, esta vez es de verdad. Puedo notarlo.

Exhalo lentamente. —¿Cómo lo sabes?

—Porque te he visto con lo falso. —Su voz baja de tono—. Preston era falso. Todos esos tipos antes que él —los galanes de las finanzas, los fundadores de *startups*, ese actor que no dejaba de

llamarse a sí mismo un «creativo»—, todos eran falsos. Tú actuabas felicidad mientras ellos actuaban interés. Dos personas siguiendo la rutina de una relación sin tenerla.

—Eso es... —Me quedo callada. No se equivoca.

—Esto no es eso. —Violet se estira sobre la mesa para apretar mi mano—. Esto es algo diferente.

—Empezó como... —Me detengo. Elijo mis palabras—. Es complicado, Vi.

—El amor suele serlo. —Ella sonríe—. Pero complicado no significa malo. A veces, lo complicado es simplemente la vida real siendo un desastre y negándose a encajar en las cajas que construimos para ella.

Quiero contárselo todo. Sobre Spellbound Dates. Sobre los miles de dólares que pagué por un impostor profesional que resultó ser algo mucho más extraño que cualquier tipo común. Sobre las cosas que he estado buscando en Google a las tres de la mañana y que harían que cualquier persona racional saliera corriendo a gritos.

En cambio, digo: —Realmente me gusta.

—Lo sé.

—En serio. De forma inconveniente. En contra de mi sentido común y de todo instinto de supervivencia que poseo.

—Los mejores siempre son así. —Levanta su copa—. Por los hombres inconvenientes que nos hacen cuestionar todo lo que creíamos saber.

—Por los hombres inconvenientes.

Chocamos las copas. Julian me mira a los ojos. Su expresión es suave. Abierta. Casi humana.

Sea lo que sea, está aquí. Está eligiendo estar aquí. Eso tiene que contar para algo.

Cuando llega la cuenta, Chris la paga antes de que alguien pueda objetar, rechazando la tarjeta negra de Julian con confianza.

—Yo invito —dice—. Considéralo un agradecimiento por estar aquí. Los dos.

—¿Nos agradeces por asistir a tu boda? —levanto una ceja—. Eso es el mínimo deber de una hermana. Tendría que estar muerta o bajo arresto para faltar.

—Ya sabes a qué me refiero. —Se pone de pie, ofreciéndole la mano a Violet—. Oye, nena, vamos a dar un paseo por la playa. Quiero ver el atardecer antes de que se oculte.

Violet prácticamente brilla. —Eso es tan romántico.

—Soy un tipo romántico. Ya sabes que es lo mío, nena.

Julian y yo intercambiamos una mirada. La suya dice: «Son adorables». La mía dice: «Asquerosamente adorables». Pero estoy sonriendo, porque mi hermana es feliz, y la felicidad le sienta bien.

Los seguimos fuera del restaurante, por el camino serpenteante a través de los cuidados jardines del complejo hacia la playa. El sol se está hundiendo en el horizonte, pintándolo todo en tonos ámbar y rosa.

Mis dedos se mueven buscando mi teléfono. Es absolutamente hermoso y sería una foto increíble.

Sin embargo, lo dejo en mi bolsillo, a pesar de los cinco años de condicionamiento para aprovechar estos momentos.

Julian se da cuenta. —¿No quieres tomar una foto?

—Claro que quiero. Pero también quiero disfrutar el momento contigo.

—Yo también.

—Y tal vez estoy evolucionando. —Deslizo mi mano en la suya; esos dedos frescos y familiares se entrelazan con los míos—. O tal vez algunas cosas deberían ser solo para nosotros.

Él respira hondo. Cuando habla, su voz es profunda. —Eso me gusta.

—¿La evolución o la privacidad?

—Ambas. Pero sobre todo el «nosotros».

Doblamos una esquina, siguiendo el sendero de piedra hacia el club de playa. Puedo oír música, algo tropical y alegre, más fuerte que el entretenimiento habitual del complejo.

Y hay luces. Muchas luces. Guirnaldas de luces colgadas entre las palmeras. Antorchas tiki bordeando la arena. Una barra de bar completa que no estaba allí esta mañana.

—Pero qué... —comienzo a decir.

—¡SORPRESA! —gritan todos con entusiasmo.

Cincuenta personas. Cincuenta personas que reconozco: mamá en un caftán vaporoso, nuestras tías y primos que no he visto desde el último funeral familiar, los padres de Chris radiantes, amigos de Boston, colegas del hospital.

Todos de pie en la playa con las copas en alto, rostros brillantes con la satisfacción de haber guardado un secreto.

Las manos de Violet vuelan a su boca. Las lágrimas corren por sus mejillas. —¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! ¡No puedo creerlo!

Chris sonríe como si acabara de curar el cáncer y ganar la lotería en la misma tarde. —Sorpresa, nena.

—¿Tú planeaste esto? —Ella está sollozando ahora, el tipo de llanto feliz que destruye el rímel—. ¿Planeaste toda una fiesta?

—Celebración prevoda. —Él la rodea con sus brazos y ella esconde la cara en su hombro—. Todos volaron temprano. He estado coordinando con tu mamá durante semanas.

—¿Semanas?

—Te merecías algo especial. Algo que fuera solo para ti, antes de que todo el caos de la boda tome el control.

—Te amo —logra decir Violet entre sollozos—. Te amo tanto, hombre ridículo y maravilloso.

—Yo también te amo. Ahora ve a abrazar a tu familia antes de que la tía Martha empiece a llorar y contagie a todos los demás.

Violet se disuelve entre la multitud: abrazando, riendo, exclamando una y otra vez lo bien que todos guardaron el secreto. Chris la mira irse con una expresión que me oprime el pecho.

Esto es lo que ella se merece. Alguien que planea sorpresas. Alguien que la mira como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

A mi lado, Julian se ha quedado inmóvil.

Conozco esa inmovilidad. Es la misma tensión contenida de la fiesta de cóctel cuando apareció Damien. La pausa del depredador antes de luchar o huir.

Sus ojos escanean a la multitud. Catalogando rostros. Contando salidas. Puedo verlo mapeando el terreno: dónde caen las sombras, dónde podría alguien esconderse y observar sin ser visto.

—Julian. —Le aprieto la mano—. Es una fiesta. Solo una fiesta.

—Cincuenta personas —su voz es controlada.

—Chris la planeó. Es una buena sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Ya me estoy dando cuenta.

Él aprieta los dientes y posiciona sus hombros para mostrar que está listo para moverse en cualquier momento.

—Oye. —Me pongo frente a él, bloqueando su vista de la multitud —. Mírame.

Lo hace.

—Es la fiesta de mi hermana —digo—. Esta es nuestra gente, a quienes conocen y aman. Nadie aquí va a lastimarnos.

—No puedes saber eso.

—Sé que la mayor amenaza de mi tía Martha son sus opiniones sobre mi reloj biológico. Sé que Brad, el compañero de cuarto de Chris en la universidad, es peligroso sobre todo cerca de un bar abierto y una conversación sobre CrossFit. —Le tomo la cara entre las manos—. Necesito que estés aquí conmigo. Presente. No en otro lugar de tu cabeza. ¿Puedes hacer eso?

Él respira hondo —innecesariamente, estoy casi segura— y sus hombros caen un poco.

—Está bien —dice.

—¿Está bien?

—Lo intentaré. Por ti.

—Eso es todo lo que pido. —Me pongo de puntillas y beso su mejilla—. Ahora vamos. Es hora de ser encantador para las masas.

La siguiente hora es un caos.

Presentaciones. Tantas presentaciones. Parientes que me recuerdan cuando «tenía este tamaño». Amigos de Violet que quieren saber sobre mi «cosita de internet». La familia de Chris: cálida y bulliciosa, nada parecida a mi propio clan.

Y durante todo el tiempo, Julian permanece cerca. Una mano en mi espalda cuando nos movemos entre la multitud. Una presencia tranquilizadora cuando la tía Martha me acorrala sobre mi «plan de vida». Un escudo entre los parientes bienintencionados que quieren saber cuándo voy a «sentar cabeza» y yo.

—¡Poppy, querida! —Mi madre aparece en una nube de Chanel No. 5 y comentarios pasivo-agresivos—. ¿No es esto maravilloso? Chris es un joven tan atento.

Traducción: ¿Por qué no puedes encontrar a alguien así?

—Es increíble —asiento—. Muy romántico.

—Y Julian. —Sus ojos lo recorren—. ¿Cómo está disfrutando la velada?

—Mucho, Catherine. Chris se ha superado a sí mismo.

—Lo ha hecho, ¿verdad? Así es como se ve el amor de verdad. —Una pausa, cargada de intención—. El tipo de amor que surge al saber que ha encontrado a su persona.

Me preparo para el impacto.

Pero Julian habla primero. —Poppy sabe exactamente cómo se siente eso.

Las cejas de mamá se elevan. —¿Ah, sí?

—Sí. —Él me mira, y algo en su expresión hace que mi corazón dé un vuelco—. Esté o no lista para admitirlo.

Por una vez, mi mamá no tiene nada que decir. Mira entre nosotros —calculando, siempre calculando— y su expresión cambia.

—Bueno —dice—. Ya veremos.

Se aleja con elegancia. La mano de Julian encuentra la mía.

—No tenías que hacer eso —digo en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Defenderme. Desviarla.

—Dije la verdad. —Su pulgar acaricia mis nudillos—. Todo entre nosotros ha sido real, Poppy. Cualesquiera que sean las dudas que existan sobre mí, esa parte es cierta.

El DJ pone algo con mucho ritmo. La playa se llena de cuerpos bailando. Violet está en el centro, sin sandalias, dando vueltas de alegría.

Y cerca del borde —porque por supuesto— está Preston. Con Serenity. Ambos sosteniendo sus teléfonos con el brazo extendido, filmando algo que parece espontáneo, pero que probablemente requirió trece tomas.

—Está haciendo eso —digo, observándolos.

—¿Lo del director?

—Lo de «posicionarte como un objeto». —Doy un largo sorbo a mi champán—. Solía pensar que significaba que le importaba. Resulta que solo le importaba la imagen.

—¿Y tú?

—Yo era el marco. Intercambiable.

La mano de Julian se mueve a mi espalda. —Nunca fuiste intercambiable. Simplemente estabas con alguien que no podía ver lo que tenía.

—Esa es una interpretación generosa.

—Es la verdad. —Me hace girar para quedar frente a él—. Eres extraordinaria. No por cómo sales en las fotos o por cuántos seguidores tienes. Sino por quién eres cuando nadie está mirando.

—Tú me miras cuando nadie más lo hace.

—Te miro todo el tiempo. —Me levanta la barbilla—. Podría estar convirtiéndose en un problema.

La música late a nuestro alrededor. Las luces de colores bailan con la brisa. Mi hermana se ríe en alguna parte. Cincuenta personas celebran el amor, y yo estoy de pie ante un hombre que puede que no sea exactamente un hombre, sintiéndome más vista de lo que me he sentido en años.

—Baila conmigo —le pido.

—Me temo que no bailo.

—Todo el mundo dice eso.

—De verdad que no. No entre multitudes.

—Julian. —Tomo sus dos manos—. Mi madre está mirando. Mi ex está filmando contenido. Necesito que seas mi escudo. Por favor.

Él mira el caos. Las variables.

Luego me mira a mí.

—Una canción —dice.

—Es lo único que pido.

Me guía hacia la multitud. Por supuesto, logro que se quede allí fuera por unas cuantas canciones más. Parece estar disfrutando, incluso si está constantemente en guardia.

CAPÍTULO 17

JULIAN

Cincuenta personas son cincuenta variables.

Cincuenta latidos que no puedo ignorar. Cincuenta amenazas potenciales, cincuenta testigos, cincuenta ángulos de aproximación de los que Damien podría aprovecharse si decidiera aparecer. El bajo del DJ retumba en la arena y ahoga los ritmos naturales que he aprendido a rastrear durante dos siglos y medio.

Odio esto.

La mano de Poppy se aprieta sobre la mía. Me está observando, no con la confusión de los últimos días, sino con algo nuevo. Comprensión.

—Estás escaneando —dice ella en voz baja.

—Sí.

—¿A qué?

A quién. Pero no puedo decírselo. No puedo explicarle que el hombre de la fiesta de cóctel —aquel al que descarté como "historia antigua"— me ha estado enviando mensajes con informes de vigilancia sobre los números de habitación de su familia. Que menciona a todos mis amores pasados por su nombre. Que su silencio de esta noche es más ruidoso que cualquier amenaza que pudiera hacer.

—Buscando salidas —digo—. Costumbre.

No me cree. Puedo verlo en el fruncir de su ceño, en la forma en que guarda la mentira junto con todas las demás que ha estado coleccionando. La piel fría. Los platos sin tocar. La forma en que me estremecí cuando apoyó la oreja en mi pecho y encontró ese extraño pulso lento donde debería estar un latido normal.

Ella sabe que algo anda mal. Simplemente no sabe qué tan mal.

Mi teléfono vibra.

Lo reviso sin pensar —error, siempre es un error— y así de fácil, él arruina la noche.

DAMIEN: Se ve hermosa esta noche. El vestido verde fue una buena elección. Puedo ver su pulso desde aquí. ¿Tú puedes?

Guardo el teléfono. Obligo a mi expresión a volverse neutral. Pero mi mano se ha apretado sobre la de Poppy, y ella lo nota.

—¿Julian? ¿Qué pasa?

—Nada.

—No es «nada». ¿Qué sucede cuando revisas tu teléfono y te pones pálido? —Se acerca más y baja la voz bajo la música—. Y no me digas que es trabajo. Conozco tu cara de trabajo, que, por cierto, es tranquila y serena. Esta no es esa cara.

Al otro lado de la pista de baile, Violet se ríe de algo que dijo Chris. Catherine preside la mesa con las tías, gesticulando con su copa de champaña. Preston y Serenity actúan para sus teléfonos en un rincón, ajenos a todo lo que no sea su propio reflejo.

Normal. Todo es tan dolorosamente normal. Y en algún lugar entre las sombras, un monstruo está observando, esperando, planeando cómo quemarlo todo solo para verme sufrir.

—Julian. —La voz de Poppy es firme ahora—. Me estás asustando.

La miro. Realmente la miro; a la mujer que me entregó una hoja de trucos plastificada y me pidió que fingiera. Que me besó en el océano como si yo fuera algo digno de ser deseado.

Se merece algo mejor que mentiras.

Se merece algo mejor que yo.

Pero soy egoísta. Siempre he sido egoísta. Doscientos cincuenta y siete años, y todavía no puedo evitar desear cosas que no debería tener.

—Es porque te amo.

Las palabras salen ásperas. Sin planear. Nada parecido a la cuidadosa confesión que había estado ensayando en mi cabeza.

Esto no es eso.

Esto es terror. Esto es el mensaje de Damien ardiendo en mi bolsillo. Esta es la repentina y visceral certeza de que algo va a suceder, y ella no lo sabe; no sabe qué la está cazando, no sabe lo que soy, no sabe que el hombre que sostiene su mano es lo más peligroso de esta fiesta.

Poppy parpadea. —¿Qué?

—Te amo. —Le aprieto las manos como si pudiera desaparecer—. Sé que no se supone que esto fuera así. Sé que dijimos que esto sería falso, pero nada de esto ha sido una actuación. He estado enamorado de ti desde nuestra primera cita. Intenté honrar nuestro contrato. Por más que lo intenté, no pude evitar enamorarme más de ti.

—Julian...

—Y necesito decirte algo. —Mi voz tiembla. Yo nunca tiemblo—. Algo que debí decirte antes de besarte. Antes de dejar que nada de esto llegara tan lejos.

Su rostro se ha vuelto serio. Expectante. —Está bien.

—Aquí no —miro a mi alrededor a las cincuenta variables, los cincuenta latidos, los cincuenta testigos que no tienen idea de quién está parado entre ellos—. ¿Podemos… podemos ir a un lugar más tranquilo? Por favor.

Busca algo en mi rostro. No sé qué ve; miedo, probablemente. Desesperación. Las grietas en dos siglos de control cuidadosamente mantenido yéndose al diablo.

Luego asiente.

—Al jardín —dice ella—. Hay una pérgola pasando los hibiscos. La vi antes.

Me aleja de la fiesta, de las luces y la música y la mirada invisible de Damien. Su mano está cálida en la mía. Sus latidos son constantes, confiados.

No tiene idea de lo que estoy a punto de decirle.

No tiene idea de que en los próximos minutos, todo lo que cree saber sobre mí, sobre nosotros, sobre el mundo, se va a hacer añicos.

Pero ya no puedo protegerla con mentiras. No puedo amarla y engañarla al mismo tiempo. No seré el monstruo que la dejó caminar hacia el peligro a ciegas solo porque la verdad era demasiado pesada para pronunciarla.

La pérgola del jardín está oculta tras una pantalla de hibiscos, lo suficientemente cerca de la fiesta como para que aún escuchemos el pulso del bajo, pero lo suficientemente lejos como para que el caos se desvanezca en un ruido de fondo. Unas luces de hadas brillan a través de las hojas de las palmeras. El océano murmura en algún lugar más allá de la oscuridad.

Se gira para mirarme. Esperando.

Y comienzo.

—Hoy más temprano, cuando me dijiste lo que dijo Sage...

—¿Sobre lo del vampiro? —Se ríe, pero es una risa nerviosa—. Julian, eso solo fue...

—Tiene razón.

Poppy no responde.

—Tiene razón —repito—. Sobre lo que soy. Lo que te he estado ocultando desde el momento en que nos conocimos.

—Julian...

—Tengo doscientos cincuenta y siete años. —Trato de mantener mi voz firme—. Nací en 1769 en una aldea que ya no existe. Me transformaron cuando tenía treinta y dos, la edad que tendré para siempre. No como. No duermo. Mi corazón se ralentizó hasta casi detenerse antes de que naciera tu tatarabuela. Veinte latidos por minuto, quizá menos. Solo lo suficiente para recordarme que no estoy del todo muerto.

Me está mirando fijamente. Su rostro es ilegible bajo la luz de la luna.

—Bebo sangre. —La parte más difícil—. No a menudo. No de fuentes involuntarias; tengo acuerdos éticos, tan éticos como algo así puede ser. Pero es lo que soy. Lo que necesito para sobrevivir.

Silencio. Las olas rompen debajo de nosotros. En algún lugar del complejo, una puerta se cierra.

—Di algo —susurro—. Por favor.

—Lo sabía.

Parpadeo, atónito. —¿Qué?

—Lo sabía. O... lo sospechaba. —Mira hacia abajo—. La piel fría. La forma en que no comes. Las referencias a cosas que pasaron antes de que supuestamente hubieras nacido. He estado haciendo listas, Julian. Llevando la cuenta. Tratando de convencerme de que había una explicación lógica.

—¿Y ahora?

—Ahora me estás diciendo que no la hay. —Su voz es firme, pero puedo escuchar el temblor debajo de ella—. Me estás diciendo que mi novio falso, que se convirtió en mi novio real, es un vampiro. Un vampiro de verdad, literal.

—Sí.

—Que ha estado vivo durante doscientos cincuenta y siete años.

—Sí.

—Que bebe sangre.

—Sí.

No responde de inmediato. Luego: —¿Alguna vez has querido beber la mía?

La pregunta golpea fuerte. —Poppy...

—¿Lo has hecho?

Cierro los ojos. —Sí.

—¿Cuándo?

—Cada noche que hemos pasado juntos. Cuando yo… —me detengo; me obligo a continuar—. Cuando te miro, quiero… saborearte. —Abro los ojos—. Nunca lo he hecho. Nunca lo haré. Pero no voy a mentirte. El deseo está ahí.

—Podrías haberlo hecho —dice en voz baja—. Estoy segura de que tienes poderes de vampiro sobrehumanos. Podrías haberme hecho cualquier cosa y yo no habría podido detenerte.

—Lo sé.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque te amo. —Las palabras salen a borbotones—. Porque no eres comida para mí, Poppy. No eres una presa. Eres la primera persona en mucho tiempo que me ha hecho sentir que aún podría quedar algo humano en mí, debajo de todo esto.

Se le corta la respiración.

—Debí decírtelo antes —continúo—. Antes de que empezaras a enamorarte de alguien que no te merece. Dejé que esto llegara demasiado lejos porque lo deseaba demasiado, te deseaba demasiado, y eso fue egoísta. Lo siento.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque debí haberte dado la opción hace tiempo. —Me inclino hacia adelante, lo suficientemente cerca como para tocarla si me lo permite—. Tú decides qué sucede después.

—¿Cuáles son mis opciones?

—Puedo irme. Irme para siempre. Me encargaré del resto de la boda a distancia; pondré excusas, desapareceré. Puedes decirle a tu familia lo que quieras. No te lo discutiré.

—¿Y la otra opción?

—Me quedo. —Mi voz baja de tono—. Y tú te quedas, sabiendo lo que soy. Sabiendo los riesgos. Sabiendo que he vivido durante dos siglos y medio y nunca he sentido por nadie lo que siento por ti.

Se queda callada tanto tiempo que empiezo a prepararme para la partida. Para la mirada de horror que eventualmente llegará. Para el momento en que se dé cuenta de que el cuento de hadas que creía estar viviendo es en realidad una pesadilla.

Pero cuando habla, su voz es tranquila.

—El hombre de la fiesta de cóctel. El que hizo que te tensaras. Es como tú.

No es una pregunta, es una afirmación.

—Su nombre es Damien. Tenemos... historia.

—¿Mala historia?

—De la peor clase. —Vacilo—. Está aquí por mi culpa. Porque quiere lastimarme. Y la forma más fácil de lastimarme ahora mismo es a través de ti.

—Así que estoy en peligro.

—Sí.

—Y tampoco me dijiste eso.

—Estaba tratando de protegerte.

—¿Manteniéndome en la oscuridad sobre alguien que intenta lastimarme? —Hay un filo en su voz ahora—. ¿Dejando que ande por ahí sin saber que hay un vampiro resentido observándome?

—Me equivoqué. —No puedo defenderlo. No lo intento—. Me equivoqué en todo. En los secretos. En la protección. En la idea de que mantenerte en la oscuridad te mantendría a salvo. —La miro a los ojos—. Te lo digo ahora porque mereces saberlo. Porque mereces elegir. Porque, pase lo que pase después, quiero que sea real. No más mentiras. No más actuaciones.

Me da la espalda y no puedo leer su expresión.

—Realmente tienes doscientos cincuenta y siete años.

—Sí.

—Realmente has estado vivo desde 1769.

—Sí.

—Realmente has estado bebiendo sangre todo este tiempo. O sea, sangre de verdad. De personas.

—Sí. Aunque "beber" lo hace sonar más dramático de lo que suele ser. Hay bancos de sangre. Donantes voluntarios. Todo es muy... administrativo.

Se ríe. El sonido nos sorprende a ambos.

—Administrativo. —Se gira para enfrentarme—. Me estás diciendo que la alimentación de un vampiro es administrativa.

—Hay papeleo involucrado. NDAs. No es muy romántico.

—Julian. —Sacude la cabeza—. No sé qué hacer con esto.

—No tienes que decidir esta noche.

—¿Ah, no? —Se acerca un paso—. Hay un vampiro que quiere destruirte lastimándome a mí, y posiblemente a mi familia en el proceso. La boda es en dos días. ¿No necesito decidir ahora mismo de qué lado estoy?

—No existen lados. Solo existe...

—Siempre hay lados. —Está frente a mí ahora, lo suficientemente cerca como para que pudiera estrecharla entre mis brazos si me atreviera—. Y yo elijo el mío.

Mi corazón, mi quieto e inútil corazón, de algún modo duele.

—Poppy...

—Tengo pavor. —Su voz tiembla, pero sus ojos no vacilan—. Estoy aterrorizada, esto es una locura, y he pasado la última semana enamorándome de alguien que ni siquiera es humano. Pero ¿sabes qué me asusta más que los vampiros?

—¿Qué?

—Volver a ser quien era antes de ti. La versión de mí que fingía ser feliz en lugar de sentirlo. Que construyó una vida que se veía tan perfecta en las fotos y se sentía tan vacía en todo lo demás. —Toma aire—. Tú me ves, Julian. No a la influencer, sino a mi verdadero yo. Y no quiero renunciar a eso solo porque la persona que me ve resulte tener dos siglos de antigüedad y una relación complicada con la luz del sol.

—Esto que estarías aceptando no es poca cosa.

—Lo sé.

—No puedo darte una vida normal. No puedo… —se me quiebra la voz—, no puedo envejecer contigo.

—No estoy pidiendo un «para siempre» —extiende la mano y acuna mi rostro con sus manos cálidas—. Pido un «ahora». Esto. La oportunidad de descubrir qué somos juntos, en lugar de que tú decidas por los dos.

—¿Estás segura de esto?

—No. —Vuelve a reír—. No estoy segura de esto en absoluto. Probablemente esté cometiendo un error enorme. Pero prefiero cometerlo con los ojos abiertos que dar media vuelta y pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado.

La acerco más. Apoyo mi frente contra la suya.

—Te amo —susurro—. Sé que es demasiado pronto. Sé que tienes todas las razones para no creerme. Pero te amo, Poppy. Te he amado desde que me entregaste esa hoja de trucos plastificada y empezaste a parlotear sobre la novia de tu ex, que se alineaba los chakras.

Se ríe contra mi pecho. —Esa es una historia de origen terrible.

—Es la nuestra.

—Es la nuestra. —Inclina la cabeza hacia arriba—. Entonces, ¿qué pasa ahora?

—Ahora te cuento sobre Damien. Sobre Prague. Sobre por qué está aquí y qué es lo que quiere. —Le acaricio el cabello—. Y luego descubrimos cómo enfrentarlo. Juntos.

—Juntos —repite ella.

—Si me dejas.

Se aparta lo suficiente para mirarme. Sus ojos brillan con lágrimas que no deja caer.

—Una condición.

—Lo que sea.

—No más secretos. No más "protegerme" manteniéndome en la oscuridad. Si vamos a hacer esto —sea lo que sea esto— lo haremos como compañeros. Compañeros iguales. Incluso si uno de nosotros es inmortal y la otra no puede sobrevivir a una boda sin carbohidratos.

—Hecho.

—Y... —Vacila—. Si Damien es realmente tan peligroso como dices, necesito saber cómo protegerme. Y a mi familia.

—Te lo diré todo. Todo. —La atraigo hacia mí otra vez—. Empezando ahora mismo, si quieres.

—Ahora no. —Bosteza contra mi pecho—. Ahora necesito asimilarlo. Y tal vez entrar en pánico en silencio por unas horas. Y definitivamente no decirle a Sage que tenía razón, porque se volverá insufrible.

—Sage no puede saberlo nunca.

—Lo sé.

Nos quedamos allí, abrazados.

Le dije la verdad, y se quedó.

Por primera vez en doscientos cincuenta y siete años, me permito esperar que tal vez, solo tal vez, esta historia termine de manera diferente.

CAPÍTULO 18

POPPY

Nos quedamos en el rincón del jardín por mucho tiempo, abrazados, ninguno de los dos dispuesto a romper el momento.

Mi novio es un vampiro.

Sigo dándole vueltas a esa frase en mi mente, esperando a que se sienta real. Esperando a que el horror aparezca y mis instintos de supervivencia me griten que corra. Pero lo único que siento es paz.

Doscientos cincuenta y siete años. Nacido en 1769. Bebe sangre.

Y me ama.

—Deberíamos regresar —digo finalmente, con la voz amortiguada contra su pecho—. Antes de que mi familia envíe a un grupo de búsqueda.

—Tu madre ha estado vigilando la entrada del jardín durante los últimos quince minutos.

Me separo un poco. —¿Cómo lo sabes?

—Sentidos agudizados —dice con naturalidad, como si me estuviera hablando de una aplicación útil en su teléfono—. Puedo oírla discutir nuestra ausencia con tu tía Martha.

—¿Qué están diciendo?

—Tu tía cree que nos estamos «conociendo mejor». —Una pausa —. Tu madre simplemente está feliz de que por fin estés «mostrando

algo de iniciativa».

Suelto un quejido. —Clásico de Catherine.

—No se equivocan en una cosa. —La mano de Julian Blackthorne encuentra la mía—. Me gustaría mucho conocerte mejor... en todos los sentidos.

El calor inunda mis mejillas. —¿Es este el encanto de vampiro del que tanto he oído hablar en las películas? ¿Ustedes tienen poderes de seducción sobrenaturales o algo así?

—No. —Sus ojos se clavan en los míos—. Solo soy yo siendo honesto por primera vez en semanas.

Lo atraigo hacia mí para un beso tan apasionado que parece que ambos estuviéramos tratando de recuperar el tiempo perdido.

—¿Quieres volver a nuestra habitación? —le susurro al oído.

—Nada me haría más feliz.

Emprendemos el camino de regreso hacia el resort, pasando por la fiesta. La mayoría de los invitados se han retirado a sus habitaciones y solo quedan los más fiesteros agrupados alrededor de la barra. Mi familia no está a la vista, lo cual es una bendición o significa que mi mamá está acechando en algún lugar.

Julian camina a mi lado, con su mano en la base de mi espalda. El toque se siente diferente ahora que sé lo que es. No aterrador, sino cargado de un nuevo significado. Esos dedos frescos pertenecen a alguien que ha visto pasar los siglos. Alguien que me eligió a mí, de entre todas las personas que ha conocido a lo largo de doscientos cincuenta y siete años.

El pensamiento debería ser abrumador. En cambio, me hace sentir extrañamente centrada.

Estamos a mitad de camino hacia la suite cuando algo se revuelve en mi estómago.

Al principio, lo ignoro. Demasiada champaña, probablemente. O el calor. O el latigazo emocional de enterarme de que mi novio es un bebedor de sangre inmortal y decidir que estoy de acuerdo con ello. Digo, eso está destinado a causar algunos síntomas físicos, ¿no?

—No me siento muy bien —logro decir antes de tener que detenerme para no devolver la comida.

—Ya casi llegamos —murmura Julian, con la voz baja junto a mi oído—. Treinta segundos más.

Me encanta que, a pesar de todo —a pesar del secreto milenario que acaba de revelar, a pesar del peligro que acecha en las sombras —, siga concentrado en llevarme a casa. Siga atento a cada detalle.

Veinte segundos.

La suite está justo adelante.

Quince.

Su mano se desplaza de mi espalda a mi cadera, sus dedos presionando a través de la delgada tela de mi vestido. Cualquier otra noche, ese toque haría que me costara concentrarme en caminar.

Diez...

Dejo de caminar.

—¿Poppy?

—No... —Me presiono el estómago con una mano. El revoltijo es repentino, insistente y desagradable—. No me siento nada bien.

Su expresión cambia de la anticipación a la preocupación en un instante. Bajo la luz de la luna, ahora puedo ver al depredador bajo la cuidadosa máscara humana. Pero sus ojos son suaves. Preocupados.

—¿Qué tipo de «no muy bien»?

—Del tipo en el que podría necesitar un baño. Pronto. Posiblemente muy pronto.

Sus facciones se tensan, no por frustración sino por concentración. La misma mirada que tenía cuando escaneaba a la multitud de la fiesta buscando amenazas, memorizando salidas, rostros y peligros. Solo que ahora la amenaza está dentro de mí, y no hay nada sobrenatural contra lo que deba luchar.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Bien. —Su brazo se desliza alrededor de mi cintura, soportando más de mi peso de lo que me había dado cuenta que necesitaba—. Despacio. Estamos cerca.

Avanzamos otros seis metros antes de que tenga que detenerme de nuevo. Esta vez, el calambre me dobla y agarro el brazo de Julian con tanta fuerza que debería dolerle. No le duele, por supuesto. Él

está hecho de una materia más firme que el músculo y hueso humano normal.

Esto no está pasando, me digo a mí misma. *Esto no está pasando. No acabo de enterarme de que mi novio es una criatura inmortal de la noche, decidí quedarme con él de todos modos y luego fui atacada por unos bocadillos de camarón dudosos. El universo no es así de cruel. Me niego a creer que el universo sea así de cruel.*

Al universo no le importa lo que yo crea.

—Poppy —la voz de Julian es firme. Calma. La voz de alguien que ha manejado crisis antes; muchas crisis, a lo largo de muchas vidas —. Te voy a cargar.

—No tienes que...

—Sé que no tengo que hacerlo.

Me levanta como si no pesara nada, porque para él, probablemente sea así. Fuerza sobrehumana. La añado a mi lista mental de habilidades de vampiro de las que ahora soy consciente.

Se mueve hacia la suite con una velocidad que debería resultar brusca, pero de alguna manera no es así. Más rápido de lo que cualquier persona normal podría cargar a alguien sin sacudirlo.

Encontraría esto romántico si no estuviera tratando de no vomitar sobre su camisa.

La puerta de la suite se abre. Se cierra. Apenas llegamos al baño antes de que me golpee la primera ola.

Se siente como la muerte misma... esperen, supongo que ahora que tengo un novio muerto tal vez quiera reconsiderar eso.

Inclinada sobre la taza del inodoro, me doy cuenta de que hay tantas cosas que preferiría estar haciendo ahora mismo, como, por ejemplo, que me partiera un rayo. O que mi madre critique mis decisiones de vida por tres horas consecutivas. O revivir la secundaria, incluyendo los frenillos y el corte de pelo desafortunado. Incluso preferiría estar viendo el contenido para parejas de Preston y Serenity en bucle. Literalmente cualquier cosa antes que estar arrodillada en el suelo de un baño mientras mi novio vampiro me sostiene el cabello.

—Lo siento —logro decir entre oleadas de náuseas—. Lo siento mucho. Esto no... no es así como se suponía que debía ir la noche.

—No tienes nada por qué disculparte. —La voz de Julian viene de algún lugar detrás de mí, constante y cercana. Sus dedos están frescos contra la nuca de mi cuello, recogiendo mi cabello lejos de mi cara con una gentileza que hace que me ardan los ojos por razones que no tienen nada que ver con estar enferma.

—Tenía planes —digo—. Buenos planes. Planes que incluían menos vómito y más... —hago un gesto con la mano, incapaz de terminar la frase.

—Habrá otras noches.

—Fácil para ti decirlo —esbozo una mueca—. Tienes toda la eternidad. —La broma sale antes de que pueda detenerla, y mi mueca desaparece—. Perdón. ¿Muy pronto?

Su risa es silenciosa pero real. —No es muy pronto. Aprecio que puedas bromear al respecto.

—El humor es mi mecanismo de defensa. Ya aprenderás eso sobre mí.

—Espero con ansias aprender todo sobre ti.

Otra oleada interrumpe mi respuesta. Cuando puedo respirar de nuevo, Julian está allí con un vaso de agua. Fría. Perfecta. Debió moverse mientras yo estaba ocupada, pero no lo escuché. Velocidad de vampiro, supongo.

Me enjuago la boca, escupo y me recuesto contra la pared del baño.

—Esto es humillante —le informo.

—Se llama ser humano.

—Es lo mismo.

Me pregunto cuántas veces habrá visto a los humanos enfermarse, ser débiles, ser frágiles de todas las maneras en que él ya no lo es. Me pregunto si le desagrada, o si solo le recuerda lo que perdió.

—Estás pensando algo —le digo.

—Haces que vomitar parezca tan... —Él se pone en cuclillas a mi lado, con su rostro al nivel del mío—. Elegante.

Se me cierra la garganta. —Eso es lo más romántico que alguien me ha dicho jamás mientras tenía aliento a vómito.

—Hago lo que puedo.

Él desaparece —literalmente desaparece, moviéndose demasiado rápido como para que mis ojos lo sigan— y regresa con un paño húmedo y fresco, que presiona contra mi frente. El alivio es inmediato.

—Presumido —murmuro.

—Eficiencia. Hay una diferencia.

—No tienes que quedarte —digo, aunque mi mano busca la suya —. He estado manejando mis propios incidentes de «intoxicación alimentaria» desde la universidad. Podrías... no sé. Hacer cosas de vampiro. Cazar. Ponerte a meditar melancólicamente.

—Yo no reflexiono melancólicamente.

—Absolutamente lo haces.

—Yo contemplo —dice con dignidad—. Hay una diferencia.

Me río, lo cual es un error porque reírme hace que se me revuelva el estómago. Pero vale la pena ver cómo la comisura de su boca se curva hacia arriba.

—No te voy a dejar —dice—. Aquí es donde quiero estar.

—¿En el suelo de un baño con una mujer que acaba de vomitar?

—Contigo. El lugar es irrelevante. —Acomoda el paño en mi frente —. He pasado muchos años solo en lugares hermosos. Prefiero pasar una noche en el suelo de un baño con alguien que importa.

Mis ojos vuelven a arder. Definitivamente no son las náuseas esta vez.

—Eres sospechosamente bueno en esto —digo después de un rato —. La mayoría de los tipos ya habrían huido. La mayoría estarían texteando a sus amigos sobre cómo arruiné su noche.

—No soy como la mayoría de los tipos.

—No. —Me encuentro con sus ojos—. Realmente no lo eres.

Él lo considera. —He tenido práctica. Siendo el que se queda.

—¿Mujeres... mujeres que amaste?

Él asiente rígidamente. —Sí.

—Te quedaste con ellas. Cuando estaban enfermas. Cuando te necesitaban.

—Lo intenté. —Su voz suena áspera—. No siempre bien. No siempre con éxito. Pero lo intenté.

Alzo la mano y toco su rostro. Su piel está fresca bajo mis dedos, pero la expresión en sus ojos es cálida. Vulnerable. Humana, a pesar de todo.

—Yo no me voy a ir a ninguna parte —le digo—. Solo para que lo sepas. No voy a huir. Ni ahora ni nunca... incluso sabiendo la verdad.

—Tal vez pienses diferente más tarde. Cuando el impacto pase.

—Tal vez. Pero lo dudo. —Dejo caer mi mano—. ¿Quieres saber algo loco?

—Dime.

—Enterarme de que eres un vampiro es en realidad menos aterrador que algunas de las cosas que me estaba imaginando. Pensé que tal vez estabas en el programa de protección de testigos. O que eras un espía. O... —hago una pausa—. Bien, pensé que podrías estar casado. Eso no me dejaba dormir.

—Casado. —Suena genuinamente ofendido—. ¿Pensaste que estaba casado?

—¡Eres misterioso! ¡No tienes huella digital! ¡Apareciste de la nada hace no muchos años! ¿Qué se suponía que pensara?

—Que era una criatura de la noche con una «relación complicada con la luz solar», aparentemente.

—Sage fue la que sugirió lo de vampiro. Yo me inclinaba por lo de espía.

—Sage. —Su expresión parpadea—. Por favor, ella nunca puede saberlo.

—Lo sé. Ya establecimos eso. —Suspiro—. Va a estar insufrible por haber predicho esto, incluso si nunca puedo confirmárselo.

La siguiente hora es un borroso recuerdo de suelo de baño, paños frescos y la presencia constante de Julian.

No revolotea a mi alrededor. No se agita. No me pregunta si estoy bien cada treinta segundos como harían algunas personas, como si el acto de preguntar fuera más por su propia ansiedad que por tu bienestar. Él solo está allí. Rellenando mi vaso de agua antes de que me dé cuenta de que está vacío. Acomodando el paño en mi frente cuando se calienta. Ofreciendo palabras tranquilas cuando las necesito, y silencio cuando no.

En algún momento, desaparece y regresa con una pequeña bandeja: galletas saladas, ginger ale, un plátano. Servicio a la habitación del resort a medianoche. No pregunto cómo lo consiguió. Probablemente obligó a alguien con sus poderes mentales de vampiro, o lo que sea.

—¿Tienes poderes mentales? —pregunto, aceptando la ginger ale —. ¿O sea, puedes controlar a las personas?

—Es más como poderes de sugestión. Como estar hipnotizado. Nunca lo he usado contigo, si eso es lo que estás preguntando.

—Qué bueno. Me molestaría.

—Anotado. —Su boca se curva—. ¿Alguna otra pregunta de vampiros mientras estamos aquí?

—Muchísimas. Pero mi cerebro está demasiado frito para recordarlas ahora mismo. —Tomo un sorbo de ginger ale—. ¿Ajo? ¿Agua bendita? ¿Cruces?

—Mitos. Puros mitos. Perpetuados por vampiros que pensaron que era divertido ver a los humanos agitar crucifijos frente a ellos.

—¿Los vampiros tienen sentido del humor?

—Algunos de nosotros. Los más viejos se vuelven un poco huraños.

—Eh, tú tienes como más de doscientos cincuenta años.

—Me gusta pensar que he conservado mi encanto.

Suelto un resoplido. —Y la modestia también.

Eventualmente, las náuseas ceden lo suficiente como para que pueda considerar ponerme de pie. Julian me ayuda a levantarme, manteniendo un brazo alrededor de mi cintura incluso después de que estoy estable.

—El suelo del baño no es lo más cómodo —observo.

Él me mira tomar otro sorbo de ginger ale. —¿Cómo te sientes?

—Menos como si me estuviera muriendo. Más como si hubiera estado muerta recientemente y estuviera resucitando. —Logro una débil sonrisa—. Progreso.

—Curiosa elección de palabras.

—¿Demasiado obvia?

—Un poco. —Pero está sonriendo.

Me carga hasta la cama. Estoy demasiado agotada para protestar, demasiado rendida para hacer algo que no sea dejar que me arrope. Encuentra mi pijama sin preguntar —los de algodón suave que empaqué por comodidad, no para seducir— y los deja sobre la almohada, dándome la espalda mientras me cambio.

—Podrías mirar —digo, batallando con los botones—. Eres mi novio. Y también un vampiro. Supongo que has visto cosas.

—He visto cosas. —Su voz es cálida—. Pero estás agotada y enferma, y la primera vez que te vea no será cuando estés demasiado cansada para disfrutarlo.

—Vampiro caballeroso.

—Hago lo que puedo.

—Ya estoy vestida —murmuro, dejándome caer contra las almohadas—. O lo más presentable que voy a estar esta noche.

Él se sienta en el borde de la cama y me aparta el cabello de la cara.

—Deberías dormir.

—¿Te quedas conmigo?

—Siempre.

Se tumba a mi lado, por encima de las mantas. Entiendo ahora por qué mantiene esa pequeña barrera; no porque tenga miedo a la intimidad, sino porque la diferencia de temperatura sería difícil de ignorar toda la noche. Piel fresca contra piel cálida. Corazón muerto contra uno latiente.

Me acurruco contra él de todos modos, presionando mi mejilla contra su pecho. Contra el lugar donde su corazón late con su ritmo lento y extraño: un pulso cada pocos segundos.

—¿Te molesta? —pregunta en voz baja—. ¿El ritmo? ¿Lo lento que es? ¿Ese silencio casi total?

—Lo noté antes. —Presiono la palma de mi mano contra su pecho —. No me molesta. Es solo... diferente.

—Diferente —repite.

—Como salir con alguien que es zurdo. O a quien no le gusta la pizza. —Sonrío contra su camisa—. Una excentricidad. No es algo que rompa el trato.

—La mayoría de la gente consideraría la «casi ausencia de latidos» algo un poco más significativo que ser zurdo.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

—No. —Su brazo se aprieta a mi alrededor—. No, realmente no lo eres.

—¿Julian?

—¿Sí?

—Gracias. —Las palabras salen pesadas por el cansancio—. Por quedarte. Por cuidarme. Por decirme la verdad.

—No hay nada que agradecer.

—Hay todo que agradecer. —Me acerco más, con mi oído contra el lento pulso de su pecho, ese ritmo extraño que debería aterrarme y que, de alguna manera, no lo hace—. Eres un buen hombre, Julian Blackthorne. Aunque técnicamente no seas un hombre en absoluto.

El silencio se prolonga un rato. Cuando habla, su voz suena rasposa.

—No me había sentido como un buen hombre en mucho tiempo.

—Bueno, lo eres. Créelo de alguien que salió con uno malo durante dos años. —Bostezo contra él—. Preston nunca se habría sentado en el suelo de un baño por mí. Ni siquiera me sostenía el bolso en el centro comercial.

—Preston es un idiota.

—Ya establecimos eso. —Mis párpados pesan ahora—. ¿Julian?

—¿Sí?

—Mañana. Prometiste hablarme de Damien. De Praga. De cómo proteger a mi familia.

Su cuerpo se queda inmóvil bajo el mío. —Lo recuerdo.

—Voy a hacer que cumplas tu palabra. No más secretos, ¿recuerdas?

—No más secretos. —Su mano acaricia mi cabello—. Mañana te contaré todo. Todo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Me quedo dormida con su mano en mi cabello y el silencio donde su corazón debería estar pegado a mi oído.

Es extraño, pienso mientras la consciencia se desvanece. Debería estar aterrorizada. Cuestionarlo todo tendría sentido. En cambio, simplemente me siento... a salvo. Como si la verdad, por imposible que sea, finalmente hubiera liberado algo.

Mi último pensamiento coherente antes de que el sueño me venza: Sage tenía razón.

Nunca voy a dejar de oír sus reproches por esto.

CAPÍTULO 19

JULIAN

Poppy se quedó dormida acurrucada contra mi costado, con el rostro presionado contra mi pecho.

El extraño y lento latido de mi corazón no la asustó.

No huyó. Se aferró más fuerte.

Espero otros quince minutos. Su sueño se vuelve profundo y libero mi brazo de debajo de su cabeza. Murmura algo y se da la vuelta, con la mano buscándome incluso dormida.

Le aparto el cabello de la cara. Me permito mirarla durante un largo momento.

Luego salgo de la cama y me dirijo al balcón.

La noche es hermosa.

Un cielo abarrotado de estrellas. La luna proyecta una luz plateada sobre el agua. El sonido distante de las olas. El aire cálido y salino que trae consigo el aroma del jazmín.

Pero Damien no me permitirá disfrutarlo.

Mi teléfono muestra doce mensajes suyos desde que comenzó la fiesta.

8:23 PM — DAMIEN: Hermosa fiesta. Chris realmente se superó a sí mismo.

8:47 PM — DAMIEN: La madre no lo aprueba. Mujer inteligente.

9:15 PM — DAMIEN: Cincuenta humanos. Tantos latidos. ¿Alguna vez lo vuelve loco, Julian? ¿El sonido de toda esa sangre?

9:38 PM — DAMIEN: Ella lleva el vestido verde. Su color favorito en ella. ¡Qué tierno!

10:02 PM — DAMIEN: Los vi irse de la fiesta. ¿El rincón del jardín? Muy romántico. Muy expuesto.

10:34 PM — DAMIEN: Intoxicación alimentaria. ¡Qué lamentable! Espero que se recupere. La boda es en solo dos días.

Los mensajes continúan. Cada uno me recuerda que me está vigilando, que sabe dónde estamos, que podría atacar en cualquier momento.

Damien ha estado alimentando este rencor desde 1878. Un siglo y medio de conspirar, de esperar, de observarme reconstruir mi vida para poder destruirla de nuevo.

Me apoyo en la barandilla y estudio todas las formas en que Damien podría acercarse a este edificio sin ser notado.

Después de cientos de años, sigo sin poder desactivar la parte táctica de mi cerebro. La parte que me mantuvo vivo a través de revoluciones y dos guerras mundiales.

Esta noche, esa parte de mí está gritando.

Damien está intensificando las cosas. Sus mensajes son más frecuentes, más directos. Se está posicionando para algo más grande. Algo en la boda, cuando las cámaras estén grabando, los testigos abunden y se pueda infligir el daño máximo.

Necesito ayuda.

He pasado siglos sin depender de nadie, pero no puedo permitir que esto termine igual que en Praga. No puedo perder también a Poppy.

Busco un número al que no he llamado en treinta años.

Elena responde al cuarto timbrazo.

—Más vale que esto sea de vida o muerte, Blackthorne —dice ella. Su voz suena ronca por el sueño y marcada por su acento ruso—. Estaba teniendo un sueño agradable sobre París en 1847.

—Lo es. Te necesito en las Bahamas.

Silencio. El crujido de las sábanas.

—¿Quién? —pregunta ella.

—Damien.

Un silencio más prolongado.

—¿Sigue enojado por lo de Katya?

—Eso parece.

—Eso fue hace ciento cincuenta años, Julian. Pensé que ya lo habría superado.

—Pues no lo hizo. Y ahora está amenazando a alguien bajo mi protección.

—¿Humana?

—Sí.

—Complicado, ¿no? ¿Cuál es tu situación?

Le doy la versión abreviada: la aparición de Damien en el complejo, su vigilancia, sus amenazas crecientes. La boda en dos días. La familia llena de blancos fáciles. Poppy durmiendo en la habitación de al lado.

—Me estás pidiendo que vaya contra uno de los nuestros —dice Elena—. Al Consejo no le gustará.

—Deja que yo me encargue del Consejo. El comportamiento de Damien ha sido errático. Estoy seguro de que me darán el margen necesario para lidiar con esto.

—¿Lidiar con esto cómo?

—Como sea necesario.

Una pausa.

—Me salvaste la vida —dice ella—. Varias veces.

—Sí. Ahora necesito tu ayuda.

—Estaré allí —su voz se endurece—. Envíame los detalles. Información del vuelo, arreglos del hotel, cualquier cosa que necesites que haga.

—Con esto quedamos a mano, Elena.

—Quedamos a mano. No hagas que me arrepienta.

Cuelga. Marco el siguiente número.

Nathaniel responde al segundo timbrazo.

—Julian Blackthorne —su voz es profunda y divertida—. Inesperado. La última vez que hablamos, dijiste que no querías volver a verme jamás.

—Eso fue en 1998. He tenido tiempo de reconsiderarlo.

—El incidente del contenedor de carga —se ríe—. Salvaste mi operación. Mi vida, probablemente. Siempre me pregunté cuándo cobrarías esa deuda.

—La cobro ahora.

—Dime.

Le cuento todo.

—¿Qué tan serio es? —pregunta.

—Amenaza con matar a toda su familia. Exponer lo que soy frente a todo el mundo. Obligarme a elegir entre el exilio y la destrucción.

—Y no vas a elegir el exilio.

—No.

—Interesante —una pausa—. Te conozco desde hace mucho tiempo, Julian. Te gusta estar solo. ¿Por qué no simplemente alejarte?

—Las cosas cambian.

—Al parecer —otra risa baja—. Puedo estar allí para mañana por la noche. Tengo recursos en Miami: armas, contactos, un bote si necesitamos una salida rápida. ¿Cuál es tu plan?

—Contenerlo, lejos de los civiles. Terminar con esto de una forma u otra.

—¿Y si terminar con esto significa matarlo?

Pienso en cómo era Damien antes de que yo lo convirtiera en el monstruo que es ahora. Alguna vez fue un buen hombre. Mi mejor amigo. Alguien por quien habría hecho cualquier cosa. Pero los tiempos han cambiado, y no me ha dejado otra opción.

—Entonces lo matamos —digo—. Si eso es lo que hace falta.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. Envíame las coordenadas. Traeré todo lo necesario.

Cuelga. Marco el tercer número.

Sofia no se molesta con cortesías.

—Damien está en las Bahamas —digo.

—No digas más —su voz es fría—. He estado esperando una excusa.

—Sabes lo que pasó en Belfast.

—Sé que mató a mi protegida. Sé que dejó sus cenizas en una caja en mi puerta con una nota que decía: «mis saludos» —su voz

no flaquea, pero puedo oír la furia subyacente—. He estado rastreándolo durante décadas, Julian. Si me estás diciendo que ese momento es ahora...

—Es ahora. Está amenazando a personas que me importan. Necesito aliados.

—Tienes una. ¿Cuándo y dónde?

—Nassau. Pasado mañana. La boda es a las cuatro de la tarde; ahí es cuando hará su movimiento.

—Estaré allí por la mañana —su voz se agudiza—. Y Julian, si vamos a hacer esto, lo hacemos bien. Sin medias tintas. Tuvo ciento cincuenta años para abandonar su venganza. Eligió no hacerlo.

—De acuerdo.

—Entonces nos vemos pronto.

Cuelga.

Tres llamadas. Tres aliados. Tres vampiros que me deben favores o comparten mis enemigos.

Podría no ser suficiente.

Mientras yo acumulaba riqueza, Damien pudo haber estado perfeccionando sus habilidades, planeando este tipo de confrontación.

El peso de todo me golpea. Las cosas pueden ser inciertas ahora mismo, pero lo incierto es mejor que lo imposible.

El mensaje del conserje nocturno interrumpe mi espiral de pensamientos sobre lo que puede o no suceder.

CONSERJE: Entrega lista. ¿Se la envío?

Respondo:

YO: Sí.

Minutos después, la familiar bolsa térmica aparece fuera de la puerta. Bebo rápido, con eficiencia; sin saborearlo, solo recargando energías. Quién sabe cuándo podría requerir una fuerza que no he necesitado en décadas. Es mejor estar preparado.

El personal de aquí nunca hace preguntas. Por eso invertí en este lugar hace treinta años, por eso expandí la red de distribución de LifeSource Medical para incluir a las Bahamas. Los vampiros también necesitamos vacaciones. Necesitamos lugares donde podamos existir sin escondernos constantemente, donde la logística de la

inmortalidad se maneje con el mismo profesionalismo que el servicio a la habitación.

Es uno de mis logros más discretos. Sin reuniones de junta. Sin informes trimestrales. Solo un puñado de propiedades alrededor del mundo donde criaturas como yo podemos fingir brevemente que no somos monstruos.

Me quedo en el balcón una hora más, enviándole a Rebecca todos los detalles para que pueda organizar los viajes y encargarse de la logística del complejo para todos.

Luego llamo a Marcus. Responde antes de que termine el primer timbrazo; ha estado monitoreando las transmisiones toda la noche.

—Vi las grabaciones de la fiesta —dice sin preámbulos—. Damien se está volviendo más audaz. Dejó que lo captaran tres cámaras diferentes esta noche. Ya ni siquiera intenta esconderse.

—Quiere que sepa que está vigilando.

—Está funcionando —una pausa. El clic de las teclas—. El patrón cambió, Julian. Los primeros dos días fue cuidadoso. Quirúrgico. Ahora está rodeándolos más cerca, permaneciendo más tiempo en posiciones expuestas. Está preparando algo.

—La boda. Pasado mañana.

—Esa es mi lectura. Máximo de testigos, máximo caos —más clics —. Necesito estar allí. La seguridad del complejo es buena, pero no están equipados para lo que Damien podría traer.

—Hazlo. Trae el equipo táctico completo: comunicaciones, equipo de vigilancia, armas. Y trae a Lucas y a Bastien para que te ayuden.

—Ya están posicionados. Hice que volaran a Miami hace dos días, cuando Damien apareció por primera vez en las cámaras.

Por supuesto que lo hizo. Cincuenta años trabajando juntos y Marcus sigue anticipando movimientos que yo aún no he hecho.

—Habrá otros tres que llegarán mañana por la mañana. Elena, Nathaniel y Sofia.

—Vaya, convocaste al equipo de élite, ¿verdad?

—No hay margen de error en esto, así que sí.

—Entendido. Me coordinaré con ellos cuando aterricen. Rebecca enviará los detalles del viaje.

—Gracias, Marcus.

—Guárdate los agradecimientos para después de que ganemos.

Mientras miro hacia el cielo nocturno, me doy cuenta de que en algún lugar del complejo, cincuenta personas duermen para recuperarse del champán y la celebración, sin saber que hay monstruos caminando entre ellos. Sin saber que uno de esos monstruos quiere despedazarlos.

Vuelvo al interior.

Poppy no se ha movido. Sigue acurrucada de lado, con el rostro tranquilo y la mano buscando el espacio vacío a su lado. La intoxicación alimentaria ha pasado; tiene mejor color y su respiración es más pausada.

Me quedo en el umbral y la observo.

He visto dormir a amantes antes. Margaret. Corinne. Anya. Sus vidas se perdieron antes de tiempo.

Todas se han ido ya.

Camino hacia la cama. Me acuesto a su lado.

Se agita. Me busca. Su mano encuentra mi brazo y suspira, volviendo a sumirse en un sueño profundo.

—Te amo —susurro.

Ahora tengo que mantenerla con vida lo suficiente para construir el futuro que esas palabras prometen.

Cierro los ojos.

No puedo dejar de pensar en Viena.

Trato de no hacerlo —he pasado años intentando no hacerlo—, pero esta noche, con las amenazas de Damien tan recientes y el peso de lo que se avecina oprimiéndome, no puedo detener los recuerdos.

CAPÍTULO 20

JULIAN

Vienna, septiembre de 1878.

Convertí a Damien en la primavera de 1852.

Estaba muriendo cuando lo encontré. Consunción. Un ahogamiento lento en sus propios pulmones. Habíamos sido amigos desde que yo era humano, antes de que la oscuridad me encontrara. Cuando quedó claro que no sobreviviría al invierno, le ofrecí una elección.

Él eligió la inmortalidad.

Durante veintiséis años después de eso, fuimos inseparables. Más cercanos que hermanos. Le enseñé a cazar, a esconderse, a navegar por los siglos que se extendían ante nosotros. Aprendió rápido. Mi progenie, mi responsabilidad, mi mejor amigo.

Entonces Damien conoció a Katya.

Ella era violinista en la Filarmónica de Viena, una de las pocas mujeres que logró abrirse paso. Feroz, brillante y valiente cuando

Damien le contó lo que era. Lo amó de todos modos. Nunca lo había visto tan feliz.

Yo lo entendía. Yo tenía a Margaret.

Habíamos construido vidas en Viena. Vidas reales, tan reales como las criaturas como nosotros pueden tenerlas. Viviendas separadas en el mismo edificio. Cenábamos juntos —lo que en realidad significaba que nuestras mujeres comían mientras Damien y yo disfrutábamos de su compañía—. Teatro, conciertos y largas caminatas por el Stadtpark a medianoche.

Durante unos años, me permití creer que podíamos tenerlo todo.

Los cazadores nos encontraron una tarde de septiembre.

Nos habían estado rastreando durante meses, según supimos después. Mapeando nuestras rutinas. Identificando nuestras debilidades. Cuando atacaron, lo hicieron con precisión.

Regresaba de una reunión con un abogado cuando escuché los gritos.

Dos gritos. De direcciones opuestas.

La voz de Margaret venía del oeste; nuestro apartamento, donde me había estado esperando. La de Katya venía del este; la sala de conciertos donde había estado ensayando.

Corrí hacia Margaret. Instinto. La mujer que amaba. La mujer que había jurado proteger.

Los cazadores la tenían acorralada en la sala de estar. Tres de ellos, con cadenas de plata alrededor de sus muñecas, un cuarto presionando una hoja bendita contra su garganta. Ella me vio en el umbral.

—Julian…

Los maté. A los cuatro. Me tomó once segundos.

Once segundos que no tenía.

Para cuando llegué a la sala de conciertos, estaba ardiendo. Damien estaba arrodillado en la calle, afuera, acunando algo gris e inmóvil. Algo que había sido Katya veinte minutos atrás.

Levantó la vista cuando me acerqué. Su rostro estaba mojado. Vacío.

—No pude llegar a tiempo —dijo—. Estaba al otro lado de la ciudad. No pude... —

Los ojos de Damien encontraron los míos. Encontraron la sangre en mis manos. El aroma de Margaret en mi abrigo.

Su voz se volvió gélida. —¿Estabas lo suficientemente cerca para salvarla, verdad? —

—Damien…

—La elegiste a ella. —Se puso de pie. Las cenizas de Katya cayeron entre sus dedos—. Elegiste a Margaret por encima de Katya. —

—No sabía…

—¿Está viva Margaret? —

—Sí. No hubo tiempo…

—Hubo tiempo para que salvaras a una de ellas. —Retrocedió—. Y elegiste a la tuya. —

—Lo siento. —Las palabras sabían a ceniza—. Lo siento mucho. —

Él no respondió. Solo me miró —a su creador, a su amigo, al hombre que le enseñó lo que significaba la inmortalidad— y vi cómo desaparecía lo último que quedaba del Damien que conocía.

—Damien, por favor... —

—No lo hagas. —Se dio la vuelta—. No digas nada más. —

Caminó hacia la noche ardiente.

No volví a saber de él hasta que me dejó la nota con el cuerpo de Anya.

Me despierto jadeando.

El dormitorio del complejo está oscuro. El océano susurra a través de la ventana. Poppy duerme a mi lado, con la respiración acompasada.

Salgo de la cama con cuidado. Me pongo la ropa. Me voy sin despertarla.

La playa está vacía al amanecer. Solo estamos yo, el océano y lo que hice en 1878.

Damien está sentado en un trozo de madera a la deriva, cincuenta metros costa abajo. Lo suficientemente lejos para que un humano no lo note.

Salto por el balcón y camino hacia él.

—Julian. —Se pone de pie—. Empezaba a pensar que me harías esperar otros cincuenta años. —

—¿Qué quieres? —

—Directo. Siempre fuiste directo. —Señala el agua—. Hermosa mañana. No como Vienna. ¿Recuerdas la luz en Vienna? La forma en que entraba por las ventanas de la sala de conciertos antes de que el fuego las devorara. —

—Cada noche. —

—¿Ah, sí? —Me estudia—. Me lo pregunto. La salvaste, sabes. A Margaret. La seguí después. La vi envejecer mientras tú no. —

—Damien... —

—El asilo, Julian. ¿Pensaste que aquel incendio fue un accidente? —Su voz se mantiene nivelada—. Diecinueve años esperé. Dejé que la amaras. Dejé que construyeras algo. Y luego lo recuperé. —

—Tú la mataste. —

—Corregí un desequilibrio. —Se acerca un paso—. Elegiste a Margaret sobre Katya. Así que te di el mismo tiempo con ella que yo tuve con mi amor. Veintiséis años desde la noche en que me convertiste hasta la noche en que ella murió. Poético, pensé yo. —

Las matemáticas de la venganza. La paciencia de los siglos.

—¿Y Corinne? —Mi voz es ronca—. ¿En Prague? —

—Te vio alimentándote. Corrió hacia la calle. La encontré antes que tú. —Sonríe—. No tuve que hacer mucho. Solo le dije lo que eras. Lo que habías hecho. Lo que le pasó a la última mujer que te amó. Ella misma se lanzó al río. —

Durante cuarenta y tres años, me había culpado por la muerte de Corinne. Pensé que mi monstruosidad la había quebrado.

No fui yo. Fue él.

—Y Anya... —

—A Anya la maté yo mismo. La dejé en tu cama como un regalo. —Su expresión flaquea, la primera emoción real que he visto—. Quería que lo supieras, para entonces. Quería que entendieras que cada vez que intentaras alcanzar la felicidad, yo estaría allí. Esperando. —

—¿Por qué no simplemente me mataste a mí? —

—Porque la muerte es rápida. —Su voz baja de tono—. La soledad es para siempre. Quería que sintieras lo que yo sentí cuando la

elegiste a ella. El conocimiento de que alguien en quien confiabas tomó una decisión. Y tú no fuiste suficiente. —

Las olas rompen. En algún lugar del complejo, los humanos se están despertando. Preparando café. Planeando su día.

—Yo te convertí —digo—. Te di la inmortalidad. —

—Me diste una maldición. —Sus ojos son fríos—. Y luego demostraste lo que valía. Menos que la vida de una sola mujer humana. —

—No fue así... —

—Fue exactamente así. —Se acerca más—. Tuviste tiempo. Tiempo suficiente para salvar a una de ellas. Y elegiste. Siempre eliges, Julian. Eliges quién vive y quién muere. Elegiste a Margaret sobre Katya. Elegiste tu felicidad sobre la mía. —

—¡Tú habrías hecho lo mismo! —

—¿Estás tan seguro de eso? ¿Y cuánto tiempo perdiste consolando a Margaret antes de siquiera pensar en Katya? —Las palabras golpean fuerte—. Simplemente salvaste lo que más te importaba. Y yo he pasado ciento cincuenta años asegurándome de que entiendas el costo. —

El sol sale sobre su hombro.

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Poppy? —

—Ahora eliges de nuevo. —Inclina la cabeza hacia el complejo—. Vete esta noche. Sin contacto. Sin explicaciones. Deja que piense que la usaste. Deja que pase el resto de su vida preguntándose qué hizo mal. —

—No. —

—Entonces le mostraré lo que eres. —Lo dice como si estuviera discutiendo planes para la cena—. Prepararé una situación donde te vea alimentarte. Donde vea al monstruo detrás de esos trajes. Y después de que termine de gritar, me aseguraré de que nunca lo olvide. —

—Ella ya lo sabe. —Las palabras escapan antes de que pueda detenerlas—. Se lo dije. Anoche. —

Damien se queda inmóvil.

—Sabe lo que soy —continúo—. Lo que he hecho. Los siglos de alimentarme y esconderme. Todo. —

—¿Y se quedó? —

—Se quedó. —

La incertidumbre cruza su rostro. La primera grieta en su plan de siglos.

—Huirá —dice él—. Siempre huyen. —

—Tal vez. Pero esa es su elección. No la tuya. —

—¿Crees que decírselo cambia algo? —Su voz se endurece—. ¿Crees que una noche de honestidad borra los últimos ciento cincuenta años? —

—Creo que has estado alimentando este rencor tanto tiempo que has olvidado para qué servía. —Miro sus ojos, que aún guardan el eco del amigo que amé antes de que Vienna ardiera—. Siento lo de Katya. Lo lamentaré por el resto de mi existencia. Pero destruir a todos los que amo no la traerá de vuelta. —

—No. —Su sonrisa regresa. Afilada. Final—. Pero te hará sentir lo que yo sentí. Y eso es suficiente. —

Se da la vuelta. Camina por la playa.

—Tienes hasta la boda —grita—. Dos días. Después de eso, dejaré de esperar. —

Desaparece entre los corredores y turistas.

Me quedo allí hasta que el sol sube alto. Hasta que mi teléfono vibra dos veces.

Entonces decido.

No huir. No esconderme.

Si mi descendiente quería guerra, se la daría.

La suite está en silencio cuando regreso. Poppy todavía duerme, acurrucada de lado, con una mano bajo la almohada.

Pienso en despertarla para contarle lo que aprendí: que el hombre de la fiesta mató a Margaret, llevó a Corinne al río, asesinó a Anya. Que yo lo creé. Que todo lo que ha llegado a ser es culpa mía.

Pero ahora mismo, necesito evitar que Damien repita la historia. Salgo al balcón, saco mi teléfono y llamo a Geneva.

—Julian —la voz de Matthew LaChance carga siglos de experiencia —. Oí rumores de que estabas en las Bahamas. ¿Algo sobre una boda?

—Necesito ayuda. Damien Ashworth. —

Silencio. Luego: —¿Tu progenie? ¿De Viena?

—Me ha estado cazando durante ciento cincuenta años. Matando a todos los que amo. Acabo de enterarme. —

—El Consejo ya ha dictaminado. Damien no tiene autoridad para... —

—No está actuando con autoridad. Está atacando a humanos bajo mi protección para herirme. —

—Hmm, ese es un predicamento interesante en el que se encuentra —observa Matthew—. Si está violando los Acuerdos de Praga al atacar civiles para dañar a otro vampiro, tiene motivos para una acción defensiva. Haré indagaciones.

—Gracias. —

—Julian. —Su voz se suaviza—. Usted lo creó. Ese vínculo tiene peso. Sea lo que sea que esté planeando... asegúrese bien. —

—Lo estoy. —

Adentro, Poppy se remueve. Abre los ojos.

—¿Julian? —El sueño vuelve su voz ronca—. ¿Qué hora es? —

—Poco después de las siete. —

Se incorpora. Me ve la cara. —¿Qué pasó? —

—Vi a Damien en la playa y lo confronté —digo—. Me enteré de algunas cosas.

—¿Cosas malas? —

—Peores de lo que pensaba. —Me acerco a la cama. Tomo su mano—. Él mató a Margaret. Él llevó a Corinne a su muerte. A Anya. A todas. Durante ciento cincuenta años, ha estado destruyendo a todos los que me permití amar. —

Ella aprieta mi mano. —¿Por qué? —

—Porque yo lo convertí. Lo hice lo que es. Y luego la elegí para salvar a alguien que amaba cuando su amor estaba muriendo. —Cierro los ojos—. Él es mi progenie, Poppy. Yo creé al monstruo que te está cazando. —

Se queda en silencio. Espero el horror. La comprensión de que se ha unido a alguien cuyas elecciones crearon esto.

—Tú no lo obligaste a hacer esas cosas —dice ella—. Él eligió convertirse en esto. Eso no es culpa tuya. —

—Elegí a Margaret sobre Katya. Eso es... —

—Esa es una elección imposible que nadie debería tener que hacer —toma mi rostro entre sus manos; me obliga a mirarla—. Salvaste a alguien que amabas. Él convirtió eso en ciento cincuenta años de asesinatos. Son cosas diferentes.

—Poppy... —

—Sea lo que sea que estés planeando —dice ella—, quiero ayudar. Te lo dije anoche: no soy la persona a la que proteges. Soy tu compañera. —

La atraigo hacia mí. La abrazo.

—Te amo —le digo.

—Yo también te amo. —Luego se aparta—. Ahora cuéntamelo todo. —

Y lo hago.

Le cuento sobre Matthew y el Consejo. Sobre el expediente de Celeste. Sobre Sofía y su rencor. Le hablo de la conexión entre creador y progenie, y de lo que matar a Damien podría costarme.

Escucha. Hace preguntas. Toma notas en su teléfono como si estuviera planeando un calendario de contenidos en lugar de un enfrentamiento vampírico.

Para cuando termino, el sol está en alto y tenemos un plan.

Dos días hasta la boda.

Dos días hasta que Damien haga su movimiento.

Dos días para terminar con ciento cincuenta años de dolor.

Mi teléfono vibra. Un correo de un remitente desconocido. Una línea:

La chica se ve encantadora cuando duerme. Espero que te hayas despedido.

Lo borro.

Luego regreso con la mujer que amo y a la guerra que yo mismo provoqué.

CAPÍTULO 21

POPPY

Me despierto con dieciséis mensajes de texto de Sage y la comprensión de que mi vida se ha convertido en una telenovela sobrenatural.

Los mensajes empezaron a las 2:17 a. m., hora de ella, lo que significa que se quedó despierta pensando en mis problemas en lugar de en los suyos. Típico de Sage.

SAGE: No puedo dormir. Cuéntamelo TODO

SAGE: No tanto lo del día. Quiero saber qué pasó cuando volviste a tu habitación

SAGE: ¿Por qué no has respondido?

SAGE: ¿Te estás besuqueando con él JUSTO AHORA?

SAGE: Poppy Rose Gable, si me estás ignorando por alguna sesión de besos con un no muerto, voy a volar a las Bahamas

SAGE: Eso fue un chiste. Casi. Solo porque aquí tengo mis propios problemas de boda

SAGE: Bien, me voy a dormir pero espero un informe COMPLETO mañana

SAGE: Hoy. Técnicamente ya es hoy. Ya sabes a qué me refiero.

Luego, el turno matutino:

SAGE: Buenos días, rayito de sol

SAGE: Sigo esperando

SAGE: Tu silencio es ATURDIDOR

SAGE: He sido paciente como por 8 horas, lo cual es un récord personal

SAGE: ¿Debería preocuparme? ¿En una escala del 1 al 10?

SAGE: Poppy, me estás matando

SAGE: Si no respondes en la próxima hora, reservo un vuelo

SAGE: Eso no es una amenaza, es una PROMESA

Me incorporo en la cama, haciendo una mueca por los restos de la intoxicación alimentaria de anoche. Mi estómago se ha calmado, pero mi cabeza todavía procesa todo lo demás. La confesión. Los vampiros. El hecho de que aparentemente estoy saliendo con una criatura de la noche inmortal, y mi mayor preocupación ahora mismo es cómo no revelar el secreto de Julian a mi mejor amiga, quien prácticamente ya lo adivinó. Incluso si pudiera decírselo, ¿cómo lo haría sin sonar demente?

Julian ya está despierto. Por supuesto que lo está. Está sentado en el escritorio de la esquina, con una tableta en la mano, luciendo como si hubiera salido de un reportaje de revista sobre *Multimillonarios que no necesitan dormir*. Su cabello está perfectamente despeinado. Su camisa está impecable. Estoy bastante segura de que tengo marcas de la almohada en la cara y algo sospechoso en el cabello.

—Buen día —digo con voz ronca.

Él levanta la vista. Algo se suaviza en su expresión. —¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un camión hecho de camarones en mal estado. —Busco mi teléfono—. Tengo que escribirle a Sage antes de que realmente reserve un vuelo.

—Parece persistente.

—No tienes idea.

Le respondo rápidamente:

YO: ¡Perdón! Secuelas de la intoxicación. Me quedé dormida temprano.

YO: El beso fue... complicado.

YO: Te explicaré todo después de la boda. Lo prometo.

La respuesta llega en segundos.

SAGE: ¿¿¿COMPLICADO???

SAGE: Eso es lo más siniestro que me has dicho jamás

SAGE: ¿Qué clase de complicado? ¿Complicado bueno? ¿Complicado malo?

SAGE: ¿Complicado de "me estoy enamorando de mi novio falso"?

SAGE: ¿Complicado de "está secretamente casado"?

SAGE: ¿Complicado de "en realidad es un vampiro"?

Casi me atraganto.

YO: Estás delirando

SAGE: ¡ESTOY PREOCUPADA!

SAGE: Tu silencio de catorce horas seguido de un "es complicado" NO es tranquilizador

YO: Te prometo que todo está bien. Solo estrés de la boda y problemas estomacales.

YO: Te haré una videollamada esta noche y te explicaré todo.

SAGE: ¿Todo?

YO: ...casi todo

SAGE: POPPY

YO: Confía en mí. Por favor. Dos días más.

SAGE: Bien. Pero me voy a quedar despierta esta noche. En el SEGUNDO en que puedas llamar, llama.

SAGE: Y si estás muerta, te voy a matar.

YO: Es justo.

Dejo el teléfono y miro a Julian. Me está observando con esa expresión que empiezo a reconocer: la que significa que ha estado prestando atención a cada palabra que escribí mientras fingía leer su tableta.

—Está preocupada por ti, ¿no? —dice él.

—Siempre está preocupada por mí. Es su lenguaje del amor. —Me levanto de la cama—. ¿Qué hora es?

—Poco después de las ocho. Mis asociados llegan en una hora.

—Asociados. —Me dirijo al baño—. Suena muy a la mafia.

—Prefieren "viejos amigos". Aunque la comparación no es del todo inexacta.

Me detengo en la puerta. —¿Debería estar nerviosa?

—Están aquí para ayudar.

—Eso no fue lo que pregunté.

Julian deja su tableta. Se acerca a mí. Con delicadeza, me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, lo que de alguna manera me tranquiliza.

—Van a sentir curiosidad por ti —dice—. Eres la primera persona en mucho tiempo que descubre lo que somos y decide quedarse. Eso es... inusual.

—¿Inusual bueno o inusual "podrían comerme"?

—Inusual fascinante. —Pone su mano en mi mejilla—. Pero no dejaré que nadie te lastime. Ni ellos. Ni Damien. Ni nadie.

—Lo sé. —Cubro su mano con la mía—. Confío en ti.

—Vístete —dice—. Tenemos vampiros que conocer.

El complejo tiene un área de llegada privada para los huéspedes que prefieren la discreción. No sabía que esto existía hasta que Julian me guio a través de una serie de pasillos que definitivamente no estaban en el mapa que nos dieron al registrarnos.

—¿Cómo sabes de esto? —pregunto.

—Soy dueño de una parte del complejo.

—Por supuesto que sí.

—Es una buena inversión. Los bienes raíces en las Bahamas se revalorizan bien, y las ventajas fiscales—

—Julian.

—¿Sí?

—No tienes que justificarme tus compras de multimillonario.

Él casi sonríe. —Anotado.

El área de llegada es pequeña pero elegante: una sala privada con ventanales de piso a techo que dan a un jardín. Tres sillas están dispuestas en semicírculo con una mesa frente a ellas. Un carrito de bar está en la esquina, totalmente abastecido con cosas que sospecho que nadie aquí beberá.

Esperamos.

Jugueteo con mi pulsera. Reviso mi teléfono. Jugueteo un poco más.

—Estás nerviosa —observa Julian.

—Estoy a punto de conocer a un grupo de vampiros que están aquí para ayudarnos a luchar contra otro vampiro que quiere destruirte destruyéndome a mí. Estar nerviosa me parece apropiado.

—Les vas a agradar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me agradas a mí. Y tengo un gusto excelente.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre.

La mujer que entra es impactante de una manera que se siente casi agresiva. Cabello castaño claro recogido en un peinado elegante. Un traje de diseñador que parece caro pero ligeramente anticuado, como si lo hubiera comprado en los noventa y nunca se hubiera molestado en actualizarlo. Pómulos marcados. Ojos aún más marcados.

—Julian. —Su voz tiene un acento ruso y unos tres siglos de actitud—. Te ves bien. Para alguien cuyo vástago intenta asesinarlo.

—Elena. —Julian se acerca a ella. No se abrazan —al parecer los vampiros no se abrazan—, pero hay calidez en la forma en que se miran—. Gracias por venir.

—Me salvaste la vida. —Ella agita una mano con desdén—. Ahora yo salvo la tuya. Muy justo, ¿no?

Su mirada me encuentra. Resisto el impulso de dar un paso atrás.

—Así que... —Me rodea lentamente, como si estuviera evaluando ganado. O la cena—. Esta es la humana que conoce nuestros secretos y no salió corriendo.

—Emm, sí, esa soy yo —logro decir—. La humana que no corre.

—Fascinante. —Termina su evaluación de mí—. O eres muy valiente o muy tonta.

—Me han dicho que es un poco de las dos.

Algo cambia en su expresión. No es exactamente una sonrisa, pero se le acerca.

—Buena respuesta. —Se vuelve hacia Julian—. Me agrada; tiene agallas.

—Lo noté.

La puerta se abre de nuevo. Esta vez es un hombre: alto, de piel oscura, con una sonrisa que sugiere que todo le resulta divertido. Está vestido de forma más casual que Elena, con jeans rotos y una

camiseta; ambos tienen esa vibra de "no gasté una fortuna en mi ropa, pero en realidad sí la gasté".

—Julian Blackthorne. —Su voz es profunda y cálida—. Nunca pensé que vería el día en que pedirías favores por una mujer.

—Nathaniel. —El tono de Julian es seco—. Nunca pensé que vería el día en que llegaras a tiempo.

—Estoy muy motivado. —La mirada de Nathaniel se desliza hacia mí—. Y ahora veo por qué.

Se acerca a mí, toma mi mano y, de hecho, me besa los nudillos. Como si estuviéramos en un drama de época. Como si esto fuera un saludo completamente normal.

—Tú debes de ser Poppy. Julian ha sido notablemente reservado contigo, lo cual me dice todo lo que necesito saber.

—¿Qué le dice? —Sonrío con torpeza; ya saben, porque nunca me había besado los nudillos un vampiro.

—Que eres importante. —Me suelta la mano—. Eso es peligroso en nuestro mundo. Pero también bastante maravilloso.

Miro a Julian y puedo ver la tensión que se acumula en su rostro mientras aprieta los dientes.

—La estás incomodando —dice él.

—Te estoy incomodando a ti —corrige Nathaniel—. Ella parece estar bien.

—Estoy bien —confirmo—. Solo... procesando. Eso es todo.

—Tómate tu tiempo. —Nathaniel se acomoda en una de las sillas —. La última vez que estuve en las Bahamas, todavía eran territorio británico. Los huracanes eran peores. O quizás simplemente no teníamos aplicaciones del clima.

Parpadeo. —¿Cuándo fue eso?

—En mil ochocientos y algo. Las décadas se mezclan después de un tiempo.

La puerta se abre por tercera vez.

La mujer que entra es diferente a los demás. Más fría. Más contenida. Se mueve como el humo —silenciosa y deliberada— y sus ojos recorren la habitación, supongo que buscando salidas y amenazas.

—Sofia. —La voz de Julian denota respeto. Quizás incluso cautela —. Gracias por venir.

—He estado esperando esto. —Su acento es más difícil de ubicar; español, tal vez, con algo más por debajo—. Me estás dando lo que he querido por décadas. Una oportunidad contra Damien.

No me mira. No reconoce mi existencia. Simplemente se acerca a la ventana y se queda mirando el jardín como si ni siquiera estuviéramos aquí.

—Qué simpática —murmuro.

—Tiene historia con Damien —dice Julian en voz baja—. Él mató a alguien a quien ella amaba. Lo ha estado rastreando durante décadas.

—Oh. —Miro a Sofia con una nueva comprensión—. Así que esto también es personal para ella.

—Es personal para todos nosotros. Por eso están aquí.

El jefe de seguridad de Julian es el último en entrar, cargando un maletín.

—Todos conocen a Marcus —Julian se gira en su dirección, señalándolo—. Él se encargará de las comunicaciones desde seguridad. Será nuestros ojos y oídos.

Marcus coloca el maletín sobre la mesa y lo abre.

—Hemos estado monitoreando los movimientos de Damien por tres días —saca unos objetos que parecen auriculares del maletín—. Reconocimiento facial, rastreo de movimiento, evaluación de amenazas; todo a través de los sistemas de seguridad del complejo. Estos son dispositivos de comunicación de canal abierto —dice mientras los reparte—. La diferencia con los nuestros es que yo seré el único que reciba todos los canales en todo momento. Si quieren hablar con alguien en particular de este grupo, en el momento en que digan su nombre, se conectarán directamente a su auricular. Digan «Damien» o «todos», y se conectarán con todo el grupo.

El auricular tiene una forma que encaja justo en la oreja, y apenas puedo verlo en Julian una vez que se pone el suyo. Me coloco el mío después de ver lo que él hizo.

—Ahora veo las ventajas de ser multimillonario. —Elena gira el auricular en su mano y se lo coloca en la oreja—. Jets privados.

Buena tecnología. Poppy. —La voz de Elena baja a un susurro, pero puedo escucharla claramente por mi auricular—. Buena conquista. —Vuelve a su tono normal y más fuerte—. ¿Puedo quedármelo?

—Elena. Sí —Julian le sonríe—. Te lo habrás ganado en este trabajo. Haré que Rebecca te envíe un juego.

—¿Cómo sabe cuándo terminé de hablar? —Elena se señala la oreja.

—Después de una pausa de siete segundos —cierra Marcus el maletín—. Luego tendrá que repetir una de las palabras clave. —Lo levanta—. Con eso, los dejaré a solas.

—Gracias, Marcus —dice Julian mientras Marcus se retira.

Elena da una palmada. —Suficientes formalidades. Tenemos una guerra que planear. Pero primero —se vuelve hacia mí con una expresión que es casi maternal— necesitas comer. Estás pálida. Los humanos necesitan sustento.

—Anoche tuve una intoxicación alimentaria.

—Entonces con mayor razón necesitas comer.

—Una vampiresa te llamó pálida —Nathaniel se ríe mientras se golpea la rodilla con la mano—. Esa es nueva.

—Da, da, ya basta de payasadas —Elena le da un manotazo a Nathaniel antes de dirigirse a Julian—. Llévanos a algún sitio con comida. La chica se está consumiendo.

Julian me mira. Yo me encojo de hombros.

—Podría comer algo —admito.

—Entonces está decidido —Elena se dirige hacia la puerta—. El desayuno primero. El plan de asesinato después.

El restaurante del complejo tiene un rincón privado que Julian consigue con una sola mirada al recepcionista. Nos acomodamos en un reservado curvo: yo en un extremo, Julian a mi lado y los tres vampiros dispuestos en un semicírculo que parecería casual si no fuera porque te das cuenta de cómo se han posicionado, con líneas de visión claras hacia cada entrada.

Pido huevos, tostadas y una cantidad verdaderamente excesiva de café. Los vampiros también piden desayuno. Platos llenos de comida que ya sé que no tocarán. Bueno, tocan la comida, pero no la comerán.

—No tienen que fingir por mi cuenta —digo.

Elena hace un gesto de desdén. —Mantiene las apariencias. Los humanos se ponen nerviosos cuando sus compañeros de cena no comen.

—Ya estoy nerviosa. Que no coman es honestamente la menor de mis preocupaciones.

—Tiene un buen punto —Nathaniel se aclara la garganta—. El fingimiento parece innecesario dadas las circunstancias.

—A mí me gusta el fingimiento —Sofia habla por primera vez desde que nos sentamos. Está moviendo una fresa por su plato con la intensidad de alguien que planea una campaña militar—. Nos mantiene alerta.

—Todos ustedes son tan raros —suelto de repente.

Silencio.

Entonces Elena se ríe. Se ríe de verdad; un sonido brillante y sobresaltado que transforma su rostro.

—Realmente me agrada —le dice a Julian—. Dice lo que piensa.

—Es un problema —admito—. Mi filtro es básicamente inexistente.

—Los filtros están sobrevalorados —Nathaniel abandona su escultura de omelet—. Después de unos siglos, aprendes que la honestidad es más eficiente. Menos cosas que recordar.

—Hablando de honestidad —miro alrededor de la mesa—. ¿Se me permite hacer preguntas?

Julian se tensa a mi lado. —Poppy...

—Deja que pregunte —Elena se inclina hacia adelante, interesada —. Quiero ver qué es lo que quiere saber.

Tomo aire. —¿Por qué vinieron todos? De verdad. Julian dijo que tienen una historia con Damien, que hay deudas de por medio. Pero volar a las Bahamas para pelear contra otro vampiro parece mucho. ¿Qué ganan ustedes con esto?

Los tres intercambian miradas. Algún tipo de comunicación silenciosa de la que no formo parte.

Finalmente, Sofia habla. Su voz es plana. Controlada.

—Damien mató a mi progenie. Dejó sus cenizas en una caja en mi puerta con una nota que decía "saludos" —me sostiene la mirada

por primera vez—. He estado esperando una oportunidad para acabar con él. Julian está proporcionando esa oportunidad.

—Yo le debo la vida a Julian —añade Nathaniel—. Un incidente con un contenedor de carga en 1998. No preguntes. El punto es que las deudas importan en nuestro mundo. Él decidió cobrar esta.

—Y yo conozco a Julian desde hace doscientos años —dice Elena —. Me ha salvado más veces de las que puedo contar. Cuando llamó y dijo que había encontrado a alguien por quien valía la pena luchar... —mira a Julian con algo suave en su expresión— quise verlo por mí misma.

—Alguien por quien valía la pena luchar —me vuelvo hacia Julian —. ¿Eso fue lo que dijiste?

—Puede que lo haya expresado de forma diferente, pero sí.

—Dijo que le hacías sentir humano otra vez —corrige Elena—. Que lo mirabas como si no fuera un monstruo. En dos siglos, nunca lo he oído hablar de nadie de esa manera.

La mesa se queda en silencio.

Julian mira fijamente su café intacto como si contuviera los secretos del universo. Puedo ver la tensión en sus hombros.

—¿De verdad dijiste eso? —pregunto en voz baja.

—Le dije la verdad —él me mira a los ojos—. Me haces sentir humano otra vez. Siempre lo has hecho.

Extiendo la mano por debajo de la mesa y busco la suya. Sus dedos se entrelazan con los míos.

—Está bien —digo—. Así que vamos a pelear contra un vampiro por deudas, venganza y... —le aprieto la mano a Julian— amor. ¿Cuál es el plan?

—Primero, evaluamos la amenaza —Elena entra en lo que empiezo a reconocer como su modo táctico—. Damien ha estado planeando esto por más de un siglo. Es paciente. Metódico. No cometerá errores obvios.

—Quiere que Julian sufra —añade Sofia—. No solo que muera. Que sufra. Eso significa que intentará destruir lo que a Julian le importa antes de destruir a Julian mismo.

—Lo que significa a mí.

—A ti y a tu familia —la voz de Nathaniel es suave pero seria—. Irá tras cualquiera que Julian intente proteger.

Se me revuelve el estómago. Violet. Mamá. Incluso Preston; por mucho que me gustaría fingir lo contrario, no quiero que muera.

—¿Entonces la recepción? —digo—. ¿De verdad creen que esperará hasta entonces? ¿No en la boda, o incluso antes? ¿Están seguros de que no me hará daño a mí ni a nadie de mi familia hasta ese momento?

—Sí, no creo que lo haga —la mano de Julian aprieta la mía—. Es muy paciente. Creo que todos están a salvo por ahora. La recepción es el punto crítico más probable. Cámaras por todas partes. La familia reunida. El escenario perfecto para lo que sea que esté planeando.

—¿Entonces qué hacemos?

—Vigilamos. Esperamos. Nos posicionamos para responder en el momento en que dé un paso —los ojos de Elena son agudos—. El Consejo tiene reglas estrictas sobre la violencia entre vampiros. No podemos atacar primero. Pero si Damien ataca, tenemos todo el derecho de defendernos.

—Están usándolo en su contra —me doy cuenta—. Dejando que venga a nosotros para tener cobertura legal.

—Chica lista —Sofia casi suena aprobatoria—. Julian, elegiste bien.

Mi teléfono vibra. Lo reviso automáticamente.

SAGE: Solo checando que sigas viva

SAGE: Sé que dijiste que llamarías esta noche pero estoy ANSIOSA

SAGE: ¿Todo está bien en serio?

Le respondo con una sola mano:

YO: Sigo viva. Desayunando ahora mismo.

SAGE: ¿Desayunando con quién?

YO: Con Julian y unos amigos suyos.

SAGE: ¿¿¿AMIGOS??? ¿¿Él tiene AMIGOS?? Cuéntamelo TODO.

YO: Luego. Lo prometo. Es mucho que explicar.

SAGE: Esa frase nunca ha servido para tranquilizar.

YO: Confía en mí. Por favor.

SAGE: Lo hago. Pero sigo preocupada.

SAGE: Llámame ESTA NOCHE. Sin excusas.

YO: Lo haré. Te quiero.

SAGE: Yo también a ti. Ahora ve a ser misteriosa con tu misterioso novio y sus misteriosos amigos.

Elena me observa con una expresión que no alcanzo a descifrar.

—La amiga —dice—. La que escribe constantemente.

—Sage. Mi mejor amiga.

—Está preocupada por ti.

—Siempre está preocupada por mí —hago una pausa—. De hecho, adivinó lo de los vampiros. Como una broma.

—Los humanos son perceptivos cuando quieren serlo —Elena ladea la cabeza—. ¿Ella lo sabe?

—No. Y no lo sabrá —miro a Julian—. ¿Verdad? No puede saberlo.

—Es más seguro si no lo sabe —asiente él—. Para ella y para nosotros.

—¿Así que tengo que mentirle a mi mejor amiga para siempre?

—La proteges manteniéndola en la ignorancia —la voz de Sofia es fría, pero no de forma desagradable—. La verdad es una carga. Tú has elegido llevarla. No se la impongas a los demás.

Es lo máximo que me ha dicho directamente. Asiento lentamente.

—Está bien. Puedo hacer eso.

El mesero trae nuestra comida y tomo una foto de mi desayuno.

La foto es buena; el tipo de imagen que normalmente escribiría su propio pie de foto. Normalmente ya tendría tres borradores listos, probados contra mi base de datos mental de lo que funciona bien.

Pero mi cerebro se queda en blanco.

Opción 1: El desayuno es la comida más importante del día

—demasiado básica, he usado variaciones de esto cuarenta veces

Opción 2: Estas vacaciones están deliciosas

—¿en serio? No

Opción 3: A veces hay que perderse en una comida para encontrarse a sí mismo

—No estoy perdida, estoy teniendo una crisis existencial porque mi novio falso es un vampiro de doscientos cincuenta y siete años

Cierro la aplicación sin publicar nada.

Esto nunca me había pasado. Durante mis años como influencer, siempre he sabido qué decir. He publicado en medio de rupturas,

dramas familiares, un accidente de auto menor y una enfermedad muy inoportuna que de algún modo convertí en una narrativa de "viaje hacia el bienestar".

Pero ¿qué pie de foto le pones a "Descubrí que las criaturas sobrenaturales son reales y me estoy enamorando de una. Ahora disfruto del desayuno mientras planeamos cómo lidiar con un vampiro malvado que quiere hacerme daño"?

No lo haces. Así de simple.

Antes de que pueda guardar mi teléfono, vibra de nuevo. Esta vez es Violet.

VIOLET: ¡Reunión de damas de honor junto a la alberca a las 12! ¡Traigan bloqueador y chismes!

VIOLET: Solo chicas... Nada de novios guapos que nos vean beber de día.

VIOLET: Y no quiero ser responsable de que mis damas se ahoguen porque están demasiado ocupadas mirando

Le muestro el mensaje a Julian. —El deber llama.

Su expresión se cierra. —No creo que sea prudente.

—Julian, no puedo esconderme en esta suite hasta la boda. Violet me necesita. Necesito ser normal por unas horas.

—Define "normal".

—Champaña. Chismes. Fingir que mi vida no es un thriller sobrenatural.

Él no responde. Puedo verlo calculando, sopesando el riesgo frente a mi necesidad de tener apariencia de una vida corriente.

—No va a estar sola —dice Elena—. Sofia y yo la acompañaremos. Discretamente.

—¡¿Harán qué?! —Casi escupo lo que tengo en la boca.

—Nos camuflaremos, vigilaremos desde la distancia —Elena se examina las uñas—. De todos modos, tenía intención de ponerme al día con mis lecturas.

—Y a mí me vendría bien una sesión de yoga —añade Sofia—. La flexibilidad es importante.

Las miro fijamente. —Genial, voy a tener guardaespaldas vampiros en la fiesta de la alberca de mi hermana.

—¿Hay algún problema con eso? —pregunta Julian.

—Es la frase más propia de 2026 que he dicho en voz alta.

Nathaniel se ríe y mira a Julian. —De verdad me agrada.

Una hora después, estoy recogiendo mi bloqueador y mis sandalias para la alberca, mientras Julian me observa con una expresión que oscila entre lo protector y lo dolorido.

—Estaré bien —le digo—. Tendré a dos asesinas milenarias vigilando cada uno de mis movimientos. ¿Qué podría salir mal?

—Muchas cosas.

—Era una pregunta retórica.

Él se acerca y me levanta suavemente la barbilla hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Ten cuidado —dice.

—Voy a una fiesta en la alberca, no a una zona de guerra.

—Contigo estoy aprendiendo que esas cosas no son mutuamente excluyentes.

Me río. Me pongo de puntillas y lo beso; un beso suave y breve, y de algún modo más íntimo que cualquier otra cosa que hayamos hecho antes.

—Te escribiré —prometo—. Te daré actualizaciones constantes. Te vas a hartar de saber de mí.

—Imposible.

—Ya lo veremos.

Tomo mi bolso. Me dirijo a la puerta. Hago una pausa con la mano en la manija.

—¿Julian?

—¿Sí?

—Gracias. Por decirme la verdad. Por confiar en mí para todo esto —lo miro a los ojos—. Sé que no es fácil para ti dejar entrar a la gente. Pero me alegra que me hayas dejado entrar a mí.

Algo cambia en su expresión. Algo antiguo y vulnerable, y muy humano.

—Yo también —dice en voz baja—. Yo también.

Me voy antes de hacer algo vergonzoso, como llorar.

En el pasillo, Elena y Sofia están esperando. Se han cambiado: Elena con un caftán vaporoso y un sombrero para el sol, Sofia con un traje de yoga que no deja nada a la imaginación. Parecen

huéspedes adineradas de cualquier hotel, no vampiras antiguas preparándose para un posible combate.

—¿Lista? —pregunta Elena.

—Todo lo que puedo estar.

—Entonces vamos a fingir que somos normales —me toma del brazo como si fuéramos viejas amigas—. Disfruto tanto fingiendo.

Nos dirigimos a la alberca. El sol tropical cae con fuerza. En algún lugar detrás de nosotros, Julian está observando; lo siento, esa punzada de conciencia en la nuca que me dice que ya nunca estoy realmente sola.

Hay tantas razones para estar aterrorizada.

Pero estoy extrañamente tranquila.

Tengo un novio vampiro. Tengo guardaespaldas vampiros. Tengo un enemigo vampiro que quiere destruir todo lo que amo.

Pero también tengo a Sage llenándome el teléfono de mensajes, y a Violet esperando con champaña, y a una familia que, a pesar de lo repentino del anuncio, vino a esta boda.

Tengo gente. Vivos y de los otros.

Eso tiene que valer de algo.

Y camino hacia la luz del sol, con asesinas milenarias a mis espaldas, preguntándome en qué momento exacto mi vida se volvió tan absurda y dándome cuenta de que no la cambiaría por nada.

CAPÍTULO 22

JULIAN

Mientras Poppy camina hacia la piscina con Elena y Sofia flanqueándola a cierta distancia, cada instinto que poseo me grita que la siga. Muchos siglos de instintos de supervivencia, perfeccionados a través de una plaga y demasiadas guerras, y nada se ha sentido tan peligroso como verla alejarse con un vestido veraniego y un bolso de playa al hombro.

Mira hacia atrás una vez. Me atrapa observando desde la ventana del vestíbulo. Sonríe.

Asiento porque en este momento no soy capaz de sonreír.

—Marcus —pronuncio su nombre, activando el auricular—. Informe de situación.

Su voz llega nítida y clara. —Estoy en posición. Centro de seguridad, subnivel dos. Tengo los ojos puestos en las cámaras que cubren el área de la piscina.

—¿Alguna señal de Damien?

—Nada todavía. Su última ubicación fue su habitación. —Una pausa. Sonido de teclas—. Elena y Sofía acaban de entrar al área de la piscina. Poppy se está uniendo al grupo del cortejo nupcial cerca de las cabañas.

Poppy desaparece de mi campo de visión. Incluso desde aquí, la información de Marcus es más precisa que mi propia observación.

—Manténme al tanto. Cada movimiento. Cada anomalía.

—Entendido.

Nuestra conexión termina y me dirijo hacia la suite donde Nathaniel está esperando, recostado en el sofá disfrutando de una copa de sangre.

—¿Las damas tienen sus órdenes? —pregunta mientras entro.

—Vigilar y esperar. Intervenir solo si Damien ataca. —Camino hacia la ventana. La piscina es visible desde aquí si me coloco en el ángulo correcto: un destello de agua azul, sombrillas coloridas, el sonido distante de risas—. Y Marcus nos dará información en tiempo real sobre los movimientos de Damien desde el centro de seguridad.

—Inteligente. Usar la propia infraestructura del complejo en su contra.

—Una ventaja de ser el dueño de la propiedad —Me giro para enfrentarlo—. El Consejo también está observando. Si nos movemos primero, perdemos cualquier protección que sus leyes puedan ofrecer.

—El Consejo… —Nathaniel toma otro trago—. ¿De verdad crees que intervendrán?

—Creo que usarán cualquier excusa para consolidar su poder. La venganza de Damien es personal, pero si lo mato sin justificación, se vuelve política —Abro el despliegue táctico en mi tableta—. No les daré esa ventaja.

—Así que dejamos que se acerque lo suficiente como para amenazarla. Lo suficiente como para lastimarla.

—Lo suficiente como para condenarse a sí mismo. Hay una diferencia.

—Por cierto, esta es de la mejor sangre que he probado de una bolsa —se sirve otro trago—. Muy fresca. ¿Quieres una?

—Supongo que debería.

—Necesitarás toda la energía que puedas conseguir —dice mientras me entrega mi copa.

—Otra ventaja de ser dueño de LifeSource Medical —Sostengo mi copa y brindo con él en el aire—. Me aseguré de que las Bahamas

formaran parte de sus planes de expansión.

No pierdo el tiempo disfrutando de mi bebida mientras me la termino. Otras prioridades exigen mi atención en este momento.

—Tiene su encanto —Él hace lo mismo—. Ah, sangre fresca en un hermoso lugar de vacaciones. Me alegra que alguien finalmente se diera cuenta de que todavía necesitamos un lugar donde relajarnos.

—No voy a mentir; ha sido bastante rentable tener un hotel que pueda satisfacer nuestras necesidades.

Marcus me habla por el auricular. —Julian. El reconocimiento facial acaba de detectar algo. Entrada este. Hombre, aproximadamente treinta años, coincide con la fisonomía y el patrón de marcha de Damien. Rostro oculto. Si es él, sabe dónde están las cámaras.

—Por supuesto que lo sabe —Le transmito la información a Nathaniel—. Marcus, ¿puedes conectarme a las transmisiones de la piscina?

—Enviándolas ahora mismo.

Abro la transmisión en mi tableta y la envío al televisor. —Ya estoy conectado.

Marcus de nuevo. —Julian, tenemos movimiento. Jardín este, cerca de la entrada de servicio. Misma complexión, misma marcha. Está rodeando la propiedad, manteniéndose en los puntos ciegos. Ha mapeado cada ángulo de cámara.

—¿Puedes obtener una imagen clara?

—Estoy en ello. Pero es bueno. Quienquiera que le haya enseñado a moverse así... —Marcus se detiene—. Espera. Cierto. Habrás sido tú.

La ironía no se me escapa. Pasé décadas enseñando a Damien a evadir la detección, a moverse por el mundo como una sombra. Ahora esas mismas habilidades están siendo usadas en mi contra.

—Sigue rastreándolo. Avísame en el momento en que se acerque a la piscina o a cualquiera de su familia. ¿Y puedes conectar a Nathaniel a estos informes? Sería más eficiente que yo relatando toda la información.

—Entendido.

Pongo al tanto a Nathaniel. Su expresión se ensombrece.

—Está probando tus defensas.

—Me está recordando que conoce este juego tan bien como yo —Dejo mi teléfono—. ¿Con qué recursos contamos?

Abro la pantalla táctica en mi tableta y envío la imagen duplicada al televisor, que ahora muestra los mapas que preparó Marcus. Tienen todo lo que necesitaríamos: el complejo y el lugar de la boda con todas las entradas, salidas y puntos ciegos marcados.

—Armas escondidas en tres ubicaciones. Aquí, aquí y aquí —Marco los puntos—. Tendrás acceso a las tres. Plata, hojas bendecidas, lo de siempre.

—¿Estacas?

—Tradicionales, pero efectivas. Elena prefiere las hojas, Sofía tiene sus propias preferencias, pero las estacas están disponibles si es necesario.

—¿Estrategias de salida?

—Hay un bote listo en la marina. Marcus tiene contactos en Miami que pueden proporcionar extracción si necesitamos desaparecer rápido. —Hago zoom en el lugar de la boda—. La ceremonia es mañana a las cuatro. Pabellón al aire libre, buena visibilidad, pero cobertura limitada. La recepción es después en el salón principal; más cerrado, más fácil de controlar el acceso.

—¿Crees que esperará a la recepción?

—Creo que busca el máximo impacto. La ceremonia es para Violet y Chris. La recepción es cuando la familia de Poppy se reúne, cuando salen las cámaras, cuando todos están relajados y vulnerables. —Hago una pausa—. Ese sería el momento más probable para atacar.

—¿Estás seguro?

—Es cuando yo lo haría. Pero estaremos preparados de cualquier manera.

—¿Cómo crees que atacará?

—No lo sé —La admisión me quema—. Damien siempre ha sido paciente. Creativo. Tendrá algo planeado que no he anticipado.

—No te preocupes por eso. Estaremos preparados para lo que sea que nos lance.

—Eso espero —cambio a la transmisión en vivo de la piscina—. Porque no creo que pudiera soportar perderla.

Poppy está allí: un toque de color entre los camastros, rodeada de mujeres en trajes de baño y sombreros para el sol. Las damas de honor de su hermana. Riendo. Bebiendo champán. Normal.

Se ve feliz.

Observo el ascenso y descenso pausado de sus hombros mientras se ríe de algo que alguien dijo. Observo cómo inclina su rostro hacia el sol. La observo ser humana en todas las mejores formas posibles.

Elena está posicionada en el bar de la piscina, con un libro abierto en su regazo. Sofía está sobre una esterilla de yoga cerca de la entrada. Están vigilando. Están listas.

—Bueno, tienes a dos de las mujeres más feroces que he conocido —Nathaniel me pasa el brazo por los hombros y me acerca—. Nunca permitirán que le pase nada malo.

—Julian —Marcus activa mi auricular—. Lo perdí.

Las palabras me impactan como agua helada. —¿A qué te refieres con que lo perdiste?

—Entró en los cuartos del personal, donde hay un vacío en la cobertura de las cámaras. Tengo ojos en ambas salidas, pero no ha salido por ninguna.

—¿Qué más hay ahí dentro?

—Instalaciones de lavandería.

—¿Y los túneles de servicio?

—Revisando ahora —Más sonidos de teclas—. Hay un viejo pasaje de mantenimiento que no está en los planos actuales. Construido en los sesenta, antes de que el complejo se expandiera. Si lo encontró...

—Lo encontró —Por supuesto que lo hizo. Damien habría mapeado toda esta propiedad antes de poner un pie en ella—. ¿A dónde conduce?

—Estoy sacando los planos originales. Dame cinco minutos.

—Tienes tres.

Cada minuto —mejor dicho, cada segundo— se sentía como una eternidad.

No estaba prestando atención al tiempo cuando Marcus dijo cinco minutos, pero me estaba impacientando.

—Marcus —lo activo de nuevo—. ¿Estado de esos planos?

—Encontré el pasaje. Pasa por debajo de los edificios principales y sale en tres puntos: la marina, el jardín este y... —Hace una pausa —. El edificio de mantenimiento de la piscina.

El pavor se apoderó de mí. —¿A qué distancia de la piscina?

—Treinta metros. Quizá menos.

—A todos —Uso el activador de transmisión grupal—. Damien puede tener acceso subterráneo al área de la piscina. Manténganse alerta.

—Entendido —llega la voz de Elena—. Tenemos ojos en Poppy. Nada inusual todavía.

Me aferro a la barandilla del balcón. Cada instinto me grita que me mueva, que salte de este balcón y cruce la distancia, que me interponga entre Poppy y lo que sea que venga.

Pero me contengo.

Porque ella me pidió que confiara en ella. Porque es más fuerte de lo que le di crédito. Porque si sigo tratándola como a alguien que necesita protección en lugar de como alguien que toma sus propias decisiones, no soy mejor que Preston: controlando la narrativa en lugar de respetar a la persona.

—Marcus —mi voz es áspera—. Si aparece en cualquier lugar cerca de esa piscina...

—Lo sabrás en el segundo en que yo me entere.

La conexión se corta. Me quedo en el balcón, observando, esperando, contando latidos que no son los míos.

El teléfono de Poppy aparece en su mano. Le está enviando un mensaje a alguien; a Sage, probablemente. Luego lo deja. Busca su champán.

Y se queda petrificada.

Veo cómo sucede. El momento exacto en que siente que algo está mal. Sus hombros se tensan. Gira la cabeza, escaneando.

Entonces lo veo.

Damien. Caminando por el sendero hacia el bar de la piscina. Desenfadado. Sin prisa. Vistiendo pantalones de lino y una camisa blanca como cualquier otro huésped adinerado del complejo.

—A todos —mi voz es firme a pesar del miedo que me araña el pecho—. Está aquí. Sendero este, acercándose al bar de la piscina.

—Lo vemos —la voz de Sofía está tensa—. ¿Órdenes?

Observo a Damien detenerse en el bar. Pedir algo que no beberá. Escanear el área con una pereza que no me engaña ni por un segundo.

Sus ojos encuentran a Elena. Pasan de largo. Encuentran a Sofía. También pasan de largo.

Entonces me encuentran a mí.

De pie en un balcón, observando.

Él sonríe.

Y comienza a caminar hacia Poppy.

—Mantengan posición —digo—. Dejen que se acerque. No intervengan a menos que intente dañarla.

—Julian... —comienza Elena.

—Esas son mis órdenes —Mis nudillos están blancos sobre la barandilla—. Poppy puede manejar esto. Ella necesita manejar esto.

Observo a Damien acortar la distancia. Observo a Poppy dejar su copa de champán. Observo cómo se quita las gafas de sol y se gira para enfrentarlo con esa expresión obstinada en su mandíbula que he llegado a amar.

No corre.

No pide ayuda.

Ella lo enfrenta.

Damien se sienta en el camastro junto a ella. Tan natural como si nada. Como si fueran viejos amigos poniéndose al día.

No puedo oír lo que están diciendo desde aquí. No puedo leer sus labios a esta distancia. Pero puedo ver el lenguaje corporal de Poppy: la forma en que se mantiene firme, la forma en que sostiene su mirada sin vacilar.

—Marcus —mi voz es apenas un susurro—. ¿Puedes conseguir audio?

—Estoy en ello. Los micrófonos direccionales no están posicionados para esa sección de la piscina. Estoy trabajando para conectarlo al micrófono abierto de Poppy.

Permanezco congelado en el balcón, observando a la mujer que amo enfrentar a un monstruo que yo creé.

Incapaz de ayudar. Incapaz de intervenir. Confiando en que ella podrá manejar lo que venga a continuación.

Esto es lo más valiente que he hecho en mi vida o lo más tonto.

Probablemente ambas cosas.

CAPÍTULO 23

POPPY

Hay algo profundamente surrealista en beber champaña en una despedida de soltera junto a la piscina mientras dos vampiros fingen ser huéspedes normales del hotel.

Elena ha estado "leyendo" la misma página de su libro durante cuarenta minutos. Ni siquiera estoy segura de que haya notado que está al revés. Sofia está haciendo yoga sobre una alfombrilla cerca de la entrada, manteniendo posturas que harían que mis músculos gritaran después de treinta segundos. Ella lleva en la misma posición quince minutos sin siquiera un tambaleo.

Mientras tanto, estoy rodeada por las amigas de la universidad de Violet, todas las cuales se encuentran en varias etapas de embriaguez y muy interesadas en mi vida amorosa.

—Así que el video —dice Madison, o tal vez Morgan, ya perdí la cuenta—. ¿Ese en el que te carga hacia el océano? Ya tiene como dos millones de vistas.

—¿Dos millones? —Casi me atraganto con la champaña.

—Niña, eres tendencia. #MysteryMan está en todas partes. —Se abanica dramáticamente—. ¿Dónde lo encontraste? ¿Es real? Más importante aún, ¿tiene hermanos?

—Nos conocimos en una aplicación de citas —digo, lo cual técnicamente no es una mentira—. Y sí, tiene hermanos, pero aún no los conozco.

—¿Aplicación de citas? —Otra dama de honor, de quien tampoco estoy segura de su nombre, sacude la cabeza—. He estado en todas las aplicaciones de citas que existen y lo mejor que he encontrado es un tipo que puso "respirar" como pasatiempo. Mientras tanto, tú consigues... eso.

Señala una foto de Julian en el teléfono, y "eso", por supuesto, es Julian. El misterioso multimillonario. El vampiro secreto. Quien actualmente me observa porque es incapaz de no preocuparse.

—Supongo que tuve suerte —logro decir.

—¿Suerte? —Madison-o-Morgan bufa—. Esa es una forma de decirlo. ¿La forma en que te miró en ese video? ¿Como si fueras la única persona en toda la playa? Cometería crímenes para que un hombre me mirara así.

Pienso en los ojos de Julian. En la forma en que me sigue por las habitaciones. En cómo se suavizan cuando digo algo que lo sorprende. En cómo se volvieron oscuros y desesperados cuando me contó la verdad sobre lo que era.

—Es intenso —admito—. Y dulce.

—¿Intenso tipo sexy? ¿O intenso tipo preocupante?

—¿Ambos? ¿Ninguno? —Tomo otro sorbo de champaña—. Es complicado.

—¿Complicado cómo?

¿Cómo empiezo siquiera a responder eso? Complicado como que tiene doscientos cincuenta y siete años. Complicado como que bebe sangre para sobrevivir. Complicado como que su amigo más antiguo quiere destruirlo destruyéndome a mí, y ese amigo probablemente nos esté mirando en este mismo momento.

—Simplemente... complicado —digo—. El estrés de la boda. Ya saben cómo es.

Violet aparece a mi lado y vuelve a llenar mi copa sin preguntar. Está radiante, con ese brillo previo a la boda que la hace parecer recién salida de una revista de novias. Incluso con el cabello en un moño desordenado, se ve perfecta.

—Maddie, deja de interrogar a mi hermana —les dice a las damas de honor, y me ayuda a recordar uno de sus nombres—. Ella tiene derecho a un poco de misterio.

—No estamos interrogando. Tenemos curiosidad.

—¿Acaso no es lo mismo con ustedes dos? —Violet se acomoda en la silla puff a mi lado—. ¿Cómo estás? Has estado muy callada.

—Estoy bien. Solo cansada.

—¿Cansada o preocupada?

La miro. Mi hermana perfecta con su vida perfecta y su prometido perfecto. No tiene idea de lo que nos acecha ahora mismo. No tiene idea de que el paraíso soleado junto a la piscina que está disfrutando está bajo vigilancia por criaturas que no deberían existir.

Por un momento considero mentir, pero pase lo que pase, Vi siempre puede notar cuando estoy preocupada. Es como su "sentido arácnido". Así que trato de ocultarlo salpicando algo de verdad.

—Ambas —admito—. Pero no es nada por lo que debas preocuparte. Este es tu fin de semana.

—Poppy. —Baja la voz—. ¿Qué está pasando?

Todo en mí quiere restarle importancia, protegerla de todo de la misma forma en que Julian intentó protegerme a mí.

Pero no creo que pueda reunir la energía para darle la actuación que necesitaría para que me deje en paz.

—Te explicaré después de la boda —digo—. Lo prometo. Solo... solo confía en que lo estoy manejando.

—¿Manejando qué?

—Vi. —Tomo su mano—. Por favor. Ahora no. Hoy no. Déjame encargarme de esto, y te contaré todo una vez que estés casada y en tu luna de miel y demasiado feliz para que te importe.

Ella me estudia, sopesando si presionar y exigir respuestas, entrar en modo hermana mayor total, negándose a dejarlo pasar, o volver a concentrarse en el día más importante de su vida.

Luego me aprieta la mano.

—Está bien —dice—. Pero si me necesitas...

—Lo sé. Lo sé. Te juro que te buscaré si te necesito. —Cruzo mi corazón con la mano—. Lo prometo.

—¿Y morir si mientes? —Ni siquiera sabe lo cerca que está de la verdad con eso.

—Y espero no morir.

—¿Qué estás haciendo? —Me da un palmetazo juguetón en el brazo—. No puedes ir por ahí cambiando el dicho.

—¿Alguna vez has pensado en lo morboso que suena?

—Es bastante espeluznante, ¿no?

—Sí. Mucho.

—Está bien, entonces queda como una promesa.

Sonríe antes de que se la lleve una dama de honor que necesita ayuda para ponerse bloqueador solar. Tampoco estoy segura de su nombre. Bonnie, tal vez. O Brianna. Vaya, realmente necesito aprenderme los nombres de las amigas de mi hermana.

La veo alejarse. Pienso en lo diferentes que son nuestras vidas. En lo diferentes que han sido siempre. Violet salva vidas en quirófanos. Yo publico fotos de mi desayuno y a eso lo llamo una carrera profesional.

Pero ahora mismo, en este momento, soy yo quien la protege. Aunque ella no lo sepa.

Mi teléfono vibra.

SAGE: Actualización, por favor

SAGE: He sido paciente durante TRES HORAS

SAGE: Eso es como un año en tiempo de Sage

Escribo de vuelta rápidamente:

YO: Sigo en la fiesta de la piscina. Sigo viva.

SAGE: Esa es una confirmación extrañamente específica

YO: El estrés de la boda me pone dramática

SAGE: TÚ SIEMPRE eres dramática

SAGE: Es parte de tu encanto

YO: Grosera, pero es cierto

SAGE: ¿Cómo está ese bombón de novio vampiro?

Casi se me cae el teléfono.

YO: ¿¡¿¡¿Qué?!?!?!

SAGE: ¿Mi mejor amiga perdió el sentido del humor?

SAGE: Jajaja

SAGE: Obvio es una BROMA

SAGE: Al menos la parte del vampiro
SAGE: No lo otro
SAGE: ¡¡Es un bombón total!!
SAGE: Pero nunca come y siempre está frío y dice cosas anticuadas
SAGE: Solo digo
SAGE: ¿Brilla con la luz del día?
YO: Esto no es Crepúsculo
SAGE: Mmmm... Edward
SAGE: Me encantaría un poco de ese vampiro sabroso
YO: Eres ridícula
SAGE: Sabes que saldrías totalmente con un vampiro si se pareciera a Robert Pattinson
SAGE: O a Julian ;)
YO: No estoy segura de que eso merezca una respuesta
SAGE: Eso es EXACTAMENTE lo que diría alguien que sale con un vampiro
YO: Voy a colgar
SAGE: No estamos hablando por teléfono
YO: Voy a colgar metafóricamente
SAGE: Llámame esta noche. De verdad. Necesito escuchar tu voz y confirmar que no te has convertido en una criatura de la noche.
YO: Prometo que te llamaré esta noche y confirmaré que sigo siendo humana
SAGE: Es todo lo que pido
SAGE: Te quiero, rarita
YO: Yo también te quiero

Respiro profundamente. Sage es demasiado perceptiva por su propio bien.

Aunque "mi novio es un vampiro y su vengativa progenie nos está acosando" probablemente no sea la conclusión a la que llegaría. Incluso Sage tiene límites en su imaginación.

Damien está en algún lugar de este hotel. Observando. Esperando. Planeando algo terrible.

Y yo estoy en una fiesta de piscina fingiendo que me divierto. Debería mantener las apariencias, así que tomo una foto. Me obligo

a sonreír. Angulo la cámara para captar las palmeras y el agua turquesa y el paraíso de postal que no se siente para nada como un paraíso ahora mismo.

La foto se ve genial.

Me veo feliz.

La mentira es tan completa que casi me la creo yo misma.

Lo que podría publicar: *—¡Día de piscina con mis chicas!* 🌺 *¡Puras buenas vibras y gran compañía!—*

Lo que realmente está pasando: *Dos vampiros están posicionados alrededor de esta piscina vigilando a otro vampiro que quiere destruir a todos los que amo, y estoy a un paso en falso de un incidente sobrenatural en la despedida de soltera de mi hermana.*

El algoritmo no sabría qué hacer con eso.

¡Me quedo con la primera frase!

Publicación lista.

Madison-o-Morgan —sé que Vi acaba de decirlo, pero ya se me olvidó— pasa chapoteando junto a mí, chillando por la temperatura del agua. Otras dos de las damas de honor se están tomando selfies en la barra húmeda. Alguien me entrega otra copa de champaña que definitivamente no debería beber.

Doy un sorbo. Levanto la vista. Y me quedo helada.

Él está aquí.

—Todos —interviene Julian por mi auricular—. Está aquí. Sendero este, acercándose a la barra de la piscina.

Damien camina por el sendero hacia la barra de la piscina. Casual. Sin prisas. Vistiendo el tipo de atuendo de resort que cuesta una fortuna y se mezcla con cualquier otro huésped adinerado que disfruta de una tarde tropical.

Parece un hombre que tiene todo el tiempo del mundo.

Porque lo tiene. Ha tenido ciento cuarenta y seis años para planear este momento.

Veo a Elena cerrar su libro. Veo a Sofia cambiar su peso, lista para moverse. Ellas también lo han detectado. Están siguiendo su aproximación con la atención enfocada de depredadores que evalúan a su presa.

—Lo vemos. —La voz de Sofia es tensa—. ¿Órdenes?

Damien los detecta a cada uno de ellos.

—Mantengan su posición —responde Julian—. Dejen que se acerque. No intervengan a menos que intente hacerle daño.

Le costó decir esa última parte.

Entonces Damien camina hacia mí, y mi auricular se corta.

Hay un equipo de vampiros vigilándome, pero me siento totalmente sola.

Mi corazón late con fuerza. Mis manos quieren temblar. Cada instinto me grita que corra, que pida ayuda, que haga cualquier cosa menos sentarme aquí y esperar a que ese monstruo llegue a mí.

Pero no corro.

Dejo mi copa de champaña. Me quito las gafas de sol. Me encuentro con sus ojos mientras se acerca.

Si voy a enfrentar esto, lo haré de frente.

Damien se sienta en la silla puff junto a la mía, con total naturalidad. Como si fuéramos viejos amigos poniéndonos al día. Como si no estuviera amenazando a Julian con herirme.

—Deberíamos hablar —dice—. Sobre Julian. El verdadero Julian.

—No sé a qué se refiere.

—Por favor. —Su sonrisa tiene un filo cortante—. Olvida el fingimiento. Sé que te dijo lo que es. La pregunta es si te lo ha contado todo.

Mantengo mi voz firme. Apenas—. ¿Qué quiere?

—Contarte una historia. —Coloca su bebida en la mesa junto a él —. Sobre una mujer llamada Katya.

La mujer que Damien amó. La mujer cuya muerte inició todo esto.

—Lo escucho —digo.

Damien hace una pausa. Cuando habla, su voz ha cambiado; perdió su filo, ganando algo más crudo. Algo que casi suena como dolor.

—Katya era violinista. De la Filarmónica de Vienna. Una hazaña asombrosa para una mujer en esa época —Él se queda mirando su bebida intacta—. Era feroz, brillante y no le temía a nada. Cuando le dije lo que era, no huyó. Se rio y dijo que siempre había sabido que había algo diferente en mí.

—Parece una mujer extraordinaria.

Su rostro se suaviza. —Lo era. Tuve veintiséis años con ella. Después de siglos de la nada, después de creer que pasaría la eternidad solo, finalmente tuve algo por lo que valía la pena existir.

A pesar de todo lo que sé sobre este hombre, a pesar de lo que ha hecho y de lo que planea hacer, siento que algo cambia en mi pecho. Compasión. Comprensión.

Veintiséis años de amor, arrebatados en una sola noche.

—¿Qué pasó? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Cazadores. —La palabra sale plana, dura—. Un ataque coordinado en Vienna. 1878. Vinieron por todos nosotros: Julian, Margaret, Katya y yo. Pero fueron astutos. Nos separaron. Se aseguraron de que no pudiéramos ayudarnos unos a otros.

Se gira para mirarme. Sus ojos se ven antiguos. Huecos.

—Margaret estaba atrapada en su departamento. Cuatro cazadores con plata y dagas benditas. Katya estaba en la sala de conciertos cuando empezó el incendio. Y Julian... —Su voz se quiebra—. Julian tuvo que elegir a quién salvar.

—Y eligió a Margaret.

—Es posible que haya matado al cazador y salvado a la mujer que amaba —Damien respira hondo, aunque sé que no lo necesita. Quizás es por el efecto dramático o por el dolor que siente; no estoy segura—. Pero para cuando llegó a la sala de conciertos, Katya era cenizas.

La fiesta en la piscina continúa a nuestro alrededor. Risas. Chapoteos. El tintineo de las copas. Todo se siente repentinamente muy lejano.

—Lo siento —digo. Y lo digo en serio. Aun sabiendo lo que es, aun sabiendo lo que quiere hacerme... lo digo en serio—. No me imagino lo que es perder a alguien así.

—No quiero su compasión. —Su expresión se endurece—. Quiero que entienda lo que se viene.

¿Y qué es lo que viene?

—Mañana. En la recepción —Se inclina más cerca—. Voy a revelar lo que Julian es. No al mundo, eso haría que el Consejo cayera sobre todos nosotros. Sino a su familia. A su madre, a su hermana, a todos

los que le importan. Sabrán exactamente con qué tipo de monstruo ha estado compartiendo la cama.

Mis manos se cierran alrededor del borde del camastro.

—Y Julian tendrá que mirar —continúa Damien—. Tendrá que ver el horror en sus rostros. Verla a usted intentar explicar cómo pudo amar a un monstruo como él.

—Quiere que sufra.

—Quiero que sienta lo que yo sentí —Frunce el ceño mientras aprieta la mandíbula—. Que sienta la pérdida y el dolor de perder a alguien que ama por culpa del monstruo que es.

Pienso en el rostro de Julian cuando me lo contó todo. El miedo en sus ojos. La certeza de que yo huiría.

Pienso en que no lo hice.

—Aquí está el problema con su lógica: yo ya sé lo que es, y me quedé —Mantengo la voz firme. Me obligo a sostenerle la mirada—. ¿Por qué cree que soy una víctima ingenua a la que necesita rescatar? Al igual que Katya, estoy enamorada de él, con vampiro y todo.

Silencio.

A nuestro alrededor, la fiesta en la piscina continúa. Madison-o-Morgan chilla cuando alguien la salpica. Un mesero pasa con una bandeja de bebidas. El sol cae sobre el paraíso mientras un monstruo procesa el hecho de que su gran plan acaba de chocar contra un muro.

—Y todavía estás aquí —dice. No es una pregunta.

—Todavía estoy aquí.

Damien me estudia con una expresión que no puedo descifrar. Calculando. Reevaluando. Tratando de encajar esta nueva pieza en cualquier rompecabezas que haya estado construyendo durante ciento cuarenta y seis años.

—Interesante —dice—. La mayoría de los humanos huyen cuando descubren la verdad. O se quiebran. O se obsesionan con la inmortalidad. Tú no eres ninguna de esas cosas.

—Hice una hoja de cálculo.

Él parpadea. —¿Una qué?

—Una hoja de cálculo. Pros y contras de salir con un vampiro. Me ayudó a organizar mis pensamientos —Me encojo de hombros—. Los mecanismos de defensa varían.

Por un momento —solo por un momento— algo parecido a la sorpresa cruza su rostro. Luego, su expresión vuelve a endurecerse.

—No importa —dice—. Tú lo sabes, pero ellos no. Tu madre, tu hermana, tu exnovio y su molesta novia amante de los cuarzos...

—¿A que sí? —lo interrumpo, aunque sé que me está amenazando.

Él no responde. Simplemente continúa con su diatriba. —Mañana, te verán defender a un monstruo y se preguntarán en qué clase de mujer te has convertido.

—Entonces me mantendré a su lado —Me inclino hacia adelante—. Me verán elegirlo. Elegirlo sabiéndolo todo. Y lo que sea que piensen de mí después de eso... es problema de ellos, no mío.

—Pensarán que estás loca.

—Tal vez. Pero no pensarán que Julian me engañó. No pensarán que es un depredador que sedujo a una mujer inocente —Sostengo su mirada—. Verán una elección. Mi elección. Y no va a arrebatarme eso.

Algo cambia en la expresión de Damien. Su confianza flaquea. Solo por un segundo. Lo suficiente para que yo vea que lo he sorprendido.

Bien. Estoy harta de que me subestimen.

—Realmente lo amas —dice.

—Sí.

—Incluso sabiendo lo que es. Lo que ha hecho. De lo que es capaz.

—Sí.

—Incluso sabiendo que dejó morir a Katya.

Esta es la parte difícil. La parte a la que le he estado dando vueltas en mi mente desde que Julian me dijo la verdad.

—Tomó una decisión imposible —digo lentamente—. Tuvo segundos para salvar a dos personas amadas que estaban en peligro. Corrió hacia Margaret porque ella era la suya. Usted hubiera hecho lo mismo. Eso no es maldad. Es naturaleza humana.

—Él no es humano.

—No. Pero ambos todavía tienen su humanidad dentro —Tomo aire—. No puedo odiarlo por amar a alguien lo suficiente como para salvarla. Incluso si salvarla significaba perder a alguien más. Incluso si perder a alguien más significaba perderte a ti.

Las manos de Damien se cierran. —No entiendes...

—Entiendo que perdió a alguien a quien amaba. Entiendo que esa clase de duelo puede comerlo vivo —Pienso en Preston. En los meses que pasé ahogándome en dolor e ira—. Pero Julian no mató a Katya. Los cazadores lo hicieron. Julian simplemente no pudo salvarla a tiempo. Y castigarlo durante ciento cuarenta y seis años no la traerá de vuelta.

—¿Crees que no lo sé? —Su voz se quiebra—. ¿Crees que no he pasado cada noche de mi existencia sabiendo que nada de lo que haga cambiará lo que pasó?

—¿Entonces por qué sigues haciéndolo?

No responde. No puede responder. La pregunta queda suspendida entre nosotros como algo frágil.

—Las mujeres a las que Julian amó —digo en voz baja—. Margaret. Corinne. Anya. Tú las mataste. O las empujaste a la muerte. Pasaste más de un siglo destruyendo a todos los que lo hacían feliz.

—Él eligió...

—Él eligió salvar a la mujer que amaba. Eso fue todo lo que hizo. Todo lo demás —la venganza, el asesinato, las décadas de persecución— fue su elección —Sostengo su mirada—. Podría haber llorado a Katya y seguido adelante. En cambio, se convirtió en un monstruo sediento de venganza. Eso no es culpa de Julian. Es suya.

Algo se mueve tras los ojos de Damien. Algo viejo, herido y furioso.

—Vas a arrepentirte de esto —dice.

—Tal vez. Pero me arrepentiría más de huir.

—La perderá eventualmente. Siempre se van. Siempre mueren.

—Entonces seré un nombre más en la lista. Pero al menos habré vivido mi vida con él primero —Yergo los hombros—. Al menos habré elegido el amor en lugar del miedo.

Silencio... bueno, excepto por la fiesta en la piscina.

Madison-o-Morgan está haciendo un clavado de bomba mientras las otras damas de honor chillan.

Damien se pone de pie. Se alisa la camisa. Cuando vuelve a mirarme, su expresión es indescifrable.

—Mañana —dice—. En la recepción. Veremos qué tan valiente eres en realidad.

Se aleja sin esperar respuesta, desapareciendo en el complejo como si nunca hubiera estado allí.

Me quedo muy quieta.

Me tiemblan las manos. Mi corazón late con fuerza. El champán en mi estómago amenaza con volver a aparecer.

Pero no corrí.

Elena aparece a mi lado en segundos, con Sofia medio paso atrás. Se mueven como sombras; en un momento no están, y al siguiente se materializan.

—Deberíamos haberlo matado —dice Sofia.

—Órdenes de Julian —responde Elena.

—Las órdenes de Julian van a hacer que maten a alguien.

—Hoy no —Las miro—. Hoy yo me encargué.

Intercambian una mirada. Alguna comunicación silenciosa de la que no soy parte.

—Lo hiciste bien —dice Elena finalmente—. Mejor que la mayoría.

—Mejor que cualquiera que yo haya visto —añade Sofia. Viniendo de ella, casi suena como un cumplido—. No flaqueaste. No suplicaste. Mantuviste tu posición frente a una criatura que ha estado aterrorizando a los humanos durante siglos.

—Estaba aterrada —admito—. Solo que no dejé que él lo viera.

—Eso es la valentía —La mano de Elena se posa brevemente en mi hombro, un gesto que se siente casi maternal—. No la ausencia de miedo. La negativa a dejar que el miedo gane.

—O tal vez locura —me río—. Acabo de decirle a un vampiro que es más de cien años mayor que yo que su búsqueda de venganza es su propia culpa. En la despedida de soltera de mi hermana. Mientras ella y sus amigas hacen clavados a seis metros de distancia.

—Bienvenida al circo inmortal —dice Elena—. El drama es eterno, pero el servicio junto a la piscina es excelente.

Me río. El absurdo de todo cayendo sobre mí como una ola.

—Tengo que enviarle un mensaje a Julian —logro decir—. Probablemente se esté volviendo loco allá arriba. Mi auricular se cortó justo antes de que Damien llegara a mí.

—Ha estado escuchando y mirando todo el tiempo —confirma Sofia—. Cortaron tu auricular porque los vampiros tienen un oído excelente.

Saco mi teléfono.

—Puedes decir su nombre y hablar —Elena se señala la oreja.

—Lo sé, pero me gustaría que esto fuera solo entre nosotros.

—Entendido.

Mirando mi teléfono, escribo con dedos temblorosos.

YO: Tenemos que hablar. Estoy bien, pero tenemos que hablar.

Su respuesta llega de inmediato.

JULIAN: Lo sé. Vi y escuché todo.

JULIAN: Lo que le dijiste. Sobre la elección. Sobre el amor en lugar del miedo.

JULIAN: No sé qué hice para merecerte.

Me quedo mirando el mensaje. Siento que los ojos me arden.

YO: Tú me viste. A la verdadera yo. No mucha gente hace eso

YO: Eso fue lo que hiciste

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

JULIAN: Te amo

JULIAN: Sé que no nos conocemos hace mucho. Pero te amo con cada fibra de mi cuerpo.

Me limpio los ojos. Escribo de vuelta.

YO: Yo también te amo

YO: Ahora deja de ser romántico y déjame terminar esta fiesta en la piscina. Tengo una reputación de dama de honor que mantener.

JULIAN: Sí, señora.

JULIAN: Te veo pronto.

YO: Cuento con ello.

Dejo el teléfono y respiro hondo antes de ponerme de pie sobre unas piernas que solo están ligeramente inestables.

—Vuelvo a la fiesta —les digo a Elena y Sofia—. Voy a beber champán, chismosear sobre chicos y fingir que mi vida es normal por las próximas horas. Después de eso, me preocuparé por mañana.

—Estaremos vigilando —dice Elena.

—Lo sé —Hago una pausa—. Gracias. Por estar aquí. Por ayudar.

—Danos las gracias después de que Damien sea ceniza —dice Sofia. Pero su voz es más suave que antes.

Camino de regreso hacia las damas de honor. Me deslizo en mi camastro. Acepto la copa de champán fresco que alguien pone en mi mano.

—¿Todo bien? —pregunta Violet—. Estuviste hablando con ese tipo un buen rato.

—Un viejo conocido de Julian —digo—. Nada importante.

No parece convencida, pero lo deja pasar, volviendo a su conversación sobre destinos de luna de miel y la vida de casada; todas las cosas normales por las que la gente normal se preocupa.

La observo. Veo a mi futuro cuñado acercarse con una bandeja de bocadillos y besarla como si fueran las únicas dos personas en el mundo.

Así es como se supone que debe ser el amor. Fácil. Simple. Humano.

Mi historia de amor no es nada de eso.

Pero soy feliz eligiendo la mía. Con cada una de sus piezas complicadas, aterradoras e imposibles.

CAPÍTULO 24

JULIAN

Ella no huyó.

Sigo aferrado a la barandilla del balcón, observando cómo Poppy se acomoda de nuevo en su camastro como si no acabara de enfrentarse a un depredador centenario. Como si no acabara de decirle a mi enemigo más antiguo que su venganza era su propia elección. Como si no acabara de elegirme a mí —sabiéndolo todo, sin temer a nada—.

Las damas de honor se amontonan a su alrededor. Alguien le pasa una copa de champán recién servida. Violet dice algo que la hace reír —ese sonido brillante y sorprendido que he aprendido a atesorar —.

Se está riendo. Después de todo lo que acaba de pasar, se está riendo.

He visto imperios desmoronarse. He visto revoluciones alzarse y caer. He permanecido sobre las cenizas de todo lo que creía conocer y he reconstruido desde la nada.

Nada de eso me preparó para esta mujer.

—Vas a agrietar la piedra si sigues apretándola así —observa Nathaniel detrás de mí.

Miro hacia abajo. Tiene razón; unas fracturas finas como hilos de araña se extienden bajo mis dedos. Suelto la barandilla y doy un paso atrás.

—Ella se encargó —digo. Las palabras se sienten insuficientes—. Hizo mucho más que encargarse.

—Lo evisceró. —Nathaniel está de pie junto a mí—. Le dijo que su venganza no tenía ningún sentido. Que su furia por la muerte de Katya era su propia culpa. En una fiesta en la piscina. En traje de baño. Sacude la cabeza, con algo parecido a la admiración en su voz. ¿De dónde sacaste a esta mujer?

—De una aplicación de citas.

—Estás bromeando.

—No, no bromeo.

Él se ríe. —El universo sí tiene sentido del humor después de todo.

—Marcus. —Me comunico con él directamente—. ¿Están Lucas o Bastine contigo?

—Lucas sí. Bastine está apostado fuera de la habitación de Damien.

—¿Sabe Bastine si Damien está en su habitación?

—Debería estarlo. Hice que tanto Lucas como Bastine lo escoltaran hasta allí.

—Entendido. Haz que Lucas te reemplace. Me gustaría coordinar con el grupo mientras Poppy está en la piscina.

—Estaré allí de inmediato.

—Tenemos que planear lo de mañana —le digo a Nathaniel.

—La recepción.

—Si tenemos suerte, no llegará a eso. Pero debemos estar listos.

Antes de entrar, veo a Poppy gesticulando animadamente sobre algo, su mano libre cortando el aire. Está contando una historia. Las damas de honor se inclinan hacia ella, cautivadas.

Atrae a la gente. Es su don: conectar de forma auténtica. Incluso ahora, rodeada de mujeres a las que apenas conoce, las hace sentir valoradas.

Entiendo el impulso. Ella también me hace sentir valorado a mí.

—Todos —activo el canal de grupo—. Marcus va camino a la suite. Nos reuniremos para discutir lo de mañana. Elena, Sofía: mantengan

sus posiciones en la piscina.

—Entendido —la voz de Elena suena nítida y clara—. La chica está a salvo. Actualmente entretiene a las damas de honor con una historia sobre un intento de cocina desastroso.

—Una vez le prendió fuego a la pasta —digo—. Está muy orgullosa de eso.

—Debería estarlo. Se necesita talento para quemar algo sumergido en agua.

—Vaya que sí —casi sonrío—. A pesar de todo.

La voz de Sofía interviene, más fría: ¿Regresó Damien a su habitación?

—Sí. Marcus lo confirmó. No se está moviendo.

—Por ahora —asiente ella—. Pero está planeando algo. Un hombre no pasa ciento cuarenta y seis años buscando venganza para rendirse después de una sola conversación.

—No. No lo hace. —Observo a Poppy reírse de algo que dice una de las chicas—. Manténganse alerta. Los pondré al tanto en cuanto tengamos un plan.

El canal se cierra.

Marcus llega a los pocos minutos, maletín en mano. Se instala en el escritorio, sacando tabletas, pantallas y un centro de comunicación secundario.

—He estado monitoreando los movimientos de Damien desde que regresó a su habitación —dice sin preámbulos—. Sin llamadas. Sin visitas. O está durmiendo o está planeando.

—Los vampiros no duermen —señala Nathaniel.

—Entonces está planeando. —Marcus muestra el plano del complejo en su tableta y lo proyecta en el televisor de la suite—. La recepción de mañana—.

—Espera un momento —lo interrumpo—. Voy a incluir a Elena y a Sofia en esta discusión. Todos. —Activo el canal de grupo de nuevo —. Marcus nos explicará lo de mañana.

—Escuchamos —responde Elena.

—La recepción de mañana —continúa Marcus—. Salón principal. Capacidad para trescientas personas, aunque la lista de invitados es de cerca de cincuenta.

—¿Salidas? —pregunto.

—Tres. Entrada principal aquí, pasillo de servicio aquí, salida de emergencia por acá. —Resalta cada punto—. Lucas se encargará de la entrada principal. Bastine cubrirá el pasillo de servicio. Uno de nuestros hombres en la seguridad del complejo estará en la salida de emergencia. Yo estaré en el centro de seguridad con ojos en todas las transmisiones.

—¿Y Elena, Sofía y Nathaniel?

—Móviles. Circularán por la recepción, listos para converger en cualquier posición en segundos. —Marcus levanta la vista—. La pregunta es dónde estarás tú.

—Con Poppy.

—Eso limita tus opciones tácticas.

—No me importan las opciones tácticas. Me importa mantenerla viva.

Nathaniel se remueve en su asiento. —¿La posición del Consejo?

—Sin cambios. —Marcus muestra un mensaje en su tableta—. LaChance fue explícito. Cualquier movimiento contra Damien sin una provocación clara será visto como una agresión. Si golpeamos primero, perdemos su protección.

—Entonces dejamos que él venga a nosotros —digo—. Forzamos su mano. Que él sea el agresor.

—¿Y si no ataca? —pregunta Nathaniel—. ¿Y si solo... habla? ¿Si revela lo que eres sin tocar a nadie?

—Entonces yo lidiaré con las consecuencias.

—¿Estás dispuesto a quedar expuesto? ¿Después de dos siglos de ocultarte?

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para mantenerla a salvo.

Las palabras se asientan en la habitación. Marcus y Nathaniel intercambian una mirada.

Sofía rompe el silencio. —Cuéntale al Consejo sus planes. Envíales el audio de él hablando con Poppy. Veamos si nos dan autoridad después de que escuchen que planea exponer a nuestra especie.

Asiento hacia Marcus. —Hazlo. ¿Podemos traer a Nepenthe a tiempo?

—¿Quieres que una bruja ayude? —Elena suena ofendida por mi sugerencia.

—Sí —recalco—. ¿Porque ella podría ser capaz de borrar la memoria de la multitud?

—Por favor, dime que no le diremos esa parte al Consejo —dice Sofía—. Vine aquí para acabar con él, y no quiero que el Consejo intervenga.

—No, no le diremos esa parte al Consejo.

Tomo aire. Organizo mis pensamientos.

—Bien, esto es lo que sabemos. Damien le dijo a Poppy que planea revelar lo que soy en la recepción. Hacer que su familia la vea defender a un monstruo. Forzarme a elegir entre la exposición o protegerlos marchándome.

—Excepto que ella ya lo sabe —dice Sofía—. Su ventaja desapareció.

—Contra ella, sí. Pero su familia no lo sabe. Su madre, su hermana, todos los que ama; ellos siguen siendo objetivos potenciales para daño psicológico, si no es que físico.

—Así que nos posicionaremos para responder en el momento en que él escale —dice Elena—. Contención estándar.

—Sí. Pero hay algo más. —Hago una pausa. Me obligo a decir las palabras que he estado evitando—. El objetivo final de Damien no es la exposición. Nunca lo ha sido.

Silencio en el canal.

—¿A qué te refieres? —pregunta Nathaniel.

—A su patrón. Margaret. Corinne. Anya. —Cada nombre es un peso que he cargado por décadas—. Admitió ser responsable de todas sus muertes. No solo quiere que yo sufra. Quiere que pierda. Por completo. Permanentemente.

—La quiere muerta —dice Sofía, tajante.

—Creo que esta vez quiere que yo la vea morir. Eso es diferente. —Cierro los ojos—. La exposición es solo el primer movimiento. Crear el caos. Aislarme de cualquiera que pueda ayudar. Y luego...

—Luego termina lo que empezó en Viena —termina Elena.

—Sí.

El canal se queda en silencio.

—Él es paciente —dice Marcus—. Metódico. No apresurará esto. Ha tenido más de un siglo para planearlo, y querrá que sea perfecto.

—Lo que significa que la recepción es solo el comienzo —añade Nathaniel—. No el final.

—A menos que nosotros le pongamos fin primero —la voz de Sofía tiene un filo cortante—. Forzarlo a escalar más allá de lo que el Consejo pueda ignorar.

—¿Cómo? —pregunto.

—Provócalo. Haz que pierda el control. Un hombre que cultiva tanta rabia durante tanto tiempo... tiene que tener un punto de quiebre.

—¿Y arriesgarnos a que lastime a alguien en el proceso? ¿A que lastime a Poppy?

—Hay riesgos de cualquier manera —el tono de Sofía es directo—. La pregunta es con qué riesgo puedes vivir.

Tiene razón. Odio que tenga razón.

—¿Lo sabe Poppy? Si no, necesita ser informada. —La voz de Elena se suaviza—. Todo. Su patrón. El peligro. Lo que les hizo a las otras.

—Lo sé.

—Debo estar de acuerdo —declara Sofía sin emoción—. La pregunta más importante es: ¿entiende ella realmente lo que significa caminar a tu lado?

La pregunta cala hondo.

Pienso en Margaret; cómo le dije la verdad y vi cómo se quebraba. Cómo pasó sus últimos años en un manicomio, aterrorizada de las sombras, sin saber nunca que el fuego que la mató fue provocado por alguien que yo creé.

Pienso en Corinne; cómo me vio alimentándome y caminó hacia el río. Cómo pasé décadas creyendo que mi monstruosidad la impulsó a ello, sin saber nunca que Damien le había susurrado veneno al oído primero.

Pienso en Anya; cómo me amó a pesar de todo, sabiéndolo todo, eligiéndome a pesar de la oscuridad. Cómo Damien dispuso su cuerpo sobre mi cama como un regalo.

Tres mujeres. Tres muertes. Todas ellas conectadas a mí.

Y ahora Poppy.

—Sabe que soy peligroso —digo lentamente—. Sabe lo que soy. Pero no conoce el alcance total de lo que amarme les ha costado a otras.

—Entonces dile —dice Elena—. Antes de mañana. Merece elegir con toda la información.

—¿Y si elige irse?

—Entonces se irá con vida. —La voz de Elena es suave pero firme —. Mejor eso que quedarse por ignorancia y morir por ello.

No respondo. No puedo responder. El pensamiento de Poppy alejándose —de verla elegir la seguridad por encima de mí— duele de una manera que nunca antes había sentido.

Pero Elena tiene razón. Todos la tienen.

Poppy tomó su decisión hoy, enfrentándose a Damien en la piscina. Pero la tomó sin saber de Margaret. Sin saber de Corinne. Sin saber de Anya.

Eligió el amor sobre el miedo. Pero no sabía el costo real de amarme.

—Se lo diré —digo finalmente—. Esta noche. Todo.

—Bien —la voz de Sofía transmite algo parecido a la aprobación—. Se ha ganado al menos eso.

—¿Qué hay del plan táctico? —redirige Marcus—. Suponiendo que se quede —suponiendo que todos sigamos adelante mañana—, ¿cuál es el posicionamiento?

Pasamos la siguiente hora analizando posibles escenarios. Elena y Sofía contribuyen a través de los comunicadores mientras mantienen su vigilancia sobre Poppy en la alberca. Discutimos ángulos de visión, tiempos de respuesta, planes de contingencia y rutas de extracción.

—La cena de ensayo es esta noche —señala Marcus—. Un lugar más pequeño. Más fácil de controlar.

—¿Asistirá Damien? —pregunta Elena.

—Lo ignoramos. Pero debemos asumir que es posible.

Intervengo. —Entonces nos mantenemos alerta. Esta noche es de reconocimiento. Mañana es el evento principal. Nadie ataca a menos que sea absolutamente necesario.

Asentimientos en toda la habitación.

—Entendido —responden Sofía y Elena.

El canal se cierra. Nathaniel se retira para revisar su equipo. Marcus recoge sus pantallas.

—Se está yendo de la alberca —dice Marcus, consultando su tableta una última vez—. Elena y Sofia la escoltan de vuelta.

—Gracias. Por todo esto.

—No me des las gracias todavía —hace una pausa en la puerta—. Agradéceme cuando esto termine y ella siga viva.

Se marcha. Salgo poco después, dirigiéndome de regreso a nuestra suite.

Me quedo junto a la ventana, rodeado por el silencio de la espera, y aguardo el regreso de la mujer que amo.

Para poder decirle por qué amarme podría matarla.

Poppy llega veinte minutos después, bronceada por el sol y ligeramente alegre, dejando tras de sí el aroma del bloqueador de coco y el champán.

—Sobreviví —anuncia, dejando su bolsa de playa junto a la puerta —. La fiesta en la alberca, las damas de honor, el enfrentamiento con el vampiro. Todo en una tarde. Merezco una medalla.

—Mereces más que una medalla.

Se acerca a mí. Desliza sus brazos alrededor de mi cintura. Presiona su mejilla contra mi pecho, contra el pulso lento donde el corazón de un humano latiría con fuerza.

—Estoy bien —dice—. De verdad. Un poco temblorosa por dentro, pero bien.

—Estuviste extraordinaria.

—Estaba aterrorizada —se aparta para mirarme—. Pero no dejé que él lo viera. Eso cuenta para algo, ¿verdad?

—Eso lo cuenta todo.

Ella estudia mi rostro. Observo cómo cambia su expresión al leer algo allí; alguna sombra que no pude ocultar del todo.

—¿Qué pasó mientras no estaba? —pregunta—. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La que dice que has estado planeando algo y no estás seguro de cómo decírmelo.

Es muy perceptiva. Demasiado perceptiva.

—Hicimos planes para mañana —digo con cautela—. Marcus se coordinó con Elena y Sofia por radio mientras ellas te vigilaban. Posicionamiento para la recepción. Contingencias.

—¿Y?

—Y hay algo más. Algo que necesito decirte.

Se queda quieta, luego sonríe. —¿Embarazaste a alguien, verdad?

Suelto una risita. —No... Al menos, no que yo sepa.

Aunque ambos sabemos que se está tomando las cosas en serio, intenta hacerme saber que está lista para lo que sea que esté a punto de soltarle.

—Bueno, entonces estoy segura de que es algo que podemos superar.

—¿Pero los hijos habrían sido el motivo para terminar?

—Posiblemente... Supongo que nunca lo sabremos. Ahora dime qué es lo que molesta a ese cerebro de anciano tuyo.

—¡Oye!

—¿Acaso miento?

—Técnicamente, no.

—El motivo número dos para terminar ya quedó descartado.

—¿Cuál es ese?

—Que siempre tengo la razón.

No puedo evitar sonreír.

—Entendido.

—Bien —dice mientras me guía hacia el sofá.

Nos sentamos frente a frente. Intento encontrar las palabras.

—Suéltalo ya —toma mis manos; su calidez me reconforta—. Entiendo que tienes todo el tiempo del mundo, pero tenemos un ensayo al que asistir.

—De acuerdo. Hoy, cuando te enfrentaste a Damien, tomaste una decisión. Elegiste quedarte. Me elegiste a mí, sabiendo lo que soy —busco sus ojos—. Pero tomaste esa decisión sin saberlo todo.

—¿Qué es lo que no sé?

—El alcance total de lo que amarme les ha costado a otras.

Ella espera. Paciente. Confiada.

Tomo un aire que no necesito.

—Margaret —comienzo—. Fue la primera mujer que amé después de mi transformación. Viena, 1878. Le dije la verdad, lo que era, lo que necesitaba para sobrevivir, y la vi desmoronarse.

—¿Desmoronarse cómo?

—Su familia la internó en un manicomio. Pasó sus últimos años aterrorizada de las sombras, convencida de que los monstruos acechaban en cada esquina —mi voz se vuelve ronca—. Creí que mi confesión la mató. Creí que saber lo que yo era destrozó su mente sin remedio.

—¿Creíste?

—Damien me dijo la verdad hoy —cierro los ojos—. El incendio del manicomio que mató a Margaret no fue un accidente. Damien lo provocó. La rastreó y la quemó viva. Todo porque elegí salvarla a ella en lugar de a Katya.

Las manos de Poppy se aprietan sobre las mías.

—Creí que la había matado al decirle la verdad, lo cual, técnicamente hice. Ella no habría estado allí si no fuera porque yo soy el monstruo que soy. Pasé décadas convencido de que amarme la había matado. Pero no fue el hecho de estar encerrada. Fue Damien. Esperó. Planeó. Y luego me la arrebató.

—Julian...

—Hay más —me obligo a continuar—. Corinne. Praga, 1931. Me vio alimentándome una noche. Caminó hacia el río a la mañana siguiente.

—Oh, Julian, lamento que hayas tenido que pasar por eso.

—Encontré su cuerpo río abajo. Creí que no podía vivir con el conocimiento de lo que yo era. Que ver al monstruo había sido demasiado. Que la había matado simplemente por existir.

—Pero fue Damien.

—Él la encontró primero. Le susurró al oído. Le contó todo: lo que yo era, lo que había hecho, lo que le pasó a Margaret. Para cuando caminó hacia el río, no solo huía de un monstruo que había presenciado. Huía de una historia que Damien había elaborado específicamente para destruirla.

Las lágrimas corren por el rostro de Poppy. No se las limpia.

—Él la llevó al suicidio —susurra ella.

—Sí.

—Y te culpaste todos estos años.

—Sí.

Tomo otra bocanada de aire innecesaria.

—Y luego estuvo Anya. Praga de nuevo, 1974. Ella supo desde el principio lo que yo era. Me eligió de todos modos. Pensé... —se me quiebra la voz— que tal vez podría ser diferente. Que si alguien me amaba sabiendo la verdad, el patrón podría romperse.

—¿Qué pasó?

—Llegué a casa una tarde y encontré su cuerpo dispuesto sobre mi cama. Una nota prendida a su vestido —las palabras me saben a ceniza—. —El afecto es una carga. Te estoy ayudando a recordar—.

Poppy emite un sonido; dolor, horror y rabia, todo enredado.

—Esa fue la primera vez que supe de su participación. El siglo entero de venganza que nunca conocí. Margaret. Corinne. Todos los años creyendo que estaba maldito, cuando en realidad estaba siendo cazado —la miro a los ojos—. Tres mujeres, Poppy. Tres mujeres que me amaron. Todas muertas por culpa de ese amor.

—Por culpa de Damien —corrige ella con fiereza—. No por tu culpa. Por culpa de él.

—La distinción no les importa a ellas. Ya no están aquí.

—La distinción me importa a mí —aprieta mis manos con más fuerza—. Tú no las mataste, Julian. Él lo hizo. Tú las amaste, y él las destruyó. No es lo mismo.

—Pero el patrón...

—La elección de Damien. Su obsesión. Su crueldad —su voz vibra con intensidad—. Tú no lo convertiste en esto. Los cazadores mataron a Katya. El dolor lo retorció. Pero cada muerte después de eso, cada mujer, cada década de acecho y asesinato... esa fue su elección. No la tuya.

—Yo lo creé. Yo lo transformé. Si no lo hubiera hecho...

—Si no lo hubieras hecho, habría muerto. ¿Habría sido eso mejor? ¿Que un buen hombre muriera joven en lugar de que un monstruo

viviera para siempre? —niega con la cabeza—. Tú le diste un regalo. Él lo convirtió en un arma. Eso recae sobre él.

Me quedo mirándola. Al fuego en sus ojos, a la certeza en su voz.

—No tienes miedo —digo.

—Estoy aterrorizada. Pero no de ti —me acaricia el rostro—. Tengo terror de perderte. Tengo terror de lo que el mañana pueda traer. Pero no tengo miedo de amarte, Julian. Ni siquiera sabiendo todo esto.

—Deberías tenerlo.

—Probablemente. Pero no lo tengo —mantiene mi mirada—. Le dije a Damien que elegía el amor sobre el miedo. Lo dije en serio. Sigo manteniéndolo.

—¿Incluso sabiendo lo que les pasó a las demás?

—Incluso sabiendo todo eso —acaricia lentamente mi mejilla—. No soy Margaret. No soy Corinne. No soy Anya. Sé qué es lo que me acecha. Sé quién está a mi lado. Y elijo quedarme de todos modos.

—Poppy...

—Has pasado todos estos años creyendo que estabas maldito. Creyendo que amarte era una sentencia de muerte —su voz se suaviza—. Pero no estabas maldito, Julian. Estabas siendo cazado por alguien que no podía soltar su dolor. Eso es diferente. Y mañana, vamos a terminar con esto.

—Podríamos no ganar.

—Entonces perderemos juntos —se inclina hacia adelante y presiona su frente contra la mía—. Pero al menos lo habremos enfrentado juntos. Eso es más de lo que las otras tuvieron. Eso es más de lo que él esperará.

La atraigo hacia mí. La abrazo como si fuera lo único real en un mundo lleno de sombras. Sus latidos golpean contra mi pecho; constantes, fuertes, vivos.

—Te amo —susurro.

—Yo también te amo —se aparta un poco, limpiándose los ojos—. Ahora, necesito llamar a Sage para ayudarla a calmarse. Y tenemos la cena de ensayo esta noche, lo que significa que necesito verme como si no hubiera estado llorando por un trauma de hace siglos.

—Te ves hermosa.

—Parezco un desastre —pero sonríe a través de las lágrimas—. Dame una hora. Ducha, maquillaje, recuperación emocional. Luego iremos a fingir que todo es normal para mi familia.

—Una hora.

—Tal vez noventa minutos. Tengo muchos sentimientos que procesar.

Se levanta. Se detiene. Me mira.

—¿Julian?

—¿Sí?

—Gracias. Por confiarme todo esto —mantiene mi mirada—. Sé que no fue fácil.

—Merecías saberlo.

—Así es. Y ahora lo sé. Y sigo aquí —sonríe de forma suave, segura e increíblemente valiente—. Sigo eligiéndote, aunque haya algo pervertido en un hombre de 257 años saliendo con una de 28.

—Al menos no estás en la preparatoria, y yo no brillo a la luz del día.

—¡¿Has visto *Twilight*?!

—Solo por curiosidad. Tenía que hacerlo. Mis hermanos no dejaban de compararme con Edward.

—Puedo entenderlo... Puedes ser bastante melancólico a veces.

—¿En serio?

—No te preocupes, eres melancólico de una forma muy tierna —dice mientras se aleja. Luego se detiene en el umbral del dormitorio y se da la vuelta—. No sé si esto es algo bueno o malo, pero que hayas visto *Twilight* es más impactante que todo lo demás que me has contado.

Desaparece en el dormitorio. Un momento después, escucho el agua de la ducha. Luego su voz, amortiguada por la puerta, teniendo lo que suena como una animada conversación con Sage.

Me quedo en la suite y la escucho vivir.

Mañana enfrentaremos a Damien. Mañana, todo cambia.

Pero esta noche, ella lo sabe todo. Cada rincón oscuro de mi pasado, cada muerte que he cargado, cada razón por la que debería huir.

Y ella sigue aquí.

Ella sigue eligiéndome.

CAPÍTULO 25

POPPY

La ducha está caliente—quizás demasiado. Hago una mueca, luego me rindo al dolor, quedándome bajo el chorro y dejando que el agua me queme mientras mi cerebro intenta procesar la última hora.

Margaret, recluida en un manicomio, quemada viva. Corinne, entró caminando a un río. Anya, dispuesta sobre una cama como un regalo.

Y acabo de decirle que no iba a huir. ¿Fue un error? No puedo imaginarme alejándome. ¿Qué me hace eso? ¿Valiente? ¿Estúpida? ¿Enamorada? Tal vez las tres cosas.

Hago espuma con el champú, frotando como si pudiera quitarme la duda junto con el protector solar.

Sorpresa: no funcionó.

Me enjuago y tomo el jabón, y la duda sigue ahí presente.

El asunto es este: creo en el amor que Julian siente por mí con una certeza que me aterra. Es demasiado real. Algo que siempre deseé, pero que nunca tuve.

En este momento, tengo más miedo de llamar a Sage que de cualquier otra cosa. Lo último que necesito es que intente convencerme de que estoy cometiendo un error —y es lo que

seguramente hará, ya que no cree en el amor verdadero ni en las almas gemelas—.

El vapor se arremolina a mi alrededor mientras salgo de la ducha, envolviendo mi cuerpo goteante en una toalla antes de tomar la mullida bata del hotel. El brillo de la pantalla de mi teléfono llama mi atención desde debajo de su toalla protectora en el mostrador. El nombre de Sage destella en mi mente; le prometí llamarla esta noche. Si no lo hago, su imaginación volará, conjurando escenarios que, considerando las recientes revelaciones sobre el pasado de Julian, podrían no estar muy lejos de la realidad.

Apoyo el teléfono contra el espejo en un ángulo que solo muestra mi rostro. Mi dedo duda sobre la foto de contacto de Sage —donde sale riendo de algún chiste olvidado—. Toco la pantalla.

Ella responde al primer tono.

—Parece que estuviste llorando —dice Sage.

—Es el vapor.

—Poppy Rose Gable, te conozco desde hace doce años. Sé la diferencia entre «cara de vapor» y «cara de llanto». Tu nariz hace esa cosa.

Mi mano va hacia mi nariz. —¿Qué cosa?

—¡Esa cosa! ¡Lo de las manchas rojas! —se inclina más hacia su cámara—. Escupe. ¿Qué pasó?

—Julian me habló de sus ex.

Silencio. Luego: —¿Sus ex? ¿En plural?

—Tres. Fue... demasiado.

—¿Demasiado cómo? ¿En plan «tengo equipaje emocional»? ¿O «las asesiné y las enterré en mi patio trasero»?

Casi me río. Casi. —Algo intermedio, supongo. Todas están muertas, Sage.

—Muertas.

—Muertas. Y por mucho tiempo, Julian se culpó a sí mismo. Pensaba que amarlo era peligroso. Maldito, tal vez. Como si cualquiera que se le acercara estuviera condenada.

—Ay, cielo.

Tomo el teléfono y me siento en el borde de la tina con el aparato equilibrado sobre mi rodilla.

—Pero no fue él —continúo—. Hay un tipo de su pasado, alguien que culpa a Julian por algo que pasó hace años y que ha estado atacando a las personas que Julian quiere. Para herirlo.

—¿Atacando cómo?

—Sage.

—No, en serio, Poppy. ¿Atacando cómo? ¿Estás a salvo? ¿Ese tipo está en la boda?

—Está aquí —admito—. Pero Julian tiene gente. Seguridad. Lo estamos manejando.

—«Manejando» —su voz se vuelve inexpresiva—. Estás en la boda de destino de tu hermana con un multimillonario misterioso cuyas ex están todas muertas y un acosador que parece llevar años matando gente, ¿y lo estás «manejando»?

Cuando ella lo pone así, suena a una locura.

—Sí.

—Poppyyyyyyyy.

—Sé cómo suena. De verdad. Pero Sage, no estoy en peligro por Julian. Estoy en peligro por culpa de Julian. Porque alguien quiere herirlo lastimando a las personas que ama. Y ahora soy una de esas personas.

—¿Ahora? —Su voz se vuelve aguda—. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Me ama, Sage. Y yo... —Tomo aire—. Yo también lo amo. Es aterrador. Probablemente estúpido. Y definitivamente no es lo que ninguno de los dos buscaba cuando contraté a un novio falso para una boda.

Pienso en el rostro de Julian cuando me habló de las mujeres que había perdido. La forma en que se le quebró la voz al decir sus nombres. La certeza en sus ojos de que yo huiría —y el asombro cuando no lo hice—.

—¿De verdad? ¿En serio?

—Sí —digo—. De verdad lo amo.

Sage se queda callada. Observo cómo piensa, sopesando la preocupación contra la confianza, el miedo contra la amistad. Hemos estado en este baile desde el primer año de universidad, cuando ella me convenció de no salir con aquel tipo que tenía el tatuaje de

"vive, ríe, ama" y yo la convencí de no dejar los estudios para seguir a una banda de gira.

—Está bien —dice.

—¿Está bien?

—Está bien. Confío en ti. No entiendo qué está pasando, y definitivamente voy a necesitar la historia completa cuando vuelvas a casa, y me reservo el derecho de volar allá y causar una escena si dejas de responder mis mensajes. Pero está bien.

Me arde la garganta. —Gracias.

—No me agradezcas todavía. Voy a necesitar actualizaciones. Actualizaciones constantes. Y fotos. Y probablemente una explicación detallada de cómo "contraté a un novio falso" se convirtió en "estoy enamorada de un hombre misterioso cuyas ex no dejan de morir".

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo. —Hace una pausa—. Bueno, tengo una boda en San Diego este fin de semana que me está volviendo loca. Pero emocionalmente, tengo todo el tiempo del mundo.

Me río. —Debería irme. El ensayo es en una hora. Necesito lucir como si no hubiera estado llorando por traumas de hace un siglo.

—¿De hace un siglo?

Rayos. —Es una forma de decir.

—Esa no es una forma de decir, Poppy. Eso es curiosamente específico.

—Adiós, Sage.

—¡Escríbeme después del ensayo!

—Lo haré.

—¿Y Poppy?

—¿Sí?

La voz de Sage se suaviza. —Escucha, si él realmente te ve —a toda tú—, entonces tal vez las partes aterradoras sean el precio de la entrada. —Hace una pausa, soltando una media risa—. Bien, no puedo creer que esté diciendo esto. Yo, de todas las personas. —Sus ojos se encuentran con los míos a través de la pantalla—. Pero tal vez el amor no deba ser cómodo. Tal vez solo deba valer el costo.

Trago saliva con dificultad. —¿Desde cuándo eres filosófica?

—Desde que empecé a planear bodas para ganarme la vida y me di cuenta de que las parejas que duran no son las que evitan los problemas. Son las que los enfrentan juntas. —Sonríe—. Ahora ve a ponerte algo precioso y camina por un pasillo.

—Te quiero, bicho raro.

—Yo también te quiero.

Cuelgo. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo empañado.

Sage tiene razón. Las parejas que duran son las que enfrentan las cosas juntas.

Mañana, Julian y yo enfrentaremos a Damien.

Hoy, enfrentamos a mi familia.

No estoy segura de qué es más aterrador, pero supongo que lo descubriré pronto.

Arreglarme me toma más tiempo de lo que debería.

El código de vestimenta para el ensayo es "smart casual", que es la frase más inútil del idioma. ¿Elegante cómo? ¿Casual comparado con qué? Me cambio tres veces antes de decidirme por un vestido floral de verano que dice "soy una dama de honor organizada" sin gritar "estoy tratando de eclipsar a la novia".

Julian me está esperando en la sala cuando salgo. Viste pantalones oscuros y una camisa blanca impecable, con las mangas arremangadas hasta los antebrazos de esa manera que probablemente le llevó décadas perfeccionar.

Levanta la vista cuando entro. Su rostro cambia: baja la guardia, sus ojos se vuelven cálidos.

—Te ves absolutamente encantadora —dice.

—Parece que no has dormido.

—Yo no duermo.

—Cierto. Cosa de vampiros. —Cruzo hacia él. Tomo sus manos—. ¿Estás bien? ¿Después de todo lo que me contaste?

—Yo debería preguntártelo a ti.

—Yo pregunté primero.

—Yo pregunté segundo.

—Julian.

—Está bien. —Se queda en silencio un poco más de lo normal, pero me contengo de decir nada—. He cargado con esos nombres por mucho tiempo. Margaret. Corinne. Anya. Contártelo... —Hace una pausa—. Se sintió como soltar un peso del que había olvidado que estaba cargando.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy aterrado. —Sus manos aprietan las mías—. Porque lo sabes todo, y sigues aquí, y no sé cómo proteger eso sin asfixiarlo.

—No tienes que protegerme, Julian. Tienes que confiar en mí.

—Históricamente, confiar en la gente ha terminado mal para mí.

—Entonces hagamos una nueva historia.

Su boca se curva. —Haces que suene sencillo.

—No lo es. Pero tampoco lo es sobrevivir dos siglos y medio, y lograste eso. —Le aprieto las manos—. Tenemos un ensayo de boda que superar. Una cosa a la vez.

—Una cosa a la vez —repite—. Puedo trabajar con eso.

Nos dirigimos al pabellón al borde del acantilado con vista al océano. Es un lugar precioso para la ceremonia, y está decorado para realzar la belleza. Columnas blancas. Telas fluidas. El tipo de fondo que parece diseñado para fotografías de boda, lo cual probablemente fue así. El sol de la tarde lo baña todo en oro, y ya puedo imaginar lo hermosa que se verá Violet caminando por este pasillo mañana.

En este momento, sin embargo, es un caos.

La coordinadora de la boda —una mujer diminuta llamada Tammy con una carpeta y demasiada energía— está intentando arrear a quince personas para que mantengan algo parecido al orden. Las damas de honor de Violet se agrupan cerca del frente, comparando esmaltes de uñas. Los padrinos de Chris están haciendo esa cosa de pretender que son demasiado geniales para que les importe dónde se supone que deben pararse.

Y mi madre está criticando los arreglos florales.

—Las rosas son demasiado rosas —le dice a nadie en particular—. Pedí específicamente rosa pálido. Esto es coral. Hay una diferencia.

—Mamá. —Violet aparece a su lado, con una sonrisa de estrés grabada en el rostro—. Las flores están bien. Todo está bien.

—Solo digo que—

—Por favor, no lo hagas —Violet me ve y su expresión cambia a una de alivio—. ¡Poppy! Me alegra tanto que estés aquí. Ven a quedarte conmigo antes de que cometa un matricidio.

Dejo a Julian cerca de la parte trasera del lugar y me acerco a mi hermana. Me agarra del brazo como si yo fuera el último bote salvavidas del Titanic.

—¿Qué tan mal va todo? —pregunto.

—Las flores están mal, las sillas están torcidas y el oficiante tiene un resfriado. Uf, mamá tiene opiniones sobre todo. —Violet toma aire—. Así que, ya sabes. Normal.

—Estás preciosa.

—Parece que estoy a punto de vomitar.

—No son cosas excluyentes.

Se ríe —una risa real, la tensión de sus hombros disminuye—. Me alegra que estés aquí, Pops. Sé que no siempre... —Se interrumpe—. Sé que puedo ser demasiado. Lo de la hermana perfecta. Lo de la perfeccionista. Pero sigues aquí, y eso lo significa todo.

—¿Dónde más estaría?

—En cualquier otro lugar. Literalmente en cualquier otro lugar. Tienes ochocientos mil seguidores que probablemente te verían abriendo el correo.

—Sí, supongo que lo harían. Pero ya sabes, el contenido de unboxing funciona sorprendentemente bien.

—¿Ves? Tú podrías estar haciendo eso.

—Puedo hacer ambas cosas. ¿Quieres participar en la acción?

—No estoy segura de estar lista para una fot—

—Deja que tu hermanita te enseñe una o dos cosas sobre cómo tomarse una selfie —la atraigo hacia mí y levanto la cámara por encima de nosotras.

—¿No debería una selfi ser de una sola persona? De lo contrario…

La interrumpo. —Eres demasiado lista para tu propio bien. Pero como la estás tomando tú misma, el término selfi aplica. Como sea, siempre mantén la cámara en alto para conseguir ese ángulo que

oculta lo que no queremos que se vea, como la papada, y resalta nuestros mejores atributos.

Ella mira hacia abajo.

—Sí, Vi, esas nenas. Mira a la cámara en la parte superior del teléfono y sonríe.

Hacemos nuestra propia minisesión de fotos y le muestro las imágenes.

—¡Guau, Pops, se ven increíbles!

—Ahora elige tu favorita —digo mientras me desplazo por las fotos.

—¡Esa! —Señala una en la que fruncimos los labios mientras giramos la cabeza hacia la cámara, haciendo nuestra mejor imitación de *Blue Steel* de la película *Zoolander*.

Escribo un pie de foto: *¡Más vale que te cuides, Derek, que Vi y yo vamos a por ti!*

Luego le doy a «Publicar» y Violet me rodea con sus brazos.

—Gracias, Poppy, realmente necesitaba esto. —Su mirada se desvía por encima de mi hombro—. ¿Ese es Julian? ¿Ahí parado como una gárgola muy atractiva?

Me giro. Efectivamente, Julian no se ha movido de su lugar cerca de la parte trasera. Está haciendo su cosa de evaluación —comprobando que no haya amenazas y calculando rutas de ataque— todo mientras sigue los movimientos de todos.

—Está vigilando —digo.

—¿Vigilando qué? ¿La proporción entre rosas y rubores?

—Es protector. Es lo suyo.

—Es un poco intenso, ¿no? —Violet lo estudia—. Guapo, pero intenso.

No le digo que en realidad sí lo es.

Tammy da unas palmadas. —¡Muy bien, todos! Repasemos el cortejo. Damas de honor, conmigo. Padrinos, con Thomas. Y que alguien le diga a la madre de la novia, por favor, que las flores se quedan exactamente como están.

Mi madre abre la boca. El padre de Chris —un hombre jovial llamado Doug que parece perpetuamente confundido por el caos que lo rodea— le ofrece una copa de champán. Ella la acepta.

—Poppy, tú caminarás con Tyler. —Tammy consulta su tabla con sujetapapeles—. El compañero de cuarto de la universidad de Chris. Es el alto con el corte de pelo desafortunado.

Localizo a Tyler cerca de los padrinos. Saluda con la mano con torpeza. El corte de pelo es, en efecto, desafortunado.

—Entendido —digo.

—Practicaremos la entrada tres veces. Entradas musicales, espaciado, todo el asunto. Luego repasaremos los votos. —La mirada de Tammy se agudiza—. Y si alguien saca un teléfono durante mi ensayo, yo personalmente lo lanzaré al océano. ¿He sido clara?

Quince personas asienten al unísono.

—Excelente. A sus puestos, todos.

El cortejo transcurre sin problemas. En su mayoría.

Tyler me pisa el pie dos veces y se disculpa con tanta profusión que Tammy amenaza con reemplazarlo por una figura de cartón. Una de las damas de honor —Madison o Morgan, todavía no puedo distinguirlas—, tropieza con su dobladillo y casi se lleva por delante la primera fila de sillas. Y mi madre murmura comentarios en voz baja durante todo el tiempo, lo suficientemente fuerte para que todos la oigan, pero lo suficientemente bajo para que nadie pueda pedirle oficialmente que se detenga.

Pero lo logramos. Tres veces, tal como Tammy prometió. Para la última vuelta, casi parecemos personas que saben lo que están haciendo.

Julian observa desde la última fila. No se ha movido; no se ha sentado, ni se ha unido a los otros invitados que se filtraron para mirar. Solo se queda ahí parado, registrándolo todo.

Cruzo la mirada con la suya durante mi segunda caminata por el pasillo. Me dedica el más mínimo asentimiento: aliento, reafirmación, algo que se siente como orgullo.

No debería hacer que mi pulso se acelere. Estamos en un ensayo de boda, rodeados de mi familia, con un asesino vampiro acechando en algún lugar de la propiedad. No es el momento para eso.

Mi pulso se acelera de todos modos.

—¡Muy bien! —Tammy aplaude de nuevo—. Votos. Violet, Chris, al centro y al frente. Todos los demás, tomen asiento. Y que alguien le lleve más té al oficiante; se está quedando sin voz.

Violet y Chris toman sus lugares en el altar. Él le toma las manos y todo su rostro se transforma: de novio nervioso a compañero devoto. Es la mirada que siempre quise que Preston me diera. La mirada que dice que eres la elegida.

Miro a Julian. Él me está mirando a mí, no a la pareja en el altar.

El oficiante —un hombre distinguido con una voz relajante a pesar de su resfriado— los guía a través de la estructura de la ceremonia. Dónde pararse. Cuándo hablar. El momento del intercambio de anillos.

—Para los votos —dice—, ¿pueden usar el lenguaje tradicional o han escrito los suyos?

—Escribimos los nuestros. ¿Podemos dejar la lectura para mañana? —dice Violet—. Chris llora cada vez que leo los míos, y no quiero arruinar el momento haciendo que llore dos veces.

—Yo no lloro —protesta Chris—. Me pongo emocional. Hay una diferencia.

—Cariño, sollozaste cuando los practiqué en nuestra habitación del hotel.

—Eso fueron las alergias.

Todos ríen. Incluso mi madre esboza una sonrisa.

—Parece que por ahora haremos una versión abreviada —dice el oficiante.

Comienza a recitar las palabras familiares. Amor y honra. Salud y enfermedad. Todas las promesas que la gente hace cuando está al principio del para siempre, incapaz de ver lo que viene.

Pienso en Julian. En los "para siempre" que ya ha vivido. En las mujeres que le prometieron cosas y murieron antes de poder cumplirlas.

En lo que significa amar a alguien que te sobrevivirá por siglos.

—Ahora pueden practicar el beso a la novia —dice el oficiante con una pequeña sonrisa.

Chris besa a Violet. Ella se ríe contra sus labios. Todos aplauden.

Y entonces lo veo.

Damien.

Está de pie al borde del lugar, cerca de un grupo de palmeras, observando con esa sonrisa paciente que me pone la piel de gallina. Pantalones de lino, camisa blanca... la viva imagen de un huésped adinerado del complejo disfrutando del paisaje.

Excepto que sus ojos no están en el paisaje. Están en mí.

Siento que Julian se mueve antes de verlo. En un momento está al fondo del salón; al siguiente, está a mi lado, con su mano en la parte baja de mi espalda.

—Lo veo —murmura—. No reacciones.

—Es un poco difícil no reaccionar cuando el tipo que quiere matarme está observando el ensayo de boda de mi hermana.

—Él quiere que reacciones. Te quiere asustada —la voz de Julian es firme, pero aún puedo sentir la tensión—. Niégale ese placer.

Fácil para él decirlo. Ha tenido doscientos cincuenta y siete años para practicar el no reaccionar ante las amenazas. Yo he tenido menos de un día.

Pero tomo aire. Mantengo mis ojos en Violet y Chris, que ahora posan para fotos de práctica mientras Tammy ajusta su posición.

—¿Va a hacer algo? —pregunto.

—Aquí no. Ahora no —Julian coloca su mano en mi espalda—. Esto es reconocimiento. Está mapeando el terreno. Conociendo a los jugadores.

—¿Para qué?

—Mañana. La boda. La recepción. —Una pausa—. El máximo impacto.

Pienso en lo que Julian me dijo. Sobre cómo Damien no solo quiere herir, sino que quiere destruir. Publicamente. Dramáticamente.

—Va a intentar arruinar la boda de mi hermana —susurro.

—No si puedo evitarlo.

—¿Cómo?

—Todos están en sus puestos, vigilando. Marcus está a cargo de la vigilancia. Si Damien hace un movimiento, estaremos listos.

—¿Y si no lo están?

Julian no responde.

Miro de reojo hacia las palmeras. Damien se ha ido; desapareció tan silenciosamente como apareció.

—¡Poppy! —llama Violet—. ¡Ven a tomarte una foto conmigo! ¡Foto de hermanas!

Fuerzo una sonrisa. La profesional. La que dice que todo está bien.

—Ve —dice Julian—. Estaré vigilando.

—Siempre estás vigilando.

—Sí. —Sus ojos se endurecen—. Y no voy a dejar de hacerlo.

Camino hacia mi hermana. Hacia las fotos y las risas y las cosas normales que hace la gente normal en los ensayos de boda.

Y finjo —como siempre he fingido— que todo está exactamente como debería estar.

El ensayo termina con Tammy calificándonos de "adecuados", lo cual, viniendo de ella, parece un gran elogio.

La gente se dirige hacia el bar del complejo mientras espera la cena de ensayo. Violet y Chris desaparecen para lo que Chris llama un "resumen rápido" y Violet llama "esconderme de mi madre durante quince minutos".

Estoy buscando a Julian cuando Preston me encuentra.

—Poppy.

Me detengo. Me giro. Ahí está: mi exfiancé, luciendo exactamente igual que hace ocho meses cuando me dijo que había encontrado su "verdadero camino" y que ese camino, aparentemente, no me incluía a mí.

—Preston. —Mi voz es neutral. El tono que uso para tratos de marcas que no quiero hacer.

—Te ves bien —lo dice como si estuviera sorprendido, como si esperara que me desmoronara sin él.

—Gracias.

—El tipo con el que estás... ¿Julian? —Mira hacia donde Julian está parado, hablando con el padre de Chris—. Parece intenso.

—Lo es.

—¿Cuánto tiempo hace que están juntos…?

—Unos meses. —No entro en detalles. No merece que lo haga.

Preston cambia su peso de un pie a otro. Hace esa cosa de pasarse la mano por el cabello, el gesto que antes me resultaba

encantador y que ahora simplemente me parece molesto.

—Serenity y yo estamos comprometidos —dice.

—Lo oí. Felicitaciones.

—Ella… ella me entiende, ¿sabes? De una manera que… —se detiene. Tiene la decencia de parecer incómodo—. De una manera que no sabía que fuera posible.

Traducción: De una manera que tú nunca lo hiciste.

Hace seis meses, eso me habría destrozado. Habría sonreído a través del dolor, habría vuelto a mi habitación del hotel y habría llorado en la almohada mientras recorría su Glowstagram con amargura.

¿Ahora?

—Me alegro por ti —le digo. Y lo extraño es que casi lo digo en serio. No porque lo haya superado —aunque así es— sino porque finalmente entiendo lo que me faltaba; con lo que me estaba conformando.

Preston no me veía por quien era realmente.

Julian me ve por completo. El desastre y la magia y la mujer aterrorizada bajo la sonrisa de influencer.

Y aun así eligió quedarse.

—Parece diferente —dice Preston—. Más... no sé. Estable.

—Soy diferente. —Veo a Julian dirigiéndose hacia nosotros—. Resulta que estar con alguien que realmente la ve a una hace eso.

Preston se estremece.

Julian llega a mi lado. Su mano busca mi espalda baja. —Preston. Qué bueno verlo de nuevo.

Su voz es educada. Sus ojos no.

—Sí. —Preston se aclara la garganta—. Igualmente. Debería ir a buscar a Serenity. Quería hacer una meditación al atardecer antes de la cena.

—Por supuesto que sí —murmuro.

Preston se retira. Julian lo observa marcharse.

—Podrías haber sido más mala —dice él.

—Podría. Pero ¿cuál es el punto? —Me apoyo en él—. No vale la pena gastar energía.

—No. No la vale. —El brazo de Julian me rodea—. Manejaste eso bien.

—He tenido práctica.

—No con él. Con aparentar calma cuando está cualquier cosa menos tranquila. —Me mira—. Su ritmo cardíaco estuvo elevado durante toda la conversación.

—Deja de monitorear mis signos vitales. Es espeluznante.

—No puedo evitarlo. Son muy ruidosos.

—¿Mis signos vitales son ruidosos?

—Para mí, sí. —Su expresión se suaviza—. Estás muy viva, Poppy. Es una de mis cosas favoritas de ti.

No sé qué decir a eso. Así que simplemente me apoyo en él y observo la puesta de sol.

CAPÍTULO 26

JULIAN

La cena de ensayo se lleva a cabo en el comedor privado del complejo: un espacio íntimo con ventanales de piso a techo que dan al océano. Veintitrés personas. Treinta y seis latidos, si se cuenta al personal.

Tres salidas. Entrada principal, puerta de servicio cerca de la cocina, salida de emergencia detrás del biombo decorativo en la esquina. Las ventanas son de vidrio templado; no son ideales para una salida rápida, pero es manejable. El personal rota cada doce minutos, lo que me da puntos ciegos predecibles en la cobertura.

—Entonces —la voz de Poppy es baja, dirigida solo a mí—. ¿Estás planeando un atraco?

—No un atraco. Una extracción.

—¿Hay alguna diferencia?

—Los atracos implican llevarse cosas. Las extracciones implican protegerlas —la guío hacia nuestros asientos asignados, con la mano en la base de su espalda—. Tú eres lo que estoy protegiendo.

—Eso es romántico o aterrador. Aún no me decido.

—Avísame cuando te decidas.

La disposición de los asientos nos sitúa cerca del centro de la mesa; malo para la defensa, bueno para parecer una pareja feliz.

Ajusto nuestras sillas, orientándome hacia la entrada principal sin que resulte obvio.

Catherine Gable ya está sentada a la cabecera de la mesa, departiendo con el patriarca de la familia Morgan. Su copa de champán está medio vacía, lo que explica el volumen elevado de sus opiniones sobre los arreglos florales.

Activo mi auricular. —Marcus. Estado.

—Damien regresó a su habitación después del ensayo. Sin movimiento desde entonces. Elena está en la barra con línea de visión a la entrada del comedor. Sofia está haciendo un barrido del perímetro. Nathaniel está brindando apoyo desde la terraza de la piscina.

—¿Algún indicio de que asistirá?

—Negativo.

Me está dejando cocer en mi propia salsa, dejando que la anticipación crezca. El mismo patrón que ha usado desde que comenzó todo este horrible juego.

—Manténganme informado.

—Siempre.

—¿Acabas de mover tu silla otra vez? —observa ella.

—Mejor visibilidad.

—¿De qué? ¿De la canasta de pan?

—De todo —busco su mano por debajo de la mesa. Su pulso se acelera ante el contacto. Está alerta. Atenta. Lista—. Intenta relajarte.

—Lo dice el hombre que acaba de reacomodar su silla.

—La hipervigilancia es mi lenguaje del amor.

Ella se ríe. Incluso ahora, rodeada de amenazas, todavía puede reír. Todavía puede encontrar humor en lo absurdo de nuestra situación.

La cena transcurre por etapas.

Aperitivos. Champán. Conversación que fluye y refluye alrededor de la mesa. Rastro todo mientras finjo participar, una habilidad perfeccionada a lo largo de los siglos.

Llega la comida. Pollo a la parrilla, arroz amarillo, cosas que no puedo comer pero que debo fingir disfrutar.

La voz de Catherine interrumpe mis pensamientos. —Julian, creo que no nos ha contado mucho sobre su familia. ¿Dónde creció?

La mesa queda en silencio. Varias cabezas se giran.

—Varios lugares —digo—. Mi familia viajaba cuando yo era joven. Por Europa, principalmente.

—Qué exótico —el tono de Catherine sugiere que no le parece exótico en absoluto—. ¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

—Fallecieron hace unos años —cierto, en cierto sentido. Mis padres humanos murieron en 1802—. Prefiero no insistir en el tema.

—Oh, lo siento —no parece sentirlo—. ¿Y qué dijo que hacía? ¿Dirige una empresa de tecnología?

—Sí, varios emprendimientos tecnológicos e inversiones. Nada tan impresionante como la cirugía cardíaca —asiento hacia Violet—. Su hija salva vidas. Yo solo muevo dinero.

—No sea modesto —el padre de Chris, Doug, se inclina hacia adelante—. Lo investigué. Blackthorne Holdings tiene una cartera bastante amplia. Desarrollo de IA, biotecnología, energía sostenible. Está haciendo mucho más que mover dinero.

Doug Morgan hizo su tarea. Archivo eso, no como una amenaza, sino como un dato.

—Intento invertir en cosas que importan —digo—. Valor a largo plazo sobre ganancias a corto plazo.

—Un inversor paciente —Doug asiente—. Raro en estos días.

Paciente. Si tan solo supiera.

Bajo la mesa, Poppy me aprieta la mano.

—Julian —la voz de Sofia llega a través de mi auricular—. Damien acaba de salir de su habitación. Se dirige hacia el edificio principal.

Mi postura no cambia. Mi expresión se mantiene agradable. Pero todos mis sentidos se agudizan.

—¿Dirección?

—Pasillo norte. Podría ser el restaurante. Podría ser el bar. Estoy rastreándolo.

—Todos —digo en voz baja para que los demás invitados no me oigan—. Manténganse alerta. Damien se está moviendo.

Llegan tres confirmaciones. Elena desde el bar. Nathaniel desde la terraza de la piscina. Marcus desde el centro de seguridad.

Vuelvo mi atención a la mesa, donde la conversación ha pasado a la logística de la boda. Violet explica el cronograma para mañana: ceremonia a las cuatro, cóctel a las cinco, recepción a las seis. Escucho con la mitad de mi atención mientras oigo las actualizaciones de Sofia.

—Está en el bar —informa Sofia—. Pidiendo un trago. Elena lo tiene a la vista.

—Lo veo —confirma Elena—. Solo está sentado. Observando la entrada del comedor privado.

Observando. Posicionándose lo suficientemente cerca como para recordarme que está aquí, lo suficientemente lejos como para mantener la posibilidad de negarlo mientras me envía un mensaje: *Estoy mirando. No me voy a ninguna parte.*

—¿Deberíamos intervenir? —pregunta Nathaniel.

—No. Déjenlo observar —dice Marcus—. Recuerden, no hacemos nada a menos que él se mueva primero.

La mano de Poppy se aprieta sobre la mía. Ella no puede oír las comunicaciones, pero lee mi lenguaje corporal.

—¿Damien? —articula sin sonido.

Doy un pequeño asentimiento.

Ella no entra en pánico. Solo yergue los hombros y vuelve a la conversación.

Los discursos comienzan después del plato principal.

El padrino de Chris va primero: un discurso divagante con demasiados chistes internos y una historia sobre un viaje de campamento que parece no tener sentido. La mesa ríe cortésmente.

La dama de honor de Violet pronuncia un brindis que es genuinamente conmovedor. Algo sobre encontrar a tu persona en lugares inesperados. Sobre el amor que te desafía a ser mejor.

Siento la mirada de Poppy sobre mí. Todo lo que quiero hacer es devolverle la mirada, pero no puedo mirarla. No ahora mismo.

Catherine se pone de pie a continuación.

—Como madre de la novia —comienza, con la copa de champán en alto—, tengo el privilegio de avergonzar a mi hija delante de todos los que ama.

Risas educadas. Violet parece sufrir.

—Violet siempre ha sido la práctica. La enfocada. La que sabía lo que quería y lo perseguía —la mirada de Catherine se dirige a Poppy —. Algunas personas van por la vida a la deriva, inseguras de su camino. Violet nunca ha sido una de esas personas.

A mi lado, el corazón de Poppy se acelera. Un pequeño incremento, imperceptible para cualquiera sin sentidos aumentados, pero yo lo escucho.

Catherine continúa, ajena o indiferente. Habla de los logros de Violet, de su carrera, de su elección perfecta de pareja. Cada cumplido contiene una comparación implícita, un recordatorio de todo lo que Poppy no es.

Quiero ponerme de pie. Quiero interrumpir. Quiero decirle a Catherine Gable lo que pienso.

Pero esta no es mi batalla. Todavía no.

Catherine termina con un brindis por la feliz pareja. Todos beben. La sonrisa de Poppy es fija, perfecta y falsa.

Entonces Preston se pone de pie.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Sé que no soy parte del cortejo nupcial —dice, con ese tono de falsa modestia ensayado que me hace apretar los puños—. Pero Chris es un colega y un amigo, y quería decir unas palabras.

Se aclara la garganta. Se ajusta los puños de la camisa.

—Chris y yo hemos trabajado juntos durante tres años. Lo he visto crecer como analista, como líder y ahora como compañero —la mirada de Preston se desplaza hacia Violet. Luego hacia Poppy—. Lo que más admiro de Chris es su capacidad para ver a las personas con claridad. Para mirar más allá de la superficie y entender quién es alguien realmente.

El pulso de Poppy se dispara.

—Eso es raro —continúa Preston—. La mayoría de nosotros pasamos la vida actuando. Mostrándole al mundo lo que creemos que quieren ver en lugar de quiénes somos en realidad —otra mirada a Poppy—. Pero el amor real, la conexión real, requiere ver a través de la actuación. Encontrar la verdad debajo.

Esto no es un brindis. Es un mensaje.

—Serenity me enseñó eso —dice Preston, buscando la mano de su prometida—. Ella me enseñó a mirar más allá de la imagen. A encontrar lo que es real.

La respiración de Poppy cambia. Más corta. Más tensa. Viejas heridas siendo reabiertas en público.

—Así que brindo por Chris y Violet —Preston levanta su copa—, por encontrar algo real en un mundo lleno de actuaciones.

La gente bebe. La gente aplaude. Preston se sienta con una expresión de satisfacción.

Y yo me pongo de pie.

La mesa queda en silencio. Siento los ojos puestos en mí: curiosos, sorprendidos, cautelosos. No he hablado mucho esta noche. No he llamado la atención sobre mí mismo. El novio misterioso alojado en el fondo.

Ya no más.

—Si me permiten —digo—. Me gustaría añadir algo.

Violet asiente. Chris parece curioso. Catherine parece sospechosa.

Poppy parece aterrorizada.

—Preston planteó un punto interesante sobre la actuación —comienzo—. Sobre encontrar lo que es real bajo la superficie. Es una idea cautivadora; la noción de que la autenticidad está separada de la presentación. Que la forma en que elegimos mostrarnos al mundo es una máscara en lugar de una expresión.

Me dirijo a la mesa.

—Pero yo he aprendido algo diferente. Las personas que descartan la actuación como algo falso, nunca han tenido que construir algo de la nada. Nunca han tenido que crear una conexión de la nada, llegar a personas que nunca han conocido, hacer que extraños se sientan vistos a través de nada más que oficio e intención.

No miro a Poppy. Todavía no.

—Eso es lo que hace Poppy cada día. Toma los momentos ordinarios de su vida y los transforma en algo que conecta con cientos de miles de personas. Ella hace que los extraños se sientan menos solos. Construye comunidad a partir del contenido, conexión a partir de la creatividad.

Ahora la miro. Sus ojos están brillantes. Las lágrimas afloran.

—¿Es una actuación? Sí. ¿Es también real? También lo es. El esfuerzo, el oficio, la elección diaria de presentarse y crear algo de la nada; eso no es una máscara. Eso es valentía. Eso es generosidad. Eso es elegir compartirte con el mundo, incluso cuando el mundo podría no apreciar lo que estás ofreciendo.

Vuelvo a dirigirme a la mesa.

—Así que sí. Por Chris y Violet, que encontraron algo real —levanto mi copa—. Y por todos los que construyen conexiones; a través de la cirugía o de las pantallas, a través de las juntas directivas o a través del contenido. El método no importa. Lo que importa es la intención que hay detrás.

Bebo. La mesa bebe. Un momento de silencio, luego aplausos dispersos.

Preston parece haber tragado algo agrio.

Serenity tiene el ceño fruncido.

Catherine me mira fijamente con una expresión que no puedo descifrar.

Y Poppy parece feliz.

Me siento. Su mano encuentra la mía bajo la mesa y no la suelta.

—Julian —la voz de Elena en mi oído, tensa—. Damien está sonriendo.

Me inclino como si le dijera algo a Poppy. —¿Sonriendo cómo?

—Como si acabaras de darle lo que quería.

Repaso mi discurso. La defensa de Poppy. La declaración pública de lo que ella significa para mí. El desafío implícito a Preston, a Catherine, a todos los que alguna vez la han menospreciado.

Y lo entiendo.

Damien quería que revelara cuánto me importa. Quería que les mostrara a todos en esta mesa cuán profundos son mis sentimientos. Porque mañana, cuando haga su movimiento, ese discurso servirá de contexto. Evidencia. Prueba de que Julian Blackthorne está enamorado de Poppy Gable.

Y cuando revele lo que soy, ese amor se convertirá en un arma.

No contra mí. Contra ella.

Ella defendió a un monstruo. Eligió a un monstruo. Dejó entrar a un monstruo en su cama, en su vida, en la boda de su familia.

Eso es lo que pensarán. Eso es lo que Damien quiere que piensen.

—¿Julian? —la voz de Poppy me interrumpe—. ¿Estás bien?

La miro. A la mujer que se enfrentó a Damien en una fiesta en la piscina y no vaciló.

—Sí. Solo debes saber que te amo —digo en voz baja. Solo para ella—. Pase lo que pase mañana, haga lo que haga él, necesito que lo recuerdes.

Ella frunce el ceño. —Julian, ¿qué...?—

—Prométemelo.

Estudia mi rostro. Lee algo allí que hace que su expresión se suavice.

—Te lo prometo —dice—. ¿Y Julian?

—¿Sí?

—Yo también te amo.

Las palabras se asientan sobre mí. La prueba de que, incluso si mañana todo se destruye, este momento fue real.

—Julian —la voz de Marcus interrumpe—. Damien está dejando el bar. Se dirige de regreso a su habitación.

—Síganlo. Asegúrense de que se quede allí.

—Ya estoy en eso.

La cena continúa a nuestro alrededor. Llega el postre. Las conversaciones se apagan. La gente empieza a hablar sobre madrugar y el sueño de belleza.

A pesar de todo, sostengo la mano de Poppy e intento no pensar en lo que traerá el mañana.

Una boda. Una confrontación. Una revelación que podría destruirlo todo.

O tal vez, solo tal vez, una oportunidad para terminar con esto.

De una forma u otra, el mañana lo cambia todo.

CAPÍTULO 27

POPPY

Estoy más que lista para irme cuando termina la cena de ensayo. Pero entonces veo a mi madre de pie, sola afuera, con una copa de vino. Mira fijamente el agua como si ocultara las respuestas que ha estado buscando. Debería irme; cada instinto me grita que siga caminando y regrese a mi habitación con Julian Blackthorne. En cambio, dudo, atrapada entre el escape y la obligación, entre las viejas heridas y la esperanza imposible de que algún día sanen.

Toco el brazo de Julian para detenerlo. — ¿Puedes darme un momento? — Mi voz suena tensa incluso para mis propios oídos.

—Por supuesto —dice él con un asentimiento comprensivo.

¿Qué estoy haciendo?

Las probabilidades de que esto salga bien están definitivamente en mi contra. A pesar de todo eso, me doy la vuelta y salgo.

—Mamá.

Ella se voltea. Por un segundo —solo un segundo— veo algo desprotegido en su rostro. Algo que se parece casi al agotamiento.

—Poppy. Necesitaba un descanso del ruido.

—La entiendo, mamá.

Casi por instinto visceral, quiero abortar la misión de inmediato y retirarme al lado de Julian, donde me siento segura. En cambio, me

encuentro caminando hacia el barandal y parándome a su lado.

Nos quedamos en silencio durante un largo rato. El océano se extiende ante nosotras, oscuro e infinito.

—A tu padre le habría encantado esta vista —dice finalmente—. Él siempre perseguía cosas hermosas. Ideas hermosas. Promesas hermosas. —Toma un sorbo de vino—. Nunca pudo aferrarse a ninguna de ellas.

No sé qué decir. Nunca hablamos de papá. Es el acuerdo silencioso que nuestra familia hizo hace años: fingir que no existe, y así la herida no tiene que sanar porque nunca reconocemos que está ahí.

—Sé que crees que soy dura contigo —continúa ella. Su voz es más suave de lo que jamás se la había escuchado—. Lo soy. Sé que lo soy.

—Mamá.

—Vi a tu padre perseguir cada sueño que brillaba. Cada oportunidad que lo emocionaba. Y cuando todo se desmoronó —cuando se dio cuenta de que lo de Singapur era solo otra fantasía—, yo fui la que se quedó manteniendo todo unido. La hipoteca. Las niñas. Mi vida entera, reconstruida de los escombros porque confié en alguien que no sabía distinguir entre la pasión y el delirio.

No es de extrañar que "influencer" sonara como "error" a sus oídos. No estaba tratando de aplastar mis sueños. Estaba tratando de protegerme de repetir los suyos.

Se me cierra la garganta. —Yo no soy papá.

—No. —Ella me mira entonces, me mira de verdad, y veo algo que nunca antes había visto: miedo.

—Pero tienes su chispa. Eso me aterra, Poppy. Porque recuerdo lo que se sentía creer en la chispa de alguien, y recuerdo lo que me costó cuando se apagó.

Se vuelve de nuevo hacia el agua. —No quiero que termines... — Se detiene. Niega con la cabeza—. Olvídalo. Eres una adulta. Tomarás tus propias decisiones. Siempre lo has hecho.

Termina su vino y vuelve a entrar antes de que yo pueda responder.

Me quedo en el barandal, tratando de procesar lo que acaba de suceder.

Mi madre no se disculpó. No retiró años de críticas ni declaró repentinamente su apoyo a mi carrera. Pero me mostró algo que nunca antes me había mostrado.

El miedo que escondía debajo.

Siempre supe que mi madre me amaba. Su confesión, posiblemente bajo los efectos del alcohol, solo me hizo saber que había estado tratando de salvarme de convertirme en mi papá.

Vuelvo adentro, solo que ahora tengo que pasar junto a Preston y Serenity para llegar a Julian.

Esta noche no va a mejorar, ¿verdad?

Preston me lanza una mirada que no alcanzo a descifrar mientras Serenity lo guía hacia los ascensores. Violet me abraza fuerte y susurra: —Estoy tan feliz de que estés aquí —, lo que casi me hace llorar—. No olvides que las damas de honor nos reuniremos a las nueve en punto para el peinado y el maquillaje. Mamá se volverá loca si llegas tarde.

—Lo sé, lo sé —hago mi mejor imitación de mi mamá—. En punto significa en punto, Poppy, no a las nueve y cuarto.

Nos reímos, y luego un invitado se lleva a Vi.

Casi me desanimo, pero entonces siento la mano de Julian en la parte baja de mi espalda. Firme. Presente. Un recordatorio de que no estoy navegando esto sola.

Caminamos de regreso a nuestra suite en un silencio cómodo. La noche tropical es cálida, cargada con el aroma del jazmín y la sal marina. Puedo escuchar las olas en alguna parte de la oscuridad, rítmicas y eternas.

Te amo.

Él lo dijo. En la mesa de la cena, con Damien observando desde la barra y mi familia ajena a todo a nuestro alrededor. Me miró como si yo fuera lo único que importara en dos siglos y medio de existencia, y dijo esas dos palabras.

Y yo se las dije de vuelta.

Mi teléfono vibra en mi bolso de mano. Luego vibra otra vez. Y otra vez.

La boca de Julian se curva. —¿Sage?

—¿Cómo lo supiste?

—El patrón de vibración. Envía mensajes en ráfagas de seis a ocho. Nadie más hace eso.

—¿Te has memorizado el ritmo de mensajes de mi mejor amiga?

—Me he memorizado todo sobre ti. —Lo dice con sencillez, como si fuera la cosa más natural del mundo—. La forma en que respiras cuando estás nerviosa. Cómo cambia tu pulso cuando piensas en algo que te hace feliz. La forma en que tarareas por lo bajo cuando estás eligiendo un atuendo.

—Todavía no he decidido si eso es increíblemente romántico o increíblemente aterrador.

—Odio decirlo, pero podrían ser ambas cosas. Me di cuenta después de decirlo... pero todo es verdad.

Llegamos a nuestra suite. Julian me sostiene la puerta —257 años de entrenamiento de caballero en plena exhibición— y me deslizo adentro, buscando ya mi teléfono.

Los mensajes son exactamente lo que esperaba.

SAGE: CÓMO ESTUVO LA CENA DE ENSAYO

SAGE: ¿Se portó bien tu mamá?

SAGE: ¿Se portó bien PRESTON?

SAGE: Y más importante, ¿se portó bien TU NOVIO VAMPIRO?

SAGE: No puedo creer que acabo de escribir esa oración sin reírme

SAGE: En realidad no la escribí sin reírme

SAGE: Estoy aquí sentada sonriendo como una idiota porque mi mejor amiga está viviendo una comedia romántica que podría ser un romance paranormal

SAGE: RESPÓNDEME POPPY

Me quito los tacones —por fin— y me hundo en el sofá, encogiendo las piernas debajo de mí.

YO: La cena estuvo... movida.

La respuesta es inmediata.

SAGE: ¿¿¿MOVIDA???

SAGE: Definí movida

SAGE: ¿Movida buena o movida mala?

SAGE: ¿Movida tipo «alguien hizo un brindis pasivo-agresivo» o movida tipo «ataque de vampiros»?

YO: Lo primero. Mamá dio un discurso que básicamente fue «Violet es perfecta y Poppy existe», pero luego tuvimos un momento muy lindo juntas.

YO: Preston dio un discurso diciendo básicamente «Serenity es mucho mejor que mi última novia» y «yo veo a través de las apariencias a diferencia de CIERTAS personas».

SAGE: ¡Uf! Qué le pasa

SAGE: ¿Qué hizo Julian?

YO: Él dio su propio discurso. Me defendió. Defendió lo de ser influencer. Hizo que Preston pareciera un hipócrita presumido.

SAGE: Lo amo

SAGE: O sea, sé que es TUYO y que posiblemente esté NO-MUERTO pero lo amo.

YO: Hablando de amor...

YO: Me he enamorado de él al 100%

SAGE: Sin dudas.

YO: Ninguna

YO: Y él me ama

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo. Esto continúa durante un tiempo inquietantemente largo.

SAGE: POPPY

SAGE: POPPY ROSE GABLE

SAGE: ¿ME ESTÁS DICIENDO

SAGE: QUE ESTE ES EL INDICADO?

SAGE: Me siento rara escribiendo eso último.

SAGE: Ya sabes lo que opino sobre todo eso

SAGE: ¡¡Pero estoy súper FELIZ por ti!!

Miro hacia arriba. Julian está junto a la ventana, observando la oscuridad como si estuviera retándola a que hiciera un movimiento. La luz de la luna resalta las líneas marcadas de su perfil.

YO: Está junto a la ventana ahora mismo con ese aire sombrío y protector

YO: Me están pasando COSAS

SAGE: COSAS

SAGE: ¿Qué clase de COSAS?

SAGE: En realidad no respondas a eso

SAGE: Esperá, no, ¡RESPONDÉ ESO!
YO: Me tengo que ir
SAGE: No te ATREVAS a dejarme en visto
SAGE: Tengo PREGUNTAS
YO: Te llamo mañana. Lo prometo.
SAGE: ¿Después de la boda?
YO: Después de la boda.
SAGE: Si te rompe el corazón te juro que lo voy a hacer sufrir.
YO: Esa es la amenaza más romántica que me hiciste nunca.
SAGE: Lo sé. Te quiero.
YO: Yo también te quiero.

Dejo el teléfono y camino hacia donde está Julian. Él no se voltea, pero veo que sus hombros se relajan ligeramente a medida que me acerco, como si mi presencia fuera un consuelo incluso cuando está atento a posibles amenazas.

—Sage amenazó con lastimarte si me rompes el corazón —digo.

—No esperaría menos. —Él se voltea para mirarme—. Es una buena amiga.

—La mejor. —Me apoyo contra el marco de la ventana, estudiándolo bajo la luz de la luna—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

—Es una pregunta sobre vampiros.

Su boca se curva. —Son mis favoritas.

—Dijiste que tienes sentidos agudizados. Oído, olfato, vista. Pero antes, dijiste que habías memorizado mis patrones de respiración. Mi pulso. —Ladeo la cabeza—. ¿Exactamente qué tanto puedes oír?

—¿Cuánto quieres saber?

—Todo.

Él lo considera. —Puedo oír los latidos de tu corazón desde el otro lado de una habitación. Cuando estás tranquila, es constante; unos setenta latidos por minuto. Cuando estás nerviosa, salta a noventa. Cuando estás... —Hace una pausa—. Emocionada. Sube más.

—Define emocionada.

—Sabes exactamente a qué me refiero.

Lo sé. Siento calor en las mejillas. —¿Qué más?

—Tu aroma cambia con tus emociones. El miedo tiene un toque agudo. La felicidad es más cálida. La atracción... —Sus ojos se oscurecen—. La atracción es inconfundible.

—Así que siempre sabes lo que estoy sintiendo.

—No siempre. Eres notablemente buena controlando tu respuesta física cuando quieres. Aquella noche en el cóctel, cuando Damien se acercó... tu corazón se aceleraba, pero tu rostro estaba perfectamente sereno. La mayoría de los humanos no pueden separar ambas cosas.

—Años de entrenamiento de influencer. —Sonrío—. Sonríe a la cámara incluso cuando te mueres por dentro.

—Es impresionante. Y ocasionalmente desesperante.

—Qué bien. —Me acerco más—. ¿Y qué hay de la fuerza? Me cargaste hasta el océano como si no pesara nada.

—No pesas nada. Para mí. —Extiende la mano y aparta un mechón de cabello detrás de mi oreja. Sus dedos están fríos contra mi piel—. Podría levantar un auto si fuera necesario. Doblar acero. Atravesar paredes.

—Eres como Superman. Eso es... —busco la palabra—. Atractivo. En realidad, eso es muy atractivo.

Él se ríe; una risa real. —Esa no es la respuesta habitual.

—¿Cuál es la respuesta habitual?

—Miedo. Preocupación. Preguntas sobre si podría lastimarlos accidentalmente.

—¿Lo harías? ¿Lastimarme accidentalmente?

—Jamás. —La palabra es absoluta—. He tenido 257 años para aprender a controlarme. Cada toque, cada movimiento... siempre soy consciente de exactamente cuánta presión estoy aplicando.

—Incluso cuando estás... —Me callo, repentinamente tímida.

—Incluso entonces. —Su voz baja de tono—. Especialmente entonces.

El aire entre nosotros cambia. Se espesa. De repente soy muy consciente de lo cerca que estamos. De la forma en que sus ojos se han vuelto más oscuros. Del ritmo lento y paciente de su respiración; respiración que no necesita pero que hace de todos modos porque lo hace sentir más humano.

—Tengo más preguntas —digo.

—Seguro que sí.

—Pero ahora mismo, no quiero hacerlas.

—¿Qué quieres?

Alzo la mano. Recorro la línea de su mandíbula con la punta de los dedos. Siento el músculo tensarse bajo mi toque.

—A ti —digo simplemente.

Julian se queda muy quieto. Por un momento, veo algo detrás de sus ojos: siglos de contención, de distancia cuidadosa, de protegerse a sí mismo no dejando que nadie se acercara demasiado.

Entonces su mano acuna mi rostro y me besa.

Esto no es como lo de la playa. No es para que lo vea una audiencia. Es solo para nosotros. Esto es todo lo que hemos estado conteniendo chocando a la vez: sus labios fríos contra los míos cálidos, sus dedos recorriendo mi cabello.

Me empuja contra el marco de la ventana, con una mano apoyada junto a mi cabeza y la otra deslizándose hasta mi cintura. Puedo sentir la fuerza contenida en su agarre; el conocimiento de que podría aplastarme sin pensarlo y elige no hacerlo. Elige la ternura. Elige el cuidado.

Es embriagador.

—Poppy. —Mi nombre sale áspero, arrancado de algún lugar profundo de su pecho—. Deberíamos detenernos.

—¿Deberíamos? —Me aparto lo justo para encontrar sus ojos—. ¿Por qué?

—Porque mañana es la boda de tu hermana. Porque Damien está por ahí en alguna parte. Porque... —Toma otra bocanada de aire que no necesita—. Porque quiero hacer esto bien. Contigo.

—¿Cómo es "hacerlo bien" para un vampiro de 257 años?

—Cortejo. Tiempo. No apresurar algo tan importante porque ambos estamos llenos de adrenalina y miedo por lo que pueda traer el mañana.

Una parte de mí quiere discutirle. Pero hay algo en su voz —algo vulnerable bajo su compostura— que me hace detenerme.

—Has esperado 257 años —digo suavemente—. ¿Qué importa una noche más?

—Exactamente. —Él presiona su frente contra la mía—. He esperado siglos para sentirme así por alguien. Me niego a apresurarlo ahora.

—Eso es muy caballeroso de tu parte.

—Me crié en el siglo dieciocho. Algunos hábitos son difíciles de romper.

Me río, y él apaga el sonido con otro beso, más suave esta vez, más dulce. El tipo de beso que promete más sin exigirlo.

Cuando finalmente nos separamos, me falta el aire.

—Además —digo, intentando parecer casual y fallando por mucho —, ¿qué clase de chica crees que soy? No me acuesto con criaturas inmortales de la noche en el tercer día de vacaciones juntos.

—¿Esa es la regla?

—Ahora lo es. La acabo de inventar.

—¿Cuántas vacaciones requiere el protocolo adecuado?

—Al menos cuatro. Posiblemente cinco o seis si una de ellas incluye a un acosador vampiro tratando de matarme.

—Eso parece justo. —Me besa la frente. La sien. La comisura de los labios—. Debería dejarte descansar.

—¿Vas a quedarte junto a la ventana toda la noche con aire sombrío y protector?

—Ese era el plan.

—Nuevo plan. —Tomo su mano. Lo jalo hacia el dormitorio—. Vas a acostarte a mi lado y a fingir que duermes mientras yo duermo de verdad. Será romántico.

—Sabes que no duermo.

—Lo sé. Por eso dije fingir. —Me detengo en el umbral—. ¿Por favor? Duermo mejor cuando estás cerca.

Algo cambia en su expresión y da paso a algo más suave. Algo casi humano.

—Está bien —dice—. Pero me reservo el derecho de ser sombrío y protector desde una posición horizontal.

—Hecho.

Nos cambiamos; él con una velocidad sobrenatural que todavía me hace parpadear, yo con bastantes más dificultades porque este vestido tiene más de veinte botones ocultos. Para cuando salgo del

baño con pantalones cortos de dormir y una camiseta gigante, él ya está en la cama, apoyado contra el cabecero, observando la puerta como un guardián esperando a la persona a su cargo.

Me subo a su lado. Él levanta el brazo y yo me acomodo contra su costado, con la cabeza en su hombro y la mano sobre su pecho, donde su corazón late con su ritmo lento y milenario.

—Tu corazón —murmuro—. Es tan lento.

—Unos veinte latidos por minuto. Uno cada tres segundos.

—¿Alguna vez se acelera?

—Rara vez. —Su mano traza dibujos en mi espalda—. Las emociones fuertes pueden causar un ligero aumento. El miedo. La rabia. —Una pausa—. El amor.

—¿Está más rápido ahora?

Él duda. Luego: —Sí.

Sonrío mientras me acurruco con él. —Qué bien.

El silencio se instala a nuestro alrededor, cómodo y cálido a pesar de la frialdad de su piel. Afuera, las olas continúan su ritmo infinito. En algún lugar de este complejo, Damien está planeando algo terrible para mañana.

Pero esta noche, estoy en los brazos de un hombre que ha amado y perdido durante siglos y de alguna manera eligió amar de nuevo. Me eligió a mí.

—¿Julian? —susurro.

—¿Sí?

—Pase lo que pase mañana... me alegro de que hayas sido tú. El misterioso multimillonario que contraté para fingir ser mi novio. Me alegro de que hayas sido tú.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor. —Yo también. —Un beso en la coronilla—. Yo también.

Me quedo dormida con el sonido del lento latido de su corazón, contando cada latido preciado como una canción de cuna.

CAPÍTULO 28

JULIAN

Poppy duerme.

La observo respirar en la oscuridad de nuestra suite, con su mano aún apoyada en mi pecho donde cayó hace horas. Sus dedos se curvan ligeramente con cada exhalación, como si se aferrara a algo incluso en sueños. A mí, tal vez. A la idea de mí. O a la versión de mí mismo en la que intento convertirme por ella.

Por un momento —solo por este momento— todo está en calma. Sin amenazas. Sin venganzas centenarias. Solo esta mujer que miró a un monstruo y vio a un hombre.

Mi teléfono vibra sobre la mesa de noche. Lo alcanzo despacio, con cuidado de no molestarla.

MARCUS: Llegó la respuesta del Consejo. LaChance revisó el audio de la conversación de Poppy junto a la piscina.

Escribo con una mano, manteniendo mi otro brazo alrededor de Poppy.

YO: ¿Y?

MARCUS: Aprobaron cualquier curso de acción para neutralizar la amenaza. Autoridad total. Sin restricciones.

Las palabras se asientan en mi interior como algo que encaja en su lugar. Después de décadas de cautela burocrática, después de

que me digan que la vigilancia de Damien no era una violación, que los humanos no estaban protegidos... ahora, finalmente, el Consejo ha visto lo que yo siempre supe.

Damien ya no está de luto. Está cazando.

YO: ¿Qué los hizo cambiar de opinión?

MARCUS: La parte donde describió sus planes de exponernos ante una sala llena de humanos. Aparentemente, esa es la línea que no están dispuestos a cruzar. LaChance lo llamó "riesgo inaceptable para el colectivo".

El colectivo. Me importa un carajo el colectivo. Para mí, se trata de proteger a la mujer que duerme a mi lado, no a la sociedad de vampiros. Pero aceptaré la aprobación como sea que venga.

MARCUS: Hay más. Nepenthe llegará al amanecer. Organicé el transporte desde Nassau.

Nepenthe. La bruja que esperábamos fuera capaz de borrar las memorias de cualquiera que presenciara demasiado. Un plan de contingencia para el caos que Damien prometió desatar en la recepción.

YO: Puede que no la necesitemos si el Consejo aprobó la extracción.

La palabra suena clínica. Extracción. Como si estuviéramos quitando una astilla en lugar de terminar con la existencia de alguien a quien una vez llamé hermano.

MARCUS: De acuerdo. Pero es un seguro útil. Si algo sale mal, ella puede limpiar todo.

YO: ¿Dónde nos posicionaremos?

MARCUS: Acantilados del este. Damien ha estado usando los viejos pasajes de servicio; tracé el mapa de su patrón de patrulla. Revisa el perímetro cada mañana al amanecer, entre las 6 y las 7 de la mañana. Es un animal de costumbres, incluso después de todos estos años.

Las 6 de la mañana. Falta menos de una hora.

MARCUS: Elena y Sofia ya se están posicionando. Nathaniel está cubriendo el acceso norte. Yo coordinaré desde el centro de seguridad.

YO: ¿Y Poppy?

MARCUS: De eso necesito hablarte. No puede estar sola. No con lo que estamos a punto de hacer.

YO: De acuerdo. ¿Opciones?

MARCUS: Lucas dentro de la suite. Bastine afuera. Ambos armados con plata. Ninguno dejará que nada pase por esa puerta.

Lucas y Bastine. Dos de los operativos más confiables de Marcus. Han estado en mi operación por más de una década; lo suficiente para saber que harán lo que sea por protegerla. Dos de nuestros mejores hombres.

YO: Envíalos arriba. Les daré instrucciones cuando lleguen.

MARCUS: Ya están en camino. Tiempo estimado de llegada: diez minutos.

Dejo el teléfono. Poppy se remueve contra mí, el ritmo de su respiración cambia.

—¿Julian? —Su voz suena pastosa por el sueño—. Estás haciendo eso de nuevo.

—¿Qué cosa?

—Eso de estar despierto y preocupado e intentar no despertarme. —Se incorpora apoyándose en un codo, con el cabello cayéndole sobre la cara—. ¿Qué hora es?

—Poco después de las cinco.

—Y has estado aquí acostado por horas, ¿verdad? Mirando. Pensando.

—Posiblemente.

Ella estira la mano y me toca la mandíbula. Su palma es cálida y reconfortante.

—¿Qué pasó?

Considero mentir. Considero decirle que se vuelva a dormir, que todo está bien, que el mañana se desarrollará exactamente como planeamos. Pero ella se ha ganado más que mentiras piadosas.

—El Consejo aprobó nuestro plan —le digo—. Iremos por Damien al amanecer.

Se queda inmóvil. Puedo oír cómo se acelera su corazón; ese ritmo vital y hermoso que me recuerda por qué estoy haciendo esto.

—¿Hoy? Pero ¿y la boda? ¿Qué pasa con...?—

—Esto termina esta mañana. De una forma u otra. —Me siento y la atraigo conmigo—. Necesito que te quedes aquí, Poppy. En esta suite. No le abras la puerta a nadie excepto a los dos hombres que estoy a punto de presentarte.

—¿Dos hombres?

—Lucas y Bastine. Trabajan con mi firma de seguridad. Para Marcus. Te mantendrán a salvo mientras yo no esté.

—Mientras tú... —Se detiene. Procesa—. Vas a matarlo, ¿no es así?

La pregunta merece una respuesta honesta.

—Si tengo que hacerlo.

—¿Y si no tienes que hacerlo?

Pienso en Damien como era en 1852. Muriendo de tisis, buscando mi mano, confiando en que yo le daría un futuro. Pienso en el tiempo que pasamos juntos antes de que Vienna nos destrozara. El hombre que conocí ya no existe —enterrado bajo 146 años de dolor y rabia—, pero una parte de mí todavía tiene esperanza.

—Espero que sea el caso. Que haya otra manera —le digo—. Pero no lo sé. No lo sabré hasta que esté frente a él.

Poppy se queda en silencio. Luego toma mi rostro entre sus manos.

—Vuelve a mí —pide—. Es todo lo que te pido. Pase lo que pase con Damien —sea cual sea la elección que tengas que tomar— vuelve a mí.

—Lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me besa, sus labios suaves pero insistentes contra los míos. El beso carga con el peso de la vulnerabilidad y el temor. Cuando se aparta, sus ojos están tranquilos y enfocados.

—Está bien —dice—. Preséntame a mis niñeros.

Llaman a la puerta. El sentido del tiempo de Marcus, como siempre, es impecable.

Abro. Lucas está en el pasillo; unos cuarenta y pocos años, complexión de boxeador, con el tipo de rostro que sugiere que lo ha

visto todo y que ya nada lo sorprende. Detrás de él, Bastine: más joven, más delgado, pero igual de formidable.

—Señor —dice Lucas—. Estamos listos.

—Pasen.

Sin palabras innecesarias. Profesionales hasta la médula.

Poppy se ha levantado de la cama, envuelta en una bata. Se ve increíblemente delicada bajo la tenue luz; humana, vulnerable y preciosa.

—Poppy, ellos son Lucas y Bastine. —Hago un gesto hacia cada uno—. Lucas se quedará dentro de la suite contigo. Bastine cubrirá el pasillo y el acceso al balcón desde afuera.

—Gusto en conocerlos a los dos. —Su voz es firme a pesar de todo —. Les daría la mano, pero me da la sensación de que esta es más una situación de "asentir y ponerse a trabajar".

La comisura de la boca de Lucas se contrae; lo más parecido a una sonrisa que ha mostrado desde que trabaja para mí. —Estás en lo correcto, señora.

—Poppy, por favor. "Señora" me hace sentir como si estuviera arrestada.

—Poppy, entonces. —Él me mira de reojo—. No dejaremos que te pase nada.

—Sé que no lo harán. —Me vuelvo hacia Poppy una última vez—. No salgas de esta habitación. No abras la puerta. No...

—Julian. —Ella me interrumpe con suavidad—. Ya entendí. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Estaré aquí cuando vuelvas.

Quiero besarla otra vez. Quiero memorizar cómo se ve ahora mismo: valiente, hermosa y eligiendo confiar en mí a pesar de todo lo que sabe sobre lo que soy.

En su lugar, asiento. Me giro. Salgo por la puerta.

Bastine se pone a mi altura mientras avanzo por el pasillo.

—Marcus está conectado —informa—. Elena y Sofia están en posición. Nathaniel está listo.

—¿Y Damien?

—Sigue en su habitación, señor.

Asiento y me marcho.

Los acantilados del este son hermosos al alba.

He visto miles de amaneceres en mi vida. He visto la luz romper sobre los Alpes, sobre las agujas de Prague, sobre océanos que he cruzado una y otra vez mientras pasaban los siglos. Pero hay algo en un amanecer de las Bahamas; la forma en que el cielo cambia de violet a rosa y luego a dorado, la forma en que el agua se enciende antes de que el sol corone completamente el horizonte.

Sería un buen lugar para morir, si yo fuera capaz de apreciar tales cosas.

Puedo oler a Damien antes de verlo. Sangre vieja y una furia más vieja aún, transportadas por el viento salado.

Elena se materializa de entre las sombras a mi izquierda. Sus movimientos son fluidos y silenciosos; dos siglos de instinto depredador perfeccionados hasta la excelencia.

—Ya viene —dice—. Se acerca por el sendero norte. —La voz de Elena llega a través de mi auricular, nítida y constante—. Dos minutos, tal vez menos.

—¿Sofia?

—En posición. Nathaniel tiene cubierta la retirada. Si corre, no llegará lejos.

No correrá. Lo sé con la certeza de quien ayudó a dar forma a la criatura en la que se convirtió. Damien ha estado esperando este momento durante ciento cuarenta y seis años. No huirá ahora.

—Julian.

Me doy la vuelta.

Damien está al borde de la línea de árboles, recortado contra el cielo que se aclara. Viste con sencillez: ropa oscura, calzado práctico, nada que impida sus movimientos. Ha venido preparado para lo que esto pueda llegar a ser.

—Trajiste amigos —observa. Sus ojos se dirigen a las posiciones donde esperan Elena y Sofia, invisibles para la vista humana pero obvias para uno de los nuestros—. Me siento halagado.

—Aprendí de mis errores.

—¿De veras? —Se acerca más, sin prisa—. Me pregunto. Ciento cuarenta y seis años de errores, y sigues cometiendo otros nuevos. La chica, por ejemplo. Poppy. —Pronuncia su nombre como si lo

estuviera saboreando, como si la saboreara a ella—. ¿De verdad crees que esta vez será diferente? —

—Creo que no me has dejado otra opción.

Se detiene a tres metros de distancia. Lo suficientemente cerca como para atacar. Lo suficientemente cerca para que yo pueda ver el vacío tras sus ojos: el lugar donde solía habitar mi amigo.

—El Consejo aprobó esto, ¿no es así? —Suena divertido—. Déjame adivinar: se enteraron de mis planes para la recepción. Exponer a nuestra especie ante un salón lleno de humanos. Eso cruzó una línea que ni siquiera ellos pudieron ignorar.

—¿Acaso importa el porqué?

—No particularmente. Siempre supe que terminaría de esta manera. Uno de nosotros de pie sobre el otro. —Su sonrisa es afilada, quebradiza—. Solo asumí que yo sería el que quedaría en pie.

—Damien. —Doy un paso hacia él—. No tiene por qué terminar. Podrías marcharte. Dejar este lugar. Empezar de nuevo en algún sitio lejos de aquí, lejos de mí.

—Empezar de nuevo. —Se ríe, con un sonido hueco y agrietado—. Sigues sin entender, ¿verdad? Después de todo. Después de Margaret, Corinne y Anya. Después de un siglo y medio de verte intentar amar y fracasar. —Sacude la cabeza—. No existe el empezar de nuevo. Solo existe esto. Solo existimos nosotros. Solo existe la deuda que tienes conmigo.

—¡No te debo nada! Mi corazón se abrió a ti porque te amaba como a un hermano. El dolor que sentí y causé fue por amor, no por odio —mi voz se vuelve áspera—. No te debía las vidas de tres mujeres inocentes. No te debía sus gritos.

Algo cambia en su rostro. Un destello del hombre que solía ser, enterrado tan profundo que casi se me pasa por alto.

—No eran inocentes —dice—. Te eligieron a ti. Te amaron. Eso las hizo cómplices de tu felicidad. —Su voz baja de tono—. Y tu felicidad se construyó sobre los huesos de Katya.

—Yo no maté a Katya. Fueron los cazadores.

—¡Tú elegiste! —La palabra brota de él, cruda, desgarrada, con más emoción de la que ha mostrado en décadas—. Y una vez que

salvaste a Margaret, ¿cuánto tiempo la sostuviste antes de decidir intentar ayudar a Katya? ¡Dejaste que se quemara!

—Sí, lo hice. Me dieron a elegir entre lo imposible y elegí a la mujer de la que estaba enamorado. Tú habrías tomado la misma decisión si nuestros roles fueran los opuestos. —No aparto la mirada —. Y he vivido con esa elección cada día desde entonces. Pero Damien... —Me acerco más—. Tú también podrías haber corrido hacia ella. No estabas allí. Estabas al otro lado de la ciudad, encargándote de algo para el Consejo. ¿Dónde estabas tú cuando llegaron los cazadores?

Él se queda inmóvil.

—Te has pasado ciento cuarenta y seis años culpándome porque es más fácil que culparte a ti mismo. Porque si es mi culpa, no tienes que enfrentar la verdad: que no estabas allí. Que la dejaste sola esa noche porque el Consejo llamó y tú respondiste.

—Basta.

—No estabas allí, Damien. Y yo tampoco, no hasta que fue demasiado tarde. Ambos le fallamos. La diferencia es que yo he pasado mi existencia intentando vivir con ese fracaso en lugar de usarlo como excusa para convertirme en un monstruo.

—¡Dije que basta!

Sus ojos arden de furia y hace su movimiento.

Lo he estado esperando, preparado para ello desde el momento en que apareció, pero su velocidad me toma por sorpresa. Es más rápido de lo que recuerdo. Está más enojado. El dolor lo ha afilado hasta convertirlo en algo feroz y desesperado.

Su puño impacta contra mi mandíbula. Giro con el impacto, uso el impulso para distanciarme, y entonces está sobre mí otra vez: un torbellino de movimiento y rabia.

Peleamos una vez, hace décadas. Un desacuerdo de borrachos por territorio que escaló antes de que la razón prevaleciera. Había sido casi un juego: dos depredadores probando sus límites.

Esto no es un juego. Sus colmillos han descendido. Un siglo y medio de dolor comprimido en puños, furia y dientes.

Bloqueo. Contraataco. Recibo un golpe en las costillas que destrozaría el esqueleto de un humano. Le devuelvo uno que lo

envía tambaleándose hacia el borde del acantilado.

Mis colmillos se extienden por completo y me lanzo sobre él, intentando desgarrarle la garganta. Se mueve lo suficiente como para que yo falle. En su lugar, me aferro a su hombro.

Él grita de dolor antes de golpearme repetidamente con el puño, liberándose.

Nos enfrentamos de nuevo.

Me limpio la sangre de la cara mientras nos miramos con desprecio.

—Elena —digo a través del auricular—. ¡Ahora!

Sin perder tiempo, arremeto contra él. Él arremete de vuelta. Nos lanzamos, cada uno decidido a matar al otro.

Nuestras garras están fuera y nos desgarrarnos el pecho mutuamente.

Duele. Duele mucho. Pero no dejo que vea el dolor que siento.

Damien está tan concentrado en mí que no nota a Elena o a Sofia cuando se materializan desde las sombras y lo flanquean.

Se mueven en perfecta coordinación: dos vampiros que han sobrevivido siglos sabiendo exactamente cuándo atacar.

Damien pelea. Por supuesto que lo hace. Siempre ha sido terco; es una de las cosas que amaba de él antes de que nuestra amistad se convirtiera en odio.

Pero está superado en número. Superado en estrategia. Y cuando Sofia saca las cadenas de plata de la bolsa que lleva a la cadera, él sabe que todo terminó.

Las cadenas envuelven sus muñecas. Sus tobillos. La plata sisea contra su piel y él gruñe; es un sonido animal, sin nada humano ya en él.

Nathaniel y Elena sujetan a Damien mientras él se retuerce, mientras Sofia asegura las ataduras.

—Qué amable de tu parte unirte al fin. —Elena sujeta las piernas de Damien mientras Nathaniel se encarga del torso.

—Parecía que ustedes lo tenían controlado —él se encoge de hombros—. Habría intervenido si hubieran necesitado ayuda.

—Seguro que sí —Elena sacude la cabeza—. Es como lo de Berlín otra vez.

—¿Todavía sigues enojada por eso?

—¡Da!

—Oye, Nathaniel —Sofia lo mira fijamente—. ¿Qué tal si te ganas el sueldo ahora?

—No traje guantes. Ya sabes lo que nos hace la plata.

Sofia aparta a Nathaniel de un empujón. —Julian, ¿por qué lo trajiste?

—Oigan, yo no sabía que ese era el plan —Nathaniel me mira—. Tienes que creerme. Sabía lo de las armas, no lo de las cadenas.

—¡Estabas allí cuando hablamos de eso!

—¿Pueden simplemente matarme para que no tenga que escuchar todas estas quejas? —Damien escupe sangre a mis pies.

Me paro sobre él y tomo una respiración profunda e inútil.

—¿Qué va a ser, Julian? —La voz de Damien es un susurro ronco —. Estaca en el corazón. Decapitación. Sea cual sea el método que hayas elegido, ¡hazlo de una vez! ¡He estado listo para morir durante décadas!

—Lo sé.

Me agacho para quedar a la altura de sus ojos. En lugar del fuego intenso del odio, veo algo más. Agotamiento. Vacío. El espacio hueco donde solía vivir la esperanza.

—La muerte es lo que quieres —digo en voz baja—. La has querido desde Vienna. Desde que te diste cuenta de que la venganza no llenaba el vacío; que no importaba a cuánta gente dañaras, Katya seguía muerta y tú seguías solo.

—Entonces dame lo que quiero. Un último regalo del creador a su progenie.

—No.

Él parpadea. Por primera vez desde que esto comenzó, la incertidumbre cruza su rostro.

—Le dijiste a Poppy que la muerte era demasiado rápida —continúo—. Que la soledad era el castigo real. Que querías que yo sintiera lo que tú sentías: solo, para siempre, con nada más que el recuerdo como compañía.

—Julian...

—Tenías razón. —Me pongo de pie—. La muerte es misericordia. Y después de lo que le hiciste a Margaret, después de Corinne y Anya, no mereces misericordia.

La comprensión amanece en sus ojos. Luego, el horror.

—No. —Empieza a forcejear, pero la plata lo retiene—. No, Julian, no puedes...

—El fondo del océano es oscuro —digo—. Frío. Silencioso. Estarás consciente, ambos lo sabemos. Sentirás cada segundo de cada hora de cada año. Décadas. Siglos. Todo el tiempo que tarden las cadenas en corroerse o las corrientes en cambiar. —Sostengo su mirada—. Quizás para siempre.

—No puedes hacer esto. —Su voz se quiebra, se quiebra de verdad, como si la fachada que ha mantenido durante ciento cuarenta y seis años finalmente se estuviera desmoronando—. Éramos hermanos. Éramos amigos. Julian, por favor...

—Lo éramos. —Las palabras saben a ceniza—. Y luego quemaste viva a Margaret en un manicomio. Susurraste veneno al oído de Corinne hasta que caminó hacia un río. Dejaste el cuerpo de Anya sobre mi cama como un regalo. —Siento que algo se rompe dentro de mí, algo que he estado manteniendo unido por décadas—. Mataste a mis amigos. A mis amantes. Tomaste todo lo que me importaba y lo destruiste pieza por pieza. ¿Y quieres que te dé la salida fácil?

—Julian...

—Considera esto una lección aprendida.

Me pongo de pie. Doy un paso atrás.

Sofia y Elena lo levantan, manteniendo las cadenas de plata tensas. Nathaniel se prepara, como si Damien fuera a liberarse de alguna manera.

Damien se retuerce contra las ataduras, pero la plata ya lo ha debilitado; sus movimientos son lentos, descoordinados.

—Por favor. —La palabra brota de él—. Por favor, Julian. Mátame. Solo mátame. No...

—Querías que entendiera la soledad. —Encuentro sus ojos por última vez—. Ahora lo harás tú.

Lo llevan hasta el borde del acantilado.

Damien grita. Maldice. Ruega. Me llama de todas las formas que se le ocurren, pasando por la rabia, el terror y la súplica en cuestión de segundos. Pero las palabras se mezclan, ruido sin sentido contra el romper de las olas abajo.

—Lamento lo de Katya —lo miro a los ojos una última vez—. Siento no haber podido salvarla. Siento que hayas cargado con ese dolor a solas durante tanto tiempo. Pero esto... —Señalo el agua oscura debajo—. Esto es lo que tú construiste. Esto es lo que te ganaste. Ciento cuarenta y seis años de crueldad, y ahora vas a vivir con ello. Para siempre.

—Recordarás este momento más tiempo de lo que la recordarás a ella —grita mientras les hago un gesto a Elena y Sofia—. Ese es mi regalo...

Ellas lo sueltan.

Damien cae.

Cae, una silueta oscura contra el cielo que se aclara, y entonces el agua lo traga por completo. Un estallido. Un momento de espuma agitada.

Luego nada.

Es arrastrado hacia abajo. Hundiéndose hacia la nada fría y oscura en el fondo del Atlántico.

Donde se quedará. Consciente. Lúcido. Solo.

Para siempre.

El silencio que sigue es absoluto.

Me quedo en el borde y observo cómo se calma la superficie. Observo cómo el sol finalmente corona el horizonte, tiñendo el agua de oro. Observo cómo las olas continúan su ritmo eterno como si nada hubiera cambiado.

En algún lugar, muy, muy abajo, Damien se está hundiendo. Consciente. Lúcido. Comenzando una eternidad de silencio, oscuridad y remordimiento.

—Ya terminó. —La voz de Sofia es plana. Profesional, incluso cuando ha estado esperando décadas por este momento.

—Ya terminó —concuerdo.

Pero no se siente terminado. Siento como si me hubieran arrancado algo, una pieza que no sabía que aún llevaba conmigo

hasta que desapareció.

Elena me toca el brazo. —Julian. Tienes que irte.

—Lo sé.

—La chica te está esperando.

Poppy. Sí. Poppy está esperando en nuestra suite, probablemente caminando de un lado a otro y revisando su teléfono cada treinta segundos. Probablemente volviéndose loca de preocupación.

Poppy, que miró a un monstruo y vio a un hombre.

Poppy, que eligió el amor sobre el miedo.

Poppy, a quien casi pierdo por un dolor que ni siquiera sabía que existía hasta que fue demasiado tarde.

—Dile a Marcus que se retire —digo—. Se acabó. Todo esto.

Me alejo del acantilado. Del amanecer. Del agua que contiene a mi amigo más antiguo y a mi mayor enemigo.

Y camino de regreso hacia la mujer que amo.

De regreso hacia la vida que he elegido.

De regreso hacia lo que sea que venga después.

CAPÍTULO 29

POPPY

La clave para el maquillaje de dama de honor perfecto es que absolutamente todo sea a prueba de agua.

Aprendo esto a las siete de la mañana, de pie frente al espejo del baño del resort en mi tercer intento de delinearme los ojos estilo cat-eye. Mis manos no dejan de temblar. Los dos primeros intentos parecieron como si un niño pequeño borracho me hubiera atacado la cara con un Sharpie. Este es pasable. El tipo de aspecto de —definitivamente dormí anoche y no estoy esperando a que mi novio vampiro regrese de enfrentar a su descendencia asesina— que se verá bien en las fotos desde la distancia.

Mi teléfono está sobre el mostrador, boca abajo. Lo he estado ignorando durante veinte minutos, desde que empezaron a llegar los mensajes.

Le doy la vuelta. Doce mensajes de Sage.

SAGE: ¡¡¡DÍA DE LA BODA!!! ¿¿¿Cómo nos sentimos???

SAGE: Espera, ¿estás siquiera despierta?

SAGE: Poppy

SAGE: POPPY

SAGE: Si estás teniendo sexo con tu posible novio vampiro ahora mismo, jamás te perdonaré por no responderme

SAGE: En realidad no, te perdonaría; esa es una excusa válida
SAGE: Pero CUÉNTAME COSAS
SAGE: Te voy a llamar en 5 minutos, quieras o no
SAGE: 4 minutos
SAGE: 3
SAGE: 2
SAGE: 1

Suena mi teléfono.

Tomo aire. Reviso mi reflejo —maquillaje aceptable, ojos solo ligeramente maníacos— y contesto.

—¡Hola! Perdón, estaba en la ducha.

—Mentirosa. Tu voz tiene ese tono que grita: «me he estado mirando al espejo teniendo una crisis existencial». —La voz de Sage suena cálida a pesar de la acusación—. ¿Qué está pasando?

—Nada. Nervios del día de la boda.

—Tú no eres la que se casa.

—Nervios por simpatía. Solidaridad de dama de honor. —Agarro mi bolsa de maquillaje y pretendo revisar lo que hay dentro, como si ella pudiera verme de algún modo sin hacer nada—. Solo quiero que todo sea perfecto para Violet.

—Ajá. —Una pausa—. ¿Dónde está Julian?

Mi corazón da un vuelco. —Salió a caminar. Cosas de madrugada. No duerme mucho.

—Eso tiene sentido. Los multimillonarios misteriosos probablemente no necesiten dormir como nosotros, los plebeyos. —Puedo oírla acomodándose en su sofá, probablemente con un café —. Entonces, ¿cómo estás realmente? En una escala del uno al diez, siendo uno, «totalmente bien», y diez, «cuestionándome activamente todas mis decisiones de vida».

Me miro en el espejo. A la mujer que pasó la noche acurrucada contra un vampiro, que lo despidió con un beso antes de que él fuera a enfrentar a un monstruo, que actualmente está fingiendo que todo es normal mientras le tiemblan las manos.

—Un sólido cuatro —digo—. Tal vez un cinco. Pero es solo el estrés típico de una boda. Ya sabes lo difícil que es ser dama de honor, pero si además metes a mi mamá en la mezcla...

—Oh, lo sé. ¿Te acuerdas de la boda de tu prima Dana? Tu mamá hizo llorar al fotógrafo.

—Hizo llorar a dos fotógrafos. El segundo fue solo daño colateral.

Sage se ríe, y algo en mi pecho se relaja. Esto es normal. Esta es mi mejor amiga, a cinco mil kilómetros de distancia, sin tener idea de que el hombre que amo está actualmente...

No pienses en eso. No pienses en lo que está pasando en esos acantilados.

—Está bien, pero en serio —dice Sage—. ¿Julian cómo va? La última actualización que tuve fue que se estaban diciendo palabras con —A— y luego guardaste silencio absoluto por doce horas.

—Va bien.

——Bien—. Ese es el adjetivo más aburrido del idioma. Dame algo, Poppy. Detalles. Romance. Drama.

¿Quieres drama? Mi novio podría estar matando en este momento a su descendencia vampírica que ha estado asesinando a sus amantes durante 146 años. ¿Eso es lo suficientemente dramático para ti?

—Es... perfecto —digo en su lugar—. Irritantemente perfecto. Como sospechosamente perfecto.

—¿Sospechoso en qué sentido?

—Como si tal vez fuera un robot enviado del futuro para hacer que todos los demás hombres queden mal en comparación.

—Un novio robot sexy. Vería esa película. —La voz de Sage se suaviza—. Realmente te gusta, ¿verdad?

—Sí. —La palabra sale más débil de lo que pretendo—. Sí, de verdad.

—Entonces me alegro por ti. Aunque sea misterioso y probablemente oculte un montón de secretos oscuros.

No tienes idea.

Un golpe en la puerta de la suite me hace dar un salto. Mi corazón golpea contra mis costillas.

—Oye, te tengo que dejar —digo—. El peinado y maquillaje empiezan en una hora y necesito encontrar mi sostén sin tirantes.

—¡Está bien, pero mándame fotos! ¡Y video de tu discurso! Y...

—Adiós, Sage.

—¡Te quiero! ¡Dile a tu novio robot sexy que le mando saludos!

Cuelgo. Dejo el teléfono con manos que de repente vuelven a temblar.

Llaman a la puerta por segunda vez. Más suave ahora. Casi vacilante.

Cruzo hacia la puerta. Miro por la mirilla.

Julian.

Abro la puerta antes de terminar de procesarlo. Él está en el pasillo, todavía vestido con la ropa oscura con la que se fue, luciendo como si hubiera envejecido una década en las horas que han pasado desde que lo vi.

Pero está aquí. Está vivo. Regresó.

—Julian. —Su nombre sale entrecortado.

Llego a él en tres pasos. Mis brazos lo rodean instintivamente mientras hundo la cara en su pecho.

Me sostiene. Siento que sus brazos me aprietan y lo escucho exhalar como si hubiera estado aguantando la respiración durante horas. Su barbilla descansa sobre mi cabeza.

—¿Se acabó? —pregunto.

—Sí.

—¿Está...? —titubeo—. ¿Tú lo...?

—No está muerto. —La voz de Julian es áspera. Cansada—. Pero ya no será una amenaza. Ni para ti. Ni para nadie.

Me aparto. Estudio su rostro: la tensión en su mandíbula, las sombras bajo sus ojos, la forma en que me mira.

—¿Qué pasó?

Lucha por encontrar las palabras. Observo cómo decide cuánto contarme.

—Le dimos lo que quería —dice finalmente—. Se pasó 146 años diciéndome que la muerte era demasiado rápida. Que la soledad era el verdadero castigo —cierra los ojos—. Así que le dimos soledad. Para siempre.

—Julian. ¿Dónde está?

—En el fondo del océano —abre los ojos y encuentra los míos—. Envuelto en cadenas de plata. Estará consciente. Lúcido. Incapaz de escapar. Mientras siga existiendo.

Dejo que eso se asiente.

En el fondo del océano. Solo. Para siempre. Consciente de cada segundo, cada minuto, cada siglo extendiéndose en la oscuridad infinita.

Espero a que llegue el horror. La repulsión. El momento en que me dé cuenta de que me he enamorado de alguien capaz de semejante crueldad.

No llega.

—Él mató a tres mujeres —digo—. Quemó a una viva. Llevó a otra al suicidio. Dejó a la tercera en tu cama como un mensaje. —Mis manos se aprietan en sus brazos—. Y me iba a hacer lo mismo a mí. A mi familia.

—Sí.

—Entonces no voy a sentir lástima por él. —Las palabras salen duras y frías, y no me arrepiento de ello—. Tal vez eso me convierta en una persona terrible. Pero él tomó sus decisiones durante 146 años. Ahora vivirá con ellas.

—Para siempre.

—Para siempre —lo jalo hacia el sofá, lo siento a mi lado y me acurruco contra su costado—. Hiciste lo que tenías que hacer. Lo que él te obligó a hacer.

—Sigo pensando en quién solía ser él. —Julian clava la mirada en las ventanas por donde empieza a entrar el día—. Antes de Vienna. Antes de todo esto. Era mi amigo, Poppy. Mi hermano. Y ahora es...

—Ahora está pagando por sus decisiones. —Encuentro su mano. La aprieto—. Eso no es culpa tuya. Es de él.

Nos quedamos sentados en silencio mientras la mañana avanza a nuestro alrededor. El sol tropical se vierte a través de las ventanas y lo empapa todo en una bruma radiante y dorada. En algún lugar de este resort, el personal se prepara para una boda. Los invitados se están despertando, piden servicio a la habitación, planean qué ponerse.

Ninguno de ellos sabe lo que pasó en esos acantilados. Lo que se hundió bajo esas olas.

Y tal vez eso esté bien. Tal vez algunas cosas no necesitan saberse. Tal vez proteger a la gente que amas significa cargar con

secretos que nunca entenderán.

—¿Julian?

—¿Sí?

—La boda de mi hermana es en menos de nueve horas. —Sonrío a pesar de todo—. Así que esto es lo que va a pasar. Vas a tomar una ducha. Yo voy a pedir el desayuno para los dos. Vamos a comer algo y a pretender que somos personas normales por unas horas. Y luego vamos a ir a ver a mi hermana casarse con el amor de su vida, y vamos a celebrar, y vamos a bailar en la recepción.

—Yo no bailo.

—Ahora sí. Ese es el trato. —Le doy un toquecito en el pecho—. ¿Quieres salir conmigo? Bailas en las bodas. No es negociable.

—Eso parece una extorsión.

—Eso parece romance. —Le sonrío, porque si no sonrío, podría llorar, y ya me maquillé—. Además, me lo debes. He pasado cuatro días lidiando con drama vampírico en la boda de destino de mi hermana. Me merezco un baile.

—Buen punto.

Me pongo de pie. Le tiendo la mano.

Él la toma. Deja que lo ayude a levantarse.

—¿Julian? —digo.

—¿Sí?

—Gracias por volver.

Me atrae hacia él. Presiona sus labios sobre mi cabello.

—Tenía que hacerlo. —Una sonrisa asoma en su rostro—. Me pagaste.

Me río; suave, exhausta, real.

—Hablando de eso, ¿no crees que ya tienes suficiente dinero?

—Nosotros los multimillonarios no seguiríamos siéndolo si devolviéramos todo el dinero que ganamos.

—¿En serio?

—¿Cuándo fue la última vez que miraste tu cuenta bancaria?

—Antes de irnos.

—Tu dinero ya fue reembolsado. Estoy aquí por mi cuenta.

—¡Al fin! ¡Una buena noticia!

—¿Acaso que no te esté cazando un tipo que intenta matarme no era una buena noticia?

—Lo era, pero realmente quería comprar una cámara con ese dinero.

—Poppy, lo último de lo que tendrás que preocuparte es del dinero. Incluso les daremos a Chris y a tu hermana el mejor regalo de todos: una boda de destino gratis.

—¿De verdad?

—No lo sabrán hasta que vayan a hacer el check-out, pero todo ha sido cortesía de la casa. Habitaciones de hotel para ustedes y todos sus invitados. Comida. Boda. Todo.

—Eso va a ser caro.

—Como dije, el mejor regalo de todos. Todo a tu nombre.

—Eso es demasiado generoso.

—Soy el dueño del lugar, así que es menos generoso de lo que crees.

—Deja de restarle importancia. —Le doy un beso—. Julian, puede que seas el vampiro más sexy y generoso que haya existido, pero realmente necesitas ir a ducharte. Hueles a océano y a crisis existencial.

—Eso es extrañamente específico.

—Soy influencer. Ser extrañamente específica es parte de mi marca.

Durante las siguientes seis horas, les doy a mis seguidores toneladas de publicaciones para disfrutar: presumiendo mi vestido de dama de honor, fotos de los padrinos y transmito en vivo cómo me maquilla un profesional.

Ahora, estoy en la suite nupcial viendo a mi hermana tener una crisis por su velo.

—Está chueco —dice Violet por decimocuarta vez—. Míralo. Está mal puesto.

—Está puesto exactamente como estaba durante la prueba —aseguro—. Está puesto como se han puesto los velos desde la invención de los velos.

—Pero está chueco.

—No está chueco.

—Está un poquito chueco —interviene Madison.

Le lanzo una mirada que podría cortar la leche. De repente ella se muestra muy interesada en su champaña.

—Vi. —Tomo las manos de mi hermana. Hago que me mire—. El velo está perfecto. Tu vestido está perfecto. Tu maquillaje está perfecto. En dos horas, vas a caminar por ese pasillo y te vas a casar con el hombre que amas, y nada de esto va a importar porque estarás demasiado feliz como para preocuparte por los ángulos del velo.

Los ojos de Violet se llenan de lágrimas. —¿Cuándo te volviste tan sabia?

—En algún momento entre la cena de ensayo y esta mañana. —Aprieto sus manos—. Vas a estar increíble. Te lo prometo.

—¿Y si me tropiezo?

—Entonces yo también me tropezaré, y nos haremos virales juntas. Piensa en el contenido.

Ella se ríe, con las lágrimas asomando en sus ojos. —Te quiero, Pops.

—Yo también te quiero. —La abrazo con cuidado, atenta al vestido, al peinado y a las tres horas de maquillaje profesional—. Ahora, vamos a que te cases.

La ceremonia es todo lo que se espera de una boda de destino.

Una cascada de luz dorada baña el pabellón junto al acantilado al final de la tarde. Hay flores hermosas por todas partes —a pesar de lo que mi mamá pudiera decir—, y su aroma se mezcla con el aire salino. Cincuenta invitados observan a Chris mientras se le llenan los ojos de lágrimas; algo de lo que probablemente culpará a las alergias o a algo por el estilo. Pero sé que ama a mi hermana, y eso me saca una sonrisa.

Estoy al frente con las otras damas de honor, con el ramo sujeto entre manos que finalmente han dejado de temblar. Mi madre está sentada en la primera fila, secándose los ojos con un pañuelo que probablemente mandó a bordar específicamente para esta ocasión. Preston y Serenity están en algún lugar de las filas del medio, pero no me molesto en buscarlos.

Porque Julian está en la tercera fila, en el asiento del pasillo, mirándome con una expresión que hace que se me apriete el pecho.

Se ve increíblemente bien: traje oscuro, camisa blanca impecable; parece que hubiera salido de un reportaje de revista en lugar de un enfrentamiento sobrenatural. Cuando nuestros ojos se encuentran, sonríe. Apenas un poco. Solo para mí.

Yo le devuelvo la sonrisa.

La música cambia. Todos se ponen de pie. Y Violet aparece al final del pasillo, radiante como salida de un cuento de hadas.

Camina hacia Chris como si él fuera la única persona en el mundo. Él la ve acercarse con el tipo de amor que hace que se me cierre la garganta. Cuando llega a él, le susurra algo que la hace reír entre lágrimas.

El oficiante habla. Intercambian votos: promesas hermosas y personales sobre elegirse cada día, sobre construir una vida juntos, sobre ser compañeros a pesar de lo que venga.

—En las buenas y en las malas —dice Chris—. En el peligro y en la seguridad.

Mis ojos buscan los de Julian. Él ya me está mirando.

En el peligro y en la seguridad.

Sí. Ahora entiendo eso.

Intercambian anillos. Se besan. La multitud estalla en vítores.

Y en algún lugar profundo de mi pecho, algo que ha estado tenso durante días finalmente se relaja.

Se acabó. Realmente se acabó. El monstruo se ha ido, mi hermana está casada y el hombre que amo me está mirando desde la tercera fila como si yo fuera la única aquí.

Por primera vez en cuatro días, me permito respirar.

CAPÍTULO 30

POPPY

Hace veinticuatro horas, esto se suponía que sería un campo de batalla.

La recepción se lleva a cabo en el salón principal del hotel. Cincuenta invitados charlan durante la hora del cóctel, riendo y brindando, sin tener idea de lo que casi sucedió aquí.

Me detengo en la entrada.

Aquí es donde Damien había planeado atacar. Esta sala, estas personas, este momento en el que todos los que amo estarían reunidos en un solo lugar. Quería el máximo impacto. La mayor cantidad de testigos. Quería que Julian me viera morir rodeada de mi familia, sin poder hacer nada para detenerlo.

En cambio, mi hermana está posando para fotos junto a la mesa de honor. Mi madre está criticando los centros de mesa con cualquiera que quiera escucharla. Preston y Serenity están haciendo una especie de meditación de pareja en la esquina, lo cual es irritante pero no fatal.

Y en algún lugar en el fondo del Océano Atlántico, envuelto en cadenas de plata, Damien comienza su eternidad a solas.

Julian aparece a mi lado. Su mano busca el pequeño arco de mi espalda.

—Estás pensando en eso, ¿verdad? —pregunta él.

—Es difícil no hacerlo. —Observo a un mesero pasar con una bandeja de champán—. Ayer a esta hora, no estábamos seguros de cómo terminaría todo esto. Sin saber si tú o yo... ya sabes —susurro, aunque estoy bastante segura de que nadie nos escucha—. Moriríamos. Y ahora...

—Ahora tu tía está discutiendo con el barman sobre la forma correcta de preparar un martini.

Sigo su mirada. La tía Dorothy está sermoneando al pobre barman, gesticulando con un palillo de aceituna.

Se me escapa una risa—. ¿Cómo es que esto es real? ¿Cómo estamos simplemente... en una recepción de boda? ¿Como si todo fuera normal?

—Porque para ellos, es normal. —Julian acaricia mi espalda baja—. No saben lo que estuvo a punto de pasar. No necesitan saberlo. A ellos simplemente les toca celebrar.

—¿Y a nosotros?

—A nosotros también nos toca celebrar. —Me voltea para que lo mire de frente—. Así es como se ve la victoria, Poppy. No como confrontaciones dramáticas o vigilancia constante. Solo esto. Momentos ordinarios. Una pista de baile. Malos martinis. y el caos de tu familia.

Miro alrededor del salón una vez más. Lo veo de forma distinta esta vez.

No como un campo de batalla. Ni como la escena del crimen que nunca ocurrió.

Solo una recepción de boda.

—Y si las cosas se ponen demasiado alborotadas, tenemos a Nepenthe por allá, que puede borrarle los recuerdos a la gente — dice Julian con total naturalidad, como si eso fuera algo normal.

—¡Espera, ¿qué?! —Me detengo y lo obligo a mirarme.

—Eh... —Parece genuinamente desconcertado por mi reacción—. ¿No te hablé del Plan B?

—No. No, no lo hiciste. Estoy bastante segura de que recordaría algo así.

—Si te hubiéramos borrado el recuerdo, no lo harías —suelta con una sonrisa pícara.

—¡No lo hiciste! —Le doy un palmetazo en el brazo.

—Claro que no —me asegura, frotándose el brazo—. Pero si lo hubiera hecho, probablemente esa sería mi respuesta.

—Está bien, deja de bromear —gruño—. ¡Celebremos!

Julian sonríe—. Primero, hay algo que deberías ver.

—¿Qué?

—Mira —asiente hacia el fondo del salón—. La mesa 12.

Elena, Sofia y Nathaniel —tres vampiros antiguos vestidos de gala — están siendo escoltados hacia la parte trasera del salón.

—Mesa 12 —dice alegremente la coordinadora de la boda—. Por aquí, por favor.

La mesa 12.

Observo cómo se dan cuenta al mismo tiempo que yo.

La mesa 12 está metida en una esquina cerca de las puertas de la cocina. Sus sillas son más pequeñas que las demás.

Y sus ocupantes actuales son seis niños menores de diez años.

—No puede ser —susurro.

Elena respira hondo al darse cuenta de que está sentada en la mesa de los niños. Sofia parece estar considerando el asesinato. Nathaniel ya se está sentando y presentándose a una niña de siete años con coletas.

Julian aprieta los labios—. Tsk. Eh, sí, puede que le haya mencionado a la coordinadora que confirmaron tarde y que debían ser sentados de acuerdo a eso.

—Julian Blackthorne. Pusiste a tres vampiros antiguos en la mesa de los niños.

—Técnicamente, Tammy lo hizo... y para ser honesto, ella me asusta, así que no diré nada.

—¿Acabas de derrotar a un vampiro de cientos de años y le tienes miedo a Tammy?

—¿Es que no la conoces? No quiero estar en su lista negra.

—Yo tampoco.

—Por el lado positivo, puse a tres aliados que nos salvaron la vida en una mesa donde pueden supervisar a los ocupantes más caóticos

del salón. —Su boca se curva—. Podríamos llamarlo posicionamiento táctico.

—Es divertidísimo, eso es lo que es.

Observamos cómo un niño pequeño con la cara manchada de chocolate le pregunta a Elena por qué habla raro. La respuesta de Elena es inaudible, pero el niño se ve serio y le ofrece su cajita de jugo.

—Tal vez subestimé cómo reaccionarían —admite Julian.

—Nunca subestimes a mujeres con siglos de experiencia. Han lidiado con cosas peores que niños pegajosos.

Un grito de risa surge de la mesa 12. Nathaniel ha sacado un globo de alguna parte y lo está retorciendo para formar lo que parece ser un caniche. Los niños están encantados. Sofia lo mira como si nunca lo hubiera visto antes.

—¿Sabías que podía hacer eso? —pregunto.

—No lo sabía.

—¿Doscientos años de amistad y no sabías que podía hacer figuras con globos?

—Algunos secretos tardan tiempo en revelarse.

Suelto un bufido—. Vamos. Tengo un discurso que dar, y necesito al menos dos copas de champán primero.

El tintineo de las copas atrae la atención del salón hacia la mesa principal.

El padrino y la dama de honor dan sus discursos; ahora es mi turno.

Me pongo de pie, con la copa de champán en la mano y el pulso acelerado. Hablar en público es mi trabajo; hablo ante las cámaras todos los días, actúo para millones de extraños en internet, pero esto es diferente. Esta es mi hermana. Sin mencionar que es frente a una multitud y es real.

—Hola a todos —mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Para los que no me conocen, soy Poppy, la hermana menor de Violet y una de sus damas de honor. Y sí, sé que no tenía que dar un discurso, pero ¿quién más les va a contar todas las cosas raras sobre Vi?

Risas dispersas.

—No te preocupes, hermana, tus secretos están a salvo conmigo. No les diré cómo quemaste la pasta.

—¡Esa fuiste tú! —grita Violet.

—Lo sé, pero ellos no. ¡Gracias por arruinarlo! Por cierto, esa es una gran historia, así que deberías haberme seguido la corriente.

Esta vez todos se ríen.

—En serio, el asunto es que Violet y yo no siempre fuimos cercanas. —Miro a mi hermana, que ya está lagrimeando—. Al crecer, éramos tan diferentes. Ella era la responsable, la exitosa, la que sabía lo que quería y lo buscaba. Y yo estaba descifrando las cosas. Cometiendo errores. Tomando desvíos.

Tomo aire.

—Pero esto es lo que aprendí esta semana. Los desvíos no siempre son malos. A veces tienes que perderte para encontrar lo que importa. A veces tienes que cometer errores para reconocer lo verdadero cuando aparece.

Mis ojos encuentran los de Julian. Me está observando.

—Violet encontró a Chris cuando no lo estaba buscando. Me dijo una vez que él simplemente apareció un día en su vida, y todo cobró sentido. El caos se calmó. Las preguntas encontraron respuesta. Ella no tuvo que fingir más, porque él la vio —la vio de verdad— y la amó de todos modos.

Levanto mi copa.

—Por las personas que nos ven: las partes buenas, las desastrosas y las que intentamos ocultar. Por los que aparecen cuando las cosas se ponen difíciles, los que se quedan cuando sería más fácil irse, los que nos eligen una y otra vez, incluso cuando les damos razones para no hacerlo.

Mi garganta se aprieta. Continúo.

—Por Violet y Chris: que nunca dejen de verse, que siempre se elijan el uno al otro y que su historia de amor sea tan hermosa, inesperada e imperfecta como ambos se merecen.

Levanto más la copa—. ¡Por los novios!

—¡Por los novios! —resuena en el salón.

Violet está llorando. Chris está llorando. Mi madre ya ha gastado dos pañuelos.

Y Julian me mira como si supiera exactamente de quién estoy hablando en realidad.

Camino hacia allá y abrazo a Vi.

—Eso fue hermoso —susurra Violet, agarrando mi mano.

—Dije cada palabra en serio.

—Lo sé. —Me aprieta los dedos—. Me alegra que lo hayas encontrado, Pops. Sea lo que sea esto... me alegra.

—A mí también.

—Si puedo pedir a nuestros recién casados que pasen a la pista de baile —anuncia el DJ—. Es hora de su primer baile.

—Tengo que irme, Pops. Te quiero.

Nos abrazamos de nuevo...

—Yo también te quiero, Vi.

...y los tortolitos corren hacia la pista de baile.

Estoy tan absorta en Violet y Chris que no noto que alguien se acerca por detrás hasta que siento una mano en mi hombro.

Mi madre.

Ha estado llorando; puedo verlo por la forma cuidadosa en que mantiene el rostro, tratando de no correrse el maquillaje. El mismo truco que uso yo cuando estoy grabando después de un día difícil.

—Fue un discurso hermoso —dice.

—Gracias, mamá.

Ella duda. Catherine Gable no duda; ella manda, critica y controla. Pero ahora mismo está dudando, y no sé qué hacer con eso.

—Julian parece... sólido —dice finalmente.

Viniendo de mi madre, eso es prácticamente una bendición matrimonial.

—Lo es —digo.

Ella asiente. Mira hacia la pista de baile, donde Violet y Chris se balancean juntos, perdidos en su propio mundo.

—Tu padre era encantador —dice en voz baja—. Emocionante. —Una pausa—. Pero no era sólido. Creo... —Toma aire—. Creo que he tenido tanto miedo de que eligieras el encanto sobre la sustancia que no me di cuenta de cuando encontraste ambos.

Me escuecen los ojos—. Mamá...

—No soy buena en esto —me interrumpe, y hay algo crudo en su voz que nunca antes había escuchado—. Decir lo correcto. Ser un apoyo sin ser controladora. Con tu hermana es fácil; ella eligió el camino que yo entiendo. Pero tú... —Sacude la cabeza—. Tú siempre me has aterrorizado, Poppy. Porque eres valiente de formas en las que yo nunca lo fui.

No sé qué decir. Veintiocho años esperando que mi madre me vea, y ahora que finalmente me mira, no encuentro las palabras.

Así que hago algo que no hacía desde que tenía doce años.

Abrazo a mi madre.

Ella se pone rígida. Luego, lentamente, me rodea con sus brazos.

—Te quiero, mamá —susurro.

—Yo también te quiero. —Su voz suena espesa—. Incluso cuando no sé cómo demostrarlo. Estoy orgullosa de mis dos niñas. Sé que no siempre lo demuestro, pero me esforzaré más por apoyarte.

Nos quedamos ahí un momento; nada está arreglado ni sanado del todo, pero es algo. Algo que se siente como un comienzo en lugar de un final.

Luego ella se separa, se seca los ojos con su pañuelo característico y dice: —Ahora ve a bailar con ese hombre antes de que me avergüence más.

Ahí está ella. Mi madre. Crítica, controlada y haciendo lo mejor que puede.

Sonrío—. Sí, señora.

Días como este vienen con su propia balanza: ganancias y pérdidas, cosas buenas y malas. Julian cruzó una línea que pensó que nunca cruzaría, pero parece que se ha quitado un peso de encima. Aun con todo eso, la noche no ha terminado.

La DJ se gana cada centavo de su tarifa.

A las 9 PM, la pista de baile está repleta. Lo que comenzó como una lista cuidadosamente seleccionada ha dado paso a un éxito tras otro, e incluso mi madre está haciendo una especie de balanceo digno cerca del borde de la multitud.

Bailo con Violet. Bailo con Chris. Hago un baile grupal mortificante con las damas de honor al ritmo de una canción que era popular

cuando teníamos catorce años. Me duelen los pies, el peinado se me está desarmando y no he dejado de sonreír en horas.

Y entonces...

Un revuelo cerca del borde de la pista.

Me giro justo a tiempo para ver a Lucas —el tipo estoico, profesional, de "te he estado cuidando toda la noche"— lanzarse a hacer un molino.

—Cielos —exclamo.

Bastine lo sigue medio segundo después, golpeando el suelo en un giro sobre la espalda. La multitud forma un círculo a su alrededor, vitoreando. Los niños de la mesa 12 están gritando.

—¿Sabías que podían hacer eso? —le pregunto a Julian, que aparece de la nada.

—No lo sabía.

—¿El breakdance es parte del entrenamiento estándar de seguridad?

—No, pero tal vez debería serlo.

Observamos cómo Lucas y Bastine intercambian pasos. Nathaniel se mete al círculo y está haciendo una especie de rutina coreografiada con ellos. ¿Cuándo tuvieron tiempo de practicar esto?

Incluso Elena se está riendo. Elena. La vampira rusa que probablemente ha presenciado la caída de imperios. Está parada al borde del círculo con una copa de champán, riendo, mientras Sofia intenta parecer poco impresionada y falla.

—Esta es la boda más extraña a la que he asistido jamás —digo.

—Nunca has estado en una boda de vampiros.

—¿Eso existe?

—Existen. Por supuesto, involucran más sangre.

—Me quedo con las bodas humanas, gracias.

La canción termina. La multitud vitorea. Lucas y Bastine se ponen de pie, se miran y hacen una reverencia al unísono, lo que sugiere que esta no es la primera vez que lo hacen.

Y entonces la música cambia.

Algo lento. Algo suave. El tipo de canción que hace que las parejas se acerquen.

Julian se vuelve hacia mí. Me tiende la mano.

—Creo que te debo un baile.

—Pensé que no bailabas.

—No lo hago. —Sus ojos son cálidos—. Pero estoy aprendiendo a salir de mi zona de confort.

Tomo su mano. Dejo que me guíe hacia la pista.

Su brazo rodea mi cintura. Mi mano encuentra su hombro. Nos movemos juntos; no con gracia, pero sí juntos.

Apoyo la mejilla contra su hombro y cierro los ojos.

—¿Poppy?

—¿Mmh?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por esta semana. Por no huir. Por elegirme.

Me separo lo suficiente para mirarlo. Este hombre que ha vivido durante siglos, que ha amado y perdido y se ha cerrado al mundo.

Este hombre que me abrió la puerta.

—Tú me elegiste primero —digo—. Aceptaste el trabajo de una influencer desesperada con un plan terrible, y te quedaste. Me dijiste la verdad cuando podrías haber mentido. Peleaste por mí. Regresaste.

—Siempre regresaré.

—Lo sé. Por eso te elegí a ti.

La música sigue sonando. Las luces brillan sobre nosotros. A través de las ventanas, el mar turquesa se extiende oscuro e interminable.

Mi familia está a salvo. Mi hermana está casada. El monstruo que nos cazaba se ha ido.

Y estoy bailando con un vampiro.

Un vampiro que me mira como si hubiera valido la pena esperar por mí, que me sostiene como si yo importara y que me ama con todo lo que tiene.

—¿Julian?

—¿Sí? —Sus ojos encuentran los míos.

—Te amo.

Julian me atrae más cerca, su toque es suave pero seguro. Me deja un beso tierno en el nacimiento del cabello, otro en el pómulo y

el último rozando el borde de mis labios.

—Lo sé —susurra—. Yo también te amo.

La canción continúa. Nos balanceamos juntos bajo la luz dorada, rodeados de personas que no tienen idea de lo que hemos sobrevivido para llegar hasta aquí.

Pero nosotros lo sabemos.

Y eso es suficiente.

EPÍLOGO

POPPY

Seis meses después

Sage me sujeta por los hombros. —Estás hiperventilando . —Me mira a los ojos, con voz firme y profesional.

—No estoy hiperventilando —jadeo entre respiraciones cortas, forzando una sonrisa—. Estoy respirando con entusiasmo.

Sage me acomoda el velo. —Poppy. Has hecho docenas de videos frente a millones de personas. Una vez hiciste una publicación patrocinada mientras saltabas en paracaídas. Esto es una boda, no un pelotón de fusilamiento.

—Un pelotón de fusilamiento sería más fácil. Los pelotones de fusilamiento no tienen diagramas de asientos.

Ella se ríe. He extrañado esa risa; ambas hemos estado muy ocupadas estos últimos meses, y nuestra amistad se ha mantenido principalmente por mensajes de texto. Pero en el momento en que le pedí que planeara esta boda, despejó su agenda.

—El diagrama de asientos es perfecto —dice—. Tu madre no está nada cerca de la familia de Julian. Los vampiros están en mesas con buena visibilidad pero mínima interacción humana. Y he puesto a Elena al lado de tu tía Dorothy.

—¿Pusiste a una vampira rusa de doscientos años al lado de mi tía que colecciona gatos de porcelana?

—Ambas son directas, criticonas y aprecian la artesanía de calidad. Estará bien —declara Sage con un gesto despreocupado de la mano. Retrocede un paso, examinándome—. Te ves increíble.

Me giro hacia el espejo.

El vestido es sencillo: seda color marfil, líneas limpias, una cola que me sigue cuando camino. Sin cristales, sin pedrería excesiva, nada que grite "mírenme". Después de años de construir la imagen perfecta en línea, quería algo real.

Julian no lo ha visto todavía. Hicimos todo lo tradicional: espacios separados para arreglarnos, nada de miraditas. Él se había reído cuando lo sugerí, señalando que había sobrevivido doscientos cincuenta y siete años sin necesidad de suerte.

—Hazme el gusto —le apreté la mano, con voz suave pero insistente—. Quiero ver tu cara cuando camine por ese pasillo.

—La verás —había prometido con una sonrisa burlona—. Doscientos cincuenta y siete años de práctica, y todavía no puedo ocultarte nada.

Ahora, de pie en esta habitación con la luz de la tarde entrando por las ventanas, siento que la realidad se asienta sobre mí.

Me voy a casar con un vampiro.

No son citas falsas. No es fingir. Me caso con él.

Hace siete meses, yo era un desastre. Con el corazón roto por Preston, lo suficientemente desesperada como para contratar a un extraño para que se hiciera pasar por mi novio en la boda de mi hermana. Pensé que sabía cómo era el amor: seguro, predecible, controlable.

Estaba equivocada.

El amor no es seguro. Es estar en las Bahamas mientras tu novio envía a su progenie asesina a una tumba oceánica eterna, y elegir quedarte. Es aprender que el hombre que amas tiene un latido que

no es igual al tuyo, y aun así sentir un extraño consuelo en ese ritmo ajeno que te recuerda que no es humano, pero que de alguna manera sigue siendo tuyo.

—Oye —la voz de Sage es suave—. ¿Estás bien?

Parpadeo. Mis ojos están húmedos.

—Sí —me río, secándome las lágrimas bajo las pestañas—. Solo tengo un momento emocional.

—Tienes derecho a tenerlos. Es el día de tu boda —me pasa un pañuelo—. Pero tenlos rápido, porque tenemos un horario que cumplir y tu rímel a prueba de agua tiene sus límites.

—Hablaste como una verdadera profesional.

—Es que soy una verdadera profesional —revisa su tableta—. Quince minutos para el cortejo. Tu mamá ya está sentada. Tu hermana está en posición. Y Julian está... —hace una pausa, sonriendo—. Julian está intentando convencer a su hermano de que no necesita consejos de último minuto.

—¿Qué hermano?

—Nicholas. El intenso que no para de mirarme.

Tomo nota mental de eso. Nicholas ha estado echándole el ojo a Sage desde que se conocieron: miradas prolongadas en la fiesta de compromiso, merodeando cerca de su mesa en la cena de ensayo, en cada evento donde han estado en la misma habitación. Cuando le pregunté a Julian al respecto, él solo suspiró y me dijo que era complicado. Complicado nivel vampiro.

—Ignóralo —pongo los ojos en blanco—. Es inofensivo.

—Me dijo que lleva ciento treinta años esperándome.

Hago una mueca. —¿Empezó con eso?

—Después de la fiesta de compromiso, sí.

—¿Puntos por su autoconciencia?

—Oye, al menos ustedes finalmente me confesaron lo de "tienes razón, Sage, es un vampiro", porque eso habría sonado mucho más espeluznante de lo que ya suena —ella sacude la cabeza.

—A mí también me lo parece —me río entre dientes—. Al menos no siguió con un "te he visto dormir diecinueve veces, pero solo desde una distancia respetuosa" —lo pienso por un segundo—.

¿Sabes qué? Eso fue algo propio de Julian, y de hecho fue romántico.

Sage arquea una ceja. —Todo lo que mi mejor amiga necesita es un tipo medio acosador para que finalmente siente cabeza.

—No olvides lo de melancólico. Se le da *increíblemente* bien.

—Me alegra tanto que hayas encontrado a tu propio Edward de la vida real para casarte. En cuanto a mí, estoy bien con mi vida de soltera —Sage me aprieta la mano—. Hoy se trata de ti y de Julian.

Tiene razón. Inspiro profundamente.

Hoy se trata de nosotros.

La ceremonia se lleva a cabo en la propiedad de Julian en Napa.

Bueno, en una de sus propiedades. Cuando has estado vivo tanto tiempo como él, acumulas propiedades de la misma manera que la gente normal acumula suscripciones de streaming. Pero esta es especial: un viñedo extenso con una capilla de piedra del siglo XIX. Julian la compró hace décadas, la restauró y nunca me dijo por qué la conservaba.

Hasta el mes pasado.

—Siempre pensé que me casaría aquí —había dicho—. Antes de Viena. Antes de dejar de creer que fuera posible.

—¿Y ahora?

—Ahora sé por qué la conservé.

El sol de la tarde se filtra por las ventanas de la capilla. Rosas blancas y velas bordean el pasillo. Setenta y cinco invitados llenan los bancos: humanos y vampiros, amigos y familiares, los dos mundos de los que ahora formo parte.

Mi madre está sentada en la primera fila, apretando un pañuelo. Todavía no hemos resuelto todos nuestros problemas, y puede que nunca estemos del todo bien, pero lo estamos intentando. Cuando le dije que me casaría con Julian, dijo: —Te mira como si fueras lo único que importa. Eso es más de lo que yo tuve jamás.

No fue una disculpa. Pero fue algo.

Violet está sentada a su lado, ya llorando. Chris la rodea con el brazo, luciendo abrumado por todos los amigos de aspecto antiguo de Julian, sin saber que está rodeado de vampiros. En la fiesta de compromiso, Elena lo acorraló durante veinte minutos para explicarle

la etiqueta adecuada para dirigirse a ella en eventos formales. Todavía no se ha recuperado.

La música cambia y comienza la Marcha Nupcial; algo sobre lo que estaba segura de que Julian me iba a contar una historia de cómo alguien que conoció solía conocer al tipo que la escribió. Por suerte, no lo hizo, aunque lo seguiría amando si lo hubiera hecho.

Las puertas se abren.

Mi padre no está aquí para llevarme al altar. Se fue cuando yo tenía siete años, y dejé de desear su presencia alrededor de los trece. Pero Vi se pone de pie, se acerca a mí y me ofrece el brazo.

—¿Lista? —susurra.

—Lista.

Caminamos juntas. Dos hermanas que pasaron años distanciadas, encontrando finalmente su equilibrio. Ella me aprieta el brazo a mitad de camino y luego me suelta.

Y allí está Julian.

Está de pie ante el altar con un traje negro, con el pelo peinado, para variar, y las manos entrelazadas frente a él. Se ve tranquilo. Sereno. Con la misma elegancia que siempre proyecta.

Pero sus ojos.

Me mira acercarme como si yo fuera la respuesta a una pregunta que se ha hecho durante dos siglos y medio. Llego al altar. Tomo sus manos reconfortantes y frías.

—Hola —susurro.

—Te ves...

—Ni se te ocurra llorar.

Él se ríe. —No iba a llorar.

—Tu cara dice lo contrario.

—Mi cara miente.

—Tu cara es perfecta —le aprieto las manos—. Ahora casémonos antes de que pierda el valor.

La oficiante —una dulce mujer mayor que no tiene idea de que está casando a una humana con un vampiro de 257 años— se aclara la garganta y comienza.

Apenas escucho las palabras de apertura. Estoy mirando a Julian, y él me está mirando a mí.

Él ha pasado siglos ocultando lo que es.

Hoy no tiene que hacerlo: lo amo por quien *y* lo que es.

—La pareja ha preparado sus propios votos —dice la oficiante—. ¿Julian?

Él respira hondo. Mete la mano en el bolsillo y saca un trozo de papel doblado... luego lo aparta.

—Escribí algo —dice—. Pero no voy a leerlo.

Los invitados murmuran. Mi madre parece confundida. Yo espero.

—Poppy —sujeta mis manos con más fuerza—. Viví mucho tiempo creyendo que estaba maldito... que amar a cualquiera solo me llevaría a perderla.

Se le corta la voz. Hace un esfuerzo y continúa.

—Tú me demostraste que estaba equivocado. No por ser perfecta, sino por ser real... por ser tú. Por ver lo que soy y elegir quedarte. Por luchar por nosotros cuando yo tenía demasiado miedo de luchar por mí mismo —levanta nuestras manos unidas y presiona sus labios sobre mis nudillos—. No sé qué me depara el próximo capítulo de mi vida, pero sé que quiero pasarlo contigo.

Las lágrimas corren por mi rostro. Adiós al rímel a prueba de agua.

—Su turno —dice la oficiante.

Me río entre lágrimas. Intento encontrar las palabras.

—Yo también tenía un discurso —digo—. Era ingenioso. Muchos chistes sobre aplicaciones de citas y novios falsos y cómo nunca esperé terminar aquí.

Julian sonríe. —Todavía puedes usarlo.

—No. Porque el asunto es este... —tomo aire—. No solo cambiaste mi vida, Julian. Cambiaste mi forma de ver el mundo. Me enseñaste que el amor no se trata de control o seguridad o de tenerlo todo resuelto. Se trata de elegir a alguien, cada día. Incluso cuando es difícil.

Pienso en Damien. En los acantilados. En la elección que hizo Julian y el peso que cargará.

—Tú me elegiste a mí —digo—. Cuando tenías todas las razones para no hacerlo. Cuando toda tu historia decía que terminaría en tragedia. Me elegiste de todos modos.

Levanto nuestras manos como hizo él. Presiono mis labios contra sus nudillos.

—Así que yo te elijo a ti. Por todo el tiempo que me quede.

La oficiante también está llorando ahora. La mitad de los invitados están llorando. Elena no llora, pero está haciendo algo con su cara que podría pasar por emoción.

—Los anillos —logra decir la oficiante.

Los intercambiamos. Bandas de oro sencillas; la suya combina con la que ha llevado en otro dedo durante décadas, un reemplazo para algo que perdió hace mucho tiempo. Cuando la deslizo en su mano, siento que tiembla.

—Por el poder que me otorga el Estado de California —dice la oficiante—, ahora los declaro compañeros de por vida. Pueden besar...

Julian no espera a que termine.

Me atrae hacia él y me besa con tal ternura que mis rodillas casi flaquean. Sus manos tiemblan contra mi rostro, y siento que el peso de 257 años de soledad se disuelve entre nosotros. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo, y sé que muchos de nuestros invitados pueden. Las lágrimas brotan, nublando mi visión mientras le devuelvo el beso, aferrándome a él como si pudiera desaparecer si lo soltara.

Y en algún lugar al fondo de la capilla, entre los vítores y los aplausos, alcanzo a ver a Nicholas Blackthorne observando a Sage, con sus ojos reflejando el mismo hambre desesperada que una vez vi en los de Julian.

Pero esa es otra historia.

FIN

(por ahora)

***

¡Sigue leyendo!

¿Te encantó esta historia? Sumérgete en *Paranormal Crimes Unit* mientras esperas el próximo libro de *Billion Vampires*.





Obtén tu copia: joegillis.com/pcues